I. Lavretski



Simón Bolívar

ЕП



Retrato de Simón Bolívar

Simón Bolívar

I. Lavretski

Editorial Progreso
Moscú



Traducido del ruso por P. Boyko

И. Лаврецкий
Симон Боливар
На испанском языке

Impreso en la URSS

0506000000

La lucha de los pueblos latinoamericanos por la libertad cuenta con una historia de más de un siglo. El siglo XIX inmortalizó los nombres de los héroes de esa lucha: Simón Bolívar, Bernardo O'Higgins, José Martí.

Leonid Brézhnev

En las Indias Occidentales cunde la alarma...

¡Espera! ¡Ya verás! Con esta misma diestra
Que arrastro la cadena infame del esclavo
Enseña libertaria alzaré ante los míos.
¡Verás! ¡He de batir a tus alados truenos!
Nicolás Gnédich. Un peruano a un español, 1805[1]

La distancia entre el puerto venezolano de La Guaira y la isla de Curazao es de pocas decenas de millas, pero al joven coronel Simón Bolívar, quien a fines de agosto de 1812 dejaba las costas de su patria, parecíale que iba a necesitar una eternidad para cruzarla.

Jamás sintió transcurrir el tiempo con tan deprimente lentitud como esos días en la goleta inglesa. Ni los mordaces chistes del capitán, quien había conocido al padre de Bolívar, ni el fuerte y aromático ron jamaiquino con el que le convidaba insistentemente el dueño del navío, no lograban hacerle olvidar por un instante siquiera el desastre sufrido por Venezuela: el derrumbe de la República, el triunfo de los españoles y el goce malicioso de quien los mandaba, el pérfido Domingo Monteverde, así como la caída de su viejo ídolo, el generalísimo Francisco de Miranda, y la vergonzosa pérdida de Puerto Cabello por su propio descuido e ingenuidad.

¿Acaso es posible olvidar todo eso? Más aún, cuando se navega cerca del mismo Puerto Cabello, cerca de Coro, desde donde el malvado Monteverde inició su marcha contra Caracas, cuna de la libertad venezolana. ¿Acaso se puede pensar, después de todo lo que pasó, en otra cosa que no sea en el desquite, en lavar con sangre la afrenta de la derrota? Los patriotas de Venezuela tenían ahora un objetivo único en la vida, una sola aspiración: volver a aplastar a los españoles, conquistar de nuevo la independencia, restaurar la república y demostrar a todo el mundo que los venezolanos no son esclavos, sino héroes verdaderos, capaces de grandes hazañas. Ellos conquistarán la libertad no solamente para sí mismos, sino para todos los pueblos de la América Española. Liberarán del despotismo real a la propia España y al pueblo español. En aras de ello habrá que continuar la lucha por la libertad de Venezuela, pelear y pelear contra las legiones españolas, contra todos esos Monteverde y demás pajes del absolutismo hasta la victoria total y definitiva.

La catástrofe vivida por Venezuela servirá de enseñanza para los patriotas, depurará sus filas alejando a los cobardes y traidores, unificará a los luchadores por la libertad en una poderosa cohorte capaz

* Nicolás Gnédich (1784-1833), poeta ruso, traductor de *La Ilíada* de Homero y de otras obras de autores extranjeros.

de superar todas las dificultades, les curará de su benevolencia excesiva para que aprendan a ser implacables con un enemigo pérfido y cruel.

Las derrotas afinaron el arte militar y el talento político de Washington y sus contemporáneos; de los gloriosos generales de la Revolución Francesa. Julio César y otros célebres conductores militares sufrieron reveses antes de ascender al pedestal de la fama mundial. ¿Y qué importa que él, Simón Bolívar, no sea ahora más que un prófugo sin patria ni fortuna? Se sabe que consagrará su vida a una causa justa, causa que triunfará como triunfaron la Revolución en las colonias británicas y la Revolución Francesa...

¡Oh, qué lento el andar de este cascajo inglés por el Mar Caribe! ¡Si se pudiera llegar cuanto antes a Curazao, y de allí a Nueva Granada, donde sigue flameando la enseña de la libertad americana! El capitán –viejo lobo de mar– comprende bien por qué está tan impaciente el joven caraqueño, por qué sus ojos brillan febrilmente y se ve tan retraído e incapaz de rendir tributo al verdaderamente exquisito ron jamaiquino.

* * *

¿Cuándo empezó aquello? ¿Cuándo pensó por vez primera en los destinos de su patria y decidió consagrarse a la lucha por su liberación?

¿Sucedió en Caracas, donde aprendió las primeras letras gracias a su maestro Simón Rodríguez, un rebelde y conspirador innato que soñaba con guillotinar a todos los soberanos de Europa? ¿O en Madrid, donde él, Bolívar, a la sazón un joven criollo, vio el grado de descomposición a que había llegado la monarquía española? ¿O fue en París, en la Plaza de la Bastilla, entre el clamor triunfal de los *sans-culottes* que destruían sin dejar huella el bastión de la tiranía? ¿O acaeció cuando oyó por primera vez el legendario nombre de su compatriota Francisco de Miranda, el primero en lanzar el reto al despotismo español? ¿O se debió a todo el clima de indignación y cólera contra la opresión española que reinaba en Caracas?

Le resulta imposible apartar la vista de la franja de su tierra natal que negrea en el horizonte. Una y otra vez vuelve con el pensamiento a Caracas, recordando el lejano pasado y los acontecimientos de ayer; los compara y analiza para encontrar una respuesta satisfactoria a los interrogantes que lo atormentan.

Ahora, después de la muerte de su hermano, quien pereció en un naufragio al poco tiempo de iniciado el movimiento liberador, este joven criollo –huérfano desde temprana edad y viudo– no tiene otra pasión que el amor a su patria, Venezuela. Pero, cuán difícil y atormentador es este amor. ¡Cuánta fuerza y valor requiere!

* * *

Venezuela tiene la forma de un corazón gigante de un millón de kilómetros cuadrados. Su parte superior la baña el océano, mientras que el vértice se incrusta profundamente en la selva virgen. Allí, entre

el follaje fantasmagórico, se entrelazan las vertientes de dos grandes ríos americanos: el Amazonas y el Orinoco. En la frontera occidental se alza la mole granítica de los Andes. Al norte del delta del Orinoco la cordillera desciende hasta la costa misma. No lejos, bañada por las esmeraldinas aguas del Mar Caribe, se encuentra la Isla Margarita, poblada por hombres rudos y valientes.

Los ríos, abriéndose paso entre las montañas, corren hacia el norte para desembocar en el océano. Aquí, en la costa, rodeadas de verdor tropical, se hallan las ciudades portuarias. Una de ellas es Coro. donde en 1806 desembarcó con un destacamento de voluntarios el intrépido Francisco de Miranda decidido a conquistar la independencia de Venezuela. Más al este hay una gran cañada empapada de manantiales que se deslizan entre el follaje para verter sus aguas en el apartado Puerto Cabello. Los españoles levantaron allí una sólida fortaleza. Cerca se encuentra el puerto de La Guaira, la entrada marítima de Caracas. Detrás de ésta yace el pueblo llanero de Ocumare del Tuy. Hacia el oeste y el sur se extienden, hasta la plateada franja del Orinoco, los inmensos llanos de Venezuela en los que pastan incontables ganados y caballadas semisalvajes.

Más o menos a mitad del camino entre el Lago Maracaibo y la Isla Margarita, abrigados dentro de la sierra costera, están los valles de Caracas, Aragua y El Tuy. Las laderas son verdes; el aire de las montañas templa el sol tropical y da frescor a las noches; los arroyos corren lentamente en verano e invierno entre bambúes, mimosas y caña amarga. En estos paradisíacos parajes tenían sus fincas los mantuanos o terratenientes criollos. En sus fincas trabajaban centenares de esclavos cosechando café, cacao, índigo, tabaco, azúcar y toda clase de frutas. Todo eso se despachaba al puerto de La Guaira para ser cargado en los navíos y enviado a la lejana España.

De allende el océano Venezuela recibía vinos, aceite de oliva, brocados, damascos, aceros toledanos, clavicordios, pinturas, libros, espejos, vajillas, calzado y muchos otros artículos.

* * *

En la relación que Cristóbal Colón mandó a los reyes Fernando e Isabel de España acerca de su viaje emprendido en 1498, después de dar cuenta del descubrimiento de una gran isla que bautizó con el nombre de la Trinidad, describe su encuentro con una tierra firme de la que tomó posesión en nombre de la corona española. "Creo que estas tierras que agora mandaron descubrir Vuestras Altezas –escribió Colón– sean grandísimas y haya otras muchas en el Austro de que jamás hubo noticias". Eran las tierras de Venezuela.

Colón reputó estos parajes como los más hermosos del mundo: "la temperancia suavísima, y las tierras y árboles muy verdes". Los nativos eran de color claro, de buen cuerpo y hermosos gestos. Llevaban collares con piezas de oro y brazaletes de piedras. Lo que más ocu-

paba a Colón eran los adornos de los indígenas. El oro, como le pareció, no estaba lejos.

Colón parecía seguro que había llegado a los umbrales del Paraíso Terrenal, dándole a Venezuela el nombre de Tierra de Gracia. Los conquistadores españoles que arribaron aquí un año más tarde supieron que estos lugares eran denominados por los indios Maracapana, o sea, Costa de Tierra Firme. Cuando los forasteros blancos vieron las viviendas lacustres de los indios en el Lago Maracaibo, le dieron otro nombre a estos lugares: el de Venezuela, o de Pequeña Venecia.

Los conquistadores se diferenciaban entre sí por el monto de sus bienes, por sus títulos y rangos, pero tanto el soldado como el marino, el aristócrata y el artesano, el monje o el poeta desafortunado venían impulsados por una misma sed de oro y de aventuras; querían convertirse en dueños de "ínsulas", de extensas tierras trabajadas por esclavos, vivir en el lujo y la placidez como era dado a los verdaderos Grandes de España.

Nada podía asustarlos y obligarlos a retroceder: ni las supersticiones y los prejuicios con que arribaron al Nuevo Mundo, ni el temor ante lo desconocido, ni la espesura de los bosques tropicales, ni los desiertos y las montañas inaccesibles, los terremotos, las lluvias torrenciales y los tornados, ni la tenaz resistencia de los indios. Eran demasiado promisorias estas tierras, en las que pensaban encontrar oro, plata, perlas, diamantes y otras riquezas, y los peligros que acechaban no alcanzaban a amedrentar ni a los menos resueltos.

Resultó, sin embargo, que en Venezuela no había el oro o las piedras preciosas que imaginó Colón –por lo menos en la cantidad que éste había supuesto. La fantasía del navegante genovés llegó a confundir a veces el deseo con la realidad. Otra cosa eran los imperios fabulosos de México y del Perú, donde, según decían los soldados de la conquista, las chozas más miserables de los indígenas estaban adornadas con perlas y esmeraldas.

Corrían rumores insistentes de que tras las montañas, en el oeste de la costa de la Tierra Firme, se encontraba el reino de El Dorado, cuya capital había sido tallada en la mole de una montaña de oro puro. Mas, todos los que habían tratado de encontrar ese lugar desaparecieron sin dejar rastro alguno. ¡Que se ocupen, pues, otras gentes de someter a la Tierra de Gracia! A los españoles Dios aseguró un destino mejor.

Así razonaban no sólo los conquistadores, sino también las autoridades reales de Madrid. En 1528 Carlos I vendió a unos banqueros alemanes, los Welser, los derechos sobre la Costa de Tierra Firme.

Durante varios decenios los alemanes estuvieron buscando en tierras de Venezuela aquello que no pudieron hallar los españoles: el reino de El Dorado. La Costa de Tierra Firme siguió sin revelar sus secretos y sepultó en sus entrañas a los conquistadores teutones, que no dejaron tras de sí otras huellas que las cenizas de las viviendas y los cadáveres de los indios asesinados. Más tarde retornaron los españoles

para quedarse aquí definitivamente.

La administración en las Indias Occidentales estaba totalmente a cargo de funcionarios españoles que oprimían a los nativos con el concurso del clero peninsular.

Los indios morían en masa como consecuencia de la cruel opresión, la viruela y otras enfermedades traídas a la colonia por los europeos. Para el trabajo en las plantaciones se utilizaban negros esclavos oriundos de Africa.

La trata de esclavos cobró amplia difusión en todas las colonias del continente americano, pero muy en particular en Nueva Granada y Venezuela. La población indígena aquí era escasa, mientras que las plantaciones de café, cacao e índigo ocupaban enormes extensiones y requerían mucha mano de obra.

Uno de los centros del comercio de esclavos fue el puerto de Cartagena –asiento de la "Santa Inquisición"–, en Nueva Granada. En Cartagena había un constante olor a carne asada: bajo el ojo avizor de los inquisidores aquí se marcaba a fuego a los negros esclavos.

Un esclavo costaba casi lo mismo que dos mulos. El negro fugitivo que caía preso era castrado. La misma pena se aplicaba a los esclavos por guardar armas.

Las autoridades españolas fomentaban el odio entre indios y negros. Las campañas contra los "salvajes" (así llamaban a los indígenas que se refugiaban en la selva y no acataban el poder de los peninsulares) se realizaban con la ayuda de los negros esclavos, mientras que los indios "mansos" eran utilizados en la caza de los negros prófugos. Por eso los levantamientos de los esclavos no encontraban apoyo entre los nativos y la resistencia de los indios frente a los colonizadores, a su vez, no despertaba solidaridad entre los esclavos.

La sociedad colonial en Venezuela, lo mismo que otros dominios hispánicos del Nuevo Mundo, se subdividía en una especie de castas. La formaban los españoles, entre los que predominaban los oriundos de Castilla, vascos y canarios, procedentes de las Islas Canarias. Sus descendientes, nacidos en tierra americana, constituían el grupo de los criollos. Estaban también los mestizos, mezcla de sangre europea e india; los mulatos libres o mezcla de europeos y negros; los zambos libres, de negros e indios y, por último, los indios y los negros esclavos.

A comienzos del siglo XIX en América Española vivían casi 17 millones de habitantes, entre ellos alrededor de 3 millones de criollos y cerca de 150 mil españoles. Venezuela era una comarca relativamente poco poblada. Tenía unos 900 mil habitantes, entre ellos 87 mil esclavos y cerca de 20 mil negros cimarrones. Había unos 100 mil blancos; los españoles sumaban 12 mil.

Los peninsulares hicieron todo lo posible para mantener a las castas aisladas una de otra. Cada casta no sólo tenía asignado el barrio en que debía vivir y el tipo de sus ocupaciones, sino también cómo tenía que vestir y su modo de vida.

A finales del siglo XVIII cualquier mulato o mestizo rico que quería ser "blanco" podía comprar por mil reales un certificado que acreditaba la "pureza" de su procedencia, recibiendo el nuevo "hidalgo" la garantía oficial de que las autoridades guardarían mutis eterno acerca de "la procedencia y la calidad" de su sangre.

Los criollos, entre los cuales hubo muchos luchadores por la independencia, no constituían un grupo social monolítico. Los más influyentes entre ellos eran los mantuanos –terratenientes ricos dueños de ganados y plantaciones. Les decían los "gran cacao", pues este cultivo era una de las fuentes principales de riqueza de los mantuanos.

Los "gran cacao" estaban vinculados con las familias más influyentes de la aristocracia española y poseían ellos mismos altos títulos y rangos comprados en la Corte.

Los españoles miraban a los criollos con altivez como a una "raza inferior"; éstos, a su vez, consideraban a aquéllos unos usurpadores y bribones petulantes.

España mantenía a sus colonias alejadas del mundo exterior, les prohibía comerciar con el extranjero e incluso entre sí. Cada colonia era un mundo aislado, separado como por una muralla china de los dominios hispánicos vecinos, lo cual impedía considerablemente la unificación de los esfuerzos patrióticos en la lucha contra el enemigo común durante la guerra de la independencia.

A los dominios de ultramar no se les permitía producir artículos y mercancías que exportaba España. El vino, el aceite de oliva, la seda y otros tejidos, así como vajillas y armas, todo provenía de la metrópol para ser vendido a precio descomunal entre los consumidores locales. En cambio, los españoles adquirían los productos de las colonias: tabaco, café, cacao, azúcar, pimiento, índigo, canela, corteza de quinina, hierbas medicinales y pieles pagando precios irrisorios.

El contrabando fue utilizado por los criollos como una forma de protesta contra el monopolio comercial español. En Venezuela el comercio contrabandista se hacía con las islas de las Antillas, donde se habían asentado los ingleses, franceses y holandeses. Los habitantes de Buenos Aires y Montevideo mantenían un intenso tráfico de contrabando con los contrincantes de los españoles –los portugueses–, quienes dominaban en el vecino Brasil, y con los aliados de éstos, los ingleses. Los mexicanos comerciaban ilegalmente en el norte con los ingleses y franceses. Los cubanos lo hacían con los dominios británicos, holandeses y franceses de la cuenca del Caribe.

Los españoles imponían a los habitantes de las colonias decenas de diversos tributos para la Corona y la Iglesia que redundaban en una pesada carga, sobre todo, para la población indígena. Se cobraban impuestos por el transporte de mercancías de un lugar a otro; por cada ventana, puerta o umbral; por cada fiesta de cumpleaños o velada. Los frailes, además del diezmo, reclamaban la gratificación por cada bautismo, misa, casamiento o sepelio. Los españoles cobraban tributo por la vida y la muerte, por el pan y el hambre, por las alegrías y las penas.

En el siglo XVIII, durante el reinado de Carlos III (1759-1788), las autoridades españolas, siguiendo la política del absolutismo ilustrado, realizaron algunas reformas en la metrópoli y en las colonias. Fue prohibida la Orden de los Jesuitas y sus miembros fueron expulsados de los dominios hispánicos. La Inquisición tuvo que atemperar considerablemente su práctica persecutoria, la censura se hizo más liberal, las colonias obtuvieron la posibilidad de comerciar entre sí y con la metrópoli, los criollos por primera vez empezaron a viajar –y no sólo a España, sino a otros países de Europa–, comenzaron a ser admitidos para el servicio de las armas y la Iglesia y hasta en la administración colonial.

Pero las reformas beneficiaron no tanto a los criollos, como a los españoles mismos. Durante el reinado de Carlos III una nueva ola de negociantes insaciables se abalanzó desde la metrópoli sobre los dominios de ultramar para ocupar todas las posiciones clave en el comercio. Basta decir que los ingresos de España procedentes de sus posesiones de América aumentaron de 74,5 millones de reales en 1778 a 1.212,9 millones en 1784. Después de la muerte de Carlos III en Madrid el poder de nuevo pasó al partido oscurantista. A instigación suya, las autoridades coloniales volvieron a "apretar los tornillos". El retorno a los métodos autoritarios de gobierno provocó comprensible malestar entre los criollos. Por vez primera se empezó a hablar en las colonias acerca de la necesidad de librarse del poder del monarca español...

En 1780 tuvo lugar una insurrección de indios en Perú, encabezada por el cacique Túpac Amaru. Casi al mismo tiempo se alzó en armas la plebe de la ciudad y el campo en Nueva Granada. Los participantes de este movimiento se dieron el nombre de "comuneros" –defensores de una causa común. Si bien los españoles lograron aplastar a Túpac Amaru y los comuneros, todo indicaba que se aproximaban nuevos acontecimientos aun más temibles.

Esto lo comprendían los españoles más perspicaces. El ministro Aranda presentó al rey un memorándum advirtiendo que iba a ser difícil seguir dominando por largo tiempo a tierras tan lejanas de la metrópoli.

Fueron realmente proféticas las palabras de Aranda referentes a los Estados Unidos, que siete años antes habían proclamado su independencia. Aranda decía que la República del Norte nació pigmea, y para asegurarse la independencia necesitó del apoyo y el poderío de dos grandes potencias: España y Francia. Mas, crecerá y llegará el día en que transformándose en un gigante o tal vez en un temible coloso olvide la ayuda que obtuvo de estos dos Estados para ocuparse solamente de su propio bienestar. Esta potencia, decía Aranda, se posesionará de Florida y establecerá su dominio en el Golfo de México. Luego procurará apoderarse del virreinato de Nueva España, lo cual será difícil de impedir tomando particularmente en cuenta el hecho de que Estados Unidos se encuentran en el mismo continente y son

vecinos de esta colonia. Estos temores no son vanos, y ello acontecerá en años muy próximos, si es que antes no ocurren aun más trágicos sucesos en América. Para evitar todo eso, sugería el ministro español, hay un sólo medio: conceder la libertad a todas las colonias hispánicas a excepción de Cuba y Puerto Rico, además de algunas islas, que podrían servir como puntos de trasbordo para el comercio español...

Aranda proponía poner a tres príncipes españoles al frente de América, haciendo a uno rey de México, a otro del Perú, y de la Costa de Tierra Firme al tercero, reservándole al monarca de España el título de emperador. El comercio entre ellos se haría sobre la base de una conveniencia mutua y las cuatro naciones formarían una estrecha alianza ofensiva y defensiva.

Si el rey hubiese escuchado los consejos de Aranda y concedido la autonomía a las colonias, es muy probable que Bolívar no haya tenido que consagrarse a la lucha por la independencia, sino ocuparse de alguna otra cosa.

Los Borbones de España no se distinguían por su lucidez y clarividencia, y menos aún Carlos IV, que a la sazón era el que gobernaba.

– ¿Renunciar a las colonias, al oro americano? ¡Nos moriremos todos de hambre! Lo que Aranda y demás liberales quieren es la ruina del imperio español. España necesita de conquistadores y no de soñadores.

Y Carlos IV dio la orden de destituir a Aranda del cargo de ministro.

Mientras tanto, en las Indias Occidentales cundía la inquietud...

Un discípulo de Juan Jacobo Rousseau

Allí a menudo se tropieza uno con gentes que con bellos discursos filosóficos en los labios, desmienten con sus actos los principios fundamentales de la filosofía que dicen profesar pues, sosteniendo en una mano a Reynal, con otra maltratan a los esclavos, y que, hablando con entusiasmo de cuestiones tan importantes como la libertad, venden a los hijos de sus esclavos unos meses después de haber éstos nacido.

Alejandro Humboldt

Caracas, la capital de la Capitanía General de Venezuela, se encuentra a escasa altura sobre el nivel del mar en un valle al abrigo de cadenas montañosas que constituían, por el norte, una defensa contra los piratas del Caribe y, por el sur, contra los cálidos vientos de los llanos. En Caracas reina una eterna primavera.

Calles empedradas conducían a cuatro anchas plazas con los edificios de la administración colonial. Todo en derredor era jardines y parques llenos de flores.

La ciudad sufrió repetidos terremotos; por eso sus edificios, incluso los más ricos, eran de un solo piso. Todos tenían patio.

En una de esas casas, en la plaza San Jacinto, vivió un principal mantuano, de la familia de los "gran cacao", don Juan Vicente Bolívar y Ponte, cuyo antepasado –el vasco Simón Bolívar– se estableció en Venezuela en la segunda mitad del siglo XVI. El primer Simón Bolívar fue administrador de fondos en la Capitanía General y dejó una gran herencia de fincas y plantaciones. Sus descendientes multiplicaron esta riqueza. Uno de ellos adquirió en 1663 una posesión en Arroa con ricas minas de cobre. El padre de don Juan Vicente compró en Madrid los títulos de marqués y vizconde, los cuales, sin embargo, no pudo utilizar por no tener sanción real.

Don Juan Vicente Bolívar llevaba la vida que correspondía a un célebre mantuano. Tuvo bajo su mando un regimiento de milicia, vivió quince años en Madrid representando los intereses del Cabildo de Caracas. De la capital española trajo libros sobre arte militar, historia y religión. Junto con obras de Calderón y de Cervantes, las prédicas de Bossuet y los tratados de los teólogos españoles, en su biblioteca figuraban los libros de los grandes apóstatas: Erasmo, Voltaire y Rousseau.

En 1728 la corona entregó todo el comercio de Venezuela a una casa comercial vasca, la Compañía Guipuzcoana, que a ínfimo precio adquiría cacao y otros productos de la colonia. En 1749 los desmanes

de esta compañía provocaron una insurrección al mando del criollo León. Los rebeldes ocuparon Caracas y obligaron a las autoridades españolas a anular el derecho de la Compañía Guipuzcoana a ejercer el comercio monopolista con Venezuela. Después de haberse aplacado un poco el furor de los caraqueños, los españoles arrestaron a los dirigentes del levantamiento y los ajusticiaron. Don Juan Vicente simpatizó con las acciones de León, aunque no participó en ellas, y se mostró muy indignado por las represalias de que fueron víctimas los dirigentes del movimiento.

Don Juan Vicente siguió con gran apego los pormenores de la lucha de las colonias británicas de América del Norte contra la autoridad real. España, mientras tanto, siempre buscando debilitar a Inglaterra, su eterna contrincante, decidió ayudar a Washington declarando la guerra a la vieja Albión.

Tropas españolas, enviadas a Florida y Cuba, combatieron junto a los insurrectos norteamericanos contra las fuerzas inglesas. Uno de los participantes en las batallas por la independencia de Estados Unidos fue el criollo venezolano Francisco de Miranda, quien entonces estaba sirviendo como ayudante del Capitán General de Cuba. Don Juan Vicente y otros mantuanos entablaron contacto con Miranda, proponiéndole encabezar un levantamiento en las colonias españolas. Pero Miranda consideró que aún no había llegado la hora para una acción abierta contra las autoridades de la península.

Don Juan Vicente era un inveterado solterón. Se casó sólo a los 47 años de edad. Doña María Concepción Palacios y Blanco, su esposa, pertenecía, como él, a uno de los más ricos linajes mantuanos. Doña María obsequió a su marido, primero, con un hijo que fue bautizado, como el padre, con el nombre de Juan Vicente y después con dos hijas: María Antonia y Juana. La noche del 24 al 25 de Julio de 1783 en la casa de los Bolívar, plaza San Jacinto de Caracas, tuvo lugar otro acontecimiento importante: doña María dio a luz al segundo hijo, quien recibió el nombre de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad.

Bautizó a Simón un pariente de los Bolívar, Aristeguieta, superior de la Catedral de Caracas. Este propuso dar al niño el nombre de San Jacobo, patrono de España. Pero don Juan Vicente decidió que lo llamaran Simón, creyendo que este hijo daría fama al linaje de los Bolívar igual a la de su antepasado Simón, como si presintiera que le tocaría encabezar la liberación de Venezuela contra el dominio español. En 1783 Inglaterra se vio obligada a reconocer la independencia de Estados Unidos. ¿Acaso no era ello un augurio feliz? Aristeguieta no compartía los sediciosos puntos de vista de Don Juan Vicente. El prelado estaba convencido de que al niño le esperaba una vida despreocupada, plena de placeres y alegrías y, para que ellos no falten, le regaló al recién nacido una hacienda que rendía un ingreso anual de 20.000 pesos.

A los seis meses de nacido Simón muere Aristeguieta, y dos años

después le sigue don Juan Vicente dejando una gran herencia a la familia. He aquí la nómina de esos bienes:

En dinero: 258.000 pesos.

Dos plantaciones de cacao, cerca de Caracas.

Cuatro casas en Caracas, con los esclavos, muebles y joyas correspondientes.

Nueve casas en La Guaira.

Objetos de plata valorados en 46.000 pesos.

Casa de campo a orillas del mar.

Casa y finca fuera del recinto de Caracas.

La finca de San Mateo, con más de 1.000 esclavos y dos trapiches azucareros.

Un rancho de producción de índigo cerca de San Mateo en el valle de Aragua.

Tres extensísimos ranchos ganaderos en los llanos.

El valle de Arroa con minas de cobre, legado colateral todavía no liquidado, y las minas de Cocorote.

Además las siguientes mercancías:

En Veracruz (México): 1.185 libras de índigo,
119 fanegas de cacao.

En Cádiz (España): 2.241 libras de índigo,
697 fanegas de cacao.

El norteamericano Waldo Frank, uno de los biógrafos de Bolívar, evaluaba en 10 millones de dólares (cotización actual) la fortuna del padre de Bolívar.

Transcurridos menos de seis años, muere de tuberculosis doña María. El niño Simón quedó a cargo de su aya, la negra Hipólita. Esta, una simple esclava, sirvió al pequeño mantuano con amor y fidelidad. Bolívar la recordaba siempre con gran cariño y amor. "Hipólita es mi madre –decía–. Su leche ha alimentado mi vida, y no he conocido otros padres que ella".

De educar al huérfano de ocho años se encargó su tío, Carlos Palacios. Le puso de tutor a Simón Rodríguez, joven de veinte años, quien influyó mucho sobre Bolívar. En ese tiempo Rodríguez servía como secretario del abuelo de Bolívar, don Feliciano de Palacios. Pese a su juventud, era un hombre maduro, con grandes conocimientos y rica experiencia en la vida. Rodríguez tuvo oportunidad de conocer a Europa. A los catorce años trabajó de grumete en un barco y, al llegar a Europa, recorrió a pie España, Francia y Alemania. Según algunas fuentes, estuvo incluso en Rusia.

– Yo no quiero parecerme a un árbol arraigado en un sólo lugar; quiero parecerme al viento, al agua, al sol y a todas las cosas que están en perpetuo movimiento– solía decir Rodríguez.

El preceptor era un ferviente admirador de los enciclopedistas franceses, particularmente de Rousseau, cuyo *Emilio* –libro que propagaba nuevos métodos de educación– lo consideraba una suprema revelación. Su físico mismo: labios finos, nariz delgada y prolongada,

mentón ancho y saliente hacían recordar al autor del famoso *Contrato social.*

Después de regresar de Europa, Rodríguez pasó a dirigir una de las pocas escuelas de Caracas. En su memorial al Ayuntamiento de Caracas que tituló: "Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento" propuso incorporar la enseñanza mixta de niños y niñas, el aprendizaje de artes y oficios y abrir escuelas para los hijos de los negros y mulatos. Rodríguez decía, que era bueno que la juventud aprenda las ciencias, que estudie lenguas, literatura, derecho, física y botánica, pero que había una cosa más importante aún y necesaria para aprender en primer lugar: el saber vivir en la sociedad. Las autoridades consideraron el memorial de Rodríguez como una herejía y optaron por no darle respuesta.

El seguidor de Rousseau tenía en Caracas fama de personaje sumamente original. Su verdadero apellido era Carreño. No creía en Dios. Su hermano, en cambio, era un católico ferviente. Es así que entre ambos se producían violentas discusiones. Al fin y al cabo Simón rompió con el hermano y, para que no lo confundan, renunció al apellido de Carreño tomando el de la madre, Rodríguez. A sus hijas, siguiendo el espíritu de las enseñanzas de Rousseau, las llamó Maíz y Tulipán.

Rodríguez quería hacer de su discípulo un hombre parecido a Emilio, a quien Rousseau dota de todas las virtudes ciudadanas. Bolívar, igual que Emilio, era huérfano; era rico, noble, fuerte y sano. Rodríguez se instaló junto con Simón en la finca de "San Mateo". Allí preceptor y discípulo vivieron de manera espartana, dormían en hamacas; a medianoche el maestro solía despertar al alumno para ir a bañarse en las frescas aguas del Guaira. La caza, el galope en caballos semisalvajes, las pláticas con esclavos y adustos llaneros, los viajes a la sierra llenaron el vivir cotidiano del joven criollo y de su maestro.

Poca lectura y más trato con la naturaleza, aconseja el mentor. Rodríguez le recomendó a su educando un único libro: las aventuras de Robinson Crusoe, que era lo que prescribía Rousseau. El joven mantuano adquirió temple físico, se hizo caminante incansable, magnífico jinete y excelente nadador.

Largas pláticas tuvieron sobre la Revolución Francesa que abatió a los tiranos. Por intermedio de Rodríguez se enteró Bolívar de que su famoso compatriota Francisco de Miranda era uno de los más relevantes jefes militares de la Francia revolucionaria.

Un día el preceptor le trajo al discípulo la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* editada en la capital de Nueva Granada –Bogotá– por un partidario de la Revolución Francesa, Antonio Nariño. Este, siendo un rico negociante, adquirió una máquina de imprimir y reprodujo en ella la versión española del texto de la famosa declaración. Las autoridades coloniales, al enterarse de ello, arrestaron a Nariño, confiscaron todos sus bienes y lo condenaron a

diez años de trabajos forzados en una cárcel africana.

Las noticias sobre la Revolución Francesa llegaban no sólo hasta la cúspide de la sociedad colonial, sino que penetraban en el seno del pueblo. También los negros esclavos supieron de los acontecimientos de Francia. En 1790 corrió entre ellos el rumor de que el rey de España había abolido la esclavitud, pero que los amos, en confabulación con las autoridades coloniales, lo estaban ocultando. La servidumbre oía las conversaciones de sus señores, sustraía sus cartas, papeles y periódicos con la esperanza de conocer la verdad. Los hijos de los dueños de las plantaciones comunicaban a los esclavos las noticias que sus padres se esforzaban en ocultar. De boca en boca corrían las palabras del hijo del señor de Manzanas expresadas a su aya negra: "Llegó la hora de declarar a todos iguales, pues el color de la piel no reviste ninguna importancia".

Los esclavos se enteraron que en la Isla de Haití sus hermanos de infortunio se habían levantado, dado muerte a los amos y proclamado la República. En Caracas y otras ciudades de Venezuela aparecían cartas apócrifas instando a la población a tomar las armas y promulgar la "ley francesa", es decir, abolir la esclavitud.

En 1795, en las zonas rurales cercanas a la ciudad de Coro se produjo una insurrección de esclavos a la que se sumaron los negros libertos, mestizos, mulatos y algunos campesinos blancos. Los sublevados asaltaban las fincas, daban muerte a sus dueños y anunciaban la abolición de la esclavitud y la reducción de los impuestos. Las autoridades coloniales, con el auxilio de los terratenientes, lograron sofocar la rebelión; el jefe de los insurrectos, el zambo José Leonardo Chirinos, después de feroces torturas, fue ajusticiado. Igual suerte corrieron muchos otros participantes del movimiento.

Rodríguez y su alumno Simón conocían todos estos sucesos y estaban convencidos que, tarde o temprano, el pueblo iba a triunfar.

– La República: es eso lo que debemos tratar de alcanzar –solía repetir Rodríguez.

Mientras tanto, en la misma España surgían logias secretas, se formaban sociedades republicanas, se tramaban confabulaciones. Sus participantes exhortaban al pueblo a seguir el ejemplo de los revolucionarios franceses, derrocar a los Borbones de España y proclamar la República. Las cárceles no daban cabida a los arrestados por sospecha de actividades antigubernamentales. Las autoridades empezaron a confinar a los detenidos políticos en las colonias americanas. A comienzos de 1797 un grupo de éstos, encabezado por Picornel, un republicano oriundo de la Isla Mallorca, fue remitido a La Guaira y recluido en la fortaleza.

La aparición de Picornel y de sus compañeros en tierras venezolanas provocó una gran efervescencia entre los partidarios de la Revolución Francesa en Caracas. Estos en su mayoría eran jóvenes procedentes de ricas familias criollas, los dirigía el maestro de Bolívar, Rodríguez.

Los conspiradores organizaron la fuga de Picornell y de sus amigos con la intención de realizar con ayuda de ellos una sublevación republicana. Dos jóvenes criollos–José María de España y Manuel Gual– se ocuparon de los preparativos del golpe.

Al parecer, todo auguraba éxito a los confabulados. Pero a último momento un traidor reveló sus planes a las autoridades españolas. Comenzaron las detenciones en masa Gual y de España lograron escapar a la Isla de Trinidad. Procurando evitar el arresto, también Rodríguez abandonó Caracas.

Al caer la tarde había llegado a galope hasta la finca de San Mateo para despedirse de su discípulo.

– ¡Adiós, mi joven amigo! Recuerda: el régimen español está condenado. Venezuela pronto será libre, no pierdas el ánimo. Procura que tu preceptor sea Andrés Bello, secretario del Capitán General. Es uno de los nuestros, pero no corre peligro alguno por cuanto el traidor ignoraba su participación.

A la mañana siguiente, del puerto de La Guaira partió rumbo a la Trinidad una brigantina americana, a cuyo bordo se encontraba un nuevo marinero llamado Samuel Robinson. Fue el nuevo nombre que adoptó Rodríguez en honor de Robinson Crusoe, el entrañable héroe de Rousseau.

Después de la partida de su preceptor, Bolívar se trasladó a Caracas, a la casa de San Jacinto. Su nuevo maestro fue Andrés Bello, quien no cedía en conocimientos a Rodríguez. Bello sabía bien inglés y francés, escribía poesías a la manera de los antiguos clásicos. Se esforzó en inculcar a su discípulo la afición por la lectura. Hizo conocer a Bolívar las inmortales obras de Homero: *La Ilíada* y *La Odisea,* los textos de Dante y de Virgilio, Quevedo y Cervantes.

En 1798 regresó a Venezuela, por vía clandestina, el patriota venezolano de España. En Caracas y otras ciudades volvieron a aparecer hojas, pegadas por las noches por personas desconocidas, en las que se exhortaba al pueblo a derrocar a los españoles y proclamar la República. En esos días Andrés Bello solía dejar la casa de su discípulo, alegando tener compromisos urgentes...

Tampoco esta vez los patriotas tuvieron suerte. Los espías del Capitán General dieron con el paradero de España, quién fue ejecutado. Pero sus compañeros siguieron en libertad y siempre dispuestos a la acción en la primera oportunidad que se presentara...

* * *

Corría el año 1799. Dos famosos científicos –el geógrafo y naturalista alemán Alejandro Humboldt y su amigo francés, el botánico Aimé Bonpland– llegaron a Caracas, procedentes de Europa, después de una estadía en la Isla de Tenerife. Habían obtenido permiso de Madrid para visitar las colonias del Nuevo Mundo a fin de hacer una descripción científica de ellas, cosa que esperaban utilizar en interés

propio las autoridades españolas.

Los científicos se convirtieron en el eje de atracción de la juventud patriótica de Caracas, para la cual ambos viajeros personificaban al París revolucionario. Humboldt y Bonpland siempre iban acompañados de Andrés Bello, quien les había presentado a su joven discípulo, Simón Bolívar...

Alejandro Humboldt y Aimé Bonpland estuvieron en Venezuela alrededor de un año. Humboldt fue el primer europeo no español que visitó todas las siete provincias de Tierra Firme y dejó a la posteridad una detallada descripción de las mismas en su famosa obra *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo hecho en 1799-1804*. Esta obra fue escrita en 1812 y publicada por primera vez en París en 1816. La misma permite considerar a Humboldt como el descubridor de Venezuela contemporánea.

El estudioso alemán supo auscultar magistralmente no sólo la naturaleza de Venezuela, sino también su realidad social, vislumbrando la ruptura inevitable con España tanto de esta colonia, como también de las demás y su transformación en Estados independientes. Humboldt predijo que la represión violenta de los movimientos de liberación conduciría sólo a una mayor rebeldía de la población nativa frente a la metrópoli, la cual, al fin y al cabo, se vería obligada a abandonar sus dominios.

Humboldt recordaba con gratitud la acogida brindada por los caraqueños, señalando que La Habana, a la que también había visitado, y Caracas eran más avanzados en comparación con las demás colonias españolas, que allí había "más luces sobre las relaciones políticas de las naciones y miras más extensas sobre el estado de las colonias y de las metrópolis".

La multiplicación de las relaciones comerciales entre Europa y países Antillanos, escribió Humboldt, han influido poderosamente en el progreso de la sociedad en la Isla de Cuba y en las hermosas provincias de Venezuela: en ninguna otra parte de la América Española la civilización había tomado un aspecto más europeo. El gran número de indios que pueblan a México, decía, y las regiones interiores de Nueva Granada imprimen a esos extensos países un carácter peculiar y hasta exótico. Pese al incremento de la población negra, en La Habana y en Caracas se tiene la impresión de encontrarse más cerca de Cádiz y los Estados Unidos que en cualquier otra ciudad del Nuevo Mundo.

Humboldt dejó un análisis perspicaz de los puntos de vista y del estado de ánimo de los criollos venezolanos, a quienes pronto tocó encabezar el movimiento por la independencia. "En Caracas –señalaba Humboldt–, como en todas partes donde maduran grandes cambios en las ideas, existen dos tipos de gente, puede decirse, dos generaciones totalmente diferentes. Una de ellas, poco numerosa hoy día, conserva ardiente apego a las viejas costumbres, a la sobriedad en los gustos y deseos. Vive únicamente con el pasado de América, a la cual supone como perteneciente a sus antepasa-

dos que la conquistaron. Rechazando todo lo que califica de moderno, conserva como parte de su legado familiar los prejuicios heredados. La otra, que se interesa incluso no tanto por el presente como por el futuro, revela con frecuencia una inclinación inconsciente por las nuevas costumbres e ideas. Cuando esta inclinación se combina con el amor por el conocimiento serio, cuando está dominada y orientada por una inteligencia clara e ilustrada, ella beneficia a la sociedad. Entre los representantes de la segunda generación que he conocido en Caracas hay muchas personas magníficas por su apego a la ciencia, sutilidad en los gustos y nobleza de sentimientos; pero he conocido a otras también: desdeñando todo lo que hay de digno y hermoso en el carácter, la literatura y el arte de los españoles, perdieron su imagen nacional y, al mismo tiempo, no recogieron de sus tratos con los extranjeros ni la mínima noción sobre las auténticas bases de la felicidad y del orden social".

Como adversario consecuente de la esclavitud, Humboldt veía con ojos críticos a aquellos criollos que se jactaban de ser ilustrados, hablaban de libertad e independencia, pero seguían siendo dueños de esclavos, a quienes explotaban impiadosamente.

La permanencia de Humboldt y Bonpland en Venezuela dejó una profunda huella en la memoria de los habitantes de este país, que por vez primera se encontraron con verdaderos científicos. Los relatos de los estudiosos sobre los progresos de la ciencia, los nuevos descubrimientos e inventos, el espíritu democrático y amante de la libertad que los animaba, su actitud negativa frente a la esclavitud, a la tiranía y fanatismo religioso encontraron un positivo eco entre los criollos que soñaban con desprenderse del dominio colonial español. El encuentro con los científicos quedó bien grabado también en la memoria del joven mantuano Simón Bolívar, quien ardía de impaciencia por visitar a Europa, ver con sus propios ojos todas las maravillas de las que hablaron estos dos famosos viajeros.

Descubriendo el Viejo Mundo

Yo quiero vivir libre y morir ciudadano.
Simón Bolívar

En 1799 los parientes de Bolívar decidieron enviarlo a España, a Madrid, alejarlo del peligroso ambiente de Caracas. En la capital española el joven mantuano tenía que adquirir el lustre de la gran sociedad y completar su instrucción. Ello sí que era necesario, pues Rodríguez y Bello velaban más por la educación física y filosófica del joven que por enseñarle las reglas elementales de la gramática o la aritmética.

El viaje no estuvo excento de aventuras. La nave en la que iba Bolívar, para evitar un posible encuentro con los ingleses que estaban en guerra con España, tuvo que anclar en el puerto mexicano de Veracruz. Bolívar aprovechó la circunstancia para visitar a México, la capital del virreinato de Nueva España, que gozaba de gran fama por los palacios y monumentos de la antigua cultura azteca que allí se encontraban.

El virrey, para quien Bolívar llevaba cartas de recomendación, recibió afectuosamente al joven mantuano invitándole a almorzar con él. Durante la comida se tocó el tema de la Revolución Francesa. El virrey se interesó en conocer la opinión de Bolívar sobre ese acontecimiento. La respuesta categórica fue de grandes elogios para el pueblo francés que guillotinó a Luis de Borbón. El dignatario español, evidentemente turbado, se apresuró a cambiar el tema de la conversación.

Al poco tiempo se reanudó el viaje. Finalmente el navío arribó a Bilbao, la antigua capital de Vizcaya –patria del primer Simón Bolívar. De allí, en una diligencia, el joven venezolano se dirigió a Madrid, donde le esperaba hacía mucho su tío don Esteban Palacios.

Don Esteban se encontraba en la capital española por encargo de la extinta madre de Bolívar que, después de la muerte del esposo, decidió tramitar ante el rey la sanción de los títulos de marqués y vizconde adquiridos por el abuelo de Simón. Las gestiones de esa índole en la Corte duraban años; don Esteban, por otra parte, no se apresuraba a cumplir la misión. Aunque la madre de Bolívar había fallecido hace tiempo, don Esteban seguía en la ciudad capitalina, gozando de una vida despreocupada y alegre. ¿Y qué necesidad tenía, pues, de apurar la autorización de los títulos y regresar al aburrido solar provincial de Caracas, cuando podía pasarse una buena vida en la nada puritana Madrid?

El tío de Bolívar vivía en la mansión de su íntimo amigo y paisano don Manuel Mallo, oficial de la Guardia. El apuesto Mallo tuvo una carrera poco común: figuraba como el primer favorito de la reina María Luisa. En ese puesto singular le había precedido otro oficial de la

Guardia: Manuel Godoy, quien gracias a la protección de María Luisa llegó a primer ministro del reino, mariscal de campo y príncipe.

La alta sociedad madrileña no era muy propensa a codearse con el criollo Mallo, y éste tenía que conformarse con circunscribir sus relaciones al círculo de sus compatriotas residentes en Madrid. Particular apego había manifestado a don Esteban, a quien le consiguió el puesto de ministro en el Tribunal de Cuentas del reino. Y fue a la mansión de Mallo que don Esteban trajo al sobrino.

Al principio Bolívar se sumergió de lleno en la vida de la alta sociedad. Gracias a Mallo fue presentado en la Corte e inclusive se le invitó jugar a la pelota con don Fernando, príncipe heredero de la corona, más tarde rey de España y enemigo acérrimo del Libertador. Todo lo que Bolívar vio y conoció de las costumbres de la Corte y la familia real, difícilmente podía fomentar el sentimiento de reverente devoción por la corona española. El joven venezolano fue testigo, en más de una ocasión, de las juergas amorosas de la ya madura y sin dientes doña María Luisa, reina de España, con el gallardo Mallo.

En Madrid todos sabían que el monarca y su familia se encontraban en manos de una camarilla venal, capaz de cometer las fechorías más abominables y perversas.

—¡Y esta gente rige los destinos de España y de las colonias americanas! —le decía Bolívar con indignación a su tío—. ¿Hasta cuándo vamos a soportarlos?

Pero don Esteban sólo encogía los hombros.

— ¡No lo tomes todo tan a pecho, mi hijo! A fin de cuentas ¿qué razón tienes para estar desconforme? Eres recibido en la Corte, figuras entre las personas más ricas del imperio, pronto serán sancionados los títulos de marqués y de vizconde pertenecientes a tu familia y tú serás uno de los grandes de España. Si te sonríe la fortuna puedes inclusive ganar los favores de la reina y ¿quién sabe? podrás ocupar el puesto de primer ministro. Entonces sí, pondrás orden no sólo en España, sino también en sus dominios de ultramar. ¿O tú crees que podrás llegar a más siguiendo el ejemplo de nuestro compatriota Miranda, quien ya hace veinte años que anda por el mundo amenazando con derrocar el poder español en las colonias? Pasándola bien en Madrid, mi hijo, conseguirás mucho más que aburriéndote en Londres.

Tales conversaciones terminaban por regla en que Bolívar, irritado, abandonaba a su tío y por largos períodos no volvía a la casa de Mallo. Encontraba asilo en la mansión del marqués Ustáriz, oriundo de Caracas, quien desde mucho tiempo estaba viviendo en Madrid.

Ustáriz era partidario de la política ilustrada y de los enciclopedistas franceses. Había sido amigo de Floridablanca, Aranda y Jovellanos, célebres ministros de Carlos III, cuyas reformas imprimieron cierto vigor al cuerpo decrépito del Estado español. Fue Ustáriz que consiguió, a través de sus influyentes amigos, el permiso a Humboldt y Bonpland para visitar los dominios ultramarinos de España, incluida Venezuela, descrita después con tanta maestría por el científico alemán

en su famosa obra *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo hecho en 1799-1804.*

El marqués con gusto recibía al joven criollo, a quien presentó muchos hombres ilustres de España, escritores y científicos, y le permitió trabajar en su biblioteca, donde estaban ricamente representadas las obras dedicadas a la Revolución Francesa. Aquí Bolívar encontró un seguro refugio contra el relajo reinante en el palacio de Mallo.

* * *

Transcurrió un año desde que el caraqueño había llegado a Madrid. Para ese tiempo ya se alejó de Mallo y de su tío Esteban y pasó a vivir en una pequeña mansión del distrito Antocha, cerca de su protector, el marqués de Ustáriz. Posteriormente Bolívar diría que en su juventud estudió a fondo obras de Locke, Voltaire, a los clásicos de la antigüedad, historiadores, oradores y poetas de España, Francia e Inglaterra. A muchos de éstos conoció gracias a Ustáriz.

El viejo aristócrata decidió dar el broche final a la educación del joven caraqueño haciéndole contraer matrimonio con una dama digna de su rango. Bolívar había conocido en casa de Ustáriz a una bella doncella, María Teresa Rodríguez, hija única de Bernardo Rodríguez del Toro, noble mantuano de origen vasco que también residía en España. Bolívar se enamoró de María y no tardó en pedir su mano a don Bernardo, quien dio su conformidad, pero, tomando en consideración la edad del novio, que apenas había cumplido diecisiete años (la novia era dos años mayor), propuso aplazar la boda por varios meses.

Mientras tanto el poderoso Godoy no perdía las esperanzas de volver a ocupar el primer lugar en el corazón inmarcesible de la reina doña María Luisa y tramó una sutil intriga contra Mallo y sus amigos venezolanos. El tío de Bolívar, don Esteban, fue arrestado y encarcelado; la guardia real intentó detener también a Bolívar.

– Márchate a París, amigo mío –le aconsejó Ustáriz–. Quédate allí unos meses, hasta que todo aquí se calme. Te será provechoso visitar a Francia. Conocerás un mundo nuevo, con el que soñaron Voltaire y Rousseau y al que le pertenece el futuro. Si yo fuera más joven, seguro iría contigo.

A comienzos de 1802 Bolívar se dirige a Francia. Visita Bayona, Amiens, París. Rebosa de impresiones, pero siente impaciencia por regresar a España, donde le espera su novia. En mayo, en Madrid, Bolívar contrae enlace con María Teresa. A los pocos días la joven pareja parte para Venezuela.

Parientes y amigos reciben con regocijo a los recién casados. Simón y María Teresa se instalan en una casa nueva en Caracas. Pero la felicidad dura poco. A María no le hace bien el clima de Venezuela,

siempre se siente indispuesta. La fiebre amarilla hace estragos en Caracas, y la joven mujer cae enferma. Los médicos no logran salvarla y muere en los brazos de su esposo.

– No he nacido para ser feliz –expresa Bolívar– desde los nueve años huérfano, a los diecinueve viudo... Terminó para mí la vida privada.

* * *

A finales de 1803 Bolívar abandona otra vez Venezuela y se dirige a Europa.

Vive un tiempo en Madrid cerca de su suegro, don Bernardo Rodríguez, y del marqués Ustáriz. Pero el ambiente local no le favorece. Ni bien llegó a la capital española cuando, por decreto real, se prohibió la permanencia de extranjeros en la capital de España por las "dificultades en el abasto de la urbe". En realidad, lo que el gobierno quería era alejar de Madrid a los franceses y criollos, entre los que había muchos republicanos. Múltiples logias masonas instigaban a derrocar la monarquía española, establecer los derechos democráticos y conceder la independencia a las colonias. La policía sospechaba que entre los masones había criollos de renombre, de los que vivían en Madrid, y emigrantes franceses que escaparon a España del terror termidoriano.

Bolívar se traslada a París, donde alquila una mansión y procura mitigar su dolor sumiéndose de lleno en la vida de la grande y alegre ciudad. Pero aquí, igual que en Madrid, se siente más atraído por el círculo de sus compatriotas.

En París vivía una lejana parienta de Bolívar, de nombre Fanny, que era sobrina del prelado Aristeguieta, el mismo que bautizó a Simón. El esposo de Fanny –Dervieu de Villars, coronel del ejército de Napoleón– era el doble mayor que ella y se encontraba permanentemente en campaña. El salón que presidía la dama era frecuentado por varios generales allegados a Bonaparte, artistas, científicos y literatos. Bolívar se hizo huésped asiduo de la casa, donde lo que más lo atraía era la dueña misma.

Fanny era una morena de veintiocho años con rizada cabellera negra y ojos color de oliva. A Bolívar le hacía recordar las bellas mujeres de su patria. La joven dama hizo mucho para que Bolívar pudiera conocer a la alta sociedad parisiense. En su casa éste se encontró más de una vez con el gran actor trágico Talma, con el escritor Chateaubriand.

Cierta vez Bolívar entabló conversación con Humboldt y Bonpland, que habían sido invitados a la casa y que relataban sus impresiones acerca de su viaje por los dominios españoles de ultramar.

– Dígame, –preguntó el joven criollo al científico alemán–, si ya llegó la hora de América Española para liberarse del yugo extranjero.

– Sí, –respondió Humboldt–. La América Española está madura para ser libre, pero carece de un gran hombre para iniciar el movimiento.

En este momento intervino en la conversación Bonpland.

– Hasta aquí yo he estado de acuerdo con usted, Humboldt. Pero esta vez discrepo. Considero que si las colonias han madurado para la independencia, –y efectivamente así es–, entonces, apenas empiece la rebelión, de ella misma surgirá el caudillo.

– Ustedes olvidan, señores, al general Miranda –recordó a sus contertulios el joven criollo.

Bolívar se hizo muy amigo de Bonpland. El caraqueño se encariñó de este modesto científico que tenía tanta fe en el futuro de los pueblos de América del Sur. Incluso llegó a ofrecerle la mitad de sus rentas si regresaba a Venezuela y proseguía allí su labor científica, pero Bonpland no aceptó.

Cuando Bolívar estaba en París, tuvo lugar la coronación de Napoleón como emperador de Francia. Bolívar escribió una carta al coronel de Villars que testimonia su actitud sumamente negativa hacia Napoleón en ese período.

"Yo no concibo –decía Bolívar– que nadie sea partidario del Primer Cónsul, aunque vos, querido coronel, cuyo juicio es tan recto, le pongáis en las nubes. Yo admiro, como vos, sus talentos militares; pero ¿cómo no veís que el único objeto de sus actos es adueñarse del Poder? Este hombre se inclina al despotismo... ¿Y se cuenta todavía con la era de la libertad?...

¿Puede tener interés ningún pueblo en confiarse a un solo hombre? ¡Ah! estad convencido: el reinado de Bonaparte será, dentro de poco tiempo, más duro que el de los tiranuelos a quienes ha destruido".

Muchos años después, al recordar esos días, Bolívar manifestaría a su ayudante francés, Perú de Lacroix:

– Yo le adoraba como el héroe de la República, como la estrella brillante de la gloria, el genio de la Libertad... No veía en el pasado a nadie, quien pudiera compararsele, y no creía que en el futuro apareciese un hombre como él. Pero Napoleón se hizo emperador y desde aquel día le miré como un tirano hipócrita. Me imaginé cómo reprime con facilidad los nobles impulsos de la humanidad que combate por su bien, cómo reduce a escombros la Columna de la Libertad. ¡Qué terrible indignación provocó en mi alma, plena de fanático amor por la libertad y la gloria, este cuadro tan triste! Desde entonces no pude conciliar con Napoleón. Incluso su gloria me pareció como un engendro del infierno, como la lúgubre llamarada de un volcán destructor alumbrando un mundo cargado de cadenas. Vi con sorpresa como Francia, cubierta de trofeos y monumentos, orgullosa de sus ejércitos e instituciones, cambiaba el gorro frigio de la libertad por la corona imperial, y su pueblo renunciaba a la soberanía en favor del monarca. Apenas podía creer en lo que veía: un pueblo que odiaba la tiranía y aspiraba a la igualdad, observaba impasible cómo sobre las ruinas de sus conquistas se levantaba el trono y el prejuicio.

Pese a que tenía una opinión negativa sobre Napoleón, emperador

y verdugo de la libertad, el joven criollo se sentía fascinado y atraído por los laureles militares de Napoleón. El caraqueño se preguntaba: ¿podría realizar él alguna empresa que le haría célebre no sólo en América del Sur, sino en todo el mundo?

"Esto –refirió más tarde– me hizo pensar en la esclavitud de América y en la gloria que conquistaría el que la libertase".

Un día de enero de 1805 Bolívar recibió una carta desde Viena, firmada por Samuel Robinson.

– ¡Está vivo! ¡Está en Viena! ¡Pide que vaya a verlo! – exclamó Bolívar cuando leyó el mensaje del maestro querido, a quien estuvo buscando sin éxito en las logias masónicas de Madrid y París.

A los varios días maestro y amigo se confundieron en un estrecho abrazo en la capital del imperio austríaco.

Rodríguez estaba abocado ahora a la ciencia. Todo su tiempo lo dedicaba a los experimentos químicos.

– Sólo la ciencia puede salvar a la humanidad frente al prejuicio, la esclavitud y la miseria –sostenía Rodríguez ardorosamente al hablar con su discípulo–. Quien haya dominado los secretos de la ciencia será dueño del mundo, se inclinarán ante él reyes y emperadores, lo glorificarán los pueblos.

Pero el trabajo en el laboratorio no despertaba entusiasmo en Bolívar.

– Bien –dijo, por último, el maestro dándose por vencido–. Si no quieres compartir conmigo los laureles de descubridor de la piedra filosófica, te propongo emprender una gira por Europa, pero a pie, como gustaba hacerlo el inmortal Rousseau. La Naturaleza, gran madre del Hombre, te hará olvidar la frivolidad mundana y todas tus nostalgias y penas.

Bolívar regresa a París, y al poco tiempo le sigue Rodríguez. El 6 de abril de 1805 los dos amigos, llevando sólo lo necesario, abandonan la capital de Francia. Se dirigen a pie a la soleada Italia.

Los caminantes llegaron a Milán, donde presenciaron otra coronación de Napoleón –esta vez como rey de Italia. Luego marcharon hacia Venecia, y de ahí, pasando por Ferrara, Bolonia, Florencia y Perugia, arribaron a la capital del estado pontificio, Roma. El embajador español se apresuró en invitar al joven mantuano, cuya fama y riquezas por doquier le abrían las puertas, a visitar al papa Pío VII. Bolívar aceptó la invitación, pero durante la audiencia se negó a besar la cruz estampada en la sandalia pontificial.

El embajador español montó en cólera.

– ¿Cómo usted osó desairar al santísimo Padre? –le gritó a Simón, tan pronto como ellos abandonaron el palacio papal.

– Señor –respondió serenamente Bolívar, que ya por entonces no soportaba el beaterío religioso–, muy poco debe estimar el Papa el emblema del cristianismo, cuando lo lleva en sus sandalias, mientras los monarcas más poderosos consideran un honor llevarla en su corona.

Cierta vez Bolívar y Rodríguez aparecieron en el Monte Sacro.

– Llegó el momento de liberar a América, y tú debes hacerlo –empezó a convencer enardecidamente Rodríguez a su amigo–. Si los negros de Santo Domingo consiguieron expulsar a los franceses y conquistar la independencia ¿por qué los criollos no pueden conquistar la libertad? Los españoles son más débiles que los franceses y nosotros, los americanos, somos diez veces más que ellos. Lo importante es comenzar. ¡Decídete!

Bolívar quedó pensativo un rato:

– Tienes razón, maestro. No se puede esperar más. ¡Juro por mi honor y juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!

Los viajeros pasaron a Nápoles, donde se encontraron con Humboldt y el científico Gay-Lussac. De allí regresaron a París, y varios meses después Bolívar, atendiendo los consejos de Rodríguez-Robinson, abandonó Europa. Durante el retorno a Venezuela se detuvo en Estados Unidos de América, donde se encontró y conversó con gente necesaria para la causa que pensaba emprender.

Por fin, Bolívar está otra vez en Caracas, en el círculo de sus familiares y amigos. ¿Qué le deparará el futuro?

Escuela de valentía

Prefiero una derrota a una capitulación.
Simón Bolívar

Como a través de un velo de neblina Bolívar ve la sucesiva serie de acontecimientos que en cinco años tanto cambiaron el destino de su país, el de sus compatriotas y el suyo propio.

¡Si al hombre le fuera dado repetir todo desde el comienzo mismo, retornar al punto de partida, volver a mezclar la baraja de los sucesos y, armado de sabiduría, comenzar de nuevo el juego cuya puesta es el bienestar del pueblo! Entonces, el resultado sería diferente, no se hubiera derramado tanta sangre, no se habrían perdido tantas oportunidades. Monteverde habría sido derrotado y la bandera de la independencia ondearía orgullosa sobre el palacio del Capitán General de Caracas.

* * *

¿Qué sucedió al regreso de nuestro héroe a la patria? Caracas seguía impresionada por el fracaso de la expedición de Francisco de Miranda a la región de Coro, efectuada en 1806. Aunque la tentativa del general revolucionario de liberar a Venezuela no se coronó con éxito y él se vio forzado a abandonar la Tierra Firme, sin embargo, infundió fuerte temor a las autoridades españolas y nuevas esperanzas a los partidarios de la independencia. El desembarco de Miranda mostró a las primeras y a los segundos que la liberación del dominio español no era un sueño de fantasía, sino realidad.

En Caracas corrían rumores de que Miranda seguía en la región del Caribe y reclutaba voluntarios preparando una nueva expedición liberadora. Simón Bolívar se enteró de estos planes de su célebre compatriota a través de unos amigos norteamericanos a quienes él conoció cuando regresaba de Europa a Venezuela haciendo escala en Estados Unidos. El mantuano lo comunicó a sus correligionarios de Caracas, quienes comenzaron a prepararse resueltamente para tomar el poder, plenamente decididos a prestar esta vez el máximo apoyo a Miranda.

La situación internacional favorecía a los partidarios de la independencia. Los acontecimientos en Europa eran cada vez más confusos y complicados. Napoleón quería someter todos los países europeos a Francia. El emperador logró que la familia real española vaya a Bayona y acceda a que su hermano José Bonaparte sea proclamado rey de España. Las tropas francesas cruzaron los Pirineos, pero encontraron una inesperada y encarnizada resistencia por parte de los

españoles. Por todas partes surgían destacamentos guerrilleros y juntas patrióticas para combatir contra los invasores. En Sevilla se formó la Junta Central que asumió los poderes de gobierno español.

Inglaterra, la tradicional enemiga de España, trató de sacar provecho de las desgracias de ésta. Por una parte, alentaba a Miranda prometiéndole, aunque en forma velada, considerable ayuda en la empresa de liberar las colonias; por la otra, hacía preparativos secretos para ocuparlas ella misma. Un intento de esta índole, emprendido en 1806 por las tropas inglesas en Buenos Aires, terminó con un rotundo fracaso. Los invasores, derrotados por un levantamiento popular, tuvieron que capitular. La victoria de los habitantes de Buenos Aires ejerció notable influencia sobre la marcha de los acontecimientos ulteriores en América Española. Si los porteños pudieron vencer al ejército inglés –un ejército experimentado y bien pertrechado– con tanto mayor éxito podrían combatir contra las tropas españolas. Tal fue la enseñanza de los sucesos de Buenos Aires que aleccionó a los criollos de Caracas y de otros centros coloniales.

No es de extrañar, entonces, que en Venezuela las autoridades españolas se mostraran nerviosas e indecisas, sin saber qué partido tomar: el de Napoleón, el de la Junta de Sevilla o el de la población local, si ésta, siguiendo el ejemplo de las colonias de América del Norte y de los negros de Santo Domingo, levanta la bandera de la insurrección y declara la independencia.

Jóvenes patriotas, partidarios de la independencia, se reunían en la finca El Palito, de los Bolívar, cerca de Caracas, a la que ellos en broma llamaban "convento criollo". Bolívar y sus amigos procuraban persuadir a los mantuanos a que aprovecharan las circunstancias y obligasen al Capitán General –bajo el pretexto de guardar fidelidad al rey español Fernando VII hecho prisionero por Napoleón, igual que su padre Carlos IV– a formar en Caracas una junta gubernamental, es decir, un gobierno independiente de la Junta de Sevilla.

Los mantuanos encabezados por el marqués del Toro –quien tenía vínculos secretos con Miranda– en efecto intentaron persuadir al Capitán General a formar una junta independiente, pero actuaron con tanta indecisión que, reprendidos por éste, enseguida se arrepintieron y delataron a todos los participantes del complot patriótico. Sin embargo, el Capitán General, no menos temeroso que los propios conspiradores, se contentó con expresarles un reproche paternal.

Los franceses, mientras tanto, continuaban sus operaciones militares en España amenazando con ocupar todo el territorio del país. En Europa eran pocos los que dudaban que, si los franceses llegaban a someter a España, las colonias en América emprenderían la vía de la independencia. Tal opinión era compartida, incluso, por el emperador ruso Alejandro I.

El zar había escrito en una carta al conde F. Palen en ocasión de haber sido designado éste como embajador en Estados Unidos:

"Supongo, que si la guerra en España se prolonga, las extensas y

ricas tierras que ella posee en América, no queriendo hallarse bajo el gobierno de un soberano efímero y entregar sus tesoros a disposición de la junta que se encuentra bajo la tutela de Inglaterra, formarán uno o varios Estados independientes. Es difícil de apreciar correctamente todos los cambios que pueden producirse como resultado de este acontecimiento en los vínculos políticos y comerciales de Europa, pero es fácil de suponer que tales cambios serán sumamente importantes".

El conde F. Palen tomó en cuenta el interés manifestado por Alejandro I hacia la situación en América Española, y transmitía constantemente desde Estados Unidos a Petersburgo información detallada sobre la marcha de los acontecimientos en esta parte del mundo.

En uno de sus primeros informes enviados desde EE.UU. y fechado el 14 (26) de noviembre de 1809, el diplomático ruso escribió:

"Los enormes dominios de España en el Nuevo Mundo, que en tiempos de tranquilidad no habrían llegado tan rápidamente a la idea de separarse de la metrópoli, sienten ahora tal necesidad y tienen conciencia de las ventajas que han de obtener si se transforman en estados independientes y ocupan entre otras potencias del globo el lugar que les destina la naturaleza. Ni bien España quede sin chance alguno de salvación y nosotros veamos que esta vieja soberana del Nuevo Mundo haya caído bajo el yugo de Francia, las semillas de la libertad germinarán inmediatamente en diferentes provincias de la América Española... Estos nuevos Estados no podrán seguir bajo el gobierno de sacerdotes y favoritos y, naturalmente, marcharán por la vía que les dictarán sus propios intereses".

Cabe decir que lo que veía el conde F. Palen, lo veían también otros observadores atentos de los acontecimientos que se desarrollaban en América Española. Nubes de tormenta hace tiempo que se cernían sobre ella, y la tempestad que se desató en 1810 para nadie fue inesperada.

Como era previsible, los franceses, después de enconados combates contra los guerrilleros, lograron ocupar gran parte del territorio español. El 19 de abril de 1810, cuando tales noticias llegaron a Caracas, los habitantes de la capital venezolana, dirigidos por aquellos mismos jóvenes patriotas con Simón Bolívar y Juan Vicente, su hermano, a la cabeza, se sublevaron y derrocaron al Capitán General. El poder pasó a manos de una Junta patriótica, la cual –aunque juró fidelidad a Fernando VII– en realidad aspiraba a independizarse totalmente de España.

F. Palen, en un informe al Ministro ruso de relaciones exteriores N. Rumiántsev, relató así los acontecimientos en Venezuela a comienzos de septiembre de 1810:

"En Caracas... la población estableció un gobierno independiente, pero al mismo tiempo, reconoció al príncipe Fernando como su legítimo rey para el caso de que alguna vez llegase a ocupar el trono en España. Tal reconocimiento fue hecho sólo para no apartar a las per-

sonas que aún se aferran a la vieja monarquía. Pero quienes juegan el rol principal están hondamente convencidos que Fernando no aparecerá más en escena, y si incluso llegara a aparecer entre ellos, serían los primeros en no querer reconocerlo".

La marcha de los sucesos en Venezuela mostró que el diplomático ruso estaba en lo cierto.

Los acontecimienos se desarrollaban, por así decirlo, en forma de zigzag. Los triunfos de los patriotas se alternaban con reveses. Los mantuanos de la vieja generación que influían mucho en las actividades de la Junta, se mostraban indecisos, faltos de energía e ingenio en la lucha por la consolidación del nuevo poder en Venezuela. Unos temían que acciones demasiado drásticas pudiesen llevar a una "revolución francesa" y privarles de sus fincas, esclavos y hasta de la vida; otros cifraban sus esperanzas en llegar a un compromiso con España; los terceros permanecían inactivos simplemente por inexperiencia o despreocupación.

Pese a todo, la Junta llevó a cabo varias medidas positivas. Abolió varios impuestos que eran pesada carga para la población, entre ellos para algunos productos de primera necesidad, redujo los tributos de los indios, proclamó la libertad del comercio exterior y prohibió la trata de esclavos.

Los dirigentes de la Junta resolvieron enviar al extranjero misiones especiales para gestionar el apoyo de otros Estados y adquirir los armamentos necesarios para defender el nuevo poder.

Fueron enviados emisarios de la Junta a la isla de Curazao, a contactar con los holandeses; a Jamaica, donde estaban los ingleses y, lo que es importante, a Washington y Londres. La misión a Washington le fue encomendada a Juan Vicente Bolívar; la misión a Londres la encabezó Simón Bolívar. Ambas designaciones se hicieron tomando en cuenta el hecho de que los dos hermanos ya habían estado en el exterior, dominaban los idiomas y aceptaron a subvencionar ellos mismos todos los gastos relacionados con el viaje y las labores de las dos misiones.

Juan Vicente cumplió con relativo éxito su cometido en Washington. Cierto es que no pudo conseguir el apoyo oficial del gobierno de EE.UU., pero logró adquirir una buena partida de armamentos. De regreso a Venezuela, lamentablemente, Juan Vicente murió al naufragar la nave en que iba. De la familia de los Bolívar ahora quedaban con vida solamente Simón y su hermana María Antonia.

La muerte de Juan Vicente sólo afirmó la decisión de Simón de continuar la lucha iniciada, pero la sola decisión no bastaba para alcanzar la victoria...

Las autoridades inglesas acogieron la misión de Bolívar sin gran entusiasmo. En vez de reconocer a la Junta caraqueña, el gobierno inglés le propuso llegar a un acuerdo con el Consejo de Regencia, representante de los intereses de la corona española. La actitud de los ingleses no descorazonó a Bolívar, ya que encontró en Londres a su

ídolo, el general Francisco de Miranda, quien lo siguió a Caracas.

El retorno de Miranda, el general de la Revolución Francesa y precursor de la independencia venezolana, consolidó el ala radical de los patriotas que demandaban romper definitivamente con España. Los radicales, que actuaban por intermedio de la Sociedad Patriótica fundada por Simón Bolívar y sus amigos, exigían proclamar sin dilaciones la independencia. Bolívar y Miranda intervenían con apasionados discursos en la Sociedad Patriótica sosteniendo la necesidad de dar ese paso. El 4 de julio de 1811 Bolívar sometió a una dura crítica la indecisión de la mayoría del Congreso.

– Se discute en el Congreso Nacional –expresó– lo que debiera estar decidido. Y ¿qué dicen? Que debemos comenzar por una Confederación. ¡Como si todos no estuviéramos confederados contra la tiranía extranjera! ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos, o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. Que los grandes proyectos deben prepararse con calma. ¿Trescientos años de calma no bastan? ¿Se quieren otros trescientos todavía? La Junta Patriótica respeta como debe al Congreso Nacional, pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. ¡Echemos con valor los cimientos de la libertad sudamericana! ¡La indecisión equivale a la derrota!

A propuesta de Bolívar fue elegida una delegación que, conjuntamente con los miembros de la Sociedad Patriótica y sus partidarios, rodeó al día siguiente el edificio del Congreso y exigió de los diputados que proclamaran la independencia.

El Congreso cedió. El 5 de julio de 1811, casi por unanimidad, fue proclamada la independencia de Venezuela. Al poco tiempo el Congreso promulgó la Constitución de la República. De tal modo, gracias a los esfuerzos de Miranda, Bolívar y sus compañeros, Venezuela fue la primera de las colonias españolas que se convirtió en república independiente.

Pero las verdaderas dificultades sólo empezaban. A la joven república la esperaban duras pruebas. Los partidarios de los españoles organizaban contra ella motines y tramaban confabulaciones. Sobre Caracas marchaban bandas de la resaca contrarrevolucionaria a la cabeza del capitán Domingo Monteverde, celoso servidor del rey español. Amén de todo eso, en el país se produjo un fortísimo terremoto que provocó la muerte de muchos miles de personas, dando a los clérigos un argumento para atacar a la República que, decían ellos, había sufrido el castigo de Dios.

En esas condiciones, el poder pasó a manos de la fracción radical de los patriotas encabezada por Francisco de Miranda y Simón Bolívar.

Miranda fue proclamado Dictador y Generalísimo de las tropas de la República, y Bolívar, después de su intervención en el aplastamiento de la sublevación antirrepublicana en Valencia, hecho por el

que se le ascendió a coronel, pasó a ser comandante de la fortaleza naval de Puerto Cabello.

Pero ni Miranda ni Bolívar, ni tampoco sus partidarios pudieron evitar el derrumbe de la primera República venezolana ni la victoria de las bandas de Monteverde. Muchos fueron los motivos de la derrota de los patriotas: la carencia de disciplina en sus filas, la despreocupación, credulidad y falta de experiencia política de muchos jefes, el miedo de algunos de ellos a las masas desheredadas (sobre todo a los esclavos, ansiosos de libertad), las ilusiones que alimentaban algunos patriotas, entre ellos el mismo Miranda, sobre la posibilidad de reformas democráticas en la propia España como efecto de la promulgación de la Constitución de 1812. Y, como suele ocurrir en momentos críticos, entre la gente cundió la falta de fe en sus propias fuerzas, la desesperación y desconfianza. El amigo se levantó contra el amigo, el hermano contra el hermano y el alumno contra el maestro.

A cada cual le parecía que la caída de la república era culpa de todos, pero no de él mismo. Bolívar no desplegó la debida vigilancia en su cargo de comandante de la fortaleza de Puerto Cabello, que fue a caer en manos de los españoles, lo que fue un golpe mortal para la República. Miranda, cansado y desengañado, perdió la fe en la victoria y capituló, creyendo en las promesas del enemigo de no represaliar a los patriotas.

La capitulación de Francisco de Miranda provocó la ira y la indignación de Bolívar y sus correligionarios, quienes arrestaron al que había sido su jefe, con la esperanza de poder proseguir la lucha. Pero era demasiado tarde. Miranda cae en manos de los españoles y Bolívar tiene que huir de Venezuela, no sin el consentimiento de Monteverde, por cierto.

Así nació y sucumbió la primera República: así surgió del torbellino de los acontecimientos un nuevo conquistador de Venezuela, Monteverde, así cayó víctima de sus propios errores Miranda y se salvó por casualidad Bolívar. Se salvó perdiendo a su ídolo, la fortuna y, para muchos, la reputación de patriota.

Los acontecimientos en las colonias españolas eran seguidos con gran atención por Alejandro Humboldt. En 1812 éste terminaba de redactar su obra acerca de su viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo. En el prólogo, el científico alemán no ocultó sus simpatías por los partidarios de la independencia expresando la seguridad de que, pese a las dificultades y reveses, su causa a fin de cuentas habría de triunfar. Humboldt escribió:

"Después de que me fui de América, en las colonias españolas se desató una de las grandes revoluciones que periódicamente sacuden a la Humanidad; por lo visto, ella está preparando un nuevo destino para una población de catorce millones de habitantes, extendiéndose desde el Hemisferio Sur hacia el Norte, desde las orillas del Plata y Chile hasta México Septentrional. El profundo odio originado por las leyes coloniales y alimentado por una política de desconfianza, hizo

que se derramara sangre... En Quito ya han caído víctimas de su fidelidad a la patria los ciudadanos más nobles e ilustres. Al describir las regiones cuyo recuerdo me es tan querido, retorno mentalmente una y otra vez a los lugares que reviven en mi memoria la remembranza de la muerte de algunos amigos.

Cuando uno empieza a pensar en los grandes disturbios políticos del Nuevo Mundo, llega a la conclusión de que los españoles americanos se encuentran en posición menos favorable que los habitantes de Estados Unidos, quienes fueron preparados para ser independientes por un largo período de libertad constitucional casi ilimitada. Cabe temer a las querellas internas particularmente en aquellos países, donde la civilización aún no ha echado raíces profundas y donde bajo la influencia del clima, los bosques vuelven a conquistar rápidamente tierras que han sido desbrozadas, pero dejadas después a sí mismas... Volviendo a pensamientos más agradables, yo incluso abrigo la esperanza de que, bajo la influencia de un nuevo régimen social, estos países lograrán rápidos éxitos en marcha hacia el bienestar general. Y si entonces algunas páginas de mi libro escapan del olvido, el habitante del Orinoco y del Arabapó podrán ver con entusiasmo que populosas ciudades comerciales y campos labrados por manos de hombres libres ocupan los lugares donde, durante mi viaje, había solamente selvas impenetrables y espacios cubiertos de agua".

Pasarán decenas de años hasta que esas esperanzas del científico alemán se realicen. Pero había que vencer a los españoles. En aquellos penosos días de 1812, en los días de la caída de la primera República venezolana, el triunfo de la causa independentista les parecía a muchos patriotas un sueño remoto, casi imposible...

El nacimiento del libertador

El título de Libertador que se le ha conferido crea un nuevo vocablo en todas las lenguas del mundo.
Revista *Syn Otiéchestva*, San Petersburgo, 1826.

Otro cualquiera, en tales circunstancias, probablemente se entregaría a la desesperación, renunciaría a la lucha, se ocuparía en arreglar sus asuntos personales o buscaría fácil consuelo en las mujeres y el vino. Porque eso precisamente hacían muchos de los hombres de su clase en semejantes situaciones.

Podría haber ido a los Estados Unidos, a Francia o Inglaterra y esperar allí que pasara la tormenta, para poder volver a Caracas a vivir con despreocupación en una de las fincas que heredara del padre y del hermano.

Pero este mantuano uno de los más ricos de Venezuela, en quien menos pensaba era en sí mismo cuando recordaba la catástrofe que acaba de pasar su Patria. O, mejor dicho, pensaba precisamente en sí mismo, en su responsabilidad ante sus compatriotas, al tomar la irrevocable y definitiva decisión de proseguir, y no sólo proseguir, sino encabezar hasta la victoria final la lucha por la independencia de Venezuela.

Después de haber caído Miranda en manos de los españoles, quizás nadie estuviera mejor preparado que Bolívar para asumir tanta responsabilidad. Joven, enérgico, ilustrado, conocedor de lenguas extranjeras, Bolívar tenía amigos influyentes no sólo en Venezuela, sino también en el extranjero, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Francia y hasta en la misma España, estando emparentado con las familias más distinguidas del país. Cierto es que su influencia quedó deteriorada por la pérdida de la fortaleza de Puerto Cabello, pero ¿qué patriota podría hacer alarde sólo de triunfador? ¿Acaso el más digno de ellos, Francisco de Miranda, no había incurrido en trágicos errores?

Además si él, Bolívar, es culpable de algo ante sus compatriotas, esa culpa la lavará con ríos de sangre del enemigo. Los españoles y Venezuela toda se enterarán todavía de lo que era capaz. Los enemigos iban a convencerse una y otra vez de que las derrotas sólo infundían más vigor y entereza a su decisión, hacían de él un adversario aún más temible y más duro.

Pero no era hora de dedicarse a la autoflagelación. Había que agrupar inmediatamente en torno suyo a cuantos quisieran proseguir la lucha. No importa que fuera tan sólo un puñado de hombres, si era de verdaderos combatientes. Con ellos volvería a Venezuela, volvería con las armas en la mano para expulsar de Caracas a Monteverde, enemigo jurado de los patriotas que habían creído en su palabra de

perdonar a los vencidos.

Bolívar desembarca en la Isla de Cuiazao. Las autoridades locales lo reciben igual que si fuera un enemigo del rey inglés. Le despojan no sólo del dinero, sino también de sus efectos personales. Por lo visto, los ingleses habían creído que la causa de la independencia de las colonias españolas estaba definitivamente enterrada después de la caída de Francisco de Miranda en manos de los españoles y que ya no había por qué guardarles consideraciones a los patriotas. Desde luego estaban equivocados.

En Curazao no tardaron en unirse a Bolívar otros fugitivos de Tierra Firme.

– ¡No perdáis los ánimos! –les decía Bolívar–. La brega sólo comienza. Monteverde pudo vencernos por nuestra indecisión, torpeza, despreocupación, falta de unidad entre las provincias, que pensaban primordialmente en sí mismas y contaban sólo con sus propias fuerzas. Os aseguro que con la misma suerte con que Monteverde inició la campaña con doscientos hombres y en cuarenta y cinco días logró batirnos, nosotros, con una fuerza aproximadamente igual, podremos derrotarlo, siempre que actuemos con tenacidad y coraje. Venezuela está nuevamente encadenada, pero en Nueva Granada sigue flameando la enseña de la libertad. Acudamos a los granadinos para que nos auxilien; son nuestros hermanos y nos ayudarán.

Las esperanzas de Bolívar en obtener apoyo de los vecinos no eran infundadas. En Nueva Granada la mayoría de la población estaba compuesta por blancos: españoles, criollos, artesanos y campesinos libres. Aquí no había una diferencia entre las castas tan pronunciada como en Venezuela. En 1810, igual que en otras colonias españolas de América, en este virreinato el poder pasó a manos de los patriotas. Sin embargo, entre ellos se produjo una escisión. Los partidarios del sistema unitario de gobierno obtuvieron la mayoría en la provincia de Cundinamarca y formaron su gobierno en Bogotá encabezado por Antonio Nariño, que se había fugado de la cárcel española y regresó en 1810 a Nueva Granada.

Las demás provincias se negaron a reconocer el gobierno de Bogotá, pronunciándose por la Federación y convocando su congreso en Tunja. Camilo Torres, un patriota muy respetado, fue elegido presidente del Congreso. En la ciudad de Cartagena, además, había un gobierno provincial propio.

Pero también en Nueva Granada, lo mismo que en Venezuela, algunas regiones y provincias no aceptaron la república. Eran la región de Pasto en el sur, en la frontera con Ecuador; el viejo bastión de los españoles Panamá, en el norte, con la fortaleza de Puerto Bello, así como algunas regiones adyacentes a otra poderosa fortaleza –Cartagena–, particularmente la provincia de Santa Marta.

Los patriotas de Nueva Granada trataban de reducir las zonas que quedaban bajo control de los españoles, pero, a semejanza de los venezolanos, no actuaban resueltamente. La dispersión política de

Nueva Granada no favorecía a la consolidación de las fuerzas patrióticas. Las autoridades provinciales se negaban con frecuencia a cumplir las disposiciones del gobierno central o a participar en las tareas que no les incumbían directamente; sólo se mostraban activas cuando el enemigo amenazaba directamente su territorio.

Los granadinos actuaban aisladamente unos de otros y también de otras regiones de América que sacudieron el yugo español. Mientras los españoles se subordinaban a un centro único –el Consejo de Regencia, que coordinaba su actividad– los patriotas seguían dispersos. Sólo como consecuencia de los graves reveses sufridos, los enemigos del régimen colonial tomaron conciencia de la necesidad de aunar todas sus fuerzas para luchar por la independencia. Tal fue el alto precio que debieron pagar para asimilar el arte de vencer.

La zona de mayor peligro para los granadinos era la región de Pasto, desde donde amenazaba a la República el general español Aymerich. Contra éste marcharon destacamentos patriotas bajo el mando de Nariño, quien logró hacerle retroceder hasta Pasto. Nariño estaba seguro que podría ocupar la ciudad sin entrar en batalla, él no sabía que los habitantes de Pasto, exacerbados en su fanatismo religioso por los clérigos, habían decidido combatir hasta la última gota de sangre. Al acercarse con un reducido destacamento a las posiciones enemigas, Nariño, fue recibido con un mortífero fuego. Sus soldados se dieron a la fuga. Nariño cayó prisionero, siendo enviado otra vez a España, donde permaneció en la cárcel hasta la revolución de 1820.

En el norte las acciones contra los españoles también se desarrollaban sin éxito; Cartagena se encontraba cercada por el enemigo. Precisamente a Cartagena se dirigió en noviembre de 1812 Bolívar con algunos de sus correligionarios, viniendo desde Curazao. Estaban con él su tío José Félix Ribas, los republicanos españoles Cortés Campomanes y Nicolás Briceño, los hermanos Montilla y otros.

En Cartagena, el gobierno local lo encabezaba el patriota Rodríguez Torrices, investido de poderes dictatoriales. Mandaba a las fuerzas armadas el oficial francés Labatute, que había venido a América con Miranda. Cuando se enteró que Bolívar había participado en la detención de Francisco de Miranda, Labatute no quiso aceptarlo én su ejército.

Sólo por insistencia de Rodríguez Torrices aceptó el francés utilizar a Bolívar, nombrándolo jefe de un pequeño destacamento en una aldea perdida que se llamaba Barrancas, en el río Magdalena, no lejos de la frontera con Venezuela. Aquí no se preveían operaciones activas de guerra. Labatute creía necesario, en primer lugar, poner a Cartagena fuera de peligro por el sector de Santa Marta, donde él había concentrado el grueso de sus fuerzas. Pero también Bolívar tenía sus planes, y aceptó gustoso su nombramiento, pero con la idea de convertir Barrancas en base de campaña para irrumpir en Venezuela.

Antes de partir para Barrancas, Bolívar se dirigió con un manifiesto al gobierno y al pueblo de Nueva Granada. Este primer documento

político de Bolívar, como las proclamas, órdenes y cartas que le seguirían, se caracterizaba por un espíritu de exaltación patriótica, un lenguaje claro y comprensible para la gente sencilla. Las obras de Bolívar pasarían a ser un arma temible en la lucha por la liberación.

En el manifiesto de Cartagena critica Bolívar la actuación de la Junta Patriótica de Caracas, condena la pasividad de sus miembros. En vez de atacar a los españoles, que se habían hecho fuertes en el litoral de Venezuela, la Junta gastaba sus energías en elaborar proyectos de organización de una república ideal. En lugar de castigar con dureza a los partidarios de los españoles, las autoridades patrióticas se apiadaban de ellos, dejándolos en libertad bajo palabra de honor. La criminal falta de vigilancia de la Junta había motivado que los españoles consiguieran al fin y al cabo echar abajo al joven y todavía débil gobierno de la República.

A los enemigos de la libertad les ayudaba la iglesia, "fiel aliada del despotismo" según palabras de Bolívar. Pero también los patriotas mismos contribuyeron con actuaciones torpes a su propia derrota. Su mayor falta fue preferir la forma federal de gobierno, que paralizó la actividad de la Junta, en vez de un poder centralizado fuerte.

– ¡Granadinos! –terminaba diciendo Bolívar–. Sabed que Venezuela en manos de los españoles significa el fin de vuestra propia libertad. Si nosotros estaremos en cadenas, no podréis vosotros escapar de las mismas. La esclavitud es gangrena: si es que a tiempo no se la corta ataca a todo el cuerpo. A través de los puertos de Venezuela, nuestros enemigos pueden recibir de España refuerzos y, con su ayuda, derrotaros. Toda guerra defensiva es perjudicial y ruinosa para el que la sostiene. Por eso, atacad y derrotad al enemigo allí donde ahora se encuentra: en Venezuela. ¡Sólo así lograréis la victoria! Corramos a romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en la mazmorra, siempre esperando su salvación de vosotros: no burléis su confianza: no seáis insensibles a los lamentos de vuestros hermanos; id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido y libertad a todos.

El manifiesto de Bolívar estaba preñado de una profunda fe en la razón de la causa patriótica y en la inevitabilidad de la victoria sobre el enemigo común. Al exhortar a la unión fraternal de los granadinos con los venezolanos en la lucha por la independencia, Bolívar fue el primero en romper con el aislamiento y la estrechez provincial que durante siglos habían sido fomentadas por los españoles en sus colonias. Sin haberse convertido aún en líder del movimiento liberador en su patria, ya se había mostrado como tal en la lucha por Colombia –Estado que había surgido en la fantasía inagotable de su antiguo ídolo, Miranda, de quien se proclamaba, tal vez sin saberlo, como continuador.

¡Y pretensiones tan atrevidas, planes tan grandiosos los formulaba un hombre de veintinueve años que recientemente había perdido todo: patria, fortuna, amigos! Para los escépticos seguía siendo un

"exaltado", como lo había bautizado Miranda y como no dejaba de llamarlo Labatute.

Mas, para muchos habitantes de Cartagena, para aquellos granadinos que esperaban temerosos la invasión del enemigo implacable, para los fugitivos de Caracas, para los venezolanos que gemían bajo el yugo de Monteverde, para todos ellos el llamado de Bolívar no era una expresión de jactancia de un mantuano pretensioso. ¡No! Era para ellos un luminoso rayo de esperanza que les indicaba el camino de la salvación y prometía la victoria.

El manifiesto produjo impresión. El dictador Rodríguez Torrices y el presidente Camilo Torres lo acogieron bien, aunque tardaban en decidirse a su favor. Antes de prestarle ayuda a este venezolano no estaría mal observarlo con más atención. Y Bolívar abandona Cartagena seguido de unos cuantos compatriotas suyos con la orden de Labatute de no salir en campaña desde Barrancas sin permiso.

¿Salir en campaña? ¿adónde y con quién? La minúscula aldea de Barrancas, una veintena de miserables chozas techadas de palma, está separada de Venezuela por selvas impenetrables. Sólo se puede ir por el río Magdalena, corriente arriba. Y quebrando la resistencia de fuertes guarniciones españolas emplazadas en las márgenes. Pero ¿con qué fuerzas lanzarse a esta empresa? Porque en Barrancas no hay más que doscientos soldados, indisciplinados, mal armados y mal adiestrados.

– Vosotros decís: doscientos hombres, –contestaba Bolívar a quienes trataban de demostrarle que con una fuerza tan reducida no cabía siquiera pensar en vencer a los españoles–. ¿Y cuántos soldados tenía Monteverde cuando salió contra nosotros? La misma cantidad que tenemos ahora, y nosotros éramos treinta veces más. No obstante, Monteverde obtuvo la victoria, porque había actuado con decisión y coraje, mientras nosotros no nos movíamos, esperábamos, dudábamos y perdíamos tiempo en discutir sobre cuestiones de alta materia. Ahora debemos demostrar que nosotros también, en condiciones semejantes, somos capaces de hacer no menos que ese maldito canario.

– ¿Y Labatute? El nos ordenó no movernos de Barrancas sin permiso.

– Y Miyares, el jefe de Monteverde, no le permitía a éste ir más allá del Corora. ¡Monteverde mandó a Miyares al diablo! Allí lo mandaremos nosotros a Labatute y marcharemos adelante. Hasta llegar a Caracas.

Ante todo, había que hacer de la guarnición de Barrancas una fuerza apta para el combate. ¿Cuánto tiempo llevaría ello? Unas cuantas semanas, decían los jefes experimentados.

– No más de dos o tres días –afirma Bolívar. Necesitamos actuar con la rapidez del relámpago para tomar a Monteverde por sorpresa.

Día y noche pasa adiestrando y enseñando Bolívar a sus soldados en Barrancas. Día y noche están los vecinos del lugar construyendo balsas y aprovisionando víveres.

El día 22 de diciembre Bolívar toma una de las decisiones más importantes de su vida. A despecho de la disciplina militar, sin pedir permiso a su inmediato jefe Labatute, carga en las balsas y en botes su enano ejército y se dirige decididamente remontando el Magdalena hacia el poblado de Tenerife ocupado por los españoles.

Un día después Bolívar hace desembarcar a su destacamento en Tenerife y lo lleva al ataque. Ruido de tropa, gritos, disparos, nubes de humo y sobre Tenerife flamea la bandera de los patriotas. Los españoles retroceden. En manos de los vencedores quedaron varios cañones y botes con armas. Es la primera victoria de Bolívar. Los soldados granadinos empiezan a sentir respeto por este coronel venezolano sobre el que se corren tantos rumores contradictorios.

Después de Tenerife, Bolívar se apoderó de las demás plazas de los españoles en la zona del río Magdalena. A los quince días de haber partido de Barrancas, le comunicaba al dictador Rodríguez Torrices que el Magdalena estaba liberado de tropas españolas hasta la localidad de Ocaña.

La victoria del caraqueño suscitó en Cartagena una oleada de entusiasmo. En vano Labatute exigía que lo entregaran a un tribunal de guerra por haber actuado a su arbitrio. El dictador Rodríguez Torrices le expresó a Bolívar su gratitud y prometió mandarle refuerzos.

Entretanto, los españoles decidieron atacar la ciudad granadina de Pamplona, defendida por los patriotas al frente del coronel Castillo. Bolívar recibió orden de salir en respaldo de éste.

El plan de Castillo se reducía a esperar al enemigo a que llegue hasta las murallas de la ciudad. En lugar de ello, Bolívar propuso una audaz operación: cruzar los Andes y abalanzarse sobre los españoles en Cúcuta, poblado en la frontera con Venezuela, en el que, bajo el mando de Correa –oficial experimentado–, los españoles estaban preparando la ofensiva contra Pamplona. Castillo consideró que el plan de Bolívar era descabellado y se negó rotundamente a moverse del lugar.

Entonces Bolívar decide otra vez obrar por su cuenta y riesgo: al mando de un pequeño destacamento realiza su primera marcha a través de los Andes. Por este paraje no había caminos, los soldados iban despacio por los cenagosos cauces de los torrentes montañosos; cruzaban desfiladeros que incluso de día permanecían en la penumbra; se encaramaban por abruptas cimas.

En todo el camino estuvo lloviendo, soplaba un viento atroz. Los soldados –oriundos en su mayoría de las regiones tropicales de Nueva Granada–, enfermaban fácilmente del soroche por la rarefacción de aire, perdían el conocimiento por el hambre y la fatiga, se despeñaban por los barrancos.

Bolívar animaba a los combatientes, instándolos a ser intrépidos y proseguir la marcha. Les contaba de la travesía de los Alpes llevada a cabo por el ejército de Napoleón, y de cómo éste logró batir al enemigo después de descender de los picos montañosos al valle de Lombardía.

– Vuestra proeza es aún mayor –les decía–. Los franceses fueron a conquistar Italia; vosotros váis a liberar a Venezuela de vuestros mortales enemigos, los godos.

Por fin, las cumbres de las montañas quedaron atrás. Lo imposible se hizo realidad. A la vista de los combatientes, sumergido en frondosa vegetación, se extendía el valle de Cúcuta, donde les aguardaba el enemigo confiado en sus fuerzas.

– ¡Al ataque! –ordenó Bolívar.

Con coraje se lanzan los granadinos contra los españoles. La cruenta batalla termina con el triunfo de los patriotas. En la acción se destacó particularmente José Félix Ribas –tío de Bolívar–, a quien llamaban "General Pueblo". En una carga de bayoneta redujo una posición infranqueable de los españoles, decidiendo de esa manera el desenlace de la batalla en favor de los patriotas.

Cúcuta está libre, su población recibe a los libertadores con lágrimas de felicidad en los ojos. En la ciudad ha dejado el enemigo gran cantidad de pertrechos. El coronel Correa huye derrotado de Nueva Granada a Venezuela.

Cuando en Bogotá se enteran de las victorias de Bolívar, el Congreso le nombra Brigadier General del Ejército y ciudadano de Nueva Granada. Bolívar aprovecha esta circunstancia para dirigirse al presidente Torres y al Congreso pidiendo se le autorice emprender la liberación de Venezuela empleando en la campaña las fuerzas del ejército granadino.

Bogotá muestra cautela. El 7 de mayo Bolívar recibe la autorización para avanzar hacia Venezuela, pero planteando un objetivo limitado: echar a los españoles de las provincias de Mérida y Trujillo únicamente.

Bolívar comprendía, que si lograba liberar esas provincias, el Congreso granadino no le iba impedir seguir la ofensiva hasta Caracas.

Por decisión del Congreso fue puesto a disposición de Bolívar el destacamento mandado por el coronel Castillo –jefe arrogante y rebelde. Las fuerzas de Bolívar sumaban así setecientos hombres. Eran demasiado pocos para liberar a toda Venezuela, pero las victorias alcanzadas y la esperanza de obtener el apoyo de la población lugareña le infundía a Bolívar y a sus combatientes firme convicción en el resultado feliz de la nueva campaña.

Para ese tiempo las tropas que mandaba Monteverde superaban varias veces en número a las de Bolívar, pero estaban dispersas por las ciudades y poblados venezolanos formando pequeños grupos. Si Monteverde hubiera intentado reunirlas en unidades más grandes, dejaría sin resguardo sus retaguardias y daría así la oportunidad a los patriotas para liberar estas regiones.

Obtenido el permiso del presidente Torres para emprender la ofensiva, Bolívar no pierde tiempo y se pone en marcha desde Cúcuta al interior de Venezuela. En el poblado fronterizo de San Antonio, el caraqueño hizo leer ante su reducido ejército un nuevo manifiesto:

– Soldados del Ejército de Cartagena y de la Unión –expresaba–. Vuestras armas libertadoras han venido hasta Venezuela, que ve respirar ya una de sus villas al abrigo de vuestra generosa protección. En menos de dos meses habéis terminado dos campañas y habéis comenzado la tercera, que empieza aquí y debe concluir en el país que me dio la vida. Yo he tenido la honra de combatir a vuestro lado, conozco los sentimientos magnánimos que os animan en favor de vuestros hermanos esclavizados, a quienes pueden únicamente dar salud, vida y libertad vuestros temibles brazos y vuestros pechos aguerridos. El solo brillo de vuestras armas invictas hará desaparecer en los campos de Venezuela las bandas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del sol. ¡La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión! No, su confianza no es vana y Venezuela bien pronto verá clavar vuestras banderas en la fortaleza de Puerto Cabello y La Guaira. Corred a colmaros de gloria adquiriendo el sublime renombre de Libertadores de Venezuela.

Bolívar ordenó a Castillo ocupar el poblado de La Grita para impedir la reunificación de los destacamentos españoles que se estaba operando. Castillo cumplió la orden, pero se negó a continuar la ofensiva, considerándola condenada al fracaso. Cuando el gobierno de Nueva Granada brindó su apoyo a Bolívar, Castillo y algunos otros oficiales granadinos renunciaron a sus puestos y abandonaron a aquél.

Francisco de Paula Santander, mayor granadino de veinte años de edad que se había destacado en la toma de La Grita, quedó al frente del destacamento de Castillo. Santander pasaría a ocupar posteriormente uno de los primeros lugares en el movimiento liberador. A los dieciocho años siendo un estudiante de derecho se enroló como voluntario en el ejército patriota, en cuyas filas ganó muy pronto influencia y prestigio por sus conocimientos y valentía.

Santander, igual que Castillo, rehusó al principio a cumplir la orden de Bolívar de emprender la ofensiva. Bolívar llegó a La Grita, donde encontró a Santander pronunciando un discurso ante su tropa.

– Emprended inmediatamente la marcha –ordenó Bolívar.

– No nos moveremos del lugar –fue la respuesta.

– En este caso, antes que acabe el día tendré que fusilarlo o usted me fusilará a mí. ¡Escoged!

Santander cedió.

Los soldados de Bolívar se pusieron en marcha y no tardaron en liberar las ciudades de Mérida y Trujillo. No obstante la situación del caraqueño no era estable, le faltaba dinero para pagar a los soldados. Su tropa estaba combatiendo en comarcas pobres, donde era difícil conseguir provisiones. Todo eso no podía dejar de repercutir negativamente en la disciplina. Muchos granadinos abandonaban el ejército y volvían a su tierra.

La población miraba con recelo a los patriotas. Viendo a los desarrapados, hambrientos y mal armados soldados de Bolívar, los

criollos dudaban si éste llegaría a liberar a Venezuela de los españoles y si no se equivocaba quien le prestaba ayuda. Muchos estaban amedrentados por las ferocidades cometidas por Monteverde. Los testigos de los hechos relataron a Bolívar, como los españoles despellejaban los pies de sus víctimas y las obligaban a danzar sobre pedazos de vidrio, como las ataban de espaldas y les cortaban las orejas, narices, pies y manos, les sacaban los ojos. Desde otras regiones de América también llegaban noticias dando cuenta de las atrocidades que cometían los españoles. En un manifiesto, fechado el 8 de junio, Bolívar señaló los actos de represalia perpetrados contra los patriotas no sólo en Venezuela y Nueva Granada, sino también en Quito, La Paz y México.

En Mérida llegó a conocimiento de Bolívar la sangrienta represión desatada contra los patriotas por el teniente coronel español Tiscar en los llanos. Tiscar acababa de ejecutar a Antonio Briceño, joven abogado admirador de Danton que había intentado sublevar a los esclavos, prometiéndoles la libertad en nombre de la República. Este nuevo crimen provocó una ola de indignación entre los patriotas; los combatientes pedían venganza y represalias contra el enemigo. El 15 de junio de 1813 Bolívar lanzó en Trujillo su famosa proclama "Guerra a muerte", en la que decía:

"Venezolanos:

Un ejército de hermanos, enviado por el soberano Congreso de Nueva Granada, ha venido a libertaros, y ya lo tenéis en medio de vosotros, después de haber expulsado a los opresores de las provincias de Mérida y Trujillo.

Nosotros somos enviados a destruir a los españoles, a proteger a los americanos y a restablecer los gobiernos republicanos que formaban la Confederación de Venezuela...

Tocados de vuestros infortunios, no hemos podido ver con indiferencia las aflicciones que os hacían experimentar los bárbaros españoles, que os han aniquilado con la rapiña y os han destruido con la muertes; que han violado los derechos sagrados de las gentes; que han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes; y, en fin, han cometido todos los crímenes, reduciendo la República de Venezuela a la más espantosa desolación. Así, pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla. Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infectan y han cubierto de sangre; que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia y mostrar a las naciones del universo que no se ofenda impunemente a los hijos de América.

A pesar de nuestros justos resentimientos contra los inicuos españoles, nuestro magnánimo corazón se digna aún abrirles por la última vez una vía a la conciliación y a la amistad; todavía se les invita a vivir pacíficamente entre nosotros si, detestando sus crímenes y convirtiéndose de buena fe, cooperan con nosotros a la destrucción del gobierno intruso de España, y al restablecimiento de la República de Venezuela.

Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria, y, por consecuencia, será irremisiblemente pasado por las armas. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los que pasen a nuestro ejército con sus armas o sin ellas: a los que presten sus auxilios a los buenos ciudadanos que se están esforzando por sacudir el yugo de la tiranía. Se conservará en sus empleos y destinos a los oficiales de guerra y magistrados civiles que proclamen al gobierno de Venezuela y se unan a nosotros; en una palabra, los españoles que hagan señalados servicios al Estado serán reputados y tratados como americanos.

Y vosotros, americanos, que el error o la perfidia os ha extraviado de las sendas de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan y lamentan sinceramente vuestros descarríos en la íntima persuasión de que vosotros no podéis ser culpables, y que sólo la ceguedad e ignorancia en que os han tenido hasta el presente los autores de vuestros crímenes han podido induciros a ellos. No temáis la espada que viene a vengaros y a cortar los lazos ignominiosos con que os ligan a su suerte vuestros verdugos. Contad con una inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedades: el solo título de americano será vuestra garantía y salvaguardia. Nuestras armas han venido a protegeros, y no se emplearán jamás contra uno solo de nuestros hermanos.

Esta amnistía se extiende hasta los mismos traidores que más recientemente hayan cometido actos de felonía: y será tan rigurosamente cumplida que ninguna razón, causa o pretexto serán suficientes para obligarnos a quebrantar nuestra oferta, por grandes y extraordinarios que sean los motivos que nos déis para excitar nuestra animadversión.

Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables".

Este reto lo hacía un hombre que mandaba sólo un puñado de soldados, mientras que sus enemigos conservaban el poder en casi toda América del Sur.

Con su proclama, Bolívar quería convertir la lucha por la independencia en una guerra de todo el pueblo americano contra los españoles e impedir que estos últimos se valgan de las castas bajas para enfrentar a las altas. Respondiendo al terror con el terror, Bolívar no sólo vengaba las atrocidades y fechorías cometidas contra la población de Venezuela, sino creaba un abismo insalvable entre los nacidos en tierras americanas y los españoles. Después de esa proclama, los destinos de Venezuela podían depender sólo de la fuerza de las armas.

La declaración de la guerra a muerte fue recibida con aprobación por el pueblo, la proclama de Bolívar atrajo a sus filas a muchos venezolanos que habían sido movilizados por los españoles.

En julio de 1813, el ejército libertador al mando de Bolívar

avanza a marcha forzada y en una serie de cruentas batallas derrota uno tras otro a los destacamentos españoles que le cerraban el camino de Caracas. Cuanto más lejos avanzaban los patriotas, escribió Carlos Marx en su artículo sobre Simón Bolívar, tanto más aumentaban sus recursos; los feroces excesos de los españoles hacían que nuevos reclutas engrosaran el ejército de los combatientes por la independencia. La capacidad de resistencia de los españoles se vio quebrantada, según las palabras de Marx, en parte por el hecho de que las tres cuartas partes de sus efectivos las componían gente local, que en cada refriega se pasaba al lado del adversario, y, en parte, por la cobardía de generales como Tiscar, Cajigal y Fierro, quienes siempre abandonaban a sus propias tropas*.

El día 2 de agosto los patriotas liberan Valencia. Volvía a repetirse la situación de 1812, pero ahora con la diferencia de que en los accesos a la capital se encontraban los victoriosos destacamentos de los patriotas, mientras que Caracas estaba en poder de los españoles. Monteverde no se decidió a oponerle resistencia a Bolívar. Dejando en la capital a su ayudante Fierro, el hombre que había derrotado a Miranda, huyó al mando de un destacamento de dos mil hombres a refugiarse en la fortaleza de Puerto Cabello.

Fierro, sin pensarlo mucho, decide entregarse a los patriotas y envía a sus representantes a Bolívar para negociar la capitulación la cual se firma en la ciudad de La Victoria. El acta respectiva establecía no sólo la entrega de Caracas, sino también de La Guaira. Bolívar aceptó imponer las mismas condiciones de rendición que las que habían sido impuestas en su tiempo a Miranda, prometiendo a los españoles amnistía y libre salida a Venezuela y, a los oficiales, conservarles sus armas personales.

Bolívar mandó transmitir a Fierro que los americanos siendo generosos, desprecian las ofensas recibidas y esgrimen ejemplos raros en la historia de continencia respecto a sus enemigos, quienes violan los derechos de los pueblos y quiebran la palabra empeñada. Las condiciones de la capitulación, agregó, serán observadas sagradamente para vergüenza del pérfido Monteverde y para honor de los americanos.

Fierro, sin embargo, presa de pánico y sin esperar el regreso de sus representantes, optó por fugarse de Caracas y reunirse en Puerto Cabello con Monteverde a fin de seguir combatiendo contra los patriotas.

El 4 de agosto el victorioso ejército patriota mandado por Bolívar entró en Caracas.

Los soldados de la república desfilaban por calles cubiertas de flores. La ciudad saludaba a sus libertadores al son de las campanas. En

* C. Marx y F. Engels. *Obras Completas*, t. 14, Moscú, 1959, pág. 228. (ed. rusa).

la plaza central doce doncellas de las mejores familias de Caracas le pusieron a Bolívar una corona de laureles. El Congreso de Nueva Granada lo nombró Mariscal.

Fue un verdadero triunfo que premió con creces al joven caraqueño y sus colaboradores por las humillaciones y descalabro que habían experimentado al caer la primera República. El héroe que honraban los habitantes de la capital venezolana había recorrido con un puñado de combatientes 1.200 kilómetros de territorio ocupado por el enemigo, cruzó dos elevadísimas cadenas montañosas, ganó seis grandes batallas y decenas de combates sin sufrir una sola derrota. Entre muertos y prisioneros ocasionó cuatro mil quinientas pérdidas al adversario, se apoderó de cincuenta cañones y liberó el Occidente de Venezuela. Y todo lo hizo sólo en tres meses. ¡Cómo no asombrarse, no desbordar de júbilo, no hacer resonar los timbales, no poner por las nubes el nombre de Bolívar! De no haber sido por su tenacidad, su decisión e intrepidez, Caracas todavía estaría en poder del tirano Monteverde.

Sólo los clérigos estaban descontentos con el triunfo de los patriotas. El arzobispo de Caracas –Narciso Coll y Prat– había exhortado en un mensaje a los creyentes, a observar fidelidad al rey de España. Bolívar le obligó a dirigir un nuevo mensaje al pueblo, refutando lo anterior, y ordenó a todos los sacerdotes en lo sucesivo predicar por lo menos una vez a la semana en favor de la República.

El ejército patriota necesitaba recursos, había que vestir a los soldados, pagarles sueldo. Los nuevos gobernantes anunciaron que todo aquel que se negara a pagar impuestos sería castigado. Bolívar exhortó a los mantuanos a realizar contribuciones voluntarias al tesoro de la República. Los sueldos de los empleados fueron igualados a los de los soldados. Cada solar debía hacerse cargo siquiera de un soldado. Esta disposición se hacía extensiva también al clero.

Bolívar, en cuyas manos se concentraba todo el poder, gobernaba el país mediante decretos. Para resolver las cuestiones de importancia, en Caracas se convocaban asambleas populares que aportaban las disposiciones correspondientes.

En Venezuela regía un orden verdaderamente revolucionario.

Entretanto, Monteverde, refugiado tras los gruesos muros de la fortaleza de Puerto Cabello, no se consideraba vencido. El Capitán General y Pacificador de Venezuela –tal era el título que le había adjudicado a Monteverde el Consejo de Regencia– sabía que España estaba preparando una gran expedición punitiva rumbo a América. "Lo principal es mantenernos hasta que ella llegue; después acabaremos bien pronto con Bolívar y sus guiñapos", razonaba este nuevo pretendiente a conquistador. Bolívar varias veces le había propuesto hacer un canje de prisioneros, ofreciendo dos españoles por cada patriota, pero el canario se negó con altivez a ello. Monteverde se distinguía por una tenacidad análoga a la de su adversario. También él había decidido proseguir la pelea hasta el final.

* * *

Bolívar no era el único que creía posible, actuando con decisión y coraje, derrocar el poder de Monteverde. Otros jóvenes venezolanos, para quienes la caída de la primera República era sólo el comienzo de la lucha por la libertad de su patria, también pensaban de la misma manera.

Uno de ellos era Santiago Mariño, de veinticuatro años de edad, nacido en la Isla Margarita y perteneciente a una rica familia terrateniente criolla. Después de la derrota de la primera República, Mariño se había refugiado con varios amigos en la Isla Trinidad, donde esperaba obtener el respaldo de los ingleses. Pero Gran Bretaña, enfrascada en la guerra contra Napoleón, estaba más interesada en mantener buenas relaciones con España que en ayudar a los patriotas. El gobernador inglés de Trinidad no ocultaba su hostilidad hacia éstos. Mariño, al convencerse que era inútil esperar apoyo de los británicos, persuadió a sus amigos a trasladarse a la costa oriental de Venezuela y comenzar desde allí la guerra de guerrillas contra los españoles.

Cuarenta y cinco refugiados venezolanos encabezados por Mariño abandonaron Trinidad una noche en frágil embarcación. Su primera escala fue en el islote desértico de Chacachacare, en el Golfo Triste, donde Mariño, en su retirada de Venezuela, había escondido unos fusiles y pequeño parque. Después de recoger estas armas, el destacamento desembarcó en una costa solitaria del Golfo de Paria. Mariño designó a su segundo, cargo que recayó en el mulato Manuel Piar, natural de Curazao, y emprendió la actividad militar.

El primer día fue afortunado: Mariño logró desarmar a una patrulla española, sumando veintitrés fusiles a las armas de que disponía. Los patriotas, animados por el éxito alcanzado, atacaron el poblado de Güiria, cuya guarnición se pasó del lado de ellos. Además, fueron tomados varios cañones, muchos fusiles y municiones. Era un buen comienzo.

Al poco tiempo Mariño disponía ya de varios centenares de combatientes. Mariño formó con ellos varios destacamentos y los mandó con la misión de atacar a las guarniciones españolas cercanas. Uno de los destacamentos, encabezado por el intrépido Bernardo Bermúdez, logró liberar Maturín, un centro bastante importante en los llanos que se transformó en la base principal de los guerrilleros.

El ayudante de Monteverde –Antonio Zuazola, un vasco apodado *El chacal*– intentó retomar Maturín. En las inmediaciones de la localidad rodeó y exterminó a un pequeño grupo de combatientes de Bermúdez, pero a la ciudad no la pudo tomar. Zuazola mandó cortar las orejas y las narices a los prisioneros y las envió en cajas a Cumaná, ocupada por los españoles, donde los godos prendían estos sangrientos trofeos a sus sombreros o los clavaban en las puertas de sus casas como muestra de fidelidad a la corona española. Pero tales ferocidades sólo endurecían a la población y afirmaban en ella la decisión de

proseguir la lucha contra el enemigo.

Monteverde salió con dos mil soldados en ayuda de Zuazola, pero sufrió en el camino una vergonzosa derrota a raíz de un sorpresivo ataque asestado por el destacamento de Piar. El Capitán General, después de perder en el campo de batalla cuatrocientos hombres, toda su artillería, armamento y hasta el erario de la tropa, huyó precipitadamente a Puerto Cabello.

Aproximadamente en ese mismo tiempo tuvo lugar una insurrección en la Isla Margarita, donde el gobernador designado por Monteverde —un sargento del ejército español de apellido Martínez— estaba "administrando justicia". Lo hacía de la siguiente manera: mandaba disparar de un cañón diez o doce proyectiles, amarraba después al caño candente a los margariteños y los azotaba. Sus "entretenimientos" terminaron cuando la población de la isla, encabezada por Juan Bautista Arismendi, un influyente terrateniente criollo, se sublevó y expulsó a los españoles. Arismendi se puso en contacto con Mariño y empezó a enviarle gente y provisiones. Bianchi, un contrabandista italiano, formó en la Isla Margarita una flotilla de guerra que bloqueó a Cumaná por el mar, mientras las tropas de Mariño ya la habían cercado por tierra. Gracias a la acción coordinada de los patriotas, la ciudad fue tomada. Al poco tiempo Piar liberó también a Barcelona, capital de la provincia del mismo nombre.

De esa manera, cuando Bolívar entraba victoriosamente en la capital de Venezuela, todo el Oriente del país ya se encontraba liberado por los destacamentos de Mariño, Piar y Arismendi. Bolívar invitó a Mariño venir a Caracas para coordinar las acciones ulteriores, pero éste se negó. La serie de operaciones exitosas le hizo subir los humos; por lo demás, Mariño no poseía una visión política amplia y temía que al unirse con Bolívar pasaría a jugar un papel secundario. Consideraba que sus méritos no eran inferiores, ni mucho menos, que los del caraqueño. Mariño proclamó la fundación en el Oriente de una república separada, se hizo nombrar dictador, designó a Piar su segundo y, asentado en Cumaná, se puso a esperar el desarrollo ulterior de los acontecimientos.

Fueron vanos los esfuerzos de Bolívar por convencerlo de que no debía dividir a Venezuela en dos partes y echar a perder así la causa de los patriotas. "Si constituimos dos poderes independientes —escribe Bolívar a Mariño en uno de sus mensajes—, uno en el Oriente y otro en Occidente, hacemos dos naciones distintas, que por su impotencia en sostener su representación de tales y mucho más de figurar entre las otras, aparecerán ridículas. Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida".

Mariño no hizo caso a estas consideraciones. No quería compartir el poder con Bolívar ni prestarle ayuda militar. Este, por lo tanto, se vio obligado a hacer un intento de terminar solo la "Campaña Admirable» —como había llamado a su marcha de Nueva Granada a Cara-

cas– y tomar Puerto Cabello.

Pero esta empresa era superior a sus posibilidades. Las tentativas de tomar Puerto Cabello por asalto no tuvieron éxito. La fortaleza era inexpugnable. Los españoles le hacían llegar por mar abastecimientos, pertrechos y refuerzos en hombres. Tozudo como un mulo de Castilla, Monteverde no pensaba en deponer las armas. Todavía tenía la esperanza de acabar con Bolívar, como en otro tiempo lo había hecho con Miranda. Juró tomar prisionero al caraqueño, a quien un año atrás le concedió la libertad tan imprudentemente. No iría a cometer el mismo error dos veces. La próxima vez ese mantuano recibiría el merecido castigo.

Los acontecimientos en Europa esta vez tampoco se desarrollaban en favor de los patriotas. Napoleón, después de su derrota en Rusia, se preparaba para huir de París. No estaba como para ocuparse de España. A Madrid había regresado el rey Fernando VII, uno de los representantes más detestables de la dinastía de los Borbones, oscurantista falaz y traicionero que anuló la Constitución de 1812 y juró aplastar, cueste lo que cueste, el movimiento de liberación en las colonias americanas.

Fernando VII ordenó enviar refuerzos a Monteverde desde Puerto Rico: 1.200 soldados escogidos y bien armados. Bolívar se vio forzado a levantar el sitio de Puerto Cabello y retroceder a Valencia. Monteverde salió en su persecución, pero resultó herido en un combate en las inmediaciones del cerro Bárbula y regresó a Puerto Cabello. Aquí terminó su carrera de pacificador de Venezuela: pronto se marchó a España, siendo sustituido en su puesto por el general Cajigal.

Los patriotas también sufrían grandes pérdidas. En la batalla de Bárbula cayó como un valiente el general granadino Girardot, compañero de armas de Bolívar. Lo abatió una bala en momentos en que levantaba la bandera caída. A Girardot le dieron solemne sepultura en la catedral caraqueña. Las autoridades de Caracas dispusieron adjudicarle como homenaje póstumo el título de *Primer Benefactor de la Patria* y pagar a sus herederos, por tiempo indefinido, el sueldo que cobraba. Rindiendo estos honores, Bolívar quería fortalecer los lazos de amistad con Nueva Granada y levantar la moral de su ejército. El mismo día de sepultura de Girardot, la municipalidad de Caracas ascendió a Bolívar a Capitán General y lo proclamó Libertador de Venezuela. Se ordenó adornar los edificios de todos los ayuntamientos del país con la inscripción *Bolívar, Libertador de Venezuela.*

– Vosotros –manifestó Bolívar a los representantes de la municipalidad que vinieron a comunicarle las decisiones adoptadas– me habéis designado Capitán General y proclamado Libertador de Venezuela, título más glorioso y satisfactorio para mí que el cetro de todos los imperios de la tierra. Mas debéis tomar en consideración que todos los demás oficiales y soldados, partícipes de la Campaña Admirable, son verdaderos Libertadores. Son ellos, señores, y no yo los merecedores de la distinción con que vosotros, en nombre del pueblo, queréis

honrar en mi persona sus hazañas. No puedo mirar sino con turbación este honor que se me hace tan superior a mis méritos.

Bolívar decidió compartir este honor con otros capitanes. Fundó la *Orden de los Libertadores* y condecoró con ella a los jefes de todos los destacamentos que luchaban contra los españoles. La Orden consistía en una estrella de siete puntas (por el número de las provincias venezolanas) que llevaba inscritas las palabras "Libertador de Venezuela" y el nombre del condecorado.

Pero, aún con todo, la situación en Venezuela era poco estable. En las provincias estallaban motines contrarrevolucionarios. Entre los jefes republicanos no había unidad. Algunos de ellos no obedecían las órdenes de Bolívar o las cumplían con desgano y retraso. Mariño seguía sin moverse de Cumaná.

Negros nubarrones se cernían sobre Tierra Firme, presagiando nuevas y duras pruebas.

La caída de la segunda República

Venezuela es el ídolo de mi corazón.
Simón Bolívar

Bordeados por la espesa muralla de la selva virgen, desde las siempre verdes colinas de Caracas hasta la frontera de la Guayana, cual fabulosa alfombra se extienden infinitos los llanos. Ocupan una enorme superficie de casi trescientos mil kilómetros cuadrados.

Innumerables rebaños de ganado y caballadas pastan aquí todo el año vigilados por los llaneros. Su jefe, José Tomás Boves, llamado por su ferocidad *El Atila de los Llanos,* será el enemigo más implacable de los patriotas.

Los llanos dos veces al año cambian de aspecto: ora aparecen desolados como un mar de arena, ora se cubren de verdes pastos como los prados alpinos.

En abril comienza la estación de las lluvias, alternándose con días de sol. Desde junio hasta octubre los aguaceros caen sin interrupción. Los ríos se desbordan de sus cauces inundando grandes extensiones adyacentes al Orinoco. Durante este período el ganado es arreado hacia las altiplanicies, y cuando los animales acaban con toda la hierba, son conducidos a otro islote. A veces tienen que recorrer muchos kilómetros de terreno inundado antes de encontrar un claro para pastar.

En enero comienza la seca, que se prolonga hasta finales de marzo. Los riachos se transforman en una red de pantanos. Los árboles, todos de escasa altura y agrupados en fragmentarios montes de arbustos, pierden su follaje adquiriendo un aspecto desolado como el de sus hermanos en las zonas templadas durante el invierno.

El sol quema con sus rayos la verde alfombra, y en la tierra se forman grietas, como después de un fuerte terremoto. Los reptiles, huyendo del calor, se ocultan en lo hondo de la arcilla reseca del suelo para sumergirse en letárgico sueño.

Por fin, después de una larga sequía, comienza otra vez el tiempo de las lluvias, y la faz de los llanos cambia rápidamente. El azul del cielo se va poniendo rosado. Vapores densos como la niebla se extienden poco a poco hasta cubrir el cenit. Los truenos lejanos anuncian que se aproximan las lluvias, hasta que cae el primer chaparrón. Los animales vuelven a dispersarse por los llanos, gozosos de la vida.

Dura e inclemente es la vida del llanero. Los hatos en que vive, construidos con caña y cubiertos con cueros de animales, se encuentran a decenas de kilómetros uno de otro. Entre ellos pululan por la sabana incontables rebaños de toros bravos, caballos y mulos. Los llaneros, esparcidos en pequeños grupos por todo el inmenso territo-

rio, trabajan todo el año para el hacendado que pasa la vida en la ciudad. Entre ellos hay muchos negros, mulatos, mestizos, pero hay también blancos: canarios, españoles y criollos. Los esclavos y los libres afrontan las mismas condiciones difíciles. Les sirven de lecho los cueros de los bueyes; de asiento, los cráneos de los caballos o caimanes; de reloj, los gallos; de guardianes, los perros, de vajilla –la totuma o calabaza seca.

El día de trabajo de los pastores comienza cuando despunta el sol, a las tres de la mañana, y termina a las siete de la tarde, que es cuando el llanero consume la única comida del día: un pedazo de carne asada sin sal ni pan. En torno a las chozas yacen los restos de las reses, huesos de caballos y vacas, expidiendo un fuerte hedor.

El llanero camina descalzo; sus pies siempre están llenos de llagas y heridas, ocasionados por los rastrojos, rasguños y mordeduras de los insectos. No viste más que calzones y camisa, y los girones de uno y de otro apenas logran cubrir la curtida piel de su musculoso cuerpo.

Todo el año pasa el llanero cuidando el ganado y los caballos. Se dedica a herrar los animales, a juntar y domar los potros salvajes. Estas labores requieren particular aguante, valentía y vigor físico, cualidades humanas que el llanero considera como las únicas dignas de respeto.

El llanero es rudo e indómito, desconfiado y lleno de prejuicios. No se fía más que en sus fuerzas y en la de su cuchillo, con el que castra a los novillos, corta la carne y asesta golpes mortales a quien le ofende.

El cuchillo del llanero, colocado en la punta de una caña, se transforma en lanza. Y según en aras de qué y contra quién sea enfilada la lanza se decidirá el destino de Venezuela.

En los primeros años de la guerra por la independencia los llaneros pelearon contra los patriotas. ¿Por qué? Porque la primera República, a cuyo frente se encontraban los mantuanos de tendencia conservadora, provocó su ira al adoptar el llamado Reglamento de llanero, que imponía una multa o cien azotes a quien atentaba contra la propiedad privada. Particularmente severas sanciones se aplicaban a aquellos que daban caza al ganado suelto sin permiso previo del hacendado. El robo de ganado se castigaba con la pena de muerte. El llanero debía registrarse, llevar consigo documento de identidad y trabajar en alguna hacienda, quedando así totalmente supeditado a la voluntad del dueño. Quien no tenía una ocupación expresa recibía un año de cárcel al ser detenido por segunda vez.

Según expresa el historiador norteamericano J. Lynch, el Reglamento tenía por objeto asociar la propiedad sobre el ganado con la propiedad sobre la tierra, liquidar el sistema comunal de aprovechamiento de esta última y estimular la difusión de la propiedad privada en los llanos, poniendo el ganado exclusivamente a disposición de los ganaderos y hacendados. Los llaneros interpretaron el reglamento

como un atentado a sus legítimos derechos, y a los españoles no les resultó difícil convencerlos de que los terratenientes criollos, partidarios de la independencia, eran los culpables de todos sus males.

* * *

El terror de los llanos se llamaba Boves (su verdadero apellido era Rodríguez). Nació en la provincia española de Asturias. Tenía la misma edad que Bolívar y, siendo un adolescente, había navegado en barcos que transportaban diversas cargas de Venezuela a la isla de Curazao y viceversa. Condenado a ocho años de trabajos forzados por actividades de contrabando, pronto salió en libertad gracias a las gestiones de otro contrabandista —pero más influyente—, cuyo apellido era Boves, en honor del cual hizo suyo este nombre.

Después de salir de la cárcel, el futuro jefe de los llaneros renunció a su profesión de marino y se instaló en la población de Calabozo. Allí abrió un comercio de caballos y mulos, se hizo un excelente jinete, amigo y compañero de juerga de los vecinos del lugar. Al comienzo de la guerra de la independencia Boves tomó partido por los patriotas, pero al poco tiempo fue preso nuevamente. Esta vez lo rescató de la cárcel Antoñazas, uno de los secuaces de Monteverde. Desde entonces Boves combatió del lado de los españoles.

Boves sedujo a los habitantes de los llanos con promesas de fáciles conquistas y vida holgada. Declaró la guerra santa de los negros y mestizos contra los hacendados blancos. A los esclavos les prometió la libertad, a los campesinos, la tierra. Los españoles se sentían contentos, porque Boves actuaba en comarcas donde apenas había autoridades coloniales y donde las víctimas eran mayormente criollos, simpatizantes con la república.

Boves era un apuesto y musculoso sujeto de regular estatura, con pescuezo de toro, ojos celestes, y roja barba que circundaba su rostro a manera de herradura. Jinete admirable, el jefe llanero dominaba con maestría el lazo y la lanza, tenía un oído alerta y vista de lince. Intrépido en el combate, Boves se mostraba indiferente al dinero y demás bienes terrenales. Tenía una sola pasión: derramar sangre humana. Martirizar, torturar, violar y matar a la gente era lo que más le gustaba.

Para Boves era cosa corriente violar a una muchacha en presencia de sus padres para asesinar después a éstos ante los ojos de la hija, o invitar a su mesa a un prisionero, brindar por su salud y al término de la comida cortarle la cabeza. Las mujeres preferían suicidarse antes de caer en manos de Boves y sus matones. Así procedió la hermana —que a la sazón contaba catorce años— de quien sería después Mariscal de la República, Sucre.

A Boves no le costaba nada jurar solemnemente ante el altar de una iglesia que conservaría la vida a los habitantes de tal o cual ciudad sitiada si optaban por rendirse, y al otro día exterminarlos a todos. Instaba a sus subordinados a cometer las mismas atrocidades, y quie-

nes manifestaban clemencia o falta de empeño en las represalias eran ejecutados.

Un verdadero tesoro era un personaje de la calaña de Boves para los españoles, que con sus propias fuerzas no podían vencer a los patriotas.

Los llaneros que trabajaban para los terratenientes criollos se aliaban de buena gana con Boves; sobre todo, porque repartía generosamente entre sus correligionarios no sólo el botín capturado, sino también grados de oficial, sin importarle el color de la piel.

El Atila de los Llanos logró en unos meses atraerse a su lado unos siete mil jinetes, lo que suponía una fuerza muy superior a la de los patriotas. A su tropa la llamó Legión Infernal, nombre que se justificó por los crímenes perpetrados en el curso de la guerra de la independencia.

Igual que la langosta, la caballería de Boves se desplazaba desde el interior de los llanos de Caracas, sembrando en su camino la destrucción y la muerte. Con el torso descubierto, sin bajar de su brioso caballo negro, Boves imponía las penas que debía expiar la población indefensa. Los prisioneros eran amarrados a los postes y azotados con enormes látigos de cuero crudo que partían las carnes hasta poner al descubierto los huesos, dejando después morir a las víctimas bajo los ardientes rayos del sol. Los patriotas eran marcados a fuego con una letra "p" en la frente y morían de las heridas recibidas, de las mordeduras de insectos venenosos, de hambre y sed.

En Caracas fueron movilizados para enfrentar a Boves todos los hombres que podían empuñar un arma y se reunió una buena cantidad de dinero para armamentos. Contra los llaneros que avanzaban a la capital, Bolívar lanzó un destacamento al mando de uno de los oficiales más talentosos, Vicente Campo Elías, que por sus cualidades personales podía ser muy digno adversario de Boves.

Campo Elías era español, pero no había en el ejército patriota un hombre que odiara con tanta fuerza a los godos. "La raza maldita de los españoles debe desaparecer –solía decir Campo Elías–, después de matarlos a todos, me degollaría yo mismo para no dejar vestigio de ella en Venezuela". Campo Elías no tuvo reparos en fusilar a su propio abuelo por simpatizar con los godos. Siempre era el primero en lanzarse al combate gritando su nombre y desafiando a los enemigos a batirse con él.

Campo Elías se encontró con la partida de Boves en Mosquiteros y le infligió una tremenda derrota. Los patriotas, literalmente, la dejaron hecha pedazos. Boves, aunque herido en el combate, se las arregló para escapar otra vez a los llanos. Parecía, que ya se había acabado con él. Pero apenas pasaron unas semanas cuando resurgió de nuevo encabezando otro ejército de llaneros, tan feroz e implacable como antes.

Cierta vez Boves ocupó un pueblo, cuyos habitantes habían huido aterrorizados ante su entrada. En el pueblo quedó solamente un anciano enfermo y descarnado, a quien Boves mandó decapitar. De repente

uno de sus soldados, un joven que frisaba en los 15 años se dirigió al Atila con ruegos de perdonar al detenido, quien resultó ser su padre.

– Bien –dijo Boves–. Para salvar su vida dejarás que te corten la nariz y orejas sin un quejido.

– Sí, sí –respondió el muchacho.

Como verdadero héroe, el joven sufrió con admirable serenidad la horrible prueba. Boves montó en ira. No podía soportar que sus víctimas resistieran las torturas con firmeza.

– Eres demasiado valiente para dejarte con vida –bramó el asturiano. Acto seguido ordenó decapitar juntos a padre e hijo.

Tal era Boves, este chacal sanguinario al servicio de su Majestad católica, el Rey de España.

* * *

A principios del año 1814, Bolívar convocó en Caracas una asamblea de notables y le dirigió estas palabras:

– Compatriotas: yo no he venido a oprimiros con mis armas vencedoras; he venido a traeros el imperio de las leyes; he venido con el designio de conservaros vuestros sagrados derechos. No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo. Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su Patria. Sus glorias deben confundirse con las de la República. Yo os suplico me eximáis de una carga superior a mis fuerzas. Elegid vuestros representantes, vuestros magistrados, un gobierno justo y confiad en las armas que han salvado la República.

La asamblea no aceptó la dimisión de Bolívar, por unanimidad lo proclamó dictador y dispuso, para honrar sus virtudes cívicas, que se erigiera en su honor un monumento.

Nobles decisiones, pero no sólo esto necesitaba la segunda República para triunfar sobre Boves. Era necesario privarle del apoyo de los centauros del llano, y para conseguirlo había que darles la tierra y liberarlos de la esclavitud impuesta por los terratenientes. Por desgracia, Bolívar y sus correligionarios todavía no comprendían o no advertían el peligro que se cernía de nuevo sobre la patria.

En los primeros días de febrero de 1814, Boves se apoderó de la ciudad de Ocumare, situada en los accesos de Caracas. Al mismo tiempo, su caballería infligió una derrota a las tropas de Campo Elías en La Puerta. Estas victorias abrían a los llaneros el camino hacia la capital. Sólo el éxito alcanzado por el valiente Ribas, quién derrotó al destacamento de Morales, el ayudante de Boves, alivió un poco la situación. Los llaneros se retiraron nuevamente de Ocumare, donde los patriotas encontraron en las calles alrededor de trescientos cadáveres de hombres, mujeres y niños asesinados. Pasaron pocas semanas, y una nueva ola llanera volvió a inundar Ocumare. Sosteniendo duros combates, los soldados de Bolívar comenzaron a retroceder hacia Caracas.

La guerra fue tomando un carácter cada vez más cruel e impla-

cable. Boves mataba a cuantos criollos caían en sus manos. Muchas familias fueron exterminadas por completo. Llamosas, capellán de los ejércitos españoles en Venezuela, informó más tarde al Rey Fernando VII:

"En Guayabal, poco después de la batalla de Mosquiteros, Boves declaró la muerte a todos los blancos y lo ejecutó constantemente hasta el pueblo de San Mateo... Dio orden... que las mujeres blancas de Calabozo y pueblos inmediatos fuesen remitidas a la Isla de Arichuna, como se ejecutó repartiendo las casas y bienes de los muertos y de las desterradas entre los pardos, y dándoles papeletas de propiedad. En el pueblo de Santa Rosa se mataron a todos los blancos, todos los hombres, mujeres y niños de San Joaquín y Santa Ana en virtud de orden de Boves..."

Las crónicas de aquellos años relatan la suerte corrida por Pedro Armas, un poblador de San Mateo. Los llaneros mataron a su octogenaria madre, un niño de pecho, dos hijos, violaron a la hija y se llevaron a la esposa. El general Ribas perdió en las masacres a veintiún miembros de su familia.

En junio de 1814, Bolívar, con la intención de contener la invasión de Boves, emprendió una ofensiva por la parte de La Puerta, pero no pudo resistir el empuje de la caballería de los violentos llaneros y fue derrotado. Más de mil patriotas cayeron en el campo de batalla, y los que se entregaron prisioneros fueron exterminados. Pero, aun así, Bolívar no se desanimó. Seguía repitiendo una y otra vez a sus seguidores: el arte de vencer se aprende en las derrotas.

Ahora, contra Boves, que contaba con cinco mil jinetes y dos mil infantes, los patriotas sólo podían oponer mil quinientos infantes y seiscientos jinetes. Boves llegó hasta la hacienda de Bolívar en San Mateo y entabló combate en las proximidades del ingenio en el que se encontraba un depósito considerable de armas. Antonio Ricaurte, un capitán de veinte años, hizo volar el polvorín, ofrendando su vida y sepultando bajo los escombros a los soldados de Boves que pretendieron tomarlo por asalto. Pero ya las hazañas heroicas no podían salvar a los patriotas, cuyas fuerzas habían sido agotadas en los últimos sangrientos combates.

Al acercarse Boves a Caracas, empezó a cundir la excitación entre los españoles prisioneros y sus partidarios que se encontraban bajo vigilancia en la capital y en La Guaira. Monteverde se había negado a canjearlos por republicanos. Bolívar había asimilado bien la experiencia adquirida cuando fue comandante de Puerto Cabello en los tiempos de la Primera República, cuando la fortaleza cayó en manos de los españoles a raíz de una sublevación de los oficiales realistas, recluidos en ella. Temiendo un levantamiento de los presos, mandó al general Arismendi fusilar a los prisioneros españoles. Varios centenares de hombres fueron ejecutados.

Resultaban inútiles las súplicas de Bolívar a Mariño, dictador de la República de Oriente, de prestarle ayuda. Varias veces le había

dirigido mensajes, instándolo a defender juntos a Calabozo y evitar su ocupación por el adversario, así como a reunirse con las tropas de Caracas para hacer un intento de derrotar a Boves. Ahora, en nombre de la República, que se encontraba en grave peligro, le pedía no esperar más y hacerse eco de sus súplicas.

Mariño seguía sin hacer nada. ¿Esperaba, tal vez, el momento en que Boves y Bolívar se desangraran para decidir después el destino de Venezuela o, simplemente, no apreciaba la amenaza que volvía a cernirse sobre su patria? Indistintamente de los motivos de su impasibilidad, ésta obró en favor de los enemigos de la independencia venezolana.

Sobre la capital avanzaban de un lado las partidas de Boves y de otro lado los españoles de Puerto Cabello. Con horror esperaban los habitantes de Caracas la caída de su ciudad. Sabían que de Boves no podían esperar clemencia. Bolívar decidió evacuar los habitantes de la capital hacia Cumaná, asiento principal de Mariño. Fue una medida correcta. Después de caer Caracas en manos de los españoles, Boves envió una lacónica orden al nuevo gobernador de la capital, en la que decía lo siguiente: "Dentro de veinticuatro horas estaré en la capital. Si encuentro vivo siquiera un solo patriota, le haré cortar a Usted la cabeza. Su seguro servidor Boves".

Abandonaron Caracas más de veinte mil personas. Después de muchos días de marcha, muriéndose la gente por enfermedades o extenuación, los sobrevivientes llegaron a la ciudad de Cumaná. Por fin Mariño comprendió cuán miope había sido su política de caudillo provinciano. Pero ahora la única manera de ponerse a salvo de las bandas de Boves era huir.

En Cumaná Bolívar supo que Bianchi, el comandante de la flotilla republicana, se llevó consigo todo el tesoro traído de Caracas, incluidos los enseres sagrados de oro y plata de la iglesia, alegando pagarse así la deuda que le debía la República por los servicios prestados. Bolívar y Mariño subieron a la nave de Bianchi, cuando ésta ya estaba levantando anclas. Sólo después de zarpar se logró convencer a Bianchi, quien devolvió las tres cuartas partes de los valores a Bolívar y Mariño, aceptando, en estas condiciones, continuar la lucha al lado de los republicanos.

Mientras tanto, los patriotas que quedaron en Cumaná creyeron que Bolívar y Mariño escaparon junto con Bianchi, llevándose los tesoros de la República. Cuando Bolívar y Mariño regresaron a Cumaná, el general Ribas ordenó su detención. A duras penas pudo Bolívar convencer a su tío para que los deje, a él y a Mariño, en libertad.

Al Libertador, para quien este título sonaba ahora como amarga burla, no le fue fácil abandonar Cumaná, pero otra salida no había: Boves se acercaba a la ciudad.

Antes de abandonar la tierra natal, Bolívar se dirigió a sus compatriotas con un manifiesto en el que señalaba las causas que habían provocado el colapso de la segunda República. Había caído, decía

él, porque una parte de la población de Venezuela se había adherido a los españoles e intervenido contra los patriotas.

– Parece que el cielo, para nuestra humillación y nuestra gloria –expresaba–, ha permitido que nuestros vencedores sean nuestros hermanos y que nuestros hermanos únicamente triunfen de nosotros. El ejército libertador exterminó las bandas enemigas, pero no ha podido ni debido exterminar unos pueblos por cuya dicha ha lidiado en centenares de combates... Yo, muy distante de tener la loca presunción de conceptuarme inocente de la catástrofe de mi patria, sufro el profundo pesar de creerme el instrumento infausto de sus espantosas miserias, pero soy inocente porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario de la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto... Es justo y necesario que mi vida publica se examine con esmero, y se juzgue con imparcialidad... Entonces sabréis si he sido indigno de vuestra confianza, o si merezco el nombre de Libertador. Yo os juro, amados compatriotas, que este augusto título que vuestra gratitud me tributó cuando os vine a arrancar las cadenas, no será vano. Yo os juro que libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho: sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir, hasta volver por segunda vez a libertaros...

Bolívar y Mariño se dirigieron a Cartagena. Piar, Bermúdez y Ribas decidieron no abandonar Venezuela y continuar la lucha. Contaban con los restos del ejército de Mariño, pero al poco tiempo éstos también dejaron de existir.

Piar huyó a la Isla Margarita. Bermúdez siguió a Cartagena detrás de Bolívar. El arrojado José Félix Ribas, a quién los venezolanos dieron el nombre de General Pueblo y a quién Bolívar otorgó el grado de mariscal, se quedó en los llanos, pero fue apresado, torturado y ejecutado. Los llaneros le cortaron la cabeza y, después de freirla en aceite, la llevaron a Caracas. Allí los españoles adornaron este horrendo trofeo con un gorro frigio –símbolo de la Revolución Francesa– y lo expusieron en una jaula de hierro para escarmiento de la población local.

En Cumaná, abandonada por los patriotas, entraron los llaneros. Por las calles de la ciudad corrieron ríos de sangre de los fugitivos de Caracas. Los vencedores llegaron a pintar obscenidades en las paredes con la sangre de sus víctimas.

Igual matanza tuvo lugar en Maturín, donde fueron exterminadas muchas familias criollas, "desde el señor hasta el esclavo, inclusive", según afirmara un testigo. Pero, al sucumbir la segunda República, había muerto también su verdugo. En la última batalla, en Urica, el patriota Ambrosio Brabante mató a Boves de un lanzazo.

La sangrienta orgía continuó, sin embargo, también después de la muerte de Boves. A la cabeza de los llaneros se puso Morales, digno sucesor de su desaparecido jefe. Morales atormentaba a sus víctimas a fuego lento, en la hoguera; destripaba a las mujeres embarazadas.

Después de la muerte de Boves reunió a los jefes llaneros y les preguntó a quién querían ver como superior suyo. Siete hombres se pronunciaron por el mariscal español Cajigal. Esto no le gustó al ex vendedor de pescado, ya que él mismo pretendía ocupar ese puesto. Su disposición fue: arrestar a los partidarios de Cajigal y fusilarlos.

Así terminó el año 1814. Los españoles celebraban la victoria.

En los últimos combates murieron doce mil hombres, todos americanos, a excepción de muy pocos, escribió gozoso el general español Fierro a uno de sus amigos. Sería ideal si lográramos exterminar a todos los americanos, cosa que podría ser lograda fácilmente, si tuviéramos más Boves en otras partes de América. En cuanto a Venezuela, aquí si hemos obrado debidamente, mandando al otro mundo a cada americano que se nos aparecía.

La expedición del mariscal Morillo

Para el logro del triunfo siempre ha sido indispensable pasar por la senda de los sacrificios.
Simón Bolívar

Otra vez está Bolívar en Cartagena. Y de nuevo pide a los granadinos que le ayuden con tropas y pertrechos para liberar la patria.

En Cartagena gobierna Castillo, el mismo Castillo que un año antes había abandonado a Bolívar en la frontera con Venezuela augurando que su marcha a Caracas iba a terminar en una derrota.

– Bolívar es culpable de la caída de la segunda República, y nadie más –afirmaba Castillo–. El caraqueño ha obrado como un insensato: si no hubiera declarado la guerra a muerte, la población no se habría llenado de odio contra los patriotas y la República triunfaría. Bolívar llevó a Venezuela al desastre, y ahora quiere imponerse en Nueva Granada para conducirnos al fracaso a nosotros también.

Castillo se equivocaba. Los patriotas venezolanos fueron derrotados no por insensatez de Bolívar, sino porque no supieron atraer a su lado a las masas campesinas.

Mientras Boves liberaba a los esclavos y prometía tierra y otros beneficios a los llaneros, Bolívar y demás dirigentes patriotas, entre ellos Castillo mismo, consideraban posible reducir al enemigo valiéndose únicamente de la fuerza militar.

Castillo y sus amigos demandaron al Congreso reunido en Tunja privar a Bolívar del derecho de conducir las tropas. El ejército republicano, decían ellos, debía ser encabezado por un hombre no comprometido con la "Campaña Admirable" que terminó con tan rotundo fracaso.

Es posible que Castillo hubiera logrado separar a Bolívar del mando militar de no haber llegado la noticia sobre el arribo desde Venezuela a Nueva Granada de la división del general Urdaneta, que se había salvado del desastre. En Venezuela quedó un destacamento de esta división mandado por Santander para llevar la guerra de guerrilla.

Urdaneta cedió el mando de la división a Bolívar. Ahora éste dejaba de ser un fugitivo solitario para encabezar una unidad militar, no muy grande, pero bastante importante en las circunstancias de Nueva Granada.

Al hacerse cargo del mando, Bolívar se dirigió a los combatientes diciendo:

– Soldados, mientras empuñéis las armas hay esperanza de victoria. No os habéis quedado sin patria. Para nosotros, la patria es América; nuestros enemigos, los españoles; nuestra enseña, la independencia y libertad.

Ahora Bolívar podía ir a Tunja, presentarse al Congreso y pedir que le reiteraran su confianza.

Pese a sus errores y defectos, pese a la derrota de la segunda República, muchos habitantes de Nueva Granada mostraban respeto y admiración hacia Bolívar, innato luchador, dispuesto a volver una y otra vez a combatir contra los españoles, con fanática fe en la victoria final sobre un enemigo que parecía invencible.

¿Acaso sólo en Venezuela habían sido derrotados los patriotas? se preguntaban los partidarios de Bolívar. ¿Acaso otros jefes de los sublevados, Hidalgo y Morelos, no habían sido ajusticiados en México? ¿Acaso los españoles no habían logrado aplastar el movimiento independentista en Ecuador, Perú y Chile? Por lo visto, la causa de esos fracasos habría que buscarla no tanto en las cualidades personales de tales o cuales jefes, como en el hecho de que en conjunto el movimiento patriótico no poseía la madurez necesaria ni la debida sabiduría política.

Así pensaba, por cierto, Camilo Torres, presidente del Congreso de Tunja. Torres recibió con júbilo a Bolívar y le autorizó a intervenir ante los diputados.

– Hemos subido –dijo Bolívar– a representar en el teatro político la grande escena que nos corresponde, como poseedores de la mitad del mundo. Un vasto campo se presenta delante de nosotros, que nos convida a ocuparnos de nuestros intereses; y bien que nuestros primeros pasos hayan sido tan trémulos como los de un infante, la rigurosa escuela de los trágicos sucesos han afirmado nuestra marcha, habiendo aprendido con las caídas dónde están los abismos y con los naufragios dónde están los escollos. Nuestra empresa ha sido a tientas, porque éramos ciegos; los golpes nos han abierto los ojos y con la experiencia que hemos adquirido, y la vista ¿por qué no hemos de salvar los peligros de la guerra y de la política y alcanzar la libertad y la gloria que nos esperan por galardón de nuestros sacrificios? ¡La América entera está teñida con la sangre americana! ¡Ella era necesaria para lavar una mancha tan envejecida! Es la primera vez que se vierte con honor en este desgraciado continente, siempre teatro de desolaciones pero nunca de libertad. Por todas partes corre en el Nuevo Mundo la sangre de sus hijos y ahora sí por la libertad, único objeto digno del sacrificio de la vida de los hombres.

Bolívar informó minuciosamente a los diputados acerca de los acontecimientos en Venezuela y procuró convencerles, de que, pese a los recientes triunfos de los españoles, los patriotas tenían todas las posibilidades de alcanzar la victoria.

– General –respondió Torres a Bolívar en nombre de los congresistas– vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada; con ella volveréis a rescatarla del dominio de los opresores. El Congreso granadino os dará su protección porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un gran hombre. Antes de organizar una nueva campaña sobre Caracas, os

encomendamos adelantar previamente campaña contra los gobernantes de Bogotá y de la provincia de Cundinamarca, quienes se niegan a formar parte de la Confederación Granadina, y limpiar de godos toda la costa granadina del Caribe. El enemigo sigue ocupando Santa Marta, y mientras esté allí, la República estará en peligro.

Bolívar aceptó. Era necesario agrupar a todas las fuerzas patrióticas para la lucha. Bolívar confiaba en persuadir a los habitantes de Bogotá a someterse al Congreso. El Libertador marchó a la capital de Nueva Granada y dirigió a su población un manifiesto en el que proponía agrupar al pueblo bajo un mando único, dirigir todas las fuerzas a la consecución de un solo propósito: asegurarle al Nuevo Mundo sus derechos a la libertad y a la independencia.

Las autoridades de Bogotá, instigadas por los clérigos prohispanos, no quisieron atender al llamamiento de Bolívar. El obispo de Bogotá excomulgó al caraqueño y exhortó a la población a oponerle resistencia armada. Los bogotanos, sin embargo, no hicieron caso del obispo y acogieron a Bolívar como libertador.

Bogotá se unió a la Confederación. El Congreso, agradecido, designó a Bolívar Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Nueva Granada, con base en Cartagena. Pero Castillo no reconoció este nombramiento. A él ni siquiera le seducía el grado de general que le había adjudicado el Congreso.

Con una parte de sus hombres que estaban guardando los accesos al río Magdalena, Castillo se replegó a Cartagena, decidido a no ceder su puesto al caraqueño.

– Bolívar es un dictador, un vampiro cruel y despiadado que los llevará al desastre a todos –propalaban Castillo y sus amigos entre los habitantes de Cartagena.

Mientras Castillo altercaba con Bolívar, los españoles de Santa Marta pasaron a la ofensiva y se apoderaron de una serie de plazas en el río Magdalena. Bolívar propuso a Castillo emprender una ofensiva conjunta, pero el tozudo jefe respondió abriendo las hostilidades contra el comandante del ejército granadino.

Cuando estos acontecimientos estaban en su apogeo, en el horizonte apareció un enemigo aún más temible: a las costas de Venezuela se aproximaba una armada española nunca vista por su poderío desde los tiempos de la conquista. Sesenta barcos escoltados por veinticinco navíos de guerra. Transportaban un ejército de once mil hombres procedentes de selectos regimientos españoles que habían pasado por la dura prueba de la guerra contra Napoleón. Mandaba esta fuerza Pablo Morillo, a quien Fernando VII había encomendado la misión de sofocar la rebelión americana.

Ni siquiera a la vista de este nuevo peligro mortal quiso Castillo reconciliarse con Bolívar, insistiendo en que lo expulsaran del ejército. La causa de los patriotas exigía que, en tales condiciones, cediera uno de los adversarios, a fin de que las fuerzas antiespañolas pudieran agruparse para combatir al enemigo. Comprendiendo esto, Bolívar convo-

có una junta de oficiales y anunció que presentaba su dimisión y que inmediatamente abandonaría Nueva Granada.

– No puedo proceder de otra manera –expresó–. Si yo permaneciera aquí Nueva Granada se dividiría en partidos y la guerra doméstica sa haría eterna. Retirándome, no habrá más partido que el de la patria, y eso será lo mejor para hacer frente a Morillo. Es la única solución para salir de la situación creada.

Los oficiales aceptaron los argumentos de Bolívar. El Congreso aceptó su renuncia y Bolívar el 9 de mayo de 1815 dejó Nueva Granada, embarcando rumbo a Jamaica. En la travesía pudo ver desde la cubierta de su barco el bosque de mástiles de la armada española que se aproximaba a las costas de su sufrida patria.

Pablo Morillo, comandante en jefe de la expedición y nuevo Capitán General de Venezuela y Nueva Granada, tenía fama de ser no sólo el jefe más talentoso en el ejército, sino que también era el mariscal español más joven: acababa de cumplir los treinta y ocho años. Procedía de una humilde familia campesina y empezó su carrera militar como simple soldado. Participó en la batalla de Trafalgar, fue herido y pasó a oficial, se destacó en la batalla de Bailén, en la que dos cuerpos del ejército francés se rindieron a los españoles. Por el triunfo obtenido frente a las tropas francesas en Victoria, Morillo obtuvo el título de Mariscal de Campo. Era valiente y tenaz, pero, al mismo tiempo, cruel, desconfiado e irascible.

Típico soldado profesional, fiel a la corona española y dispuesto a cumplir cualquier orden de Fernando VII, Morillo soñaba con los laureles del Duque de Alba, que cubrió de sangre a Flandes al sofocar la insurrección antiespañola en el siglo XVI.

El jefe español tenía una noción sumamente vaga acerca del pueblo que debía pacificar, ni tenía siquiera un plan de acción concreta para poner en práctica, contaba sólo con las instrucciones que le prescribían "poner orden" en Venezuela, en la Isla Margarita y en Nueva Granada. No obstante no dudaba de que el encargo del rey lo cumpliría.

Morillo confiaba no sólo en la fuerza armada, sino también en sus talentos de diplomático. El Gobierno español, considerando que la rebelión en las colonias era obra de los criollos ricos, le encargó la misión de intentar, lo primero, ponerse de acuerdo con los representantes de la cumbre criolla, prometiéndoles la amnistía, la devolución de los bienes confiscados y toda clase de garantías contra las bandas de los llaneros.

El primer venezolano con el que se encontró Morillo fue Morales. El sucesor de Boves, después de someter todo el Oriente de Venezuela, se preparaba en las costas de Cumaná para el asalto a la Isla Margarita. Aquí fue donde vio acercarse la armada de Morillo, los soldados de Morales se lanzaron en sus canoas con gritos de júbilo para recibir a los navíos españoles. Al ver aproximarse las pequeñas embarcaciones con los soldados de Morales –negros, vistiendo sólo sombreros y ta-

parrabos–, según refería uno de los miembros de la expedición de Morillo, los españoles quedaron perplejos. Si éstos eran los vencedores ¿cómo serían los vencidos? Seguramente, peor que aquéllos.

Llegado a la costa venezolana por la parte de Carúpano, Morillo hizo público un manifiesto de amnistía, redactado con genuino espíritu jesuítico. Al oficial patriota se le otorgaba amnistía bajo la condición de que entregara a su jefe a los españoles, o si les facilitaba la ocupación de una provincia o fortaleza importante, indicaba la existencia de un depósito grande de armas o se rendía con sus soldados. Un capitán tenía que presentarse a los españoles con no menos de una compañía de cien hombres; un teniente, con media compañía; con un cuarto de una compañía un suboficial. El manifiesto prometía la libertad a los esclavos si entregaban en manos de los españoles a su amo patriota o a otro patriota cualquiera.

Después de tomar a bordo en Carúpano a Morales y a sus ayudantes más próximos, Morillo se dirigió a la Isla Margarita, donde todavía seguía dominando la situación Arismendi, el mismo que, siendo comandante de La Guaira, fusiló por orden de Bolívar varios centenares de prisioneros españoles (algunos decían, incluso, que los mandó quemar vivos). Cuando la armada de Morillo entró en Asunción –puerto principal de Margarita–, Arismendi, en cuyas manos se hallaba concentrado todo el poder en la isla decidió valerse de la astucia, ya que era imposible vencer a un enemigo tan poderoso en combate abierto. Arismendi se presentó ante Morillo, para expresar su "arrepentimiento" y prometió colaborar en lo sucesivo con los españoles. Aunque Morales exigía ajusticiar al criollo, Morillo le concedió el perdón, conservándole su hacienda y prometiéndole su protección.

Morillo esperaba ganarse con este gesto a los criollos que, según creía el mariscal español, pensaban ahora en una sola cosa: cómo conservar la vida y la poca fortuna que les quedaba. Pero muy pronto el pacificador tuvo que renunciar a esta ilusión. Recién acababa de arrepentirse Arismendi, cuando alguien le prendió fuego al "San Pedro", el navío más grande de la expedición. Este ardió por completo, pereciendo cerca de novecientos soldados españoles, perdiéndose el erario del ejército y gran cantidad de pertrechos.

Morillo furibundo fue a Caracas e impuso fuertes contribuciones a la población. Restableció el sistema de secuestros de los bienes de los patriotas, nombró nuevo gobernador de Venezuela a Salvador Moxo, conocido por su crueldad y pillaje, destituyendo de ese cargo al mariscal Cajigal que mostraba una actitud más moderada.

Los tribunales civiles fueron sustituidos por consejos de guerra, en los que se concentró todo el poder administrativo y judicial. Se creó una Junta de secuestros encargada de confiscar los bienes de los patriotas. Esta Junta expropió más de seiscientas haciendas de los criollos, lo cual provocó indignación general contra los españoles.

Después de Venezuela, era necesario "pacificar" Nueva Granada, empresa en la que Morillo no preveía muchas dificultades. Sin embar-

go, precisamente allí tropezó con la primera resistencia seria.

Cartagena se negó a someterse al mariscal español. Esta poderosa fortaleza estaba emplazada sobre un saliente que se adentraba lejos en el mar. Del continente la separaba una ciénaga. En torno a la ciudad se elevaban altas murallas.

El ejército de Morillo contaba en aquel entonces con dieciséis mil hombres, incluidas las unidades de Morales. El mariscal español, después de enviar unos cuantos miles de soldados a Puerto Rico, al Perú y a Panamá y dejar pequeñas guarniciones en las ciudades de Venezuela, empieza con un ejército de casi nueve mil hombres el sitio de Cartagena.

En julio de 1815 Morillo cercó a la fortaleza por mar y por tierra. La población estaba resuelta a ofrecer ella misma resistencia a los españoles, cuantos habitantes pudieron empuñar las armas se incorporaron a los destacamentos defensores de la ciudad asediada.

Casi cinco meses resistieron valerosamente los cartageneses a los españoles. Los defensores comían ratones, cinturones de cuero, pero nadie pensaba en rendirse. Los que tendieron el cerco pasaban penurias también: la disentería y las fiebras segaban sus filas. Más de tres mil seiscientos soldados españoles tuvieron que ser hospitalizados. Las lluvias constantes hacían intransitables los caminos, transformando todo el paraje, alrededor de Cartagena, en un lodazal inaccesible.

La defensa de Cartagena estuvo al principio a cargo de Castillo, pero luego lo suplantó el venezolano Bermúdez, compañero de armas de Bolívar. En los combates tuvo destacada actuación otro jefe venezolano: Carlos Soublette, así como el mulato granadino Padilla. Los defensores de la fortaleza morían en sus puestos por inanición. Por último, se tomó la decisión de dejar salir a los heridos, niños y mujeres de la ciudad sitiada.

Fue una verdadera marcha de sombras vivientes. Sólo la tercera parte llegaron hasta los puestos de avanzada de los españoles. Morillo los recibió, pero mandó a los defensores de Cartagena un ultimátum: entregarse en el espacio de tres días o, en caso contrario, él haría volver a sus familiares a la fortaleza. El 4 de diciembre, cuando se daba este ultimátum, trescientos hombres murieron de hambre en las calles de la ciudad.

Los patriotas se negaron a rendirse al enemigo. En la noche del 5 de diciembre destruyeron sus cañones y se embarcaron en los navíos con la esperanza de burlar el cerco. La artillería española abrió fuego. Se desencadenó una tormenta que dispersó a los barcos. Sólo unos pocos lograron alcanzar Las Antillas.

Así terminó la heroica defensa de Cartagena, que representa en la historia de la lucha por la independencia en América del Sur una de sus páginas más brillantes y más trágicas.

Morales fue el primero en entrar en la fortaleza que ahora se parecía a un cementerio. Miles de cadáveres yacian en las calles. El aire parecía cargado de un hedor insoportable. Más de seis mil perso-

nas, la tercera parte de la población de Cartagena, murió a consecuencia del hambre y las enfermedades, sin contar aquellos que cayeron en los combates. Los atacantes perdieron alrededor de tres mil quinientos hombres.

Morales tomó prisioneros sólo sesenta y tres patriotas que no tuvieron tiempo de evacuarse y los mandó fusilar. El mismo Morales prometió indultar a los ancianos, mujeres y niños que estaban en los escondites. Cuatrocientas personas le creyeron y se entregaron. Morales ordenó fusilarlos a todos.

Morillo actuaba con la misma perfidia. Seis jefes de la defensa, entre ellos el general Castillo, que confiaron en su palabra de conservarles la vida y depusieron las armas, murieron por orden suya en la horca. Morillo consideró que todas estas ferocidades eran pocas y restableció en Cartagena el Tribunal de Inquisición que siguió persiguiendo a los indefensos pobladores de la ciudad.

El nuevo triunfo español provocó un hondo abatimiento entre los criollos granadinos que ahora se apresuraban a manifestar su arrepentimiento ante Morillo, prometiendo portarse en el futuro como los más fieles vasallos del rey Fernando VII. El gobierno de Nueva Granada quedó de hecho disuelto.

Morillo entró en Bogotá sin encontrar resistencia. No tardaría en sorprender a los restos del ejército granadino y cercarlos al oeste de la ciudad. Los espaóles intimaron la rendición a los patriotas prometiendo respetarles la vida y los títulos militares. Como respuesta, los granadinos se lanzaron al ataque con exclamaciones de "¡Viva la guerra a muerte!". Así sucumbieron los últimos defensores de Nueva Granada.

* * *

A los cuatro meses de su arribo a América del Sur, Morillo informaba a Fernando VII, no sin alarde, que las regiones insurrectas habían sido "pacificadas" y se encontraban bajo total control suyo. La Junta de secuestros había confiscado haciendas por un valor de quince millones de pesos. Así pagaron los aristócratas criollos su librepensamiento impío. El rey español quedó muy contento con la actuación de Morillo y se apresuró en concederse el título de Conde de Cartagena.

Mas no llegaron a trascender aún en Bogotá las noticias sobre la gracia concedida por su Majestad, cuando se hizo evidente, incluso para el flamante Conde de Cartagena, que todavía era temprano tocar las campanas de la victoria.

El enemigo aplastado comenzaba inesperadamente a levantar cabeza. En las provincias de Nueva Granada surgían espontáneamente destacamentos guerrilleros dirigidos por gente del pueblo. Eran imbatibles: atacaban de súbito y desaparecían como fantasmas.

Los efectivos del ejército español sufrieron considerable mengua.

En el camino hacia Bogotá, Morillo estaba obligado, atendiendo los ruegos de los clérigos de cada lugar y demás partidarios del poder español, a dejar guarniciones con lo que dispersó sus fuerzas. Eso facilitó la decisión de los venezolanos y granadinos de levantarse otra vez en armas con la intención primero de aislar y luego aniquilar a las guarniciones españolas en los distintos centros poblados.

Se alzaron los margariteños encabezados por Arismendi. Gran parte de la isla pasó otra vez a sus manos. La situación cambió también en los llanos, donde empezaron a aparecer destacamentos antiespañoles. Los llaneros, al ver que Morillo quería ganarse el favor de los criollos ricos, ahora se abalanzaban contra sus aliados de ayer.

En Venezuela actuaban con particular empeño los destacamentos de guerrillas al mando de los coroneles Pedro Zaraza, José Tadeo Monagas, Manuel Cedeño, el negro Rojas y el indio José Miguel Guanaguanay. Los guerrilleros utilizaban como arma lanzas que ellos mismos hacían y a las que ponían en la punta la aguja del cactus venenoso "piritu". Contaban con el apoyo de la población local y eran inalcanzables. Al aniquilar los puestos, patrullas y guarniciones españolas, poco a poco iban socavando las fuerzas del enemigo. Los españoles no tenían reservas, mientras que las filas de los vengadores del pueblo iban creciendo con la incorporación de nuevos voluntarios.

Es de lamentar que en Venezuela no haya aparecido un poeta que hubiera cantado para las generaciones futuras las gloriosas hazañas de los héroes populares, muchos de los cuales cayeron en la lucha por la independencia.

Uno de ellos fue el indio Guanaguanay. Los españoles habían logrado apresar cerca de Barcelona a varios de sus combatientes. Se les prometió conservar la vida si Guanaguanay llegaba a entregarse. El jefe indio, con la esperanza de salvar a sus camaradas, depuso las armas, pero los españoles lo mataron a él y a los otros prisioneros.

Las noticias sobre el incremento de las actividades guerrilleras en Venezuela alarmaron a Morillo. Sabiendo bien por su propia experiencia en la lucha contra Napoleón lo difícil que resulta combatir contra el pueblo sublevado, contra los destacamentos de guerrillas, el Conde de Cartagena solicitó ayuda a Madrid. Morillo comprendía que le esperaba una guerra cruenta y prolongada. En su carta al Gobierno español exponía que, cuando la expedición bajo su mando se presentó en las costas de Venezuela, todos se doblegaron ante ella a excepción de los llaneros. Es indudable que del destino del virreinato de Nueva Granada, decía, dependería el futuro de Venezuela; mas sólo con la condición de suministrarse a su expedición nuevos refuerzos. Venezuela se hallaba en un estado de insurrección general, constataba, y las pocas fuerzas con que contaba alcanzarían para contener los sublevados criollos por tiempo muy corto. Morillo consideraba imprescindible implantar una dictadura militar –despótica, tiránica, destructiva. No existían otros medios, afirmaba, o debían rodar las cabezas de los enemigos o éstos acabarían con los españoles. No podía haber lugar

para clemencia alguna con gentuza americana, exclamaba.

Eran consideraciones que auguraban el fracaso, aunque Morillo no tenía en su haber más que victorias. Las cárceles de Bogotá ya no daban cabida a los patriotas presos; entonces los empezaron a recluir en los conventos. El tribunal de guerra expedía implacables sanciones contra los patriotas. Camilo Torres, presidente de la República de Nueva Granada; Manuel Rodríguez Torrices, dictador de Cartagena, y el general ecuatoriano Montúfar fueron fusilados, sus cadáveres mutilados y expuestos a la injuria pública. Particular saña mostraron los conquistadores en la represión de la intelectualidad criolla –estudiantes y hombres de letras–, que ellos consideraban culpables principales de la proclamación de la independencia. Toda persona que sabía leer y escribir era considerada un rebelde en potencia y corría el peligro de ser arrestado y condenado a la pena máxima.

Los españoles ajusticiaron al conocido astrónomo y botánico Francisco José Caldas, colaborador de Humboldt y Bonpland. Cuando a Morillo se le solicitó conmutar la pena de muerte al destacado científico o permitirle siquiera poner en orden su valiosísima y original colección botánica, el Conde de Cartagena contestó: España no necesita de sabios. Caldas se mantuvo en el cadalso muy sereno, y antes de ser ajusticiado exclamó: "¡Viva la Patria!" Políticos, hombres de ciencia, ancianos y adolescentes, mujeres, hombres blancos y de color, criollos y españoles participantes del movimiento patriótico, así como sus familiares, amigos y conocidos corrían constante peligro de morir en la horca, fusilados, bajo el hacha del verdugo o sufrir el garrote.

La flor y nata de la sociedad granadina sucumbió bajo el terror español, Morillo notificó con orgullo a Fernando VII que había limpiado el virreinato de Nueva Granada de doctores que, como él decía, son siempre los que siembran los disturbios. A cambio de ello solicitaba mandar a clérigos y teólogos españoles, pues entendía que la obra de sumisión y pacificación debía ser llevada "con los mismos métodos" que al comienzo de la conquista. La inquisición y los tribunales de guerra eran todo el programa de pacificación impuesto por el representante del monarca español, del que decían que tenía corazón de tigre y cabeza de burro.

Después de haber teñido de sangre a Nueva Granada, Morillo decidió regresar, al frente de cuatro mil efectivos españoles, a Venezuela para sofocar el movimiento guerrillero que estaba tomando allí proporciones inusitadas. Al traspasar la Cordillera y entrar en los llanos, pudo cerciorarse que los destinos del Imperio español iban a depender de la actitud de los llaneros. Sin la ayuda de éstos era imposible aplacar el hambre de los soldados durante la travesía, ni encontrar la ruta entre el follaje tropical, como tampoco los vados de los ríos. Morillo comprendía: para seguir manteniendo a los llaneros del lado de España había que darles algo más concreto que las simples promesas con que los había mantenido en su tiempo Monteverde. El Conde de Cartagena, sin embargo, no tenía poderes ni deseos de

compartir su autoridad con los pobladores de la pampa bárbara venezolana.

En Bogotá quedó reemplazando a Morillo el general Zámano, quien se atenía al punto de vista de que la obra más grata a Dios y al rey es matar patriotas. Su primer acto de gobierno fue erigir una horca para uso permanente en la plaza principal y disponer la construcción de cuatro patíbulos en el parque central de la ciudad.

Una de las víctimas de Zámano fue la patriota Policarpa Salavarrieta, una hermosísima joven de veinte años de edad, de ojos celestes y cabello claro, de corazón tierno y alma recia. Su primera pasión había sido la patria y la independencia; la segunda, Alejo Zabaraín, joven oficial de las tropas republicanas. Al ser movilizado como soldado de fila en el ejército español, Zabaraín, por consejo de su novia, se dedicó a preparar una insurrección, pero fue delatado y se aprestó a huir con ella. Por el camino fueron apresados y condenados a muerte. Policarpa animaba en alta voz a los patriotas que esperaban el momento del suplicio. La mataron con un tiro por la espalda junto a su amado el 11 de noviembre de 1817. Los granadinos compusieron en honor de Policarpa una canción que se transformó en el himno de guerra de los patriotas de América del Sur.

Al cerciorarse de que Zámano era digno sucesor suyo, Morillo lo nombró virrey de Nueva Granada.

Cuanto más furibundos se mostraban los españoles, tanto más crecía la certeza en la población de que había que luchar contra ellos. Pero ¿quién iba a encabezar ahora esta brega, un nuevo Boves al servicio de los patriotas o alguno de los arrojados jefes guerrilleros? ¿Tal vez la salvación vendría del lejano Buenos Aires, donde los patriotas no sólo retenían el poder en sus manos, sino preparaban una expedición a Chile para echar de allí a los españoles? ¿O reaparecería Bolívar en el continente con un puñado de héroes —como el Ave Fénix que renace de sus cenizas—, dispuestos a la hazaña inmortal y, en pos de la gloria, consumar otro milagro: el de expulsar de la tierra patria a la fiera Morillo y a sus chacales? Las respuestas a estas preguntas no se hicieron esperar.

La liberación de los esclavos

Yo imploro la libertad absoluta de los esclavos.
Simón Bolívar

¿Qué hacía, mientras tanto, Bolívar y dónde se encontraba? Durante largos meses en Jamaica sufrió el suplicio de una inactividad forzosa, si se descuenta la preparación de diversos artículos y memoriales. En vano apelaba el Libertador al gobernador local, en vano escribía a los ministros en Londres solicitando ayuda militar para los patriotas y exponiendo las ventajas comerciales que podría obtener Inglaterra en las colonias liberadas del yugo español. Sus gestiones tuvieron tan poco éxito, como las que había realizado en su tiempo Miranda para obtener el apoyo británico.

Los documentos escritos en Kingston por Bolívar testimonian lo bien informado que estaba no sólo de los sucesos en Venezuela y en otras regiones del Imperio español. También revelan sus profundos conocimientos en materia de historia y economía americana, su capacidad de predicción, que más de una vez había dejado asombrados a amigos y enemigos, su profunda fe en la victoria final, la que jamás le abandonaba incluso en los momentos de pruebas más difíciles.

"Después de haber experimentado los españoles en Venezuela reveses multiplicados y terribles –escribía Bolívar en una de sus cartas que publicó la *Gaceta Real* de Jamaica–, lograron, por fin, reconquistarla. El ejército del general Morillo viene a reforzarlos y completa la subyugación de aquel país; parecía, pués, que el partido de los independientes era aplastado, como en efecto lo estaba; pero, por un suceso bien singular, se ha visto que los mismos soldados libertados y esclavos que tanto contribuyeron, aunque por fuerza, al triunfo de los realistas, se han vuelto al partido de los independientes que no habían ofrecido la libertad absoluta de los esclavos como lo hicieron las guerrillas españolas. Los actuales defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos, que jamás han abandonado esta noble causa.

Lo que es, en mi opinión –prosigue–, realmente temible es la indiferencia con que la Europa ha mirado hasta hoy la lucha de la justicia contra la opresión, por temor a aumentar la anarquía; ésta es una instigación contra el orden, la prosperidad y los brillantes destinos que esperan a América. El abandono en que se nos ha dejado es el motivo que puede, en algún tiempo, desesperar al partido independiente, hasta hacerle proclamar máximas demagógicas para atraerse la causa popular".

De estas frases se deduce claramente que Bolívar veía bien claro las posibilidades de vencer a los españoles sólo a través de la revolu-

ción social. Por ahora, sin embargo, sólo trataba de asustar con ello a Europa.

El documento más notable escrito por Bolívar durante este período es el panfleto *Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla,* publicado en Jamaica y más conocido con el nombre de *Carta de Jamaica,* donde se hace un análisis de la política colonial de España y una detallada reseña del movimiento patriótico por la independencia de América desde el año 1810.

Los españoles, escribía Bolívar, esperan restablecer su dominio en América insurrecta, aunque no disponen para ello de las fuerzas navales, dineros y ejército necesarios. Al gobierno español no le alcanzan los soldados para mantener sumiso a su propio pueblo, mientras pretende seguir encadenando a la mitad del mundo.

Bolívar exhortaba a todos los patriotas a unirse y prestar mutua ayuda en la lucha contra los españoles. No sólo predijo la expulsión de estos últimos, sino también los cambios que acaecieron en el mapa de América Española después del triunfo del movimiento independentista: la formación de los futuros Estados latinoamericanos, en particular, la unificación de Nueva Granada con Venezuela formando la República de Colombia.

Estos pensamientos de Bolívar a muchos les parecieron entonces una fantasía, y el que las exponía, un soñador. Los españoles, sin embargo, no lo interpretaban así.

En diciembre de 1815, Bolívar dejó una noche la hamaca en que dormía para dar un paseo por la costa. En la hamaca se acostó a descansar su amigo Amesta. Cuando Bolívar regresó, Amesta estaba muerto. El asesino mandado por los españoles confundió a Amesta con Bolívar y lo mató de una puñalada.

Carente de apoyo y sin un céntimo en el bolsillo, Bolívar no hallaba posibilidades de ocuparse en algo que pudiera proporcionarle sustento. Pero siempre hay gente generosa en el mundo, y Bolívar conoció, por fin, tales personas también en Jamaica. Maxwell Hyslop, que poseía plantaciones en la isla y simpatizaba con los patriotas; Julia Cobier, una criolla haitiana muy relacionada con los medios locales y Luis Brion, un hombre de nacionalidad indefinida, rico comerciante y naviero que apoyaba la causa de la independencia de las colonias españolas, le tendieron su generosa mano al Libertador. Carlos Marx apreció altamente las dotes militares de Brion, su afán de ayudar a los adversarios del dominio español. Brion, según palabras de Marx, salió de Londres a Cartagena en una corbeta de veinticuatro cañones equipada en su mayor parte por sus propios recursos, llevando catorce mil armas y una gran cantidad de equipo militar. Lamentablemente, Brion llegó demasiado tarde, cuando los españoles ya se habían apoderado de Cartagena lo que lo obligó también a refugiarse en Jamaica.

Los nuevos amigos hicieron volver a Bolívar el optimismo y la fe en sí mismo. Brion, quien tenía además una flotilla de barcos

pequeños pero veloces no estaba en contra, inclusive, de participar en una expedición al continente a condición de que Bolívar pudiera encontrar suficiente cantidad de hombres arrojados, capaces de lanzar su reto al poderoso Morillo. Por lo pronto, Brion aceptó trasladar a Bolívar en uno de sus navíos a Cartagena, donde Castillo había sido destituido y los patriotas pedían al caraqueño encabezar la defensa de la ciudad asediada.

Bolívar abandonó gustoso Jamaica. Pero en el trayecto llegó a saber que la resistencia de los cercados había sido quebrada y la fortaleza ocupada por los españoles. ¿Qué hacer? ¿Regresar a Jamaica donde estaría como en una ratonera incapaz de hacer algo en defensa de su patria? ¡No!

– Tomad rumbo a Haití –ordenó Bolívar al capitán del navío.

El capitán obedeció.

– Ahora levantaremos contra los españoles a los esclavos, indios, a los llaneros. Pétion, el Presidente de Haití, no me negará su ayuda. El mismo fue esclavo y es un enemigo irreconciliable de los colonizadores. Sabremos ponernos de acuerdo con él. ¡Adelante, capitán, velas al viento que nos favorece! ¡Adelante, nos espera la victoria!

Mira el capitán con recelo a su pasajero. ¿Qué es lo que dice? ¿De qué victoria está hablando? ¡Ojalá puedan llegar con fortuna siquiera hasta Haití, pues bastará que se topen con un galeón español en el trayecto para que los cuelguen a todos de los mástiles!

A fines de diciembre de 1815, Bolívar desembarcó en Los Cayos, un pequeño puerto haitiano en los arrecifes de San Luis. Fue recibido inmediatamente por el presidente Alejandro Pétion, uno de los jefes de la lucha de liberación en La Española y fundador de la Primera República de América Latina, Haití, cuya población estaba constituida casi totalmente por ex esclavos negros.

Pétion comprendía que el triunfo español sobre los patriotas en el continente representaría una amenaza directa también a la independencia de su patria que lindaba en una misma isla con la colonia española de Santo Domingo. Pétion manifestó su disposición de apoyar a Bolívar con armas y equipos, pero con la condición de que el caraqueño lograra unir en torno suyo a la mayoría de los patriotas en el exilio y aceptara abolir la esclavitud en todos los territorios que consiguiera liberar.

– Tome usted nuestro ejemplo, general –decía Pétion–. Aquí la independencia fue conquistada por los esclavos que supieron derrotar a los generales franceses más expertos y a sus tropas, enviados por Napoleón. Los esclavos combatían como leones y no había fuerza capaz de vencerlos, puesto que luchaban por su propia libertad. Supongo que la experiencia vivida con Boves habrá de enseñarle mucho. Libere usted a los esclavos y habrá consumado no sólo una noble empresa, sino que conquistará también la independencia de su patria.

– Os prometo que así lo haré –respondió Bolívar–. A mis pro-

pios esclavos hace tiempo que les he dado la libertad. Siempre estuve de parte del pueblo, pero ahora marcharé con el pueblo contra los opresores españoles.

Durante las semanas siguientes las brigantinas de Brion fueron trayendo a Los Cayos a los patriotas que habían huido del continente refugiándose en las incontables islas y islotes del archipiélago de Las Antillas. Pronto llegaron a Los Cayos el malhadado Santiago Mariño, el defensor de la heroica Cartagena Francisco Bermúdez, los hermanos Montilla, el intrépido Piar, el escocés MacGregor, compañero de armas de Miranda, el corsario francés Aubry y decenas de otros patriotas y voluntarios con ardientes deseos de enfrentarse a las tropas de Morillo y batirlas.

Tras de ellos llegó a Los Cayos el propio Bolívar, inmediatamente convocó una Junta de Oficiales que informó sobre las negociaciones con el presidente Petion, proponiendo al final elegir al comandante de la futura expedición. Las opiniones se dividieron. Parte de los oficiales –Mariño, Piar y Bermúdez– se pronunciaron contra la candidatura de Bolívar, a quién ellos seguían considerando aún como principal responsable por la caída de la segunda República. Ellos proponían designar una junta de tres o cinco generales para dirigir las operaciones de guerra. Esto no le gustó a Brion, quien declaró su disposición a tomar parte en la expedición sólo en el caso de que la encabezara Bolívar. La opinión de Brion, sin cuyo apoyo sería imposible la realización del plan, decidió la controversia y Bolívar fue designado jefe supremo. Este nombró a Mariño como segundo y a Brion, almirante y jefe de la flota republicana.

Tres meses después de aparecer Bolívar en Haití la expedición ya estaba lista para partir. La componían doscientos cincuenta hombres y contaba con tres mil quinientos fusiles, municiones, una imprenta y siete pequeños navíos pertenecientes a Brión.

El 2 de mayo, a los treinta y dos días de haber salido de Los Cayos, la flotilla patriota entró en aguas venezolanas. La primera escala fue en la Isla Margarita, donde se sumaron a la expedición las fuerzas del general Arismendi.

A continuación Bolívar se dirigió al puerto venezolano de Carúpano, que fue ocupado después de un combate de dos horas contra los españoles. Aquí proclamó solemnemente la liberación de los esclavos y los exhortó a ingresar en el ejército patriota. El caraqueño aseguró que en Venezuela no habría más esclavos a excepción de aquellos que quisieran seguir siéndolo. Pero en los comienzos sólo unos centenares de esclavos acudieron a su llamado.

Bolívar anunció en Carúpano la disposición de los patriotas de cesar la guerra a muerte siempre que los españoles, a su vez, renunciaran a las torturas y al exterminio de la población civil y de los prisioneros de guerrra. Las humanas propuestas de Bolívar no encontraron eco entre los españoles, que siguieron reprimiendo a los criollos, matando a ancianos, mujeres y niños, con lo que provocaron represa-

lias por parte de los patriotas. La guerra a muerte continuaba.

Mariño y Piar se dirigieron de Carúpano hacia el interior del país con la esperanza de levantar a los llaneros contra los españoles. Los dos jefes, al aparecer en los llanos se sintieron otra vez como las aves sueltas y dejaron de tomar en consideración a Bolívar.

Mientras tanto, los españoles, habían rodeado Carúpano. Bolívar se vio obligado a transladarse a otra población costeña –Ocumare. Esperaba iniciar desde allí una ofensiva contra Caracas, cuya liberación le permitiría movilizar a las masas para la lucha contra Morillo.

Los españoles adivinaron sus intensiones. Morales logró abrirse paso hasta Ocumare y tomar a los patriotas por sorpresa. Dentro de la confusión reinante, Bolívar y otros combatientes se apresuraron a tomar las embarcaciones dejando casi todo el equipo militar en el puerto. Los culpables principales en la derrota de Ocumare fueron los capitanes y marineros de Brion, que habían descargado los pertrechos en la costa para llenar las bodegas con frutas del trópico, esperando venderla a buen precio en Curazao. Cuando se desató el pánico, los marinos se negaron a cargar de nuevo el equipo de guerra, y sólo pensaban en levantar anclas cuanto antes con la fruta.

De esa manera Bolívar fue a parar a la isla de Bonaire, cerca de Curazao. Después de reagrupar sus fuerzas, vuelve a Venezuela oriental, al poblado de Güiria, en la costa del Golfo Triste, en la zona donde se hallaba la base principal de Mariño y de Bermúdez, que acababa de reunirse con este último.

En Güiria los soldados recibieron a Bolívar con hostilidad. Mariño y Bermúdez lo declararon desertor y traidor, e instigaron a los pobladores de Güiria a exigir que Bolívar se retirase del lugar. La cosa llegó al extremo de que Bermúdez se abalanzó con la espada en alto contra el Libertador, quien, rechazando a duras penas la embestida, pudo alejarse hasta un bote que lo llevó de nuevo al navío.

Rechazado por sus correligionarios, abandonado por los voluntarios, privado de pertrechos de guerra, Bolívar decidió regresar a Haití.

– ¿Será posible que todo esté perdido y no me sea dado encabezar a mis compatriotas en la lid por la independencia? –pensaba–. ¿Seré yo acaso peor que Mariño, Bermúdez y Piar? ¿Es que no lo he dado todo en nombre de la patria? Sí, he tenido errores y fracasos, pero ¿quién de nuestros generales no los ha tenido? Si Mariño hubiera acudido a tiempo en ayuda de Caracas ¿acaso hubiese sucumbido la segunda República? Ahora me consideran responsable no sólo de mis propios errores, sino también de los desaciertos de los demás. Seguramente yo pertenezco al tipo de majaderos al igual que Jesucristo y Don Quijote. ¡Pero no me rendiré, no! Si Pétion vuelve a tenderme su mano amiga, retornaré al continente y mostraré aún lo que soy.

Bolívar, al llegar a Los Cayos, dirigió un mensaje a Pétion.

– El vencido nunca tiene razón –señalaba–. No es de extrañar que yo haya sido víctima de esta ley universal.

Pétion, no obstante, tenía fe en la estrella de Bolívar, y prometió otra vez ayudarle. Al poco tiempo llegaron a Haití mensajeros de Arismendi solicitando a Bolívar regresar a Venezuela y tomar el mando de los destacamentos patriotas. Brion también siguió siendo fiel a su amigo. Y Bolívar prepara una nueva –cuarta– expedición libertadora.

En diciembre de 1816 el caraqueño desembarca en el continente, esta vez cerca de Barcelona, donde es recibido por MacGregor y Piar.

El escocés MacGregor había quedado en Ocumare. Durante un tiempo pudo mantenerse alejado de Morales que trataba de darle alcance. En el transcurso de un mes MacGregor recorrió con su pequeño destacamento setecientos cincuenta kilómetros, atacando los puestos y pequeñas guarniciones españolas. Durante este tiempo sus efectivos no sólo no menguaron, sino que aumentaron el doble. El 13 de septiembre MacGregor ocupó Barcelona, pero Morales estaba por darle alcance. En esas circunstancias Piar acudió de Cumaná en su ayuda y, a los tres días, derrotó a Morales, obligándolo a retroceder.

Desde Barcelona Bolívar comunicó a todos los comandantes de los destacamentos patriotas que "Su Excelencia el General en Jefe" había llegado a Venezuela para tomar el mando supremo.

Bolívar sin pérdida de tiempo, se dirigió a Caracas, pero en el trayecto chocó con fuerzas superiores del enemigo y se vio obligado a retroceder. De no haber mediado la ayuda de Bermúdez, habría perdido incluso a Barcelona. Después de estos sucesos Bolívar, Bermúdez y Mariño se reconciliaron. Pero ¿por cuánto tiempo?

Piar se internó en Guayana con la intención de afirmarse en la boca del Orinoco, llamando allí a Bolívar. Guayana podría transformarse en una base segura para actuar contra los españoles. Los llanos que la separaban de Caracas eran casi insalvables para un ejército común: los surcaban centenares de impetuosos ríos, había follajes impenetrables, con ciénagas llenas de cocodrilos y miríadas de mosquitos.

En todo el país cundía el movimiento guerrillero. Acudían a sus filas un número cada vez mayor de esclavos a quienes Bolívar, en nombre de la República, otorgó la libertad.

Y aunque los patriotas tenían por delante enormes dificultades por superar, ahora creían firmemente en su victoria sobre los españoles.

La guerra en los llanos

Los actuales defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos, que jamás han abandonado esta noble causa.

Simón Bolívar

El territorio de Guayana se halla cubierto por selvas vírgenes. Sólo allí pueden encontrarse tan diversas especies como el cedro, el castaño y la caoba; el palo de hierro y el laurel; variedades de la hevea de tallo flexible y pálidas hojas, que dan una resina blanca como la leche; el almendro de bonitas corolas; el alcanforero y el canelero; la balsa liviana como una pompa de jabón; el ceibo con flores parecidas a capuchas; el higuerón con raíces retorcidas que sobresalen por encima del suelo y el chirimoyo con sus frutos que alcanzan las dimensiones del melón. Sus cimas a una altura de treinta metros se entrelazan formando un techo, sólo perforado por las esbeltas palmas reales que se alzan al cielo luciendo sus enormes flores color lila.

Abajo reina una sofocante penumbra. Al pie de los árboles se distinguen las gigantescas corolas de la begonia, nictagináceas y otras plantas. Entre ellas hay algunas que son devoradoras, feroces y despiadadas como verdaderas fieras salvajes. Tales son las heterotrofas, pálidas y carentes de clorofila, la que consiguen succionándola de otras plantas hasta matarlas. Algunos de esos monstruos pueden acabar incluso con el árbol más grande. El matapalo más se parece al principio a un leve tajo en la corteza de alguna caoba gigante o de un ceibo y, aunque tiene una raíz frágil y débil, sus ramas, como los tentáculos de un pulpo, van adhiriéndose paulatinamente al tronco para alimentarse de su savia vivificante.

El ramaje inferior sirve de residencia para los insectos: hormigas capaces de destruir toda una ciudad, escorpiones, arañas pollito, zancudos y mosquitos. Todos tienen su hora de salida de los escondrijos para lanzarse en verdaderas legiones en pos de la sangre. Aquí acuden en busca de alimento los tapires de plásticas narices y los osos hormigueros, y se ocultan en acecho las víboras; las más grandes de ellas son capaces de engullir un cordero.

Más arriba viven monos parlanchines y papagayos de vistoso plumaje. Siempre deben mantenerse alerta, pues pumas y jaguares suelen trepar a los árboles, permaneciendo en la emboscada durante horas enteras para atrapar a sus víctimas.

En este mundo de guerras intestinas el hombre puede internarse sólo por los múltiples, pero siempre llenos de peligro, ríos, poblados por seres no menos curiosos que los que habitan la selva virgen. El

manatí o "pez con manos" –media tonelada de inerte masa herbívora– es totalmente inofensivo. Igualmente inofensivos son la tonina, un delfín de río, y la paraiba con sus tres metros de largo. Pero la menuda piraña, o también "pez caribe" llamado así a semejanza de la tribu india más belicosa, se levanta del fondo limoso de los ríos para arrancar hasta los huesos la carne del pescador desprevenido. Por otra parte, si éste consigue pescarla será recompensado con un suculento almuerzo.

Los caimanes yacen inmóviles como troncos en espera de la víctima, a la que atacan con la velocidad del relámpago. Nubes de anofeles zumban sobre las aguas. Sumergidas en el limo se esconden las anguilas, verdaderas pilas eléctricas capaces de paralizar con su descarga a un hombre o un animal.

En esos remansos, a los que nunca llega la luz del sol y muy raras veces el viento, flotan unas enormes corolas, las más de las veces formando grandes colonias. Los indios las llamaban atunsiasac; los viajeros ingleses, en cambio, le dieron el nombre de Victoria Regia. Son orquídeas gigantes con hojas submarinas de tres metros de diámetro. Sus pétalos aparecen como manchas blancas en el agua parduzca; los bordes son de color esmeralda, y la corola es violácea o rosada. Las orquídeas flotan amarradas al lecho por las gruesas cuerdas de sus raíces, flexibles en la parte superior y cubiertas abajo por espinas que las protegen contra los peces y demás representantes voraces de la fauna acuática. En las corolas de la Victoria Regia pululan las aves zancudas –no sin riesgo de la vida, pues aquí gustan dormir la siesta serpientes de agua y boas.

Asperos y penetrantes ruidos llenan la espesura. Aquí o allá resuena el bramido del puma o del jaguar, chillan o gimen los monos. En las voces del pecarí o del oso perezoso repercute una expresión de horripilante miedo; se escuchan los débiles aullidos del sapajú y los estridentes gritos de los papagayos y curazaos.

En los lindes de los bosques vírgenes viven los indios que no se sometieron a los conquistadores españoles.

Los indios conocen perfectamente bien la naturaleza que les rodea. Saben de drogas que hacen parar la sangre, somníferas o estimulantes, o con las que se puede vencer la disentería o neutralizar el veneno de las serpientes. Poseen toda una gama de recursos medicinales: el "árbol de la fiebre" que cura la malaria; un moho que purifica la sangre o el yanamuco que fortalece las encías. Con sus flechas de bambú, cuyas puntas de chonta superan la dureza del pedernal, el indio puede cazar un pez que asoma por un instante del agua; sin brújula y sin ver el sol recorre inequivocadamente la jungla de un río a otro.

Los indios confeccionan sus tejidos con las fibras de la pita, del algodón y de la chumbira; tienen también fibras especiales para hacer mosquiteros, pajas para construir techos, maderas para levantar las viviendas y colorantes para el tatuaje de sus cuerpos. En las picadas

de los bosques cultivan el cassabe y la yuca; aman las flores y saben cómo encontrar entre los arbustos llenos de espinas las más hermosas: la exhuberante alfara y la polícroma barnardeira.

El rocío para los indios es "escupida de estrellas", y los meteoros, "orina de estrellas". Conocen lugares secos donde abundan las suculentas iguanas y lugares donde hay hormigas con las que se hace la más sabrosa de las pastas, su alimento básico. El más delicado de los platos es la tarántula asada a fuego lento, a la manera de los cangrejos en los restaurantes de lujo. El indio ubica con facilidad el hoyo en que vive la araña pollito, escondida bajo una gruesa capa de hojarasca podrida. Toma un pedazo de liana y, metiéndola en el hoyo, empieza a moverla. De tiempo en tiempo la extrae, consiguiendo por fin irritar a la araña, que se lanza al ataque. Y ni bien el rojo y peludo arácnido del tamaño de una mano sale de su refugio, el indio lo inmoviliza apretándolo con un dedo a la tierra, le dobla las patas y le arranca la vejiga con el veneno. La araña sigue todavía viva, pero ya es inofensiva y está lista para ir al asador.

* * *

Dejando a Mariño en Barcelona, Bolívar se dirigió a la zona del Orinoco donde se encontró con Piar. El valiente mulato contaba con grandes fuerzas. Tenía el apoyo de las tribus indias, a las que liberó del arbitrio de los misioneros con medidas sumamente radicales: fusilando a todos los frailes. Pero no había logrado ocupar Angostura, la población española más grande del Orinoco. No tenía los barcos necesarios para hacerlo. Bolívar designó a Piar jefe de las fuerzas armadas patriotas. Piar a su vez reconoció a Bolívar como jefe supremo del movimiento patriótico.

La alianza con Piar y Bermúdez afianzaba la posición de Bolívar, pero los demás comandantes de las unidades guerrilleras seguían mostrándose hostiles. Mariño continuaba pretendiendo el papel de dirigente máximo del movimiento independentista y, después de reunir a todos sus partidarios en la villa portuaria de Cariaco, anunció la constitución del congreso venezolano y su nombramiento como jefe supremo. Sin embargo, al convencerse de que la mayoría de los mandos militares patriotas se negaban a reconocerlo como tal, optó por disolver su congreso y someterse a Bolívar. Ninguno de los jefes guerrilleros no tenía una visión política tan amplia como Bolívar; nadie mejor que él estaba al tanto de la política internacional ni tenía semejante prestigio fuera de Venezuela. Incluso Mariño llegó a comrender que sin Bolívar sería imposible luchar exitosamente contra los españoles.

También se hizo un intento de organizar un gobierno en la zona del Apure, donde actuaba un poderoso destacamento patriota de llaneros al mando del mestizo Páez y hacia donde se habían retirado los restos del ejército granadino con Santander a la cabeza. La junta de

oficiales de este grupo nombró presidente de la república al doctor Serrano y designó a Santander comandante del ejército. Los llaneros, sin embargo, se negaron a reconocer estas designaciones y proclamaron jefe supremo a Páez, siendo sus lugartenientes más cercanos el mulato Infante y el negro Rojas.

Bolívar tenía que encarar problemas muy complicados. Necesitaba afianzar la unidad de las fuerzas patriotas, organizar un gobierno único y expulsar a los españoles de Venezuela y no sólo eso, sino también liberar a Nueva Granada, Quito y Perú.

Mientras tanto, había tareas inmediatas para resolver. Tomada la decisión de establecerse en Guayana, era necesario tomar Angostura.

— ¡Españoles europeos! —expresaba Bolívar en su mensaje al enemigo cercado en Angostura—. Vuestra Península, vuestros propios hermanos hoy combaten contra el ingrato e imbécil Fernando. Abandonad, pues, sus banderas, y abrazad al fin la causa de la justicia, de la libertad y de la independencia. Tan sólo por estos sagrados motivos es noble hacer el sacrificio de la guerra... La unión será nuestra divisa y vosotros seréis tratados como americanos...

Bolívar sabía que entre los españoles había personas que simpatizaban con los patriotas. Se acordaba de Francisco Mina y de otros demócratas que habían ayudado a los patriotas en México.

Pronto acudiría en respaldo de Bolívar la flotilla de Brion, poniendo sitio a Angostura por el lado del Orinoco. Tras de ello Piar infligiría una derrota al general de la Torre, enviado por Morillo en socorro de los sitiados en Angostura. Junto con Piar pelearon contra de la Torre dos destacamentos de indios: uno de quinientos hombres armados con arcos y flechas y otro de ochocientos que tenían por arma la lanza. Los patriotas y los españoles utilizaban solamente armas blancas. De los mil ochocientos efectivos españoles sólo pudieron salvarse de la Torre y 17 soldados. A los criollos se les perdonó la vida, pero únicamente a condición de ingresar en el ejército patriota.

Los sitiados en Angostura, al enterarse que de la Torre había sido derrotado, hicieron un intento de romper el bloqueo, pero fueron totalmente aplastados. Angostura se rindió y, tras de ella, los demás puntos fortificados españoles sobre el Orinoco. Ahora Bolívar tenía una ciudad que podía ser convertida en capital temporaria. En Angostura el Libertador organizó el Gobierno de la tercera República venezolana.

La actividad de Bolívar en el gobierno provocó el descontento de los jefes guerrilleros, quienes no querían someter sus actos al control de nadie. Al mismo tiempo, cada uno de ellos aspiraba a ocupar el lugar de jefe supremo. Entre ellos estaba Piar, quien consideraba que la victoria alcanzada frente a los españoles en Angostura le daba ese derecho.

Piar, alegando razones de salud, tomó una licencia y marchó a los llanos, donde empezó a agitar a la población contra Bolívar. Tenía esperanza de ser apoyado por Mariño, pero el ex dictador de

Oriente, pretendiendo él mismo ocupar el lugar de Bolívar, se negó a participar en la confabulación de Piar. Este último, tratando de justificar sus actos y ganarse a los negros y mulatos, afirmaba que los mantuanos encabezados por Bolívar habían usurpado el poder para oprimir a la gente de color.

– Yo soy mulato y por eso no puedo gobernar en la República, aunque he obtenido decenas de victorias sobre el enemigo –decía–. Bolívar es blanco y por eso todo se le perdona, aunque por culpa de él hemos perdido la segunda República y una infinidad de combates. ¡No debemos soportar más la dictadura de los mantuanos!

Las prédicas de Piar amenazaban con encender el odio racial entre los patriotas, cosa que convenía a los españoles. Sus alegatos, por otra parte, no reflejaban la realidad, pues la mayoría de los dirigentes del movimiento rebelde y cercanos compañeros de lucha de Bolívar eran mestizos, negros y mulatos. Bolívar mismo, si bien no era mulato, físicamente, según muchos testimonios, bien parecía serlo. Piar gozaba de influencia entre los soldados siendo, sin duda alguna, un jefe capaz y valiente. Sin embargo, la causa de la unidad patriótica requería su eliminación. Cualquier medida contra Piar, por otra parte, debía ser explicada al pueblo.

Bolívar llamó a su secretario y empezó a dictar:

– Venezolanos: el general Piar ha formado una conjuración destructora del sistema de igualdad, libertad e independencia. Calumniar al gobierno de pretender cambiar la forma republicana por la tiránica; proclamar los principios odiosos de la guerra de colores... es en sustancia lo que ha hecho Piar... ¿Qué pretende el general Piar en favor de los hombres de color? ¿La igualdad? No... El general Piar no desea la preponderancia de un color que él aborrece y que siempre ha despreciado como es constante por su conducta y documentos. El general Piar ha tenido como un timbre la genealogía de su padre y ha llegado su imprudencia hasta el punto de pretender no sólo ser noble, sino aun descendiente de un príncipe de Portugal... La imparcialidad del gobierno de Venezuela ha sido siempre tal, desde que se estableció la República, que ningún ciudadano ha llegado a quejarse por injusticia hecha a él por el accidente de su cutis. Por el contrario: ¿cuáles han sido los principios del Congreso? ¿Cuáles las leyes que ha publicado? ¿Cuál la conducta de todos los magistrados de Venezuela? Antes de la revolución los blancos tenían opción a todos los destinos de la monarquía, lograban la eminente dignidad de ministros del rey y aun de grandes de España. Por el talento, los méritos o la fortuna lo alcanzaban todo. Los pardos degradados hasta la condición más humillante estaban privados de todo. El estado santo del sacerdocio les era prohibido: se podría decir que los españoles les habían cerrado hasta las puertas del cielo. La revolución les ha concedido todos los privilegios, todos los fueros, todas las ventajas.

¿Quiénes son los actores de esta Revolución? –siguió diciendo–. ¿No son los blancos, los ricos, los títulos de Castilla y aun los jefes

militares al servicio del rey? ¿Qué principios han proclamado estos caudillos de la Revolución? Las actas del gobierno de la República son monumentos eternos de justicia y liberalidad. ¿Qué se han reservado para sí la nobleza, el clero, la milicia? ¡Nada, nada, nada! Todo lo han renunciado en favor de la humanidad, de la naturaleza y de la justicia... La independencia en el más alto sentido de esta palabra sustituye a cuantas dependencias antes nos encadenaban. El general Piar con su insensata y abominable conspiración sólo ha pretendido una guerra de hermanos en que crueles asesinos degollasen al inocente niño, a la débil mujer, al trémulo anciano, por la inevitable causa de haber nacido de un color más o menos claro. El rostro, según Piar, es un delito y lleva consigo el decreto de vida o muerte. Así ninguna sería inocente, pues que todos tienen un color que no se puede arrancar para substraerse de la mutua persecución. El general Piar ha infringido las leyes, ha conspirado contra el sistema republicano, ha desobedecido al gobierno, ha resistido la fuerza, ha desertado del ejército y ha huido como un cobarde; así, pues, él se ha puesto fuera de la ley: su destrucción es un deber y su destructor un bienhechor.

Piar fue aprehendido y puesto en manos de un tribunal militar presidido por el almirante Brion. El jurado condenó al general rebelde a la última pena por infracción de la disciplina militar, deserción y confabulación contra la República. La sentencia fue aprobada por Bolívar. Esto provocó sorpresa incluso entre los miembros del tribunal, que gestionaron la conmutación de la pena. Piar mismo creía que la pena de muerte no sería aplicada y que a último momento obtendría el perdón. El 16 de octubre, sin embargo, Piar fue fusilado públicamente en la plaza principal de Angostura.

La tragedia de Piar se transformó en triunfo para Bolívar. Mariño y sus adeptos, que se pronunciaban contra un mando único encabezado por Bolívar, después del fusilamiento de Piar se tornaron más sumisos. Algunos historiadores acusan a Bolívar de haberse librado de Piar por ver en él a un representante de las masas oprimidas. Pero como tales podrían ser considerados también Páez y otros jefes guerrilleros salidos del pueblo, con los que Bolívar, no obstante, mantenía estrecha colaboración. Piar tuvo que ser eliminado para acabar con la anarquía. Su muerte, diría once años más tarde el Libertador, fue una necesidad política que le salvó. Los confabulados quedaron atemorizados.

Después de regresar de Nueva Granada a Venezuela, Morillo decidió nuevamente tomar la indómita Isla Margarita y castigar severamente al general Arismendi que había defraudado su confianza. Contra mil trescientos patriotas, Morillo envió tres mil españoles bien armados. El Conde de Cartagena juró capturar a Arismendi vivo o muerto y no dejar piedra sobre piedra en la isla.

– Las amenazas de Morillo no son más que el ladrido de un perro a la luna –decía Arismendi–. Tengo la cabeza bien plantada, y si Mo-

rillo decide venir a buscarla personalmente, la suya rodará a mis pies.

Morillo no pudo tomar Margarita. Después de un mes de cruentos combates en los que las fuerzas realistas tuvieron alrededor de mil muertos y setecientos heridos, Morillo se vio obligado a dejar para siempre la isla.

En cambio, los españoles habían logrado considerables éxitos en el Oriente del país, donde desembarcaron tres mil soldados venidos de España al mando del general Canterac. Con ayuda de estos efectivos Morillo pudo desalojar de Venezuela Oriental a las fuerzas de Mariño.

En respuesta a ello Bolívar anunció la movilización de todos los jóvenes entre catorce y dieciséis años de edad en el ejército republicano. A los desertores se les imponía la pena de muerte como a enemigos de la patria. Como resultado de estas medidas draconianas el ejército de Bolívar llegó a contar con cinco mil hombres. Pero eran pocos para vencer a Morillo. Los intereses de la causa hacían necesaria la unificación del ejército republicano con los llaneros que operaban en la zona del Apure –afluente del Orinoco.

Bolívar no perdía ocasión de mostrar a los llaneros su destreza y coraje –cualidades indispensables para quien pretendiese ser su jefe. Cierta vez, ante la vista de los soldados, se lanzó a nadar en el Orinoco con las manos atadas a la espalda. Otra vez, al ver como uno de sus oficiales saltaba por encima de su caballo, quiso hacer lo mismo; y aunque las dos primeras veces no tuvo éxito, la tercera, por fin, pudo salvar el obstáculo. Los llaneros comenzaron a sentir respeto por este mantuano que todos los días cambiaba de camisa, usaba agua de colonia, pero, al mismo tiempo, era capaz de domar un potro salvaje, cruzar el Orinoco a nado con las manos atadas o soportar las más duras travesías, gustaba de broma y no se apartaba de la gente sencilla.

Bolívar tenía que ganarse el apoyo de un hombre del que dependía en mucho el porvenir de los patriotas. Era el nuevo jefe llanero José Antonio Páez. La aparición de un ejército llanero al mando de este caudillo era una muestra del cambio acontecido en los ánimos de la masa campesina que a fin de cuentas llegó a la convicción de que estaba en sus intereses luchar por la independencia.

Páez prometió a los llaneros darles tierras después de ser expulsados los españoles, y esto atrajo a su lado a muchos ex partidarios de Boves. Bolívar confirmó esta promesa de Páez, dictando el 10 de octubre de 1817 una ley sobre distribución de la propiedad entre los soldados, quienes, no recibiendo un sueldo regular, podían ahora abrigar la esperanza de obtener un pedazo de tierra después de la guerra. Aquellos que con su coraje y capacidad llegaran a ser oficiales, podían aspirar ahora a algo más. Según la ley, un general tenía derecho a una propiedad evaluada en veinticinco mil pesos; un coronel, a una de diez mil; un capitán a una de seis mil, un sargento a una de mil y un soldado a una de quinientos pesos. La ley prevenía la transferencia de las grandes haciendas para usufructo colectivo de grupos de combatientes. Y aunque el Congreso sustituyó la concesión de tierras

a los soldados por la entrega de bonos de propiedad que podían ser vendidos o empeñados, esa ley ejerció una gran influencia en las masas campesinas venezolanas que, en su conjunto, pasaron del lado de los patriotas.

Bolívar se propuso incorporar el ejército de centauros de los llanos a las fuerzas armadas republicanas, transformarlo en el destacamento de choque de la República, utilizarlo no sólo en la lucha contra los españoles en la estepa venezolana, sino también para la derrota definitiva de las huestes de Morillo.

Páez era unos cuantos años más joven que Bolívar. Había nacido en la provincia de Barinas en la familia de un modesto funcionario colonial. Cuando era todavía un adolescente, había matado a un hombre, viéndose obligado a refugiarse en los llanos, donde pasó a trabajar como peón en una hacienda. Allí estuvo a las órdenes del negro Manolete, un esclavo encargado de los peones. Manolete hizo de Páez un verdadero llanero: le enseñó a domar los potros salvajes, vadear con las caballadas los ríos, manejar diestramente el lazo, marcar el ganado. Después de las agotadoras faenas del día, Manolete obligaba al aprendiz a lavarle todavía los pies.

– Catire Páez, trae agua y lávame los pies –solía decir Manolete a su subordinado.

Y Páez cumplía sumisamente las órdenes de su jefe.

En 1810 Páez ingresó a uno de los destacamentos patriotas. Tenía el rango de sargento primero cuando triunfó Monteverde. Apresado por los españoles, se vio obligado a unirse a ellos, quienes lo designaron capitán. En la primera oportunidad, sin embargo, se pasó a los patriotas. Dotado de hercúlea fuerza, jinete magnífico y nadador incansable, todo un mago en el manejo de la lanza, del sable y el cuchillo, receloso y prudente, imperioso y cruel, el nuevo caudillo llanero sembraba el terror entre los españoles como lo había hecho otrora Boves entre los patriotas.

Páez sufría de epilepsia y en los combates rodaba con frecuencia del caballo por los ataques de la enfermedad. Esto creaba una aureola de mística devoción por su figura entre los llaneros.

La sangre le embriagaba. Solía vanagloriarse de haber dado muerte a más de setenta españoles con sus propias manos. Tenía como ayudante a Pedro Camejo, un negro de enorme estatura apodado el Primer Negro de la República.

El nuevo jefe de los centauros se trasladaba de noche de un lugar a otro orientándose por las estrellas, para que la polvareda no pudiera denunciar el lugar donde se encontraban sus jinetes. Llevaba blusa azul, polainas de cuero, un poncho al hombro con hebilla de plata; en la cabeza –un sombrero de ala ancha con cocarda venezolana prendida con alfiler de oro; al costado, un sable toledano, y en la mano, una lanza que al mismo tiempo servía de enseña de combate: tenía en el extremo una banderilla negra con el emblema de la calavera y huesos entrecruzados y una inscripción que decía "Libertad o muerte".

El general Santander diría del ejército de Páez:

– Durante la campaña militar de los llanos en 1816-1817, la fuerza principal de los patriotas era la caballería. Los llaneros disponían de caballos, conocían perfectamente el terreno, tenían a mano grandes rebaños de ganado que utilizaban para el aprovisionamiento. Los patriotas no llevaban hospitales o convoyes con municiones. Todo eso les permitía desplazarse rápidamente en la llanura. Caballos y ganado lo tomaban allí donde se encontraban sin retribución alguna, pues todo se hacía en interés del pueblo.

Quien tenía ropa considerábase un afortunado; los demás esperaban el primer combate para sacarle al enemigo muerto los calzones o la camisa. No les amedrentaban ni el calor tropical ni los fríos invernales. Ningún paso de agua podía detener a estos nadadores innatos, ningún peligro.

En los poblados liberados todos los hombres capaces de portar armas eran llamados a filas. Por eso en las líneas llaneras aparecían con frecuencia abogados, sacerdotes y otros profesionales, llevando el mismo tren de vida que todos los combatientes. Militares y civiles, hombres y mujeres, ancianos y niños andaban todos igualmente descalzos y tenían un solo alimento: carne sin salar.

Según estimaciones, había en aquellos tiempos en la zona del Apure alrededor de un millón de cabezas de ganado y quinientos mil equinos. El ejército de Páez contaba con cuarenta mil caballos. Entre las tropas había un destacamento de indios cunaviches, cuyo jefe recibió de Páez el título de general. Antes de ir al ataque, los indios se atravesaban la lengua con una flecha y, untándose la cara con sangre, se lanzaban contra el enemigo.

Tal era el ejército llanero y así su caudillo Páez, con quien el 30 de enero de 1818 se entrevistó Bolívar en la zona del Apure. El jefe supremo de las fuerzas patriotas confirmó la promesa dada por Páez a los combatientes de entregarles tierras después de la expulsión de los españoles. Luego Páez prestó juramento de fidelidad a la República y a su líder, Bolívar; lo mismo hicieron sus tropas.

Durante febrero y marzo los contingentes unificados de Bolívar y Páez obtuvieron una serie de victorias sobre el enemigo en la región del Apure, pero el 25 de marzo las fuerzas de Morillo consiguieron derrotar a Bolívar en La Puerta, cayendo en manos de los españoles toda la documentación del Libertador, así como parte considerable de las armas y municiones. En esta batalla los realistas también sufrieron fuertes pérdidas. Morillo resultó gravemente herido y renunció a continuar la persecución de los patriotas. Sólo gracias a ello Bolívar pudo salvarse. El rey ascendió a Morillo de grado y le concedió el título de Marqués de La Puerta. Los españoles creían que la carrera militar de Bolívar había terminado. Pero, al igual que antes, estaban equivocados.

Los llaneros seguían engrosando el ejército patriota. Pasó cierto tiempo y Bolívar emprendió otra ofensiva contra los españoles, que

se habían afirmado en Calabozo. Consiguió cercar aquí a las huestes que mandaba personalmente Morillo. Bolívar estaba tan seguro de la victoria que envió de regreso a los prisioneros tomados para que transmitieran a Morillo este mensaje:

"Nuestra humanidad, contra toda justicia, ha suspendido muchas veces la sanguinaria guerra a muerte que los españoles nos hacen. Por última vez ofrezco la cesación de tan horrible calamidad, y empiezo mi oferta por devolver todos los prisioneros que hemos tomado ayer en el campo de batalla. ¡Que ese ejemplo de generosidad sea el mayor ultraje de nuestros enemigos!

Ud. y toda la miserable guarnición de Calabozo caerán bien pronto en manos de sus vencedores; y así, ninguna esperanza fundada debe lisonjear a sus desgraciados defensores. Yo los indulto en nombre de la República de Venezuela, y al mismo Fernando VII perdonaría, si estuviese, como Ud., reducido a Calabozo. Aproveche Ud. de nuestra clemencia o resuélvase a seguir la suerte de su destruido ejército".

Los cálculos de los patriotas no se cumplieron. Morillo, como experto militar, encontró un momento oportuno y abandonó Calabozo sin ser advertido. Fueron inútiles las propuestas de Bolívar a Páez de lanzarse en persecución de Morillo y emprender luego una ofensiva conjunta contra Caracas. Páez se negó a abandonar los llanos, en los que se sentía invencible.

Morillo obtuvo una tregua y salió a los llanos con una nueva ofensiva...

La campaña de 1818 terminó mal para los patriotas. El ejército que la había iniciado dejó de existir. En manos de ellos continuaban solamente las regiones del Apure y de la Guayana. Pero Bolívar, como la espada toledana que se dobla pero no se rompe, proseguía la lucha con tenacidad asombrosa.

Mientras tanto en el sur del continente, en Chile, el general argentino San Martín había alcanzado una gran victoria contra los españoles en la batalla de Maipú y se preparaba liberar al Perú.

La guerra por la independencia de las colonias españolas continuaba, y era difícil predecir cuánta sangre tendría que derramarse aún para alcanzar el triunfo frente a un enemigo astuto y cruel.

La fortaleza a orillas del Orinoco

... Dice el Espíritu de las Leyes que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen... ¡He aquí el código que debíamos consultar y no el de Washington!

Simón Bolívar

En los mensajes de Morillo al Gobierno de Madrid afloraba cada vez más insistentemente la idea de que sería imposible vencer a los patriotas por medio de la violencia. Morillo expresaba que los talentos militares más brillantes y la experiencia más rica resultaban muchas veces impotentes frente a la astucia del enemigo, quien sacaba ventaja de su propia barbarie, eludiendo la derrota gracias al terreno donde sólo él podía actuar, así como a los hábitos locales dignos del modo de ser de las fieras salvajes. Parecería que las múltiples victorias de las armas españolas, decía Morillo, tendrían que haber decidido hace tiempo el curso de la guerra en favor de ellas; mas toda vez empezaba de nuevo a correr la sangre.

Los llaneros, de quienes los expedicionarios de Morillo al principio se burlaban, ahora despertaban en los españoles respeto y miedo. El cruce por los ríos, corrientes y pantanos, tan fatigoso para los soldados españoles, comunicaba Morillo a Madrid, resultaba un entretenimiento para los llaneros que se lanzaban al agua montados en sus caballos, sosteniendo sobre la cabeza la montura y la lanza en los dientes; así dos o tres mil jinetes atravesaban en unos quince minutos el río como si cruzaran un puente sin peligro de naufragar o perder las armas o el equipo, resultando imposible darles alcance.

Los llaneros prendían fuego al pasto seco delante de las avanzadas españolas, las atraían a los pantanos.

En las filas de Morillo crecía la deserción, contra la que se tomaban severas medidas. Cada fuga de un efectivo debía ser compensada por el poblado en que se producía mediante el llamado a filas de un nuevo recluta debidamente armado y equipado. El soldado que detenía a un desertor quedaba libre del servicio militar.

Los patriotas eran invencibles en la defensiva, pero sus operaciones ofensivas terminaban frecuentemente en el fracaso. Mariño y sus adeptos culpaban de todo a Bolívar. El Libertador, decían ellos, trae el infortunio: allí donde aparece triunfa el enemigo. ¿Acaso la segunda República que él encabezó no sucumbió bajo los golpes de Monteverde y Boves? ¿Acaso sus desembarcos en Carúpano y Ocumare no tuvieron lamentable fin? ¿Acaso no terminaron en el fracaso todas sus campañas contra Caracas?

Bolívar no era un dios ni disponía de poderes sobrenaturales.

Los errores cometidos en esas campañas jugaron un papel secundario. Las principales causas de los reveses residían en la falta de unidad en el campo de los partidarios de la independencia, en la inhabilidad para levantar a la lucha a las amplias masas del pueblo. Estas sólo empezaron a pasarse del lado de los patriotas ante la crueldad mostrada por los españoles y después de la liberación de los esclavos por Bolívar y otras reformas suyas. Residían también en la superioridad orgánica del ejército español con su experimentado cuerpo de oficiales y grandes recursos materiales y en la incapacidad de la guerrilla de planear y dirigir las operaciones de gran escala.

Mariño, quien pretendía encabezar el movimiento liberador, tenía una visión limitada del horizonte político, estando dispuesto a pelear contra los españoles sólo en las provincias orientales de Venezuela; así sufrió repetidas derrotas de los realistas. Páez, sin duda, era un talentoso jefe guerrillero, pero ni él ni su ejército estaban dispuestos a salirse de los llanos. Analfabeto como sus combatientes, este hijo de la pampa venezolana podía ganar una batalla, pero no la guerra. Los demás generales tenían tantos o más rasgos negativos que Mariño o Páez.

El balance de la campaña de 1818 mostró una vez más que sin lograrse la unidad de todas las fuerzas armadas patriotas ni cabía pensar en infligir una derrota decisiva a Morillo. Pero ¿cómo alcanzar esa unidad?

Había que afirmar la autoridad del presidente y del jefe supremo, transformar Angostura en un gran taller de armamentos y pertrechos de guerra. Era necesario convocar un Congreso que pudiera sancionar con sus decisiones la actividad del comandante en jefe y crear las bases jurídicas del nuevo Estado. Por último, cabía solicitar la ayuda de los voluntarios extranjeros, generales y oficiales, militares expertos y de todos los que quisiesen pelear por la libertad. Ellos socorrerían a los patriotas, les enseñarían como vencer a Morillo, a todos los Morillo bajo cuyas botas gimen las colonias en América. Tal era el grandioso programa con el que regresó Bolívar a Angostura a finales de 1818 y que empezó a realizar con toda la energía y el optimismo que le eran habituales.

Angostura se encuentra en las proximidades de la Isla de Trinidad, principal centro comercial de los ingleses en América del Sur. Aquí venían con frecuencia barcos mercantes ingleses: la demanda en Europa de productos coloniales después de la caída de Napoleón había crecido y sus precios aumentaron considerablemente, mientras que el ingreso de esos productos a los países europeos casi se había interrumpido a consecuencia de las acciones militares en América del Sur. Los comerciantes británicos estaban dispuestos a pagar bien sus adquisiciones de tabaco venezolano, cacao, café, cueros y mulos. Bolívar organizó sin dificultades el suministro de los mismos desde las provincias a Angostura, donde los vendía a los ingleses a cambio de cañones, fusiles y pólvora. Ahora Mariño y Páez sabían que podían

recibir armas de Bolívar, pero debían, a su vez, acatar la voluntad del jefe supremo.

Angostura era una ciudad típicamente provinciana como hay muchas en América del Sur, ubicada en la margen izquierda del Orinoco. El ancho del río en este lugar es "sólo" de dos millas. En el poblado vivían alrededor de seis mil habitantes. Las casas eran casi todas de madera, de un piso y parecidas una a otra. En la plaza principal estaban la catedral, la municipalidad y el juzgado, así como unos barracones militares.

Aquí el 15 de febrero a las diez de la mañana, en el edificio de la municipalidad, se inauguró el nuevo Congreso de Venezuela libre. La elección de los diputados había transcurrido en condiciones sumamente complicadas. Durante los años de guerra quedaron destruidos casi todos los registros de nacimiento, y los asientos electorales se concentraron en las parroquias y en el ejército, cada provincia enviaba cinco representantes.

Bolívar esperaba que vendrían treinta y cinco diputados, pero acudieron solamente veintiséis. Entre ellos se encontraban los jefes más destacados del movimiento liberador: Mariño, Urdaneta, Tomás Montilla, Roscío y otros.

El Libertador abrió el Congreso pronunciando un extenso discurso político.

—Yo, pues, me cuento entre los seres más favorecidos de la Divina Providencia —expresó—, ya que he tenido el honor de reunir a los Representantes del Pueblo de Venezuela en este Augusto Congreso, fuente de la Autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del Destino de la Nación. Solamente una necesidad forzosa, unida a la voluntad imperiosa del Pueblo, me habría sometido al terrible y peligroso encargo de Dictador Jefe Supremo de la República. ¡Pero ya respiro devolviéndoos esta autoridad! ... No ha sido la época de la República, que he presidido, una mera tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía popular; ha sido, sí, el desarrollo de todos los elementos desorganizadores: ha sido la inundación de un torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela. Un hombre y ¡un hombre como yo! ¿qué diques podría oponer al ímpetu de estas devastaciones? En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebataba como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal; fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco.

Bolívar prevenía a los diputados acerca del peligro que crea el poder ilimitado, concentrado en las manos de un solo hombre.

— El dictador —manifestaba— se acostumbra al poder, y el pueblo al sometimiento. La usurpación del poder y la tiranía son los resultados de la dictadura.

No obstante, la República necesitaría un poder centralizado y

fuerte no sólo para aplastar definitivamente a Morillo, sino también para conducir al país después de su liberación por el camino de la felicidad y del progreso. Era una tarea gigantesca por las dificultades que habría que vencer.

–Séame permitido llamar la atención del Congreso –siguió diciendo Bolívar– sobre una materia que puede ser de importancia vital. Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser Europa por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el Yndio y con el Europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre, son extranjeros y todos difieren visiblemente en la epidermis... Los Ciudadanos de Venezuela gozan todos por la Constitución, intérprete de la Naturaleza, de una perfecta igualdad política. Aun cuando esta igualdad no hubiera sido dogma en Atenas, en Francia y en América, deberíamos nosotros consagrarla para corregir la diferencia que aparentemente existe...

El nuevo régimen, decía Bolívar, tendría que ser republicano y basarse en la soberanía popular; debíase hallar el equilibrio adecuado entre los poderes legislativo y ejecutivo, asegurar las libertades democráticas, prohibir la esclavitud, anular los privilegios de casta. Al erigir las instituciones políticas cabía partir de las tradiciones, costumbres y condiciones propias.

– ¡He aquí el código que debíamos consultar y no el de Washington! –manifestó.

Bolívar propuso dotar al presidente de facultades ilimitadas, crear un senado hereditario y fundar un tercer poder –además del legislativo y ejecutivo–, el llamado Poder moral, una especie de institución de control destinada a velar por la educación de la juventud y combatir la depravación, el egoísmo y la irresponsabilidad de los ciudadanos faltos de conciencia.

Bolívar solicitaba al Congreso sancionar sus decretos sobre la abolición de la esclavitud y la concesión de tierras a los llaneros, expresando:

– La esclavitud rompió sus grillos y Venezuela se ha visto rodeada de nuevos hijos, de hijos agradecidos que han convertido los instrumentos de su cautiverio en armas de libertad. Sí, los que antes eran esclavos ya son libres: los que antes eran enemigos de una Madrastra, ya son defensores de una Patria. Encareceros la justicia, la necesidad y la beneficencia de esta medida es superfluo cuando vosotros sabéis la historia de los Helotas, de Espartaco y de Haití: cuando vosotros sabéis que no se puede ser libre y esclavo a la vez, sino violando a la vez la Leyes naturales, las Leyes políticas y las Leyes civiles. Yo

abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República.

Al manifestarse por la igualdad racial y nacional y demandar la abolición de la esclavitud, Bolívar sostenía posiciones más avanzadas que los dirigentes más progresistas de EE. UU. de aquel tiempo, incluidos Washington y Jefferson, que apoyaban la trata de esclavos y la esclavitud.

Después de exhortar a la unificación de Nueva Granada y Venezuela en un Estado único –Colombia–, Bolívar acotó que no sería dable exigir lo imposible: elevarse muy alto al reino de la libertad conllevaría a caer de nuevo en la tiranía.

– Unidad, unidad, unidad debe ser nuestra divisa. Señores, empezad vuestras funciones: yo he terminado las mías.

Al día siguiente el Congreso, por decisión unánime, eligió a Bolívar presidente de la República y aprobó su actividad anterior, incluido el decreto sobre la liberación de los esclavos. Fue adoptado el sistema unitario de gobierno. El plazo presidencial quedó establecido en cuatro años. Se eligió vicepresidente al granadino Francisco Antonio Zea. El Congreso sancionó una ley sobre los tribunales y jurados. Los diputados, sin embargo, se pronunciaron contra el establecimiento de un senado hereditario y del Poder moral. El senado hereditario, según les parecía, significaría la formación de una nueva aristocracia; el Poder moral se parecía mucho a la Inquisición. Las decisiones del Congreso, no obstante, dejaron satisfecho a Bolívar. Ya no sería un dictador apócrifo, sino el presidente legítimo de un Estado, el jefe del gobierno de Venezuela. Después de febrero de 1819 Bolívar podía hacer caso omiso de todos los caprichos de sus competidores. El Congreso en Angostura, decía, había sepultado a todos sus adversarios.

También prosperó otra medida planeada por Bolívar: la movilización de voluntarios europeos para luchar contra los españoles. La base de reclutamiento quedó establecida en Inglaterra, donde actuaba López Méndez, un enérgico y emprendedor agente de Venezuela, a quien Bolívar había dejado en Londres en 1811.

En Gran Bretaña se hacía sentir la crisis económica producida por la guerra de muchos años contra Francia. Masas de desocupados vagaban por aldeas y ciudades; el gobierno había reducido su ejército en treinta mil hombres. Muchos ex oficiales y soldados se encontraban en apuros. Bolívar ofreció a los voluntarios las siguientes condiciones: veinte dólares al firmar el contrato, ración y sueldo iguales a los que daba el ejército británico y un premio adicional de quinientos dólares cuando terminara la campaña. Al llegar a América del Sur los voluntarios recibirían el importe de los gastos del viaje. Esas condiciones tentaron a muchos militares que habían quedado sin ocupación. López Méndez pudo reclutar sin dificultad a varios ex coroneles, quienes

empezaron a reunir voluntarios preocupándose, es cierto, de conseguir en primer lugar para sí y para sus subalternos vistosos uniformes capaces de competir con los de la guardia real. Había manifestado su intención de venir también el gran poeta Byron, quien más tarde ofrendó su vida en la lucha por la independencia de Grecia.

No sólo voluntarios ingleses se hicieron eco del llamado de Bolívar. Entre ellos había representantes de casi todas las nacionalidades de Europa: irlandeses, participantes de la lucha por la liberación de su patria del dominio británico, alemanes, suecos, italianos, polacos (entre ellos un sobrino del general Kosciuszko, quien peleó por la independencia de Polonia y en las filas republicanas durante la guerra de Estados Unidos contra los ingleses), franceses (un hijo de Joaquín Murat, el famoso general de los ejércitos de Napoleón, y un hijo de José Bonaparte). También había rusos: Iván Miller, de destacada actuación en muchas batallas, y el coronel Iván Minuta, participante de innumerables combates.

En los años 70 del presente siglo en la Unión Soviética fueron encontrados documentos que esclarecen la actividad de otro voluntario oriundo de Rusia que sirvió en los ejércitos de Bolívar: el ingeniero Mijaíl Rola-Skibitski. Este insigne soldado de la libertad nació en 1793 en el pueblo de Korchevka, distrito de Starokonstantínovsk de la provincia de Volinia, en el seno de una familia terrateniente no muy rica. Skibitski tardó ocho meses en llegar a través de Suecia e Inglaterra a Venezuela, a la que arribó en 1824. Por su actuación en la batalla de Ayacucho obtuvo la condecoración *Busto del Libertador*. Skibitski llegó en los ejércitos patriotas al grado de teniente coronel. En 1835 regresó a Rusia, donde fue objeto de persecuciones por su participación en la lucha independentista de los pueblos de América Latina. Se conservó una carta del jefe de policía zarista A. Benkendorf enviada el 21 de enero de 1836 al gobernador de Kíev, A. Gúriev, en la que se ordenaba indagar si era cierto que el terrateniente Mijaíl Skibitski vuelto del extranjero a la provincia de Kíev ha servido en las tropas republicanas colombianas y, de ser así, desterrarlo a Viatka. Este documento prueba que el zar Nicolás I consideraba a Mijaíl Rola-Skibitski, como a hombre que luchó por la libertad y la independencia de los pueblos de América Española, sumamente peligroso para la autocracia zarista.

Entre los voluntarios de Bolívar había no pocos ingleses. El general Inglish, uno de los compañeros de lucha de Wellington, organizó un destacamento de mil doscientos hombres; el coronel Elson reunió a quinientos; el coronel Uslar trajo de Bruselas a trescientos alemanes; el general de Averaux organizó una legión irlandesa de la que formó parte el hijo de O'Connell, el célebre luchador por la independencia de Irlanda.

El primer contacto con la realidad venezolana produjo en el ánimo de muchos voluntarios una impresión deprimente. Ellos pensaban encontrar un país de mil maravillas, con oro y plata tirados en

las calles de Angostura. En cambio vieron un poblacho endeble rodeado por densos follajes tropicales. La malaria, viruela y fiebre amarilla sólo dejaba inmunes aquí a los indios y negros. Los alimentos eran escasos y poco digeribles para los estómagos europeos: maíz, bananas y carne sin pan ni sal.

Muy pronto los brillantes uniformes de los voluntarios quedaron convertidos en harapos y hecho trizas el calzado. Los oficiales empezaron a andar descalzos o en alpargatas. El capitán Thompson, quien pudo conservar no se sabe cómo un par de botas, sintió a fin de cuentas que le remordía la conciencia y las tiró al Orinoco. El coronel Roocke, invitado a un almuerzo por Bolívar, vino con la levita, pero sin camisa ni cuello. Bolívar ordenó a su criado entregarle una de las camisas que él usaba, pero resultó que tenía solamente dos: la que llevaba puesta y otra que había entregado para lavar.

Los ingleses hambrientos, que no podían recibir el sueldo, vendían a los llaneros sus uniformes y hasta las armas. Páez adquirió todo eso de buena gana. Sus custodios pronto aparecieron vestidos con brillantes uniformes británicos, y el general Manrique había comprado tantos, que cada noche se ponía uno nuevo. Muchos voluntarios se entregaban a la borrachera; algunos exigían privilegios especiales; otros, simplemente, se pasaban al enemigo.

En la zona de Río Hacha, al norte de Venezuela, desembarcó Montilla con un grupo de irlandeses con la intención de liberar Santa Marta y Maracaibo. Pero ni bien pisaron tierra americana, los voluntarios exigieron aumento de sueldo o, en caso contrario, ser trasladados a Jamaica. Imposibilitado de reducir a los amotinados, Montilla decidió evacuar Río Hacha. Mientras tanto, los irlandeses se emborracharon, incendiaron la ciudad, asaltaron un navío y se fueron para Jamaica. Refiriéndose a este hecho, Bolívar diría en una carta escrita a Montilla que la actitud de la legión irlandesa no le causaba sorpresa alguna: puede esperarse todo de los mercenarios a los que no se les paga el sueldo. Son, manifestaba Bolívar, como las cortesanas: no se entregan hasta que no reciben el dinero.

El coronel Hippisley, a quien se le encomendó el cargo de consejero militar de Páez, exigió que se le otorgara el grado de general. Cuando obtuvo una respuesta negativa, regresó a Inglaterra, donde se esmeró en difamar a Bolívar. El coronel Wilson, quien también había sido asignado a servir bajo el mando de Páez, hizo algo peor: empezó a instigar a Páez a rebelarse contra el Libertador. Páez puso esto en conocimiento de Bolívar. Wilson fue detenido, pero logró huir. Después se supo que había sido enviado a las filas patriotas por los españoles.

Los aventureros, saqueadores y borrachos con el tiempo quedaron marginados; los débiles se desprendieron por sí solos, y quedaron de los voluntarios únicamente aquellos que realmente deseaban servir con lealtad a los intereses de la República. Muchos de ellos pasaron a ser colaboradores cercanos de Bolívar y ofrendaron su vida por la

libertad. El coronel Roocke murió durante la travesía de los Andes. Ferguson, ayudante de Bolívar, fue asesinado por los confabulados. El irlandés O'Leary y el francés Perú de Lacroix sirvieron como secretarios y ayudantes de Bolívar.

Junto con las unidades inglesas, alemanas e irlandesas, Bolívar organizó destacamentos mixtos en los que los soldados europeos enseñaban el arte de la guerra a los patriotas nativos y éstos, a su vez, enseñaban a sus maestros a vencer las dificultades que presentaba la vida en los trópicos.

La experiencia militar de muchos voluntarios, su firmeza y decisión incrementaron grandemente la capacidad de combate del ejército patriota. Durante todo el tiempo de la guerra por la independencia llegaron a Venezuela para servir en las filas de Bolívar alrededor de cinco mil voluntarios. La mayoría de ellos sucumbió en los combates o a consecuencia de las enfermedades tropicales, por inanición o por las heridas recibidas.

Bolívar expresaría más tarde que el verdadero libertador de América del Sur no había sido él, sino López Méndez, representante de los patriotas en Londres, que organizó el reclutamiento de voluntarios...

La Gran Colombia

Para nosotros la patria es América.

Simón Bolívar

A fines de febrero de 1819, Bolívar, al mando de los voluntarios extranjeros, se apresuró a unirse con Páez, contra el que estaba combatiendo otra vez Morillo, quien había decidido apoderarse a toda costa de los llanos. Pero tampoco esta vez conseguiría éxito el mariscal español. Además, había perdido casi la mitad de su ejército en batallas, marchas, contramarchas y escaramuzas.

El día 14 de mayo, a Bolívar le fue anunciada la noticia de que el general Santander había expulsado a los españoles del valle de Casanare, al este de los Andes, rayando con los llanos. Cuando Morillo se apoderó de Nueva Granada, en 1816, muchos patriotas habían huido hacia Casanare a proseguir allí la pelea. Por orden de Bolívar estaban al mando del general Santander.

Cuando se enteró de la victoria obtenida por los patriotas en Casanare, Bolívar comenzó a preparar la campaña granadina. La expulsión de los españoles de Nueva Granada abriría el camino a la liberación de Panamá y Venezuela y también de Ecuador y del Perú, desde donde Chile y la Argentina quedaban a dos pasos. Pero para ello los patriotas tenían que vencer obstáculos grandiosos: marchar 1.200 kilómetros por llanos anegados en el otoño, cruzar después los Andes, que por esta parte alcanzan una altura de cuatro mil metros, y después de estas pruebas volver a pelear y vencer al ejército español en Nueva Granada.

Un plan sencillo, audaz y temerario, característico de Bolívar, genial improvisador que soñaba con ser el libertador no sólo de Venezuela, sino también de toda la América del Sur.

El riesgo era grande, desde luego. Para la campaña de Nueva Granada había que movilizar todas las fuerzas de los patriotas.

Bolívar se puso de acuerdo con Páez para actuar en común. Propósito del llanero era cortar en un momento determinado las comunicaciones españolas que por la parte de Cúcuta llevaban a Nueva Granada.

El día 23 de mayo, Bolívar convoca un consejo de oficiales en una cabaña india a orillas del río Apure. No había mesas ni sillas. Los oficiales estaban sentados sobre cráneos de bueyes y caballos secados por el sol y lavados por las lluvias tropicales. Ninguno de los presentes había cumplido todavía los cuarenta años. Bolívar tenía entonces treinta y seis. El jefe de su Estado Mayor, Soublette, veintinueve; treinta el jefe de infantería, Anzoátegui, y veintisiete años Páez y Santander.

Bolívar explicó a los presentes en rasgos generales su plan.

El coronel Roocke, jefe de los voluntarios ingleses, fue el primero en aprobarlo, siguiendo su ejemplo los demás oficiales.

Ahora todo dependía de cómo se llevase a la práctica la empresa. La garantía del éxito estaba en la rigurosísima observancia del secreto. Los combatientes no debían saber adónde los conducían ni qué empresa acometían.

Tan pronto como la idea de la campaña quedó aprobada, Bolívar empezó a actuar con su acostumbrada energía. A Santander le ordenó preparar el ejército para marchar a Nueva Granada. Se reunieron cuantos botes y demás medios de transporte fluvial había y se acumularon a toda prisa reservas de pertrechos y vituallas. Santander temía que el ejército no pudiera pasar las cimas de las montañas sin calzado de cuero y mantas de lana, pero nadie sabía dónde conseguir todo eso.

Por fin, los últimos días de mayo, el ejército de los patriotas estaba listo para la marcha. Lo componían soldados de diferentes razas. Negros que habían sido esclavos, corpulentos ingleses, mestizos, criollos, indios, gentes de los llanos, rusos e italianos, franceses e irlandeses, todos ellos se sentían dispuestos a batirse con heroísmo por la libertad. A muchos los acompañaban sus mujeres, que prestarían después servicio como enfermeras militares.

Era el período de lluvias. Ríos desbordados formaban interminables lagos repletos de caimanes, anguilas eléctricas y pirañas que atacan en bandadas a hombres y animales. La tierra seca se había convertido en ciénaga insalvable. ¿Insalvable? Allí donde pasa la serpiente ¿no han de pasar los soldados de la libertad? Así decía Bolívar.

Miríadas de mosquitos acosaban al ejército. Lloviznaba sin cesar. Muchos soldados no llevaban más que taparrabos, porque con la ropa protegían del agua los pertrechos de guerra. O'Leary, ayudante de Bolívar, recordaba después que durante siete días los expedicionarios tuvieron que caminar con el agua al cuello. Lo más difícil era pasar los ríos. Faltaban botes, el equipo militar y las armas tenían que ser trasladados en sacos de cuero, y en ellos también los soldados que no sabían nadar.

Al cruzar los llanos, el ejército vadeó innumerables ríos, lagos y pantanos. La mayor parte de los mulos y caballos murieron en el camino. Vinieron días en que los soldados no tenían nada para comer.

Al llegar a las estribaciones de los Andes a fines de junio, en carta enviada a Páez, el Libertador señalaba que hasta ahora la marcha había sido por territorio amigo, y después de salvar los grandes ríos creyó haber dejado atrás todas las desgracias. Nuevos y nuevos obstáculos que surgían diariamente a cada paso casi le hacían desistir de llevar a feliz término la travesía: sólo una tenacidad sin límites y el deseo de cumplir la decisión tomada le ayudaban a salvar esas dificultades.

Por fin el ejército de Bolívar llegó al valle de Casanare donde lo esperaba Santander y sus guerrilleros. Ahora los efectivos patriotas sumaban 3.400 hombres. Tras un corto descanso fueron al asalto de los Andes; por aquella época del año se les considera inaccesibles.

Los llaneros miraban con asombro y horror las imponentes cimas de las montañas. Con la ascensión les crecían también los temores. Acostumbrados a los llanos, donde hay ríos rápidos y corceles salvajes, al duelo con el toro, con el caimán y el jaguar, los llaneros en las montañas parecían acobardados e inermes. Muchos de ellos perdían toda esperanza de vencer tan tremendas dificultades, se decían que era de locos querer pasar los Andes y, además vencer al ejército español en Nueva Granada.

En muchos lugares les interceptaban el camino los derrumbes y los árboles arrancados por el viento. A cada paso bajaba la temperatura. Hombres y caballos se dormían de cansancio y se desplomaban. Ya no llovía, nevaba. A los cuatro días de comenzar el ascenso, todos los carros quedaron inservibles y habían muerto todas las bestias. Los soldados padecían disentería y frío, más intenso a medida que más subían. A los dos mil metros de altura empezó a segar vidas el soroche, o mal de altura, que ocasiona ceguera, sordera y mucha gente enloquece.

Para evitar el encuentro con los españoles que guardaban los pasos de montaña más accesibles, Bolívar eligió el más difícil de cruzar: el de Pisba. Pocos solían aventurarse a pasarlo ni siquiera en verano. Todo en torno estaba envuelto en espesa niebla. Los soldados no podían más, se desprendían de cuanto llevaban encima, menos de las armas. Soplaba un viento helado. A los combatientes fatigados los jefes les obligaban seguir avanzando. De tener apostados los españoles un centenar de soldados en el paso de Pisba, hubieran podido retardar la liberación de Nueva Granada.

Montado en una mula Bolívar marchaba delante del ejército, con su uniforme de general hecho jirones. El Libertador iba animando a sus hombres con anécdotas o historias de campañas pasadas. Los exhortaba a proseguir adelante, asegurándoles que pronto terminarían sus pruebas. Pero quienes le escuchaban ya no necesitaban palabras de consuelo.

Las moles de hielo quedaban atrás y no había más remedio que seguir adelante y vencer a los españoles o morir. Las bayonetas españolas no podían hacerles sufrir más que el paso de los Andes.

Al mes de haberse puesto en camino, el disminuido ejército de Bolívar (de 3.400 soldados que emprendieron el ascenso, 1.500 habían perecido o quedado rezagados) llegaba muy entrada la noche al paso de Pisba, donde se quedó para pernoctar. Ni encender fuego se pudo. Llovía con mezcla de granizo y el viento apagaba las hogueras.

– Esa noche –refería O'Leary– observé un grupo de soldados formando corrillo. Resulta que la mujer de uno de ellos había dado a luz. A la mañana siguiente vi a la madre con el niño recién nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón, aunque se esperaba una travesía de dos millas por el camino más escarpado del mundo.

Al día siguiente, Bolívar reemprendió con cautela la marcha.



Juan Vicente Bolívar, padre de Simón

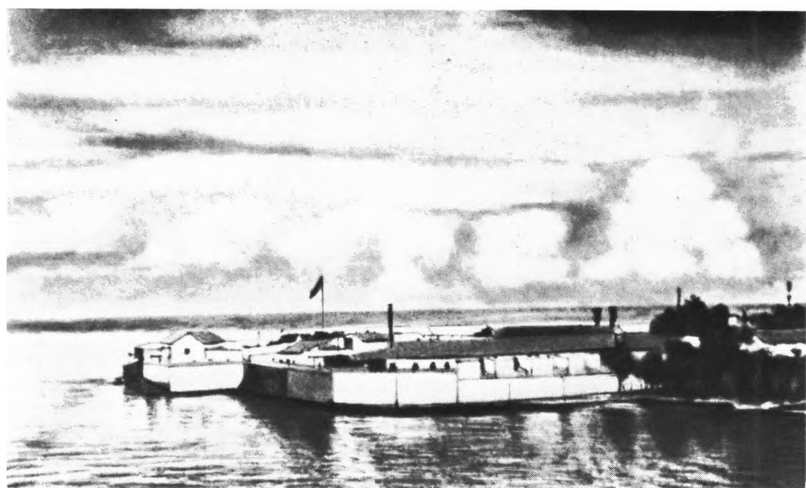




Casa de los padres
Caracas en la primera mitad del siglo XIX
Joven Bolívar
Simón Rodríguez: Robinson
Calle en la vieja parte de La Guaira. Puerto Cabello









Puerto Cabello
En el río Magdalena

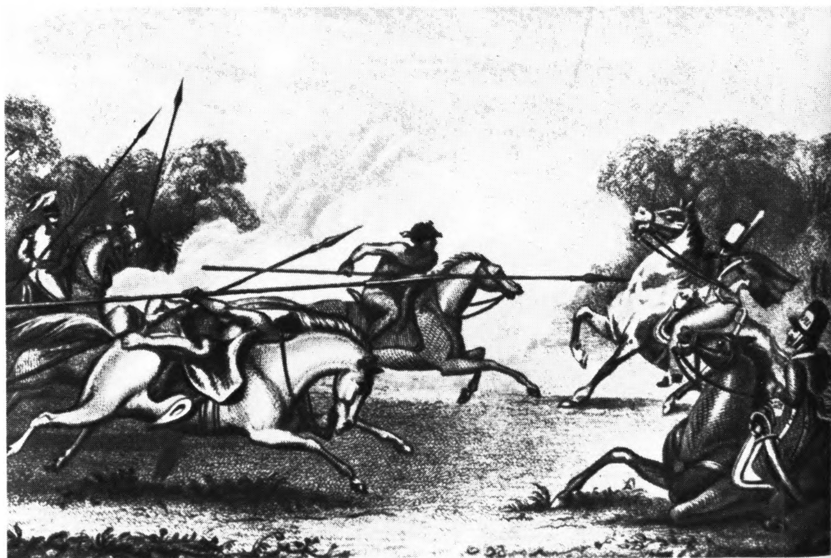


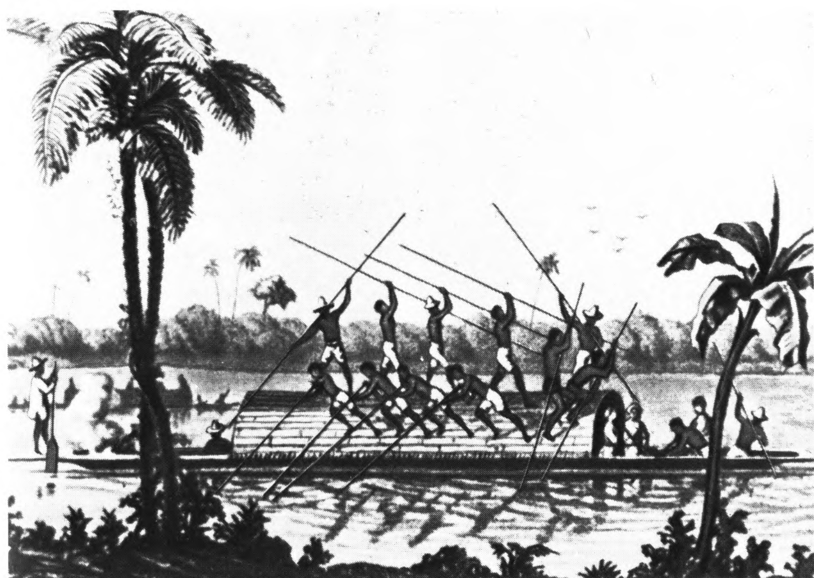
Simón Bolívar



General Páez
Llaneros atacan a españoles

En bote por el Bajo Orinoco
Chozas de los negros de Guayana











El General Piar
Presidente de Haití, Alejandro Petión
En la cima de los Andes. Cuadro de Francisco Cano
El General Morillo, comandante de las tropas españolas
Isla Margarita

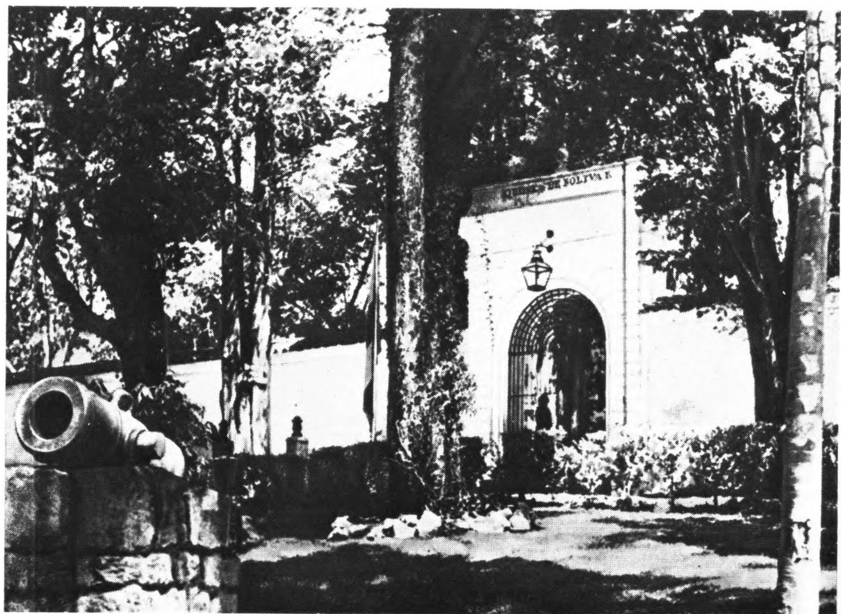






La Fortaleza Cartagena
Batalla de Carabobo
Simón Bolívar





Bogotá
Villa de Bolívar en Bogotá



Simón Bolívar



El general Páez. Xilografía. 1820



Simón Bolívar. Xilografía. 1819



El general José de San Martín

Encuentro de Bolívar con San Martín en Guayaquil





El general Santander



Simón Bolívar



Manuelita Sáenz



Palacio de Gobierno en Lima



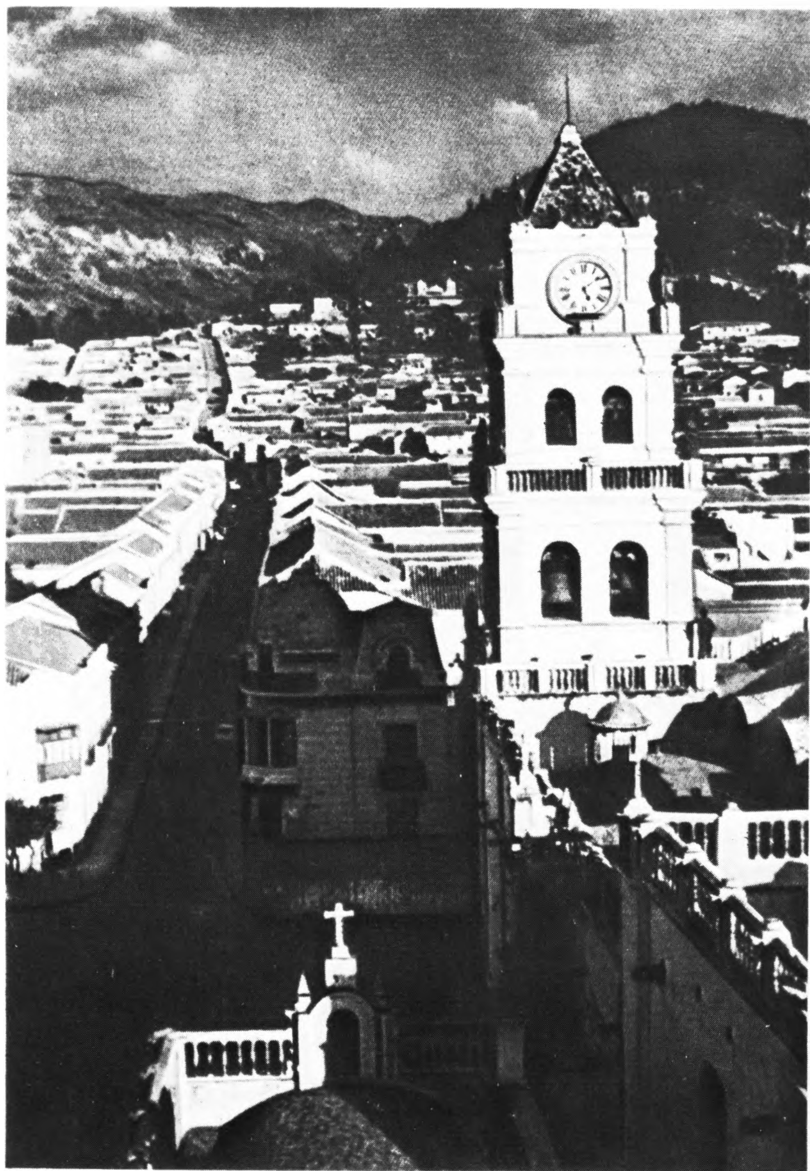
El general Sucre



Simón Bolívar



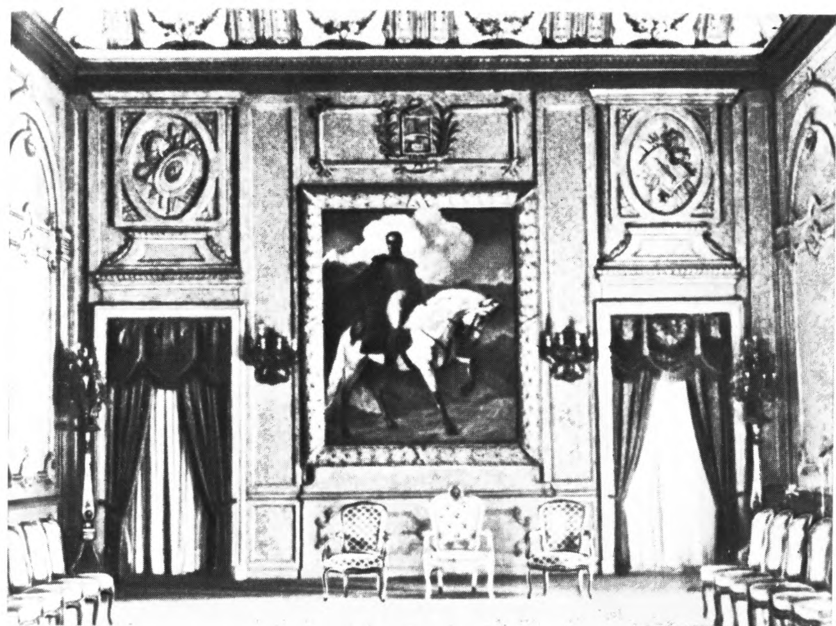
"Simón Bolívar, 1830"



Panorama de la ciudad de Sucre

Aquí fue proclamada la independencia de Bolivia. Palacio en la ciudad de Sucre

Panorama de la ciudad de Potosí. Bolivia

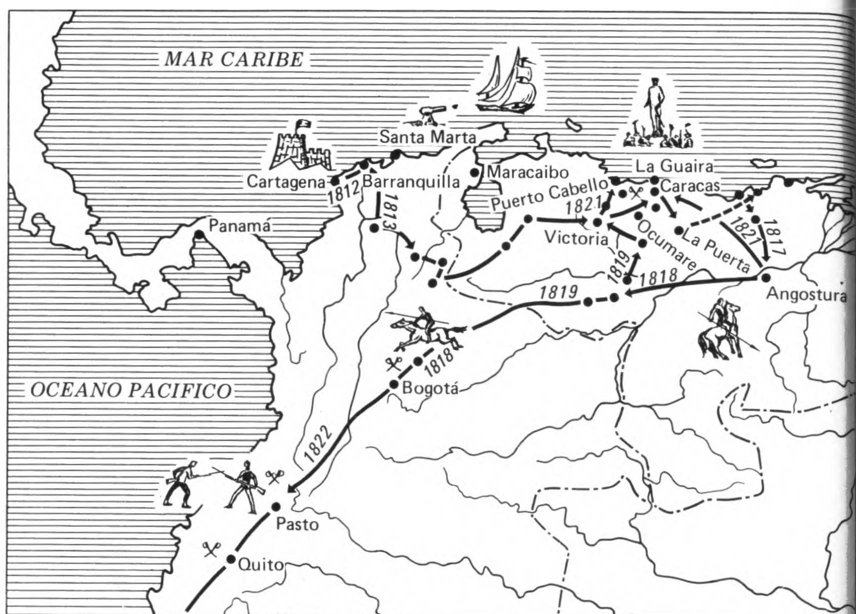


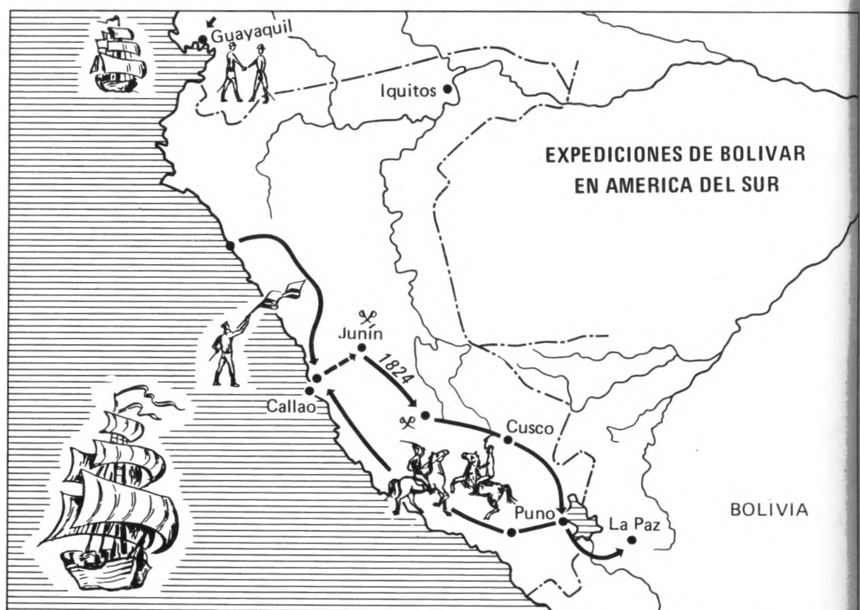


Retrato de Bolívar publicado en 1829 en la revista *Moskovski Telegraf* (Telégrafo de Moscú).



Retrato de Bolívar. Mosaico florentino por V. Zemkov. 1978.





Campañas de Bolívar en America del Sur



Simón Bolívar



El Panteón Nacional en Caracas. Aquí descansan los restos de Bolívar y de otros héroes de la Guerra de la Independencia



Monumento a Bolívar en Caracas



Simón Bolívar

Los montañeses acogían a los patriotas con sincero alborozo, compartían con ellos el tabaco y el pan y les ayudaban a recoger las armas abandonadas por el camino. Iban llegando los rezagados y poco a poco el ejército tomaba aspecto de combate. Bolívar encargaba a los campesinos anunciar que había cruzado los Andes un numeroso ejército de patriotas.

–Decid de nosotros que el mismo Espíritu Santo vino a conquistar Nueva Granada.

El primer combate con los españoles se entabló en el lugar llamado Pantano de Vargas. Los patriotas, aunque fatigados, pelearon con entusiasmo. Sabían que la derrota sería para ellos no sólo la muerte segura –tenían a sus espaldas el paso de Pisba– sino también el fin de las esperanzas de liberar Nueva Granada y su querida patria Venezuela. Muestras de particular heroísmo dieron los llaneros del coronel Rondón, del mando de Páez. Cuando los españoles empezaron a ganar terreno y cundió la confusión en las filas patrióticas, Bolívar se dirigió a aquél diciéndole:

– ¡Coronel, salve usted la patria!

– ¡Los valientes síganme! –fue el grito de combate de Rondón que levantó a los demás.

Una bala abatió a Rondón, pero los españoles no resistieron el ataque y retrocedieron.

Con igual entusiasmo pelearon también los voluntarios extranjeros. A su jefe, el inglés Roocke, por herida grave hubo que amputarle un brazo en el campo de batalla. Blandiendo con el que le quedaba el muñón ensangrentado, Roocke alentaba a los voluntarios a la lucha por la tierra natal.

– ¿Por qué tierra?.–preguntó un irlandés–.

– Por la tierra sobre la que estoy tendido –dijo el intrépido inglés.

Una hora después moría. Le dieron sepultura en la tierra que había regado con su sangre.

Al comunicar al virrey los resultados de la batalla, el general Barreiro, jefe de las tropas españolas, refería:

– La derrota de los republicanos parecía inevitable. Ninguno de ellos tenía posibilidad de quedar vivo. Pero la desesperación les infundió coraje inaudito. Los infantes y la caballería salieron del fango al que los habíamos arrojado y se lanzaron al asalto de las colinas que estaban en nuestro poder. Nuestros soldados no pudieron resistir la embestida.

Bolívar ganó la batalla del Pantano de Vargas.

Pero no era ella una victoria decisiva. Los españoles se habían replegado en orden para concentrar sus fuerzas cerca del puente sobre el río Boyacá, con la esperanza de cerrarles allí a los patriotas el camino a Bogotá, capital de Nueva Granada.

Mientras el general Barreiro se preparaba febrilmente para la batalla, Bolívar hizo una maniobra envolvente y se apoderó de la fortaleza de Tunja, donde se apropió de una gran cantidad de vituallas y

pertrechos de guerra.

Después del triunfo en Pantano de Vargas, las fuerzas libertadoras crecieron. De todas partes llegaban granadinos a alistarse bajo la bandera de los patriotas venezolanos.

Bolívar, sin pérdida de tiempo, se apresuró a enfrentarse con Barreiro. El 7 de agosto tuvo lugar la famosa batalla de Boyacá. Los efectivos españoles sumaban casi tres mil soldados, los de Bolívar poco más de dos mil quinientos. Unos y otros combatían con encono. "Peleaban en absoluto silencio", escribió uno de los participantes de la acción. Todos sabían que precisamente aquí, en las inmediaciones del puente de Boyacá, se decidiría la suerte de Nueva Granada. Por fin, las filas españolas cedieron. Empezó la retirada. Bolívar ordenó:

– ¡Rematar a los godos!

Un esfuerzo más, y los patriotas cercaron a los españoles. Pudieron escapar sólo cincuenta soldados; mil seiscientos cayeron prisioneros y los demás murieron en el combate. Los patriotas perdieron sólo trece hombres. Un simple soldado, el mestizo Pedro Martínez, tomó prisionero al renombrado general español Barreiro. Entre los prisioneros apareció el oficial Vinoni, quien en 1812 había traicionado a Bolívar en Puerto Cabello. Bolívar lo condenó a la horca.

Al enterarse de la derrota de las tropas españolas, el virrey Zámano se vistió de campesino y huyó de Bogotá. Siguieron su ejemplo otros representantes de las autoridades realistas.

La ira de los patriotas respecto a los españoles que habían sometido a la población de Nueva Granada a toda clase de vejámenes era tan grande, que el general Santander dio orden de fusilar a Barreiro y a treinta y siete oficiales españoles en la plaza principal de Bogotá, allí mismo donde el virrey Zámano ajustició a Salavarieta y a sus amigos. Cuando Bolívar hizo notar a Santander que tales represalias no se justificaban éste le contestó:

– Si los españoles nos represaliaban cuando nosotros caíamos en sus manos ¿por qué debemos andar con tantos miramientos respecto a ellos?

Desde el río Boyacá hasta la capital de Nueva Granada los soldados recorrieron un camino cubierto de flores. Delante iban los voluntarios ingleses, descalzos, harapientos, barbudos. Parecían verdaderos fantasmas, relataba un testigo; pero esos fantasmas eran hombres fuertes de cuerpo y alma, porque los débiles habían quedado para siempre en las nieves de las montañas, allí donde el corazón revienta por falta de oxígeno.

El 10 de agosto Bolívar entró en Bogotá, siendo aclamado por el pueblo. En la plaza principal esperaban al vencedor viejos amigos y conocidos. Uno de ellos pronunció un florido discurso en honor de Bolívar, quien respondió:

– ¡Oh, grandilocuente y noble orador! No soy yo el héroe que vosotros pintáis. Sed como él, y yo me postraré ante vosotros.

Setenta y cinco días empleó Bolívar en liberar a Nueva Granada. El

paso de los Andes suelen comparar a veces con la travesía de los Alpes que realizara Aníbal. Pero Aníbal iba con un ejército bien equipado. En 1817 San Martín cruzó los Andes en el sur, pero estuvo dos años preparando la campaña. En Bolívar todo fue improvisación.

Al enterarse de la derrota española en Nueva Granada, Morillo escribió a Madrid:

"El sedicioso Bolívar ha ocupado Santa Fe (Bogotá) y el fatal éxito de esta batalla ha puesto a su disposición todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesite para continuar la guerra en estas provincias, pues los insurgentes y menos este caudillo, no se detienen en fórmulas ni consideraciones.

Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en el mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú queda a la merced del que domina a Santa Fe, a quien, al mismo tiempo, se abren las casas de moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el rey, nuestro señor, en el virreinato. Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del rey ganaron en muchos combates".

Bolívar, sin embargo, se esforzaba en convencer a sus partidarios que el triunfo de Boyacá no era más que el comienzo de una larga guerra, que la libertad de Nueva Granada se encontraría en peligro mientras el enemigo se mantuviera en Venezuela, Ecuador y Perú.

En Bogotá se llevó a cabo una movilización de efectivos para el ejército republicano. El sueldo de los funcionarios fue reducido a la mitad. Se confiscaban los bienes de los españoles que apoyaban a los colonizadores, igual que los de aquellos americanos que habían huido al aproximarse las tropas patriotas. El Libertador exigió al clero pagar un diezmo al erario público, dando también a entender que esperaba de los sacerdotes donaciones voluntarias. Asimismo se negó a reconocer las deudas contraídas por los españoles. Estamos instituyendo una nueva república y no siguiendo el orden viejo, decía a quienes demandaban tal cosa. Se dio rigurosa orden de castigar a los merodeadores. Para luchar contra la conspiración el gobierno instituyó tribunales revolucionarios.

En Bogotá volvió a anunciar la liberación de los esclavos y demandó su movilización al ejército. ¿Acaso es justo, escribía en una carta a Santander, que los libres tengan que morir por la liberación de los esclavos? ¿No será más justo que los esclavos mismos luchen por sus derechos en los campos de batalla?

El gobierno republicano se comprometió a educar a los huérfanos de los soldados caídos en la guerra y a socorrer a los parientes de quienes ofrendaron la vida por la causa de la República.

Bolívar instituyó el cargo de vicepresidente de Nueva Granada y designó para este puesto al general Francisco de Paula Santander.

El 18 de septiembre de 1819, Bogotá festejaba la victoria de Boyacá. Se erigieron en la ciudad arcos de triunfo al estilo romano, y alféizares y balcones lucían banderas y tapices. Por las calles principales, cubiertas de flores, desfiló el ejército patriota. Seis estatuas que representaban las virtudes de la República se elevaban en la plaza central, donde Bolívar y los generales republicanos pasaban revista a la tropa. Veinte doncellas vestidas de blanco entonaban un himno en honor de Bolívar, una de ellas le entregó una corona de laureles. El la colocó primero en la cabeza de Santander y después la pasó a los soldados formados en la plaza.

Al dirigirse a la tropa, Bolívar expresó:

– Desde el océano donde desemboca el Orinoco y hasta los Andes donde nace el Magdalena, vosotros habéis libertado a catorce provincias de las legiones de los tiranos y bribones que vinieron de Europa para invadir América. Habéis abatido esas legiones con la fuerza de vuestras armas y atado al carro triunfal de vuestras victorias. Soldados, érais sólo doscientos hombres en el inicio de esta Campaña Admirable. Sois ahora muchos miles, y toda América es poca para medir vuestro arrojo. De Norte a Sur en esta mitad del mundo sembráis la libertad. Pronto os recibirá por tercera vez la capital de Venezuela y su tirano no osará enfrentaros. El rico Perú verá las enseñas de Venezuela, Granada, Argentina y Chile, y los habitantes de Lima darán gozosa bienvenida a los libertadores del continente que despiertan legítimo orgullo en todo el mundo moderno.

* * *

Entretanto en Angostura, adonde las noticias de Bogotá llegaban con dos meses de retraso, corrían los rumores más inverosímiles sobre la suerte corrida por la expedición de Bolívar. Se decía que el Libertador había sido derrotado y cayó prisionero. Mariño y sus adeptos le acusaban de desertor, alegando que no tenía derecho a abandonar el territorio de Venezuela sin la autorización del Congreso; ese fantaseador había dejado a Guayana sin defensa, y ahora los españoles podían tomar Angostura sin dificultad alguna.

El Congreso, cuyos miembros ignoraban totalmente lo que había pasado con la expedición de Bolívar, a instigación de los adversarios de éste destituyó a Zea y nombró vicepresidente a Arismendi, quien, a su vez, designó jefe supremo a Mariño. Cuando esa noticia llegó a Bogotá, Bolívar abandonó la capital de Nueva Granada y regresó a Angostura, adonde llegó en los primeros días de diciembre de 1819. Tal como había ocurrido en otras ocasiones, también esta vez en cuanto apareció Bolívar sus detractores se apresuraron a expresar su arrepentimiento.

En Angostura Bolívar informó al Congreso sobre los resultados de la campaña y propuso instituir la República de Colombia con la inclusión de Ecuador, Nueva Granada y Venezuela. El Congreso apro-

bó la propuesta. De esa manera el proyecto de Francisco de Miranda de crear lo que se llamaría la Gran Colombia se hacía realidad gracias a la tenacidad y voluntad férrea de Bolívar. Los diputados aprobaron una constitución provisoria –la llamada Carta Fundamental de la República de Colombia. Se tomó la resolución de convocar para el 1 de enero de 1821 en la ciudad de Cúcuta, en la frontera entre Venezuela y Nueva Granada, un nuevo congreso que decidiría la forma de gobierno de la República y elaboraría una nueva constitución.

Después de concluidas las tareas legislativas, Bolívar empezó a planear una nueva campaña contra las tropas de Morillo. Del lado de Nueva Granada avanzarían contra el mariscal español las fuerzas de Urdaneta, y del lado de los llanos, las fuerzas conjuntas de Páez y Mariño. Desde la Isla Margarita atacarían la escuadra y las tropas de Montilla, que deberían tomar los puertos ocupados por los españoles. La ofensiva tenía que iniciarse en breve plazo, pues Fernando VII, según la información que tenían los patriotas, estaba preparando una nueva y poderosa expedición para "pacificar" las colonias insurrectas. Debían componerla más de cien navíos, veinte mil infantes, tres mil jinetes y armados de muchos cañones. De haberse cumplido los planes de Fernando VII, la guerra de la independencia se habría prolongado muchos años más.

– Debemos derrotar a Morillo antes de que reciba refuerzos de España; si no, las pasaremos mal –explicaba Bolívar a sus generales, que esta vez se apresuraban a cumplir estrictamente sus órdenes.

No habían tenido los patriotas tiempo de comenzar su campaña, cuando Bolívar recibió una carta de Morillo expresando el deseo del Gobierno español de concertar la paz. Resultó que el 1 de enero de 1820 en Cádiz los expedicionarios se habían sublevado, liderados por los oficiales demócratas Riego y Quiroga y el pueblo se unió a los insurrectos. La gente sencilla de España no quería participar más en la guerra colonial, pues ella se hacía en interés de los aristócratas y comerciantes ricos.

El pueblo obligó a Fernando VII a restablecer la constitución democrática de 1812. De nuevo llegaron al poder los liberales, quienes pensaban pacificar las colonias mediante un acuerdo con las élites criollas. A tal objeto el nuevo gobierno dio instrucciones a Morillo para iniciar de inmediato negociaciones de paz con Bolívar.

Morillo, al recibir esas instrucciones, exclamó:

– En Madrid están locos; quieren que pase por la humillación de tratar con Bolívar. Trataré solo porque mi profesión es la subordinación y la obediencia, pero desde este momento debemos dejar de lado toda esperanza de restaurar en estas tierras el poder de España.

Los jefes patriotas, en cambio, recibieron con júbilo las noticias sobre los sucesos de Cádiz.

– Esto decide nuestra suerte –dijo Bolívar–. Ahora podemos estar seguros que de España no vendrán más refuerzos a América; siendo así, sabremos acabar con Morillo de alguna manera.

El Libertador jamás había dudado de que el pueblo español terminaría por respaldar a los patriotas. Muchas veces explicaba a sus correligionarios:

– No se debe confundir al gobierno con el pueblo español. Nosotros combatimos contra el primero y no contra el segundo.

¿Cuáles eran las condiciones de paz que proponía Morillo? El reconocimiento de la constitución de 1812, el aumento del número de representantes de las colonias en las Cortes españolas, la concesión de derechos y privilegios especiales a los criollos pudientes.

Bolívar transmitió a Morillo que la paz podía ser establecida sólo en el caso de que España reconozca la independencia de la Gran Colombia.

En el transcurso de varios meses las partes intercambiaban mensajes, tratando de ganar en astucia una a la otra. Morillo hacía todo lo posible para conquistar la simpatía de Bolívar y demás jefes patriotas, prometiéndoles reconocer sus grados militares y tratarlos con toda clase de consideraciones si se pasaban del lado de España.

El Libertador, por su parte, proponía dinero y ascensos a los oficiales españoles si se pasaban del lado de los patriotas.

Ambas partes deseaban si no la paz, por lo menos una tregua pacífica. Morillo quería ganar tiempo con la esperanza de recibir, pese a todo, ayuda de Madrid. Bolívar necesitaba una tregua para acumular fuerzas suficientes antes del enfrentamiento decisivo con el enemigo.

Mientras se efectuaban las negociaciones, los patriotas continuaban batiendo con bastante éxito a los españoles, quienes se vieron obligados a abandonar las ciudades de Mérida, Trujillo y Santa Marta. A fin de cuentas se convino concertar un armisticio por seis meses. A propuesta de Bolívar se firmó un tratado para regularizar la guerra, que obligaba a las partes no tomar represalias contra la población civil. Se acordó un canje de prisioneros, así como el procedimiento para dar sepultura a los soldados muertos en el campo de batalla. El 27 de noviembre de 1820 Bolívar ratificó estos documentos en la misma ciudad de Trujillo y en el mismo edificio donde siete años atrás había firmado el decreto de la "Guerra a muerte".

Después de la concertación del armisticio Morillo propuso a Bolívar celebrar un encuentro. El Libertador aceptó. A fines de noviembre el general español, vestido con el más lujoso de sus uniformes, luciendo todas sus condecoraciones y escoltado por un regimiento de húsares y cincuenta oficiales de su Estado Mayor, se acercó a la ciudad de Santa Ana. Bolívar vino a su encuentro acompañado sólo por diez oficiales y vestido con uniforme de campaña, sin llevar medallas ni condecoración alguna.

– ¿Cómo? –exclamó Morillo–. ¿Aquel hombre pequeño, de levita azul, con gorra de campaña y montado en una mula es Bolívar?

Pero no había tiempo para desconcertarse. El hombre pequeño se apeó de la mula. Morillo siguió su ejemplo, y ambos se estrecharon en un abrazo, según imponía la vieja costumbre castellana. El repre-

sentante español, de humilde origen pero que había llegado a mariscal y recibido del rey por sus méritos los títulos de conde y marqués, defendía a la nobleza, a los ricos y al régimen monárquico. Bolívar, un noble criollo y nacido en la riqueza, había renunciado a sus privilegios y peleaba por la independencia de su patria. Tanto uno como otro consideraban que estaban cumpliendo con su deber.

En Santa Ana les esperaba una suntuosa comida durante la cual ambos jefes intercambiaron cumplidos, enalteciendo la valentía y magnanimidad de sus soldados.

– Brindo, dijo Bolívar, por la heroica firmeza de los combatientes de uno y otro ejército, por su lealtad, abnegación y coraje sin igual. Por la nobleza de los hombres que defienden la libertad a costa de los mayores sufrimientos y por aquellos que cayeron gloriosamente por su país y su gobierno, por los heridos de uno y otro ejército que demostraron su valentía, su coraje y su carácter. ¡Odio eterno a los que deseen sangre y la derramen injustamente!

Ambos generales pasaron la noche en una misma habitación.

Morillo intentó por todos los medios convencer a Bolívar de que sólo la unión con España podría salvar a los criollos de ser aniquilados por los esclavos, mulatos e indios. Bolívar, a su vez, resaltaba ante Morillo su "infinita admiración por España", el deseo de vivir, con ella en paz y fraternidad, pero a condición de que Madrid reconociera la independencia total de las colonias.

Después de despedirse de Bolívar, Morillo le envió una carta proponiendo erigir en el lugar del encuentro celebrado un monumento en honor de la "amistad eterna entre los pueblos español y colombiano". Bolívar contestó que tal monumento debía ser edificado de brillantes y adornado con jacintos y rubíes, pero que ya había sido erigido en los corazones. La misiva terminaba con la tradicional frase caballeresca: Soy de Ud. su seguro servidor. Al leer el mensaje Morillo notaría la "total falta de sinceridad" en el firmante.

No obstante, el jefe militar español fue ganado por un involuntario sentimiento de hondo respeto por su adversario. En informe reservado a Madrid acerca de su encuentro con Bolívar en Santa Ana escribió:

"Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo (Bolívar). Su arrojo y su talento son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su estirpe española rasgo y cualidades que le hacen muy superior a cuantos le rodean. El es la revolución".

Morillo comprendía que la paz iba a ser posible sólo reconociendo la independencia de las colonias, y había comunicado a Madrid que la guerra sostenida por los patriotas tenía por objeto no el de mejorar el sistema colonial, no el de aplicar los principios liberales que en ese momento regían en España, sino la liberación e independencia absoluta.

Dos semanas después de celebrado el armisticio el gobierno de

Madrid mandó llamar a Morillo y éste dejó para siempre Venezuela. El mariscal regresó a España, donde se casó con una rica viuda y vivió plácidamente hasta el fin de sus días. Si no hubiera tenido en su vida un adversario como Bolívar, la historia lo hubiera olvidado hace tiempo.

Los patriotas no eran unánimes en la apreciación del armisticio. Muchos lo consideraban malo, inútil y condenaban particularmente el encuentro de Bolívar con Morillo. Pero ¿no estaban equivocados?

Bolívar diría más tarde a su ayudante Peru de Lacroix:

– Jamás durante todo el curso de mi vida pública he desplegado más política, más ardid diplomático que en aquella importante entrevista. El armisticio por seis meses concertado con los españoles, que algunos de nuestros generales consideraban innecesario, fue para mí sólo un pretexto para mostrar al mundo que Colombia negocia con España de igual a igual, me permitió poner fin al aniquilamiento de la población civil por los españoles. Más aun: el armisticio obligó a Morillo a regresar a España y dejar el mando al general de la Torre, soldado menos capaz y menos activo que el Conde de Cartagena. Que los tontos –mis adversarios– digan lo que les parezca sobre esas conversaciones; los resultados hablan a mi favor. Jamás hubo un juego diplomático tan bien montado, como aquel día y aquella noche en Santa Ana.

Las negociaciones y el armisticio mismo provocaron serio desconcierto entre los españoles y sus aliados nativos, muchos de los cuales empezaron a pasar al lado de los patriotas. Uno de los primeros en abandonar a los realistas fue el indio Reyes Vargas, ascendido por éstos a coronel, quien en 1812 ayudó a Monteverde en la derrota de Miranda.

Por vez primera en el transcurso de diez años guardaban silencio en Colombia los cañones. En enero de 1820 Bolívar llegó a Bogotá, donde empezó a preparar febrilmente las fuerzas patriotas para el combate decisivo contra el general de la Torre.

Este último estaba casado con una parienta lejana de Bolívar. Hacía tiempo que perdió la fe en el triunfo de las armas españolas, pero, como correspondía a un verdadero hidalgo, estaba dispuesto a pelear hasta la última gota de sangre por su monarca. Al enterarse de la partida de Morillo y de la designación de la Torre para ejercer el mando, Bolívar envió a este último un mensaje expresando su beneplácito de que precisamente a él, de la Torre, le había tocado la misión de encabezar a los españoles pues nadie sabría acarrear con tanta inteligencia los menores daños a los patriotas y traerles el mayor provecho. Bolívar expresaba, que de la Torre debía curar las heridas de su nueva patria y, mandado a luchar contra ella, brindarle su protección. Terminaba manifestando la esperanza de que de la Torre, que siempre había sabido ser un enemigo noble, con más razón sabría ser un noble amigo.

A los cinco meses de firmado el armisticio se sublevó la población

de Maracaibo que desde 1810 se encontraba bajo poder español. El general Urdaneta acudió en ayuda de los insurrectos. De la Torre protestó, alegando que Urdaneta había infringido las condiciones del armisticio.

– No ha de esperar Vuestra Excelencia que permanezcamos toda la vida inactivos descansando en nuestros fusiles –fue la respuesta de Bolívar.

En marzo Bolívar exigió a de la Torre comunicar si estaban dispuestos los españoles a suscribir la paz en las condiciones anteriormente propuestas por los patriotas, es decir, reconociendo la independencia de Colombia. En caso contrario las acciones militares serían reanudadas.

– Será una guerra sagrada –decía–. Combatimos para desarmar al enemigo, no para aniquilarlo. Incluso los enemigos son para nosotros colombianos, si ellos se reconocen como tales.

Los efectivos patriotas sumaban ahora seis mil quinientos hombres. Por primera vez superaban en número a las fuerzas españolas, que contaban ahora sólo con cinco mil soldados.

En mayo de 1820 los patriotas pasaron a la ofensiva, y el 24 de junio en el valle de Carabobo se produjo la batalla decisiva para el destino de Venezuela contra las fuerzas realistas mandadas por de la Torre. Los patriotas disponían ahora de un ejército templado en los combates, lo que ilustraban los nombres mismos de sus unidades: Bravos de Apure, Guarnición Inmortal, Vencedores de Boyacá.

Los patriotas lucharon no sólo con heroísmo, sino también con mucho arte. Bolívar supo emplear sabiamente la caballería de Páez y los destacamentos de voluntarios extranjeros. El ataque principal de los españoles fue enfrentado por la división británica.

Rechazadas las cargas del adversario, se lanzaron al combate los llaneros, que arrollaron con sus lanzas a los extenuados españoles.

Se salvó sólo un reducido destacamento de cuatrocientos hombres que tuvo tiempo de replegarse y hallar refugio en la fortaleza de Puerto Cabello. Por el arrojo demostrado en la batalla de Carabobo, Páez obtuvo el grado de General en jefe.

En la batalla de Carabobo perdió la vida Pedro Camejo, el Primer Negro de la República. Despacio iba Camejo en su caballo de batalla a lo largo de la línea del frente buscando a su jefe Páez.

– ¿Qué andas tú dando vueltas por aquí?– le inquirió Páez cuando Camejo, por fin, dio con él.

– Mi general, he venido a despedirme de usted. Me han matado.

Al pronunciar estas palabras Camejo se desplomó a tierra junto con su caballo que también estaba mortalmente herido.

El Congreso de Colombia decidió erigir en el valle de Carabobo una columna con la inscripción recordatoria de que aquí, el 24 de junio del año veintiuno, Simón Bolívar aseguró la existencia de la República Colombiana. En la misma columna fueron grabados los nombres de los héroes que se destacaron en la batalla. Cada partici-

pante recibió galones con la inscripción: "Vencedor de Carabobo".

El 28 de junio, al frente del ejército patriota, Bolívar, después de siete años de ausencia, regresaba nuevamente a Caracas liberada.

De la próspera capital de Venezuela poco había quedado. Los españoles ni siquiera pensaron en restaurarla después del terremoto y de las múltiples destrucciones que sufrió a lo largo de la guerra. Todo llevaba el sello del abandono.

Bolívar visitó San Mateo. La casa donde había nacido estaba en ruinas. De los mil esclavos que otrora trabajaban en la hacienda Bolívar encontró sólo a tres. Al momento les concedió la libertad.

Sí, penosa fue la herencia que le dejó la guerra a Venezuela ... Pero, por lo visto, así están hechos los hombres; la felicidad no se les da sin luchas ni sacrificios.

En verdad, la felicidad estaba aún muy distante. Mientras quedara en el continente un solo español armado, los colombianos estarían bajo amenaza. En Ecuador y Perú los españoles aún tenían decenas de miles de soldados que podían irrumpir en Colombia y volver a anegarla en sangre.

Había que cerrarles el paso, destruirlos, aniquilarlos, borrarlos de la faz de la tierra; sólo entonces Bolívar y sus partidarios podrían considerar cumplida su misión.

La bella Manuela

Me has hecho idólatra de la humanidad hermosa.
Simón Bolívar

A comienzos de 1821 el gobierno de Colombia se trasladó a la ciudad de Cúcuta, ubicada en la frontera entre Nueva Granada y Venezuela. Por decisión del Congreso de Angostura, Cúcuta fue proclamada capital de la República. El 6 de mayo en la nueva capital se abrió un congreso llamado a dar al nuevo Estado una constitución permanente.

Bolívar se dirigió a los diputados con un mensaje solicitando, una vez más, liberarlo del cargo de presidente, "... por lo que mi oficio de soldado es incompatible con el de magistrado; porque estoy cansado de oírme llamar tirano por mis enemigos... Pero si el Congreso Soberano persiste, como yo me temo, en que continúe aún en la presidencia del Estado, renuncio desde ahora para siempre hasta el glorioso título de ciudadano de Colombia, y abandono de hecho las riberas de mi patria".

El Congreso apeló al patriotismo de Bolívar, pero éste repetía una y otra vez que no deseaba el poder. Al insistir en su renuncia, Bolívar parecía insinuar a los diputados: yo no soy un dictador, simplemente soy un jefe militar; pero si ustedes, representantes del pueblo, me confían el poder, yo estaré dispuesto –contrariando mis deseos y para favorecer a ustedes– a sacrificarme y someterme a vuestra voluntad; mas en este caso no me estorben y no me impidan llevar la guerra hasta la victoria final.

Cuando Bolívar vio que los diputados entendieron en la suficiente medida esta insinuación, aceptó a ocupar nuevamente el cargo de presidente de Colombia.

La nueva Constitución, aprobada por el Congreso el 20 de agosto de 1821, establecía la forma unitaria de gobierno a la cabeza de un presidente elegido por un plazo de cuatro años. La Constitución prohibía al presidente ejercer las funciones de jefe del poder civil cuando él, siendo comandante supremo de las fuerzas militares, debía dirigir operaciones militares. Esto reducía considerablemente el campo de actividad de Bolívar. El poder legislativo pertenecía a la cámara y al senado, cuyos miembros eran designados por los colegios electorales. Para los candidatos a los cargos electorales se establecía un censo de propiedad.

El Congreso dispuso que la Constitución debía regir por diez años sin ser reformada.

Quedó elegido vicepresidente de la República el general Santan-

der, a cuyas manos pasaba el poder civil cuando Bolívar tomara la dirección de las operaciones militares. En las zonas de guerra Bolívar gozaba, por disposición del Congreso, de poderes dictatoriales. Bogotá pasaba a ser la capital del nuevo Estado colombiano.

El Congreso de Cúcuta, compuesto en lo sustancial por representantes de la cúpula criolla, no confirmó el decreto de Bolívar sobre la libertad de los esclavos y proclamó solamente la llamada "libertad de vientres". Eso significaba que los hijos de los esclavos nacían libres; hasta la edad de dieciocho años estarían a cargo de los amos, por lo que los niños "libres" tenían que trabajar para sus "bienhechores". Se instituía también un fondo para el rescate de los esclavos. Estas decisiones no revestían significado práctico en las condiciones de la guerra contra España: los esclavos conseguían la libertad incorporándose a las filas del ejército republicano.

La Constitución de Cúcuta, como después la llamaron, selló un compromiso entre los diferentes grupos patrióticos: centralistas y federalistas, conservadores y demócratas, entre los partidarios de un poder presidencial irrestricto y aquellos que se pronunciaban por la prioridad del poder legislativo respecto al ejecutivo. Recordaba mucho a la constitución de EE.UU., aunque las condiciones de Colombia se diferenciaban de la república del Norte. Eran pocos los que estaban de acuerdo con ella. Los venezolanos, panameños y ecuatorianos estaban descontentos porque la misma limitaba demasiado los derechos de las provincias.

Bolívar apreciaba negativamente la Constitución de Cúcuta. Cuando oyó los toques de campana en honor de la misma, expresó: son los toques fúnebres de Colombia. Los legisladores, había escrito Bolívar en una de sus cartas, piensan seguramente, que Colombia está cubierta de lanudos; no han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros del Maracaibo, sobre los indómitos pastusos y sobre todas las hordas salvajes que, como gamos, recorren las soledades de Colombia. Y no será cosa fácil gobernarlos con una constitución como la de Cúcuta.

No obstante, públicamente Bolívar expresó que aprobó la Constitución y juró ante ella en el Congreso. En el discurso pronunciado en esa ocasión volvió a reiterar que no se consideraba el hombre apropiado para ocupar el cargo de presidente.

– Yo soy un hijo de la guerra, un hombre salido de combates, a quien la fortuna y la victoria han mantenido en este puesto. Esos títulos no emanan de la justicia, de la felicidad y de la voluntad de la nación. El sable que gobierna en Colombia es un azote del genio del mal que de tiempo en tiempo mandan los cielos a la tierra para castigo de los tiranos y enseñanza de los pueblos. Este sable se hará inútil en el día de la paz que ha de ser el último día de mi gobierno. Así lo he jurado. ¿Acaso no he dicho a los colombianos que no puede haber república allí donde el pueblo no goza de sus derechos? Un hombre como yo representa un peligro para el ejercicio de la

voluntad popular, una amenaza directa para la soberanía de la nación. Quiero ser ciudadano honesto para ser libre, y deseo lo mismo para todos. El título de ciudadano para mí es más caro que el de Libertador; el primero emana de las leyes, el segundo, de la guerra.

Aquí, igual que en muchos discursos de Bolívar lo que se insinuaba era esto: yo soy un mal necesario para el período de la guerra; pero sepan que cuando llegue la paz ustedes se librarán de mí; no hay razón para guardarme recelo; después de la derrota de los españoles me alejaré yo mismo y los frutos de la victoria quedarán para ustedes.

Venezuela, después de Carabobo, fue dividida en tres regiones militares, al frente de las cuales quedaron Páez, Mariño y Bermúdez.

Ahora la patria podía premiar los méritos de sus soldados. Recibieron gratificaciones en metálico los generales y oficiales: Páez, 120.000 pesos; Mariño, 84.000; Bermúdez, otro tanto, y sumas menores los demás oficiales. Los generales empezaron a adquirir haciendas y plantaciones en las que seguían trabajando los negros esclavos y llaneros pobres. En cuanto a los soldados, quedaron a la espera de tiempos mejores. Los bonos de posesión de tierras otorgados por el gobierno hacía mucho que habían pasado a manos de los especuladores, entre los que se contaban no pocos generales y parientes de éstos.

Entre tanto, la guerra contra los españoles proseguía. Quedó liberada la fortaleza de Cartagena. En esta operación se distinguieron los navíos republicanos a las órdenes del negro granadino Padilla.

Días después, Bermúdez liberaba a Cumaná. La guarnición española, que se entregó a la clemencia del vencedor, recibió permiso para evacuarse con destino a Puerto Rico, todavía en poder de los colonizadores.

En Venezuela no le quedaba al adversario más que la fortaleza de Puerto Cabello, con una guarnición de 4.000 hombres al mando de la Torre y su ayudante, el sanguinario Morales. En 1822 los españoles hacen una salida de Puerto Cabello, se adueñan de Maracaibo y penetran de nuevo en las provincias de Santa Marta y Coro. Pero eran ya los últimos estertores de los realistas en Venezuela. No tardaría la flotilla de Padilla en aniquilar los navíos de guerra del adversario en el Golfo de Maracaibo, después las tropas enemigas se rindieron a los patriotas. Panamá y Veraguas, provincias en el istmo, se unieron también a la República. Por fin, en la noche del 7 al 8 de noviembre de 1823, Páez tomó por asalto Puerto Cabello, último bastión de los españoles en la Tierra Firme. Venezuela quedó libre para siempre.

* * *

Había llegado el tiempo de expulsar a los españoles del Ecuador, que formaba parte de la República Colombiana.

Un país pintoresco, ubicado en el corazón de los trópicos es

el Ecuador. Dos regiones caracterizan su aspecto físico: la costa con la principal ciudad portuaria, Guayaquil, y la sierra con su capital Quito. La mayoría de la población ecuatoriana la constituyen los indios.

En Quito son frecuentes los terremotos: una cadena volcánica atraviesa el país; el Chimborazo y el Pichincha son los más activos.

El Ecuador posee gloriosa historia; su territorio formó otrora parte del Estado Incaico.

Las nuevas repúblicas de América del Sur surgieron en los marcos de las divisiones administrativas españolas: virreinatos, gobernaciones y capitanías generales. En este sentido la cuestión no se presentaba bien clara respecto al Ecuador, pues durante el período colonial había formado parte tanto del virreinato del Perú como de Nueva Granada, lo cual permitía que los dos países pudieran tener miras sobre su territorio.

En Quito y Guayaquil, igual que en otras ciudades de América del Sur, había criollos ilustrados que leían a los enciclopedistas, libros sobre la Revolución Francesa y soñaban con la independencia.

En Quito nació y vivió Eugenio Espejo (1769-1795), médico y uno de los primeros librepensadores de América meridional. Espejo fustigaba el obscurantismo clerical, siendo por ello víctima de severos castigos por parte de las autoridades coloniales.

El 10 de agosto de 1809 la población quiteña se sublevó. Los criollos formaron una junta patriótica. Meses después los españoles volvieron a restablecer su poder. Los miembros de la junta fueron apresados y arrojados a la cárcel.

En 1811 la población del Ecuador se sublevó de nuevo y declaró la independencia, pero los españoles lograron también esta vez imponer su dominio. En 1820, tras la liberación de Nueva Granada, estalla en Guayaquil la tercera insurrección antiespañola. Bolívar mandó en auxilio de los rebeldes al general Antonio José de Sucre. El talento militar de Sucre ayudó a los guayaquileños a contener a las tropas españolas que avanzaban desde Quito.

El venezolano Sucre tenía renombre de ser el general más joven y capaz del ejército colombiano. Sus antepasados llegaron a Venezuela desde Flandes, que en tiempos pasados había pertenecido a España. En 1810, siendo un adolescente de dieciséis años, Sucre ingresó en el ejército republicano y combatió bajo el mando de Miranda.

Después de la caída de la primera República, Sucre se refugió en la Trinidad, desde donde regresó al continente junto con Mariño. Dos años más tarde participó en la defensa de Cartagena, habiendo sido uno de los últimos en abandonarla. El navío que lo conducía naufragó. Un día entero permaneció Sucre en las aguas asido a un leño, hasta que fue recogido por unos pescadores. El joven general se distinguió en la guerra de guerrillas de los llanos, en la campaña que culminó con la liberación de Venezuela.

De baja estatura, delgado, de negros cabellos y ojos castaños, siempre atento, modesto, sinceramente fiel a Bolívar, superaba por sus conocimientos militares a Páez, Mariño y Bermúdez.

Sucre había sido designado comandante de las tropas colombianas en el Ecuador. Tenía menos soldados que los españoles. Pero, después de obtener refuerzos desde Perú enviados por San Martín –una división bajo el mando del general Santa Cruz– Sucre se puso en campaña desde Guayaquil a Quito, ubicada, igual que Bogotá, a 2.600 metros de altura sobre el nivel del mar. Después de sangrientos combates, los españoles lograron contener el avance de los colombianos.

Bolívar tenía pensado al principio trasladarse a Guayaquil por mar, llevando parte de sus tropas para socorrer a Sucre; pero esto no fue posible, porque los navíos españoles custodiaban la costa ecuatoriana. Bolívar decidió entonces emprender la ofensiva desde Bogotá a Quito por tierra.

Para llevar a cabo la empresa había que recorrer varios cientos de kilómetros atravesando una zona montañosa casi despoblada y de difícil clima tropical.

Por lo demás, había que cruzar las provincias granadinas de Pasto y Patia, donde la población, influida por el clero, enemigo de la República, oponía tenaz resistencia a los patriotas.

Bolívar prometió a los pastusos y patíos concederles la amnistía, diversos privilegios y favores. Pero fue en vano. Los pobladores de estas zonas lucharon contra los patriotas desangrando a su reducido, de por sí, ejército. Era una verdadera Vandea colombiana que había que aplastar para poder llegar al Ecuador.

Bolívar intentó convencer al obispo de Popayán, un reacio fanático que huyó de Pasto, pasar al lado de los republicanos. El Libertador apeló al argumento de que en España habían triunfado los "enemigos" de la iglesia, aludiendo al ascenso al poder en 1820 de los liberales. Todo ha cambiado y todos deben cambiar, decía Bolívar. Pero el obispo no cayó en la treta.

Bolívar pidió a Santander fabricar unos documentos y periódicos en los que se dijera que España había reconocido la independencia de Colombia. Esperaba convencer con esa artimaña al comandante de Pasto a rendirse, pero éste, al leer los documentos, respondió: "No todo lo que brilla es oro". Al frente de la defensa de Pasto estaba Basilio García, en el pasado un esclavo de galeras, que hacía doce años estaba combatiendo contra los patriotas.

Al precio de muchos sacrificios y esfuerzos logró Bolívar por fin quebrantar al enemigo. Las tropas colombianas, continuamente remozadas con reservas compuestas en su mayor parte por ex esclavos, se abrieron paso a Pasto. Allí, el 5 de abril de 1820 se entabló un combate en las cercanías de Bomboná con los destacamentos de García, que habían sido reforzados por unidades españolas.

– ¡Con qué decisión marcha la gente al combate! –dijo Bolívar contemplando el campo de batalla.

– Sí, pero no regresa –observó uno de los oficiales.

Bolívar perdió en esta batalla la tercera parte de sus hombres, mucho más que García.

La ofensiva de Bolívar sobre Pasto obligó a los españoles a distraer del frente de Guayaquil una parte de sus efectivos. Sucre no dejó de aprovechar esta circunstancia. El día 24 de mayo sus tropas pasaron a la ofensiva derrotando a los españoles al pie del volcán Pichincha, no lejos de Quito. Fueron tomados prisioneros más de mil soldados y oficiales realistas, entre ellos el general Aymerich que los mandaba, capturado un abundante botín de guerra y, lo principal, Quito quedaba liberada.

Al enterarse de la victoria de Sucre en Pichincha, el 28 de mayo García entregó Pasto a Bolívar. Así terminó la campaña de Ecuador que puso fin a la dominación española en este país.

Los fanáticos de Pasto volvieron a levantarse en armas más de una vez. Los llevó a alzarse contra la República cierto tiempo después el sobrino de Boves, que apareció en esos parajes. Bolívar ordenó a Sucre sofocar implacablemente la insurrección, que fue lo que hizo el vencedor de Pichincha.

Pero ello no tranquilizó a los habitantes de esta inquieta provincia. Al cabo de un año se produjo una nueva sublevación, dirigida esta vez por el cacique indio Agualongo. Otra vez volvió a correr la sangre...

Esos acontecimientos retuvieron a Bolívar en Ecuador mucho más de lo que él había calculado.

* * *

El 16 de julio de 1822 Quito se había engalanado con banderas. El pueblo se volcó a las calles: criollos, negros e indios. Muchos llevaban ramos de flores de matices tan vivos como los que sólo se dan en los cálidos trópicos. La capital de Atahualpa, el antiguo gobernante inca, se preparaba dar la acogida al famoso presidente colombiano, al legendario Libertador Simón Bolívar.

A las diez de la mañana Bolívar, montando un brioso caballo blanco, con uniforme de gala y al frente de un escuadrón de guardias de caballería, entró en la ciudad. Desde un balcón una joven desconocida le arroja una corona de laureles. Bolívar se fijó en ella.

Aquella misma tarde las autoridades locales ofrecen en el palacio municipal una velada de gala en honor del Libertador y de sus oficiales. Allí uno de los invitados presenta a Bolívar a la misma dama que lo había recibido por la mañana con la corona de laureles. Era Manuelita Sáenz.

La admiradora de Bolívar acababa de cumplir veintidós años de edad, pero ya tenía tras de sí historial de una agitada vida, llena de irrefrenables pasiones, arrebatos y penosos desencantos.

En 1790 vino a residir a Quito el comerciante español Simón Sáenz, padre de cuatro hijos y dueño de una considerable fortuna.

Una de las jóvenes criollas del lugar le dio una hija, Manuela. La niña pasó a vivir en la casa de su padre. Apenas Manuela cumplió catorce años, cuando se enamoró de ella el oficial español Fausto D'Elluard. Al enterarse de ésto, el viejo Sáenz mandó a su hija a refugiarse en un convento. Salvar las murallas del claustro fue la cosa más fácil para un oficial español, ducho en cuestiones de esa índole. La madre superiora recibió un valioso obsequio, y la bella Manuela partió con su amado en dirección desconocida.

La felicidad de Manuela resultó muy corta, y duró hasta el momento de vaciarse totalmente la magra bolsa del oficial. La pobre muchacha se vio obligada a buscar refugio y consuelo en la casa de su madre.

Pasaron dos años y la diecisieteañera Manuela contrajo matrimonio con un médico de nombre Jaime Thorne, un inglés residente en Quito que le llevaba casi el doble en edad. Este paso convirtió a Manuela en una respetable dama, abriéndole las puertas a la alta sociedad de Quito. Pero la seguía persiguiendo el oficial D'Ellurd, lo que obligó a Thorne trasladarse a Lima, capital del virreinato del Perú.

La inquieta Manuela se hizo amiga aquí de Rosita Campuzano, cuyo salón se había convertido en uno de los centros de actividad de los patriotas peruanos. Manuela también pasó a ser participante activa de la conspiración tramada contra los españoles. En su casa, ante el horror del honorable doctor Thorne, comenzaron a reunirse los patriotas que esperaban la llegada desde Chile del ejército libertador del general José de San Martín.

Muy pronto las esperanzas de los patriotas se vieron hechas realidad: Lima fue liberada, y San Martín en persona condecoró con una orden a Manuela por su participación en el movimiento patriótico.

Más tarde, San Martín publicó un edicto de expulsión de Lima de todos los españoles que no habían adoptado la ciudadanía del Perú. El edicto afectaba a Simón Sáenz, padre de Manuela, que también residía en la capital peruana. Don Simón decidió regresar a Quito; con él se fue Manuela que deseaba visitar a su madre. Es posible que haya marchado con una misión confidencial de San Martín. Así fue como apareció en la capital del Ecuador en el momento en que allí entraban las tropas colombianas.

Morena, con cabellos de intensa negrura y grandes ojos dorados, la joven Manuela conquistó el corazón del caraqueño no sólo por su belleza, sino también por su carácter, resuelto y audaz, por su patriotismo y lealtad a la causa de la independencia. Desde ese momento participaría ella en muchas campañas contra los españoles. Manuela Sáenz fue hasta la muerte de Bolívar su fiel compañera.

La entrevista de Guayaquil

El Hemisferio del Sur necesita de un hombre de peso y que tenga muchos medios a su disposición
Simón Bolívar

Mientras el ejército colombiano estaba librando Ecuador, en el vecino Perú destacamentos de voluntarios argentinos, chilenos y peruanos a las órdenes de San Martín peleaban contra un ejército español de veinte mil hombres bien apostados en posiciones fortificadas en la parte montañosa del país.

José de San Martín, igual que Bolívar, dedicó su vida a la causa de la liberación de las colonias sudamericanas. Hijo de un funcionario español que servía en el Virreinato del Río de La Plata, San Martín viajó de niño con sus padres a España, allí terminó la escuela militar, participando luego en los combates contra las tropas francesas y llegó a obtener el grado de teniente coronel.

En ese tiempo residían en España muchos criollos influyentes. Algunos de ellos simpatizaban con los patriotas y estaban dispuestos a luchar por la liberación de América del Sur del dominio español. Los más decididos, entre ellos San Martín, formaron parte de la logia secreta Lautaro, llamada así en honor del cacique indio que opuso heroica resistencia a los españoles en Chile durante la conquista. Por indicación de aquélla, San Martín se dirigió a Buenos Aires haciendo escala en Londres, donde esperaba encontrar a Miranda. El famoso conspirador, sin embargo, para ese tiempo había regresado ya a Venezuela.

El teniente coronel San Martín fue recibido en Buenos Aires con los brazos abiertos y designado jefe de las tropas patriotas. En 1813 el ejército de San Martín derrotó a las huestes españolas en la batalla de San Lorenzo, cerca de Buenos Aires, contribuyendo así a la liberación del territorio argentino.

Dos años más tarde, San Martín fue nombrado comandante del ejército del Norte, que se encontraba en la provincia de Mendoza en la frontera con Chile, país que seguía bajo poder español. Tenía el encargo de encabezar una expedición libertadora a la vecina nación.

San Martín empezó a preparar minuciosamente su ejército para la campaña de Chile. Había que cruzar la gigantesca cordillera, cuyos pasos se encontraban a la altura de 3.000–3.600 metros sobre el nivel del mar. En ese tiempo los atravesaban sólo pequeñas caravanas de mulas; su cruce por un ejército, equipado además con piezas de artillería, no se consideraba posible.

En el momento de salir para Chile las tropas de San Martín contaban con alrededor de cinco mil doscientos efectivos. A cada hombre le tocaban dos mulas que cargaban vituallas y municiones. Con antela-

ción se había preparado gran cantidad de charqui, carne seca adobada con pimienta y tocino, mucha cebolla y ajo (su consumo previene contra el mal de la montaña), quesos, vinos y otros productos. El forraje fue calculado para quince días.

Por indicación del general argentino se desarrolló una enérgica actividad guerrillera al otro lado de los Andes. A tal efecto fueron utilizados unidades formadas por indios y campesinos chilenos. San Martín llevaba una hábil guerra de nervios contra los españoles difundiendo rumores falsos sobre las intenciones y supuesto desplazamiento de sus tropas.

En enero de 1817 los preparativos quedaron terminados, y los argentinos emprendieron el cruce de las cimas montañosas. En vísperas de la salida San Martín había escrito que hizo todo lo posible para que el enemigo no supiera el lugar exacto de la ofensiva; si se lograba tomarlo por sorpresa y alcanzar los valles, la victoria sería de los patriotas. En una palabra, decía San Martín, se había hecho todo para no pasar por la vergüenza de un descalabro.

En los primeros días de febrero el ejército expedicionario cruzaba exitosamente la cordillera y el 12 de febrero infligía en el valle de Chacabuco una sentida derrota a los españoles. Los restos de las tropas realistas se replegaron a la fortaleza de Talcahuano, en la costa del Pacífico.

Pero en lugar de perseguir al enemigo para aplastarlo definitivamente, San Martín enfiló hacia Santiago, la capital chilena, cometiendo el mismo error que Bolívar después de derrotar a Monteverde en Caracas en 1813. Los españoles no dejaron de aprovechar este desacierto.

En Santiago liberada se organizó un gobierno encabezado por Bernardo O'Higgins, patriota chileno incorporado a la lucha de liberación todavía por Francisco de Miranda. Entretanto, los españoles recibieron refuerzos desde Perú y pasaron a la contraofensiva, dejando muy maltrechas a las tropas patriotas en dos combates: Talcahuano y Cancha Rayada.

La campaña por la liberación de Chile se prolongó todo un año. Sólo el 5 de abril de 1819, fuerzas conjuntas chilenas y argentinas a las órdenes de San Martín consiguieron asestar una derrota decisiva a los españoles en Maipú. Ahora todo el territorio de Chile estaba en poder de los patriotas, aunque sus fuerzas se vieron sustancialmente mermadas.

En abril de 1819, al mando de las tropas argentinas, vuelve San Martín a Mendoza, atravesando la cordillera de regreso con la esperanza de obtener apoyo del gobierno de Buenos Aires para la campaña libertadora del Perú, donde seguían gobernando los españoles. No lo conseguiría. El gobierno de Buenos Aires se esforzaba en extender su autoridad a todo el territorio del antiguo Virreinato del Río de La Plata, mientras la población de las provincias se pronunciaba por la autonomía. En todas partes actuaban las montoneras que no re-

conocían a Buenos Aires. El gobierno central exigió a San Martín salir en su apoyo y enviar a las tropas bajo su mando a pacificar a los caudillos rebeldes. San Martín, sin embargo, no quiso participar en la guerra civil.

Igual que Bolívar, el jefe argentino consideraba tarea principal la de liberar todo el continente del dominio español. Mientras los realistas sigan en Perú, la independencia de Chile y Buenos Aires se halla en peligro. Primero hay que liberar a toda América y después ocuparnos de nuestras querellas internas, decía San Martín.

Pronto el gobierno de Buenos Aires se disolvió y cada una de las provincias se declaró independiente. Ello dejó campo libre a San Martín para actuar por su cuenta y proponer a sus oficiales volver a Chile para atacar desde allí a los españoles en el Perú. Este plan obtuvo apoyo de su ejército, que cruzó por tercera vez la cordillera y en los primeros días de julio de 1820 se concentró en las inmediaciones de Valparaíso, donde, reforzado por soldados chilenos, embarcó rumbo al Perú. El traslado de las huestes estuvo a cargo de la flota de guerra chilena creada por el almirante inglés Cochrane que estuvo al servicio de los patriotas.

En Perú, una de las colonias más ricas y pobladas de América, las autoridades españolas contaban con un ejército muy superior en número a las fuerzas conjuntas de San Martín y Bolívar. Aquí ellos tenían el apoyo de una influyente y nutrida aristocracia criolla. Los terratenientes criollos temían por sobre todas las cosas una insurrección de los indios, que constituían la mayoría abrumadora de la población del país.

El Perú colonial abarcaba el territorio de la actual República del mismo nombre, la parte septentrional de Chile, así como la que hoy constituye la República de Bolivia que entonces se llamaba Alto Perú. En ninguna parte de América del Sur la población india local no sufría una explotación tan cruel y en ninguna parte la resistencia al dominio español en el pasado había tenido las proporciones que tuvo en este virreinato.

En 1805 José Gabriel Aguilar, un empleado de la Dirección de Minas de la ciudad de Cuzco, había organizado una conspiración contra las autoridades españolas. Al ser traicionado, fue condenado a muerte y ajusticiado en el mismo lugar que Túpac Amaru, jefe de la insurrección antiespañola en el siglo XVIII.

Cuatro años después el español Antonio María Prado intentó en Lima formar una junta patriótica, pero fue arrestado y condenado a cadena perpetua. Tales brotes contra el poder colonial se produjeron en 1810-1813 en muchos otros lugares del Perú, lo que inmovilizaba a los españoles y les obligaba a mantener en este país considerables contingentes de tropas militares.

Pese al terror imperante, en 1814 en Cuzco estalló una insurrección que dio esta vez la victoria a los patriotas. Se formó una junta encabezada por Mateo Pumacao, uno de los pocos caciques indios

que no participaron en la sublevación de Túpac Amaru en 1780. La junta organizó un ejército patriota que combatió durante un año bajo la dirección de Pumacao contra las fuerzas españolas superiores en número. En 1815 Pumaca fue hecho prisionero y descuartizado. Con su muerte la insurrección comenzó a extinguirse.

La costa peruana a lo largo de muchos centenares de kilómetros es casi un desierto en el que prácticamente no llueve y donde crecen sólo los cactus. Lo cruzan rápidas corrientes que bajan de las montañas. Allí donde los ríos desembocan en el mar se encuentran las ciudades portuarias de Callao, Trujillo, Pisco y Huacho. Sigue a esta franja la región serrana con clima suave y abundantes pastos. Aquí vive la mayoría de la población criolla y aquí se halla Lima, capital peruana, famosa por sus suntuosos palacios, el carácter alegre de sus habitantes, majestuosas catedrales y atractivas mujeres.

En la zona montañosa vive la población indígena. Perú es la patria de la papa, el tabaco y el maíz. Los incas de la antigüedad sabían colocar dientes de oro postizos, utilizaban drogas que calmaban el dolor y tenían su escritura. En las montañas erigían templos y fortalezas de piedra, puentes y acueductos. Los incas creían que sus soberanos eran hijos del sol. A semejanza de los faraones egipcios, ellos aseguraban la "pureza" de su sangre contrayendo nupcias entre hermano y hermana.

Los conquistadores españoles sometieron a los incas y destruyeron su original cultura.

En septiembre de 1820 San Martín desembarcó en el sur del Perú, en la zona de Pisco, y entabló inmediatamente negociaciones de paz con el virrey Pezuela. San Martín consideraba que la revolución democrática en España y el restablecimiento de la Constitución de 1812 creaban condiciones adecuadas para resolver por medios pacíficos el conflicto entre las colonias y la metrópoli. A cambio del reconocimiento de la independencia por los españoles, San Martín estaba dispuesto a aceptar la implantación en los nuevos Estados americanos de un régimen monárquico constitucional a la cabeza de los príncipes de la casa real española. Pero el virrey Pezuela, absolutista acérrimo, se negó a continuar las negociaciones incluso en base a condiciones tan ventajosas para España.

Tratando de ganar a la cúspide criolla peruana, San Martín prometió conservar sus derechos especiales después de la expulsión de los españoles. El objetivo de la revolución política en esta parte del Nuevo Mundo y la tarea de sus respectivas fuerzas militares, había escrito San Martín al dirigirse a la aristocracia de Lima, no han estado y no pueden estar dirigidos contra los auténticos privilegios de ella.

Estas aseveraciones surtieron el debido efecto. Todos comprendían que la dominación española en América estaba viviendo sus últimos días. Hasta ahora la aristocracia criolla prefería tener por salvaguardia de su bienestar a las bayonetas españolas. En cambio ahora, cuando San Martín prometía no sólo conservar sus privilegios, sino

también compartir con ella el poder, muchos aristócratas empezaron a pasarse a su lado.

Uno de los primeros en apoyar a San Martín fue el marqués Torre Tagle, gobernador de la provincia de Trujillo. Su ejemplo fue seguido por otros criollos influyentes.

Semejante giro de los acontecimientos provocó desconcierto en el campo de los españoles.

En enero de 1821 el virrey Pezuela fue reemplazado por La Serna, conocido por sus inclinaciones liberales. La Serna reanudó las negociaciones con San Martín y propuso la paz en base a la constitución de 1812. San Martín, sin embargo, insistía en el reconocimiento de la independencia, aunque aceptando todavía la proclamación en el Perú de una monarquía encabezada por un príncipe español.

– Si ustedes rechazan nuestras condiciones –manifestó Guido, representante de San Martín, al general español Valdés–, nosotros levantaremos contra ustedes a los criollos y España perderá para siempre su influencia en esta parte del mundo.

–Nuestra situación no es tan desesperante como ustedes creen –respondió Valdés al representante argentino–. Antes proclamaremos el imperio de los incas que ceder el Perú a los criollos. Es preferible que estas tierras queden en manos de sus verdaderos dueños, los indios, pero no de los criollos, quienes pueden pretender a ellas sólo apelando al derecho de la conquista heredado de sus antepasados.

La Serna, pese a todo y con la esperanza de llegar a un acuerdo con San Martín, entregó a los argentinos Lima y la principal base naval peruana de Callao sin presentar batalla, retiró todas las tropas españolas a la zona montañosa del país, estableciéndose en Cuzco, la antigua capital de los incas.

En Lima a San Martín lo proclaman Protector del Perú, título que recordaba a Cromwell y equivalente al de dictador. Los partidarios de la independencia formaron un gobierno de peruanos, argentinos y chilenos. De hecho lo encabezó el demócrata argentino Bernardo Monteagudo, consejero político de San Martín.

El gobierno patriótico llevó a cabo una serie de reformas democráticas. Fueron abolidos los tributos feudales, el trabajo forzado (la mita) de los indios, declarados libres los esclavos participantes en la guerra por la independencia, prohibidas las torturas de los reclusos, abolidos los castigos corporales en las escuelas, fundada la Biblioteca Nacional, pero fueron conservados los títulos de nobleza.

San Martín formó un Consejo de Estado integrado por representantes de la nobleza criolla que envió a Europa una delegación para proponer la corona peruana a uno de los príncipes alemanes. Esta medida fue adoptada con el objeto de presionar a La Serna y a la corte de Madrid. Los españoles, sin embargo, se negaron a ceder.

San Martín fundó en Lima la Orden del Sol con la que se condecoraban a las personas con destacada actuación en la guerra de liberación.

Se tomaron medidas de seguridad para salvaguardar la República. Por tenencia de armas los españoles podían ser condenados a muerte, con confiscación de bienes.

La política de San Martín en Lima tenía aspectos contradictorios. La parte conservadora de la élite criolla la encontraba demasiado revolucionaria; los patriotas demócratas, en cambio, la consideraban demasiado moderada. Los oficiales chilenos del ejército libertador, entre los que particularmente fuertes eran las tendencias democráticas, mostraban creciente descontento por las acciones de San Martín. Muchos suponían que él mismo pretendía la corona, y lo llamaban solapadamente "el rey José".

Las reformas de San Martín tampoco entusiasmaban a la población india. La abolición de los tributos feudales sin entregar la tierra a los campesinos no podía conformar a los indígenas, ya que en plena guerra los terratenientes dejaban sus feudos y los indios se transformaban de hecho en productores libres.

Aunque bajo el control de San Martín se encontraba toda la costa del Perú, su situación seguía inestable. El general argentino no podía enfrentar a los españoles maś que con cuatro mil hombres, mientras que aquéllos disponían de un ejército de veinte mil, bien armado y dispuesto en cualquier momento a bajar de las montañas y arrojar a los patriotas al mar.

Además, las fuerzas de San Martín se estaban agotando. Entre sus soldados cundía la deserción, los segaban la fiebre amarilla, la disentería y otras enfermedades. El adversario lo sabía y sólo esperaba el momento oportuno para atacar y derrotar a los patriotas.

A los españoles apostados en el Alto Perú se les podía vencer únicamente mediante una ofensiva simultánea desde la Argentina, Chile, Ecuador y Lima. Pero, ni chilenos, ni argentinos estaban en condiciones de prestar a San Martín una ayuda mayor. El único que podía tenderle la mano era el presidente de Colombia, Simón Bolívar. Su victorioso ejército se encontraba en la frontera de Ecuador y Perú. En su tiempo, San Martín había mandado una división, la de Santa Cruz, en auxilio del general Sucre cuando éste combatía para liberar al Ecuador. Si ahora Bolívar quisiera a su vez ayudar a San Martín, si aceptara unir al Perú el Ecuador liberado, que otrora había sido parte del virreinato peruano, ello elevaría el prestigio de San Martín ante los criollos del Perú y le daría posibilidades de obtener la victoria.

Pero, ¿estaría dispuesto Bolívar a prestarle ese auxilio a su colega argentino o tenía otros planes? Era necesario entrevistarlo para saberlo.

El 11 de junio de 1822 Bolívar llega a Guayaquil y declara que toma bajo la protección de la República de Colombia a la población de la ciudad, asumiendo la dirección política y militar de la zona. El 26 de julio, recibido con salvas de artillería, entra en el puerto el navío *Macedonia*, a bordo del cual viene San Martín. Al desembarcar lo reciben los ayudantes de Bolívar, dando al general argentino la bien-

venida en "territorio colombiano", una clara indicación que Bolívar se negaría unir el Ecuador con el Perú.

Por las calles engalanadas con banderas colombianas y argentinas, San Martín, acompañado por una escolta de honor, se dirigió a la residencia donde se celebraría su entrevista con Bolívar.

Es difícil de imaginar dos hombres más diferentes por su carácter e incluso por su aspecto como eran Bolívar y San Martín.

Bolívar de estatura más bien baja, con una frente surcada de arrugas prematuras; bajo sus espesas y bien dibujadas cejas brillaban dos vivaces ojos negros; tenía nariz prolongada y recta, pómulos salientes, mejillas hundidas, boca irregular con labios bastante gruesos, dientes parejos y blancos, orejas grandes, cabellos negros, finos y rizados, el pecho angosto y la tez morena. Así lo describe su ayudante, el irlandés O'Leary.

Bolívar, siempre inquieto y locuaz, gustaba estar en sociedad, hacer honor a la buena cocina y al buen vino francés. Podía pasar una noche entera bailando o cortejando alguna dama. Se sentía igualmente bien en combate o en palacio. Igual que muchas personas ricas, no estimaba el dinero y, cuando las condiciones lo permitían, vivía a sus anchas. Jefe militar por vocación, era uno de los hombres más ilustrados de América del Sur, publicista innato, hombre sociable y alegre.

Muy diferente lo describen a San Martín sus contemporáneos. Alto, de facciones correctas y porte de soldado profesional, discreto, poco locuaz y reservado, el general argentino aparecía como una persona ascética e insociable. Esquivaba los encuentros de salón y otras distracciones de la alta sociedad. Prefería la comida sencilla del soldado y era muy ordenado en sus gastos. Contaban que, siendo Protector del Perú, controlaba personalmente los desembolsos de su cocinera. San Martín sufría de reumatismo crónico y se veía obligado acudir continuamente a la morfina, lo que no le impidió vivir unos treinta años más que su colega venezolano. A diferencia de Bolívar, quien decidía por sí solo su destino, San Martín era miembro de una logia patriótica, cuyas decisiones cumplía rigurosamente.

Era difícil de esperar que hombres tan diferentes por su modo de ser y su carácter podrían congeniar.

Durante la recepción una de las damas colocó sendas coronas con laureles de oro en la cabeza de San Martín y en la de Bolívar. San Martín quedó muy turbado, se quitó la corona y dijo que no merecía tan alto honor, pero que la guardaría en recuerdo de los patriotas que la habían hecho.

Luego Bolívar y San Martín se retiraron a un recinto aparte y conversaron a solas durante hora y media. Después del almuerzo volvieron a encontrarse por media hora más. A la mañana siguiente San Martín dio orden de llevar su equipaje al barco. Durante el día hubo otra prolongada conversación entre los dos generales y después se dio un banquete de gala en honor del argentino. Muy entrada la tarde, éste se despidió de Bolívar y aquella misma noche abordó su barco y

salió de Guayaquil rumbo al Perú.

Así terminó esta histórica entrevista que hasta hoy sigue siendo objeto de controversias entre los historiadores, expresándose las más diversas opiniones acerca de su significado.

Existen varios breves mensajes de Bolívar al gobierno colombiano en los que se informa acerca de las conversaciones mantenidas con San Martín. Algunas manifestaciones de Bolívar han sido transmitidas por sus contemporáneos en las memorias que dejaron escritas. En cuanto a San Martín, sus comentarios acerca del resultado de las conversaciones fueron más que parcos. Una cosa es indudable: ambos jefes supremos de la lucha liberadora de América del Sur, al entrevistarse, no llegaron a entenderse, no pudieron elaborar un programa común y se separaron obviamente desconformes uno del otro.

Es evidente que San Martín no logró conseguir de Bolívar una ayuda en las condiciones y cantidades necesarias que le hubieran permitido continuar la lucha contra los españoles con esperanzas de llevarla a feliz término.

San Martín había propuesto formar una confederación Peruano-Colombiana con capital en Guayaquil y unir las fuerzas militares de los dos países. Este proyecto, de haber sido llevado a la práctica, significaría poner a disposición de San Martín las tropas colombianas. Es posible que con ayuda de ellas San Martín llegara a conquistar la victoria y convertirse en dueño absoluto del Perú. Pero, entonces estaría en condiciones de dictar su voluntad a Colombia, arrebatarle Guayaquil y, por tanto, todo el Ecuador.

¿Podía Bolívar aceptar tal posibilidad? Simón Bolívar era presidente electo de la Gran Colombia, libertador de tres colonias, mientras que el general argentino se encontraba en el Perú, abandonado a su propia suerte por el gobierno de Buenos Aires. Los criollos peruanos, en cuyo apoyo confiaba, tampoco le tenían fe. En momentos de hallarse San Martín en Guayaquil llegó la noticia de que su brazo derecho, Bernardo Monteagudo, había sido derrocado en Lima y expulsado del país. Entregar a disposición de San Martín el ejército colombiano en esas condiciones habría significado un paso imprudente y, por lo demás, improbable de ser aprobado por el gobierno de Bogotá. Bolívar prometió ceder a San Martín una división, pero tal auxilio, naturalmente, no podía satisfacer al porteño.

Existían también otras consideraciones por las que Bolívar no podía aceptar un segundo papel en la liberación del Perú. ¿Acaso no había dado a sus generales y soldados la promesa de que él terminaría la epopeya liberadora en el Perú, de que llegaría con ellos hasta Lima, el Cuzco y Potosí? El mismo abrigaba la aspiración de ser el libertador supremo del Perú; no sin razón se había apresurado en llegar al Ecuador y preparaba ahora allí un gran ejército para seguir avanzando.

Convencido de que el caraqueño no quería desprenderse de las fuerzas armadas que San Martín necesitaba, éste propuso al presidente de Colombia que asumiera él mismo la dirección de la guerra en el

Perú; San Martín aceptaba ser su segundo. Pero el Libertador del Sur no podía ser ayudante del Libertador del Norte por las mismas razones que el Libertador del Norte no podía serlo del Libertador del Sur. Uno de ellos tenía que dejar el escenario para que el otro pudiera terminar la empresa común. Y debía retirarse aquél que disponía de menos fuerzas.

San Martín comprendió que precisamente él tenía que ceder su puesto a Bolívar. Regresó entonces a Lima y dimitió, declarando que abandonaba el Perú y volvía a la Argentina.

El Congreso peruano aceptó su dimisión y le adjudicó el grado honorífico de Generalísimo de las Tropas de Mar y Tierra de la República, una pensión vitalicia de 12.000 pesos anuales, y también el título de *Fundador de la Libertad del Perú*. Los diputados resolvieron erigir en honor de San Martín una columna en Lima y colocar su busto en la Bublioteca Nacional que él había creado. Al abandonar el Perú, San Martín llevó consigo de recuerdo la enseña del conquistador Pizarro y la campanilla del tribunal de la Inquisición. Dejó en el Perú un ejército de seis mil doscientos ochenta hombres (doscientos ochenta chilenos, dos mil argentinos y cuatro mil peruanos), de los cuales, empero, sólo dos mil se encontraban en condiciones de participar en los combates.

La dimisión de San Martín y su partida fueron para Bolívar como una invitación a ocupar el puesto de aquél y proseguir la lucha contra los españoles. San Martín, al retirarse de la escena, mostró que actuaba exclusivamente en beneficio de la gran causa de la liberación americana. De haberse dejado llevar por sentimientos egoístas y mezquinos, se enfrentaría a Bolívar, quedándose en el Perú y aprovechando todas las posibilidades para conservar el poder en sus manos, lo cual complicaría en extremo grado la situación y prolongaría la guerra por tiempo indefinido.

El noble gesto de San Martín, quien supo apreciar con sensatez el estado de las cosas y sacar conclusiones justas, merece la gratitud de los pueblos de América Latina.

Con la partida de San Martín del territorio peruano termina su participación activa en la lucha por la independencia de las colonias españolas. San Martín regresó a Buenos Aires envuelta en plena guerra civil; fiel a su credo, se negó a participar en ella. Podía empuñar su espada contra los españoles, pero no contra sus compatriotas. No pasaría un año, y marcharía de Argentina a Francia para vivir en el exilio voluntario, muriendo en 1850 lejos de su patria. Treinta años más tarde sus restos fueron trasladados a Buenos Aires y sepultados en la Catedral.

Los latinoamericanos honran la memoria de San Martín, viendo en él un digno ejemplo de servicio desinteresado a la causa de la libertad y la independencia de los pueblos.

La victoria de Ayacucho

Yo creo que todo el poder del Ser Supremo no es suficiente para libertar a ese desgraciado país (el Perú); sólo Bolívar, apoyado en la fuerza, puede realizarlo.

San Martín

El Perú contiene dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos, había escrito Bolívar en 1815 cuando todavía se encontraba en Jamaica. Ahora estaba decidido a luchar contra estos enemigos. El sabía que sin debilitar la influencia de los latifundistas peruanos, sin ganar a los esclavos y a los indios para la causa patriótica sería imposible vencer al ejército español.

Después de la partida de San Martín, los españoles pasan a la ofensiva, acosando a las tropas argentino-chilenas. El Congreso peruano elige presidente a Riva Agüero, un criollo acomodado. Este se dirige a los gobiernos de Argentina, Chile y Colombia solicitando ayuda. Chile y Argentina se la niegan. En esos países arreciaban las luchas intestinas.

Colombia envió por intermedio de Bolívar en socorro de los peruanos varios miles de soldados a las órdenes de Sucre. Por el momento, Bolívar había desistido, por su parte, de entrar en el Perú: afirmaba que debía esperar la autorización del Congreso colombiano. La verdad es que no se decidía a dar ese paso por no disponer de un ejército más fuerte.

En Bogotá muchos se oponían a los planes de Bolívar de participar en la liberación del Perú. Se dejaba sentir la estrechez provincialista de los gobernantes locales. La población de Nueva Granada estaba cansada de la guerra y no veía con mucho entusiasmo la perspectiva de una campaña al lejano Perú. Algunas personalidades granadinas preferían ver a Bolívar partir para el Perú sin la autorización del Congreso, porque así se le podía acusar de desacato a las leyes y desatender sus demandas sobre envío de soldados, armas y provisiones, tan necesarios para continuar la guerra.

Bolívar en sus cartas dirigidas desde Guayaquil al general Santander procuraba demostrar que, en caso de triunfar los españoles en el Perú, mandarían sus fuerzas contra Colombia y llegarían a Bogotá: a los colombianos no les quedaban reservas con las que podrían hacer frente al enemigo.

"Hemos hecho gastos infinitos, y hemos tomado infinitos reclutas para poder mandar 6.000 hombres al Perú —comunicaba en abril de 1823 al vicepresidente—. Sólo dejamos 1.000 hombres de infantería y caballería con algunos 200 artilleros. Trato de levantar tres batallo-

nes de gente del país, mas no servirán de nada, porque al mover un cuerpo de un lugar a otro desertan todos, después de tener la pena de tomar 10.000 reclutas para conservar 1.000. La mayor parte de los reclutas que hemos mandado a Lima son casados y con hijos, porque se casan muy temprano los muchachos en este país, así es que no se puede contar con los solteros. Diré a Ud., de paso, que he agotado el manantial de mi rigor para juntar los hombres y el dinero con que se ha hecho la expedición al Perú. Todo ha sido violencia sobre violencia. Los campos, las ciudades han quedado desiertas para tomar 3.000 hombres y para sacar doscientos mil pesos. Yo sé mejor que nadie hasta dónde puede ir la violencia, y toda ella se ha empleado. En Quito y Guayaquil se han tomado los hombres todos, en los templos y en las calles, para hacer la saca de reclutas. El dinero se ha sacado a fuerza de bayonetas. La causa de todo esto es que esta gente no está acostumbrada a hacer sacrificios, y que el enemigo está a 300 leguas de aquí. Esto lo digo para que Ud. sepa que jamás he dejado de hacer todo cuanto ha sido posible, sin pararme en nada, y que cuando recurro al gobierno es porque no hay otro remedio".

Cabe destacar que incluso Sucre, quien más compartía entre los patriotas las ideas de Bolívar, no creía en el éxito de la campaña peruana y consideraba que Colombia correría el riesgo de encontrarse en un callejón sin salida y perderlo todo. "Más bien me siento contento que compungido, escribía desde el Callao a Bolívar, por no haber llegado los mil soldados que se me había prometido. No quisiera ver aquí más colombianos; son demasiados los que mueren. Se me parte el corazón cuando veo cómo sufren y cuando pienso en lo que aún les espera. La experiencia me ha convencido que debemos actuar igual que otros gobiernos, defendiendo ante todo nuestros intereses y no los de toda América, como hemos hecho hasta ahora."

Bolívar, empero, seguía insistiendo: la causa de la independencia colombiana, precisamente, quedaría bien resguardada únicamente aniquilando el poderoso ejército español del Perú.

Mientras tanto, los españoles infligieron una nueva derrota al ejército que mandaba ahora el general Santa Cruz. El presidente Riva Agüero entabló con ellos conversaciones secretas para negociar la rendición. En tales circunstancias sólo la ayuda activa de las tropas colombianas y la intervención directa de Bolívar, cuyo sólo nombre era un anuncio de la victoria, podían salvar la suerte del Perú.

El Congreso peruano destituyó a Riva Agüero, designó nuevo presidente al marqués Torre Tagle, solicitó a Bolívar entrar en el Perú y tomar en sus manos no sólo el mando militar, sino también el gobierno de la República.

Esta vez Bolívar aceptó la invitación. Afortunadamente, el 3 de agosto llegó la tan esperada autorización del Congreso para ir al Perú. El correo correspondiente tardó de Bogotá al Ecuador casi dos

meses. El 7 de agosto Bolívar y su Estado Mayor salieron de Guayaquil en el bergantín *Chimborazo* rumbo al Callao, adonde arribaron a los veinticinco días de navegación. Aquí Torre Tagle les dio la bienvenida en nombre del Congreso peruano. El marqués criollo puso en conocimiento de Bolívar la situación del país y le informó de la conducta de Riva Agüero que, instalado en Trujillo, estaba ahora luchando contra el Congreso.

Bolívar se dirigió inmediatamente a Lima, donde el pueblo le brindó una entusiasta acogida. El Libertador produjo buena impresión también en los criollos ricos. Ellos esperaban ver poco menos que un Robespierre capitaneando a mulatos y negros y listo para destruir a sangre y fuego sus palacios y familias; en cambio, vieron a un caballero que sabía apreciar la buena mesa y gustaba bailar.

Pero ¿qué pediría Bolívar por su ayuda en la lucha contra los españoles? San Martín, pensaban ellos, se proclamó protector nuestro. ¿No querrá Bolívar ser ahora nuestro rey?

Bolívar dio respuesta a estos interrogantes en el banquete ofrecido en su honor por los aristócratas de Lima:

—Porque los pueblos americanos no consientan jamás en elver un trono en todo su territorio —dijo al levantar la copa—; así como Napoleón fue sumergido en las inmensidades del océano y el nuevo emperador Itúrbide* derrocado del trono de México, caigan los usurpadores de los derechos del pueblo americano, sin que uno solo quede triunfante en toda la dilatada extensión del Nuevo Mundo.

La situación en el Perú mientras tanto se agravaba a ojos vistas. A las órdenes de Bolívar no había más que cinco mil soldados aptos para el combate, mientras que los españoles tenían en las montañas casi cuatro veces más. Bolívar enviaba a Bogotá un emisario tras otro con mensajes a Santander solicitando nuevos y nuevos refuerzos.

— Dígale al general Santander —manifestó el Libertador a Diego Ibarra, uno de sus emisarios—, que todavía necesitamos doce mil hombres más. Explíquele que es un precio no muy elevado que hay que pagar para vencer a los godos. Si en Bogotá no entienden esto, más tarde tendremos que pagar un precio mucho mayor para expulsar a los españoles de América meridional.

Y había que darse prisa en enviar los refuerzos, porque el adversario podía pasar a la ofensiva en cualquier momento. El presidente Torre Tagle y sus correligionarios, creyendo que los colombinos no tenían fuerzas suficientes para la lucha, fueron por el mismo camino que Riva Agüero. Trataban de concertar un acuerdo con los españoles a expensas de Bolívar. El general español Canterac escribía a los traidores que "la destrucción del enemigo común, del monstruo

* El general Itúrbide había sido proclamado emperador de México en 1822. Año y medio después era derrocado y expulsado del país. En un intento que hizo luego para regresar, fue detenido y fusilado.

Bolívar..., es éste el primer objeto". Bolívar supo de esta traición tiempo más tarde.

A fines del año 1823 entra en España, llamado por los reaccionarios del país, el ejército francés. Con el apoyo de éste, el poder real volvía a aplastar las libertades democráticas. Tal situación la aprovecharían Inglaterra y Estados Unidos para atemorizar a los patriotas sudamericanos con la amenaza de una invasión de la Santa Alianza contra las nacientes repúblicas. Pero, en realidad, ni Francia ni Rusia pensaban en semejante cruzada.

Todavía en diciembre de 1822 Nesselrode, ministro ruso de relaciones exteriores, había escrito al barón Teyl, embajador de su país en Estados Unidos:

"No nos proponemos frenar el avance natural de los acontecimientos; la liberación de América del Sur es probable y, posiblemente, inevitable".

El mismo punto de vista seguía sustentando el gobierno ruso también en 1823.

Francia consideraba que la intervención armada contra las repúblicas meridionales no estaba al alcance de la Santa Alianza. Todo esto no le impidió a Monroe, presidente de EE.UU., proclamar el 2 de diciembre de 1823 la doctrina que llevaría su nombre, conforme a la cual los Estados Unidos se comprometían a oponer resistencia a las potencias europeas que se lanzaran a la conquista de territorios de las que fueron colonias españolas.

Los partidarios de esta doctrina sostienen que ésta favorecía a los intereses latinoamericanos –cuanto menos, en aquel tiempo–, porque evitaba la intervención europea contra las repúblicas recién creadas. Esto es falso. La "doctrina Monroe", desde el principio ejerció influencia perniciosa en los destinos de América Latina. Santander, presionado por los agentes de la diplomacia norteamericana que actuaban en Bogotá, quedó preso del pánico. Considerando inevitable el desembarco de los franceses en Venezuela, quiso suspender la ayuda a Bolívar, lo que podía acarrear la derrota del ejército libertador en el Perú y una nueva invasión de los españoles en Colombia.

Bastante trabajo le costó a Bolívar hacer cambiar de opinión a Santander.

– No creo en la posibilidad de una intervención francesa –escribía el Libertador al vicepresidente–. Sería el colmo de la locura olvidar ante un peligro tan remoto el que tenemos aquí mismo. Error injustificable sería no acabar con el enemigo en el Sur con el pretexto de que puede aparecer en el Norte. Si los franceses vienen, con más razón debemos abalanzarnos con todas nuestras fuerzas contra la canalla española en el Perú para lanzarnos después contra los franceses en el Norte.

Los jefes de la lucha de liberación miraban con recelo la "doctrina de Monroe". Veinticinco años después de los acontecimientos descritos, Páez señalaba en sus memorias que para los norteamerica-

nos la "doctrina de Monroe" significaba el "derecho" a no permitir que otros países, sino ellos mismos, se adueñaran de territorios ajenos. Si esta doctrina, escribía Páez, propusiera la unificación de todas las repúblicas hispano-americanas a fin de impedir la restauración del régimen colonial español y asegurar un sagrado respeto a las fronteras nacionales establecidas, entonces se hubiera podido mantener el equilibrio político en América y nunca nadie acusaría al águila noble de Estados Unidos de que es el ave de rapiña más grande del mundo.

* * *

En enero de 1824 Bolívar enfermó de fiebre amarilla. El "tabardillo" lo abatió en la pequeña población portuaria de Pativilca.

Allí recibió una grata noticia: de Europa había llegado a Bogotá su viejo maestro, el inquieto carbonario Simón Rodríguez, también llamado Robinson, quien ayudaba a los patriotas a través de sus múltiples amigos y conocidos en Europa. En Bogotá quiso Rodríguez fundar lo que llamaba la Casa del Trabajo, que sería una escuela mixta para niños y niñas. No le diré nada de sus cualidades humanas, de su carácter, constancia y saber, tan necesarios en semejante empresa, porque Ud. le conoce mejor que yo, escribió Miguel Peña, presidente del Juzgado Supremo de Colombia, refiriéndose a Rodríguez en la carta enviada a Bolívar. Pero no puede Ud. imaginar, lo que se le ha ocurrido ahora. En la Casa del Trabajo los niños recibirán instrucción técnica. Rodríguez trabajó mucho desde su llegada para establecer esta Casa. Sólo gracias a sus inagotables energías le cedieron el edificio, que acaba de poner en orden, y ya tiene varios alumnos. Pero le faltan recursos para poner cabalmente en marcha su proyecto. Rodríguez suspira constantemente por Ud. en la seguridad de que, si hubiera estado aquí, le proporcionaría ayuda. Es posible que Ud. decida poner bajo protección suya la organización de esas casas, puesto que pueden traer muchos beneficios para el Estado. Simón Rodríguez, si hubiera escogido un camino más fácil en la vida, con toda seguridad que le acompañaría el éxito; pero él desea servir a la patria con sus conocimientos adquiridos durante su prolongada estadía en Europa, y considera que no puede emplearlos mejor que instruyendo a nuevos miembros de la sociedad que dentro de unos cuantos años serán muy útiles. Goza de buena salud, es fuerte y da muestras de una laboriosidad sorprendente para la edad que tiene. Si llega a sucumbir por falta de respaldo, no podremos encontrar a nadie que se le parezca.

Tal era el contenido de la carta de Miguel Peña. También Rodríguez escribió a Bolívar. En Bogotá no había hallado la comprensión debida y quería ir al sur, a encontrarse con el Libertador en el Perú. Ver a Ud., le decía, conversar sobre la empresa emancipadora para hacer todo lo que pueda en ayudarle, tal es mi objetivo.

Bolívar le contestó desde Pativilca:

"¡Oh, mi Maestro! ¡Oh, mi amigo! ¡Oh, mi Robinson! ¡ Ud. en Colombia! Ud. en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito. Sin duda, es Ud. el hombre más extraordinario del mundo; podría Ud. merecer otros epítetos pero no quiero darlos por no ser descortés al saludar a un huésped que viene del Viejo Mundo a visitar el nuevo; sí, a visitar su patria que ya no conoce, que tenía olvidada, no en su corazón sino en su memoria. Nadie más que yo sabe lo que Ud. quiere a nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda Ud. cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá Ud. olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener.

Ud., Maestro mío, cuánto debe haberme contemplado de cerca aunque colocado a tan remota distancia. Con qué avidez habrá seguido Ud. mis pasos; estos pasos dirigidos muy anticipadamente por Ud. mismo. Ud. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que Ud. me señaló. Ud. fue mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede Ud. figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Ud. me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Ud. me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. En fin, Ud. ha visto mi conducta; Ud. ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel, y Ud. no habrá dejado de decirse: todo esto es mío, yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé tierna, ahora robusta, fuerte y fructífera, he aquí sus frutos; ellos son míos, yo voy a saborearlos en el jardín que planté; voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos... Presente Ud. esta carta al Vicepresidente, pídale Ud. dinero de mi parte, y venga Ud. a encontrarme".

Era una carta larga, cordial y llena de emoción. Pero su maestro tardaba en llegar. Rodríguez por orgullo no quería pedirle dinero a nadie, y en Bogotá no había quien se preocupara de sus necesidades.

El 5 de febrero le llega a Bolívar en Pativilca la noticia de que en Callao se había amotinado la guarnición argentina porque hacía tiempo que no le pagaban sueldo y, dejándose persuadir por los españoles prisioneros, se pasó al lado del adversario. Parecía repetirse la historia de Puerto Cabello.

Bolívar fue informado de que muchos soldados habían sido obligados por la fuerza a pasarse al enemigo. Aquellos que opusieron resistencia, como el negro Antonio Ruiz Falucho, fueron muertos por los amotinados.

– A hombres como Falucho hay que levantarles monumentos –dijo Bolívar*.

* Posteriormente fue erigido un monumento a Falucho en Buenos Aires.

Joaquín Mosquera, uno de los dirigentes del movimiento patriótico, visitó precisamente por aquellos días a Bolívar, que seguía en Pativilca inmovilizado por la enfermedad.

– ¿Y qué piensa hacer usted ahora? –le preguntó Mosquera.

– ¡Triunfar! –fue la respuesta.

– ¿Y qué hace usted para triunfar?

– He ordenado tomar a servicio militar todos los caballos y mulas del país, sentaré en ellos a mis guerreros, subiré a la cordillera y derrotaré a los españoles como lo he hecho en Boyacá y Carabobo.

Pero se requerían para ello reservas, que llegan de Colombia a cuentagotas.

–Diga usted allá, a nuestros compatriotas –dijo Bolívar a Mosquera al despedirse–, cómo me deja usted moribundo en esta playa inhospitalaria, teniendo que pelear a brazo partido para conquistar la independencia del Perú y la seguridad de Colombia.

El 10 de febrero de 1824, el Congreso peruano nombró a Bolívar dictador otorgándole poderes ilimitados. Desde Pativilca el Libertador ordenó a su lugarteniente Sucre, que se hallaba en Trujillo, confiscar todo lo necesario para el ejército, mostrarse resuelto e implacable cuando se tratase del bien de la patria, y destruir aquello de lo que no pudiera apoderarse, para que el enemigo supiera cuán decidido estaba él a pelear hasta el fin.

Los españoles tampoco permanecían dormidos. Bajaron inesperadamente de las montañas y, con ayuda de los traidores, volvieron a ocupar Lima. Ahora Torre Tagle y más de trescientos oficiales peruanos se pasaron abiertamente al enemigo.

Estos acontecimientos provocaron desconcierto entre los patriotas. Sucre aconsejaba a Bolívar retirar las tropas a Colombia. Quizás entonces los españoles estarían de acuerdo en concertar un armisticio por un año o dos, lo que daría a los patriotas el necesario respiro. Mas Bolívar estaba acostumbrado a afrontar estoicamente las adversidades. Tenía una fe absoluta en la victoria.

– No desesperéis –les decía a sus subordinados–. Bogotá debe ayudarnos y nos ayudará.

Seguía bombardeando a Santander con mensajes. Rodeado por los Andes, le escribía a éste, respirando el nocivo aire soroche y tocando casi la luna le estoy componiendo esta carta que se convertirá seguramente en un trozo de hielo si no la recoge un cóndor o no la calienta el sol... En un año aquí hemos sufrido la traición de siete presidentes; pero si Usted me manda la vieja guardia colombiana, nos haremos invencibles.

Bolívar pedía demasiado.

– El Libertador piensa –se quejaba Santander– que yo puedo hacer milagros, sigue pidiendo más armas y más gente. Y lo peor es que, si bien Don Simón se lleva los laureles, los peruanos no se muestran propensos a sentirse agradecidos por los esfuerzos que realiza el gobierno colombiano.

Por estos días Bolívar recibió una noticia que le causó gran satisfacción: Puerto Cabello, por fin se había rendido a Páez.

Entretanto, el enemigo seguía acechando. Los españoles más de una vez enviaron emisarios para matar a Bolívar y a otros patriotas destacados. Bolívar le recomendaba a Sucre cuidarse y no andar sin custodia.

Bolívar formó un gobierno "ambulante", como había hecho antes en el Orinoco. Resolvía todos los asuntos peruanos un ministro: Sánchez Carrión, que se distinguía por su fervoroso patriotismo y suma diligencia.

Un gran papel en la lucha por la independencia jugaban las finanzas. La mayor parte de los soldados desertaban porque no se les pagaba. Bolívar redujo en tres cuartas partes el sueldo de los miembros del ejército, pero hizo que todos pudieran recibirlo. También fueron disminuidas considerablemente las remuneraciones de los empleados. El Libertador no vaciló en requisar el oro de las iglesias, en confiscar la propiedad de los españoles y peruanos que colaboraban con el enemigo, en vender los fundos del gobierno.

Trujillo –cuartel general del ejército republicano– desde marzo de 1824 quedó transformada por obra de Bolívar en un arsenal. Las mujeres confeccionaban uniformes, los indios traían ponchos y mantas. La población recogía hierro y metales para la fabricación de proyectiles, clavos y herraduras. Las lanzas y demás armas blancas eran suministradas por Guayaquil. El estaño para soldar la vajilla apareció por pura casualidad. Cierta vez el Libertador rozó con el pantalón un clavo de estaño: inmediatamente dio orden de utilizar todos los clavos de estaño para reparar la vajilla. Bolívar, Sucre y otros generales visitaban con frecuencia los talleres para animar a la gente, aconsejarlos. Los soldados se adiestraban en ejecutar marchas por las montañas para acostumbrarse a las alturas.

Bolívar le decía al general peruano La Mar:

– La guerra no se hace por el amor de Dios; despliegue Usted un carácter terrible, inexorable. Discipline la fuerza de su mando, así de caballería como de infantería. Si no hay fusiles, hay lanzas; una tercera y cuarta fila de lanceros no son inútiles en un combate y sirven también para llenar las bajas que son horrorosas en los cuerpos nuevos. Tome Usted cinco mil reclutas para que le queden mil o dos mil. Cada pueblo, cada hombre sirve para alguna cosa; pongamos todo en acción para defender a este Perú hasta con los dientes. En fin, que una paja no quede inútil en toda la extensión del territorio libre.

Otros generales también escucharon recomendaciones y consejos parecidos. Por fin en febrero empezaron a llegar refuerzos de Colombia. Vino un destacamento de dos mil quinientos hombres al mando del general Córdova y se recibió gran cantidad de fusiles, material de guerra, ganado y otros suministros.

Sabiendo que una parte considerable del ejército español estaba compuesta por indios, Bolívar se esforzó en atraer a la población in-

dígena a la causa patriótica. El 30 de marzo de 1824 dictó un decreto aboliendo los tributos personales de los nativos. El 8 de abril otro decreto bolivariano establecía el reparto de las tierras de la comunidad entre los indios, para "que ningún indio pueda quedarse sin su respectivo terreno". Esos decretos suscitaron vivo entusiasmo entre los indígenas y llevaron el desconcierto al campo enemigo.

El abril, el ejército patriota contaba ya diez mil hombres. El general inglés Miller, quien combatía en las filas republicanas, dijo durante una revista a Bolívar:

– Puedo asegurarle que la aparición de una infantería o caballería como ésta en un desfile del parque de Saint James en Londres dejaría estupefacto a todo el mundo.

En ese tiempo tuvo lugar un acontecimiento que obligó a Bolívar acelerar la ofensiva contra los españoles. En el Alto Perú el general Olanieta, que mandaba los destacamentos indígenas del ejército realista, se rebeló contra el virrey La Serna. Si bien Olanieta afirmaba que se había levantado contra la Serna porque éste era partidario de la Constitución de 1812, Bolívar le hizo llegar sus felicitaciones y la propuesta de unirse a los patriotas. Ahora La Serna tenía en la retaguardia una fuerza hostil. El ejército enemigo estaba finalmente entre dos fuegos.

Para salvar la situación La Serna decidió iniciar inmediatamente operaciones militares tanto contra Olanieta, como contra Bolívar. Parte del ejército español, sumando unos cuatro mil hombres, salió bajo el mando del general Valdés hacia el Alto Perú para sofocar el levantamiento de Olanieta, mientras que los seis mil soldados restantes encabezados por el general Canterac recibieron la orden de bajar de las montañas hacia la costa y destruir el ejército patriota.

Canterac dudaba de las posibilidades de sus tropas de llevar en esas condiciones una ofensiva exitosa: eran considerablemente inferiores a las fuerzas patriotas no sólo en número, sino también por su estado de ánimo quebrantado. Canterac decidió no apresurarse para ver en qué terminaría la marcha de Valdés contra Olanieta.

En tal situación Bolívar resolvió:

– Si los españoles no quieren bajar desde lo alto, nosotros treparemos las montañas y acabaremos con el tigre en su propia guarida. A la cordillera no le tememos porque ya la hemos cruzado muchas veces y siempre nos acompañó la fortuna. La Serna y Canterac creen hallarse en una fortaleza inexpugnable; se equivocan, pues no hay cordilleras que los patriotas no puedan vencer.

Mientras el ejército se preparaba para la marcha, Bolívar emplazó su cuartel general en el poblado montañoso de Huaylas. En una de sus arengas a la población local expresó:

– Todos los ejércitos del mundo se han armado por los reyes, por los hombres poderosos: armaos vosotros, los primeros, por las leyes, por los principios, por los débiles, por los justos.

Pasaron varias semanas y en julio las tropas iniciaron la marcha.

En la avanzada iba Sucre construyendo en las montañas refugios para los soldados y depósitos con provisiones. Tras él iba Bolívar al frente del grueso de las fuerzas. Los combatientes cabalgaban en mulas llevando amarrados los corceles de batalla cargados con armas y municiones. Acompañaban al ejército centenares de indios transportando a hombro los equipos.

La tropa marchaba formando una fila que parecía interminable. Arriba rondaban los cóndores acechando la presa: una que otra vez caía al precipicio un caballo o un jinete con la mula para ser festín de las aves de rapiña que se abalanzaban sobre la víctima. De cuando en cuando aparecían rebaños de llamas o vicuñas o se divisaban las míseras chozas de los indígenas. Cuando el ejército ascendió a una altura de tres mil metros, los pasos entre las montañas quedaron envueltos en la niebla. Cornetas apostados por Sucre de trecho en trecho indicaban con sus señales el camino, ayudando así a los hombres a no perder la ruta.

El 29 de julio, casi un mes después de iniciada la marcha y de salvar alturas de cinco mil metros, el ejército patriota terminaba la travesía saliendo a los valles en la zona del Cerro de Pasco. Allí, el 2 de agosto, Bolívar pasó revista a las tropas. El Libertador miraba con orgullo a sus guerreros de casi todas las regiones de América del Sur. Había entre ellos representantes de Caracas, Panamá, Quito, Lima, Santiago y Buenos Aires, hijos de los llanos de Venezuela, de las selvas de Ecuador y de la pampa argentina, hombres que pasaron por los fragores de Boyacá, Carabobo, Pichincha y Maipú. Había también voluntarios extranjeros, veteranos de las campañas napoleónicas, personas que vinieron a parar en este techo del mundo desde la lejana Moscú, de las orillas de Rin o desde los soleados valles de Italia.

Bolívar se dirigió a ellos diciendo:

– ¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud. Los enemigos que vais a destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates. ¡Soldados! El Perú y la América entera aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con orgullo; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo.

Cuatro días después, la tarde del 6 de agosto, la vanguardia de los patriotas, luego de llegar al valle de Junín, entró en contacto con las unidades de avanzada de Canterac. Este, al enterarse que Bolívar había aparecido de este lado de los Andes, se dirigió a su encuentro en marcha forzada. A la mañana empezó la batalla. Canterac atacó el centro y el flanco izquierdo del ejército de Bolívar. Los patriotas recibieron a los españoles con las lanzas en alto. Durante el combate no hubo un solo disparo, unos y otros peleaban con armas blancas; sólo el chocar de los aceros sacudía el aire. Casi todos los generales republicanos participaron directamente en esta batalla, en la que se

distinguieron particularmente los destacamentos llaneros.

El combate duró hora y media y terminó con la victoria de los patriotas. Las huestes de Canterac abandonaron desordenadamente el campo de batalla huyendo a Cuzco, donde al poco tiempo se les sumó Valdés, quien regresó sin haber logrado castigar al rebelde Olanieta.

Pese a la derrota de Junín, los españoles continuaban representando una fuerza poderosa. Sus efectivos contaban aún con doce mil hombres.

Los días que quedaban de agosto y el mes de septiembre, españoles y patriotas emplearon para reorganizar sus fuerzas. Tanto unos como otros se preparaban para el combate decisivo y final.

Bolívar decidió aprovechar la tregua para liberar a Lima y Callao, ocupados por los realistas. Al principio quería encomendar tal tarea a Sucre, pero a este último le pareció que el Libertador dejaba de tenerle confianza. Entonces Bolívar mismo se dirigió hacia la costa dejando a Sucre a la cabeza del ejército de la cordillera. Hallándose en camino, le llegó la noticia de que el Congreso de Colombia lo había relevado del mando. Los miembros del legislativo temían que Bolívar, si llegaba a vencer a los españoles, podía volverse todopoderoso.

– Felices los que mueran para no ver el final de este sangriento drama –reaccionó Bolívar ante la decisión del Congreso–. Por triste que sea nuestra muerte, será con seguridad más alegre que nuestra vida.

Simón Bolívar seguía siendo dictador del Perú. En los primeros días de diciembre Lima quedó otra vez liberada. Bolívar restauró el gobierno constitucional y designó los ministros y jueces.

El primero de noviembre Sucre recibe la noticia de que los españoles se dirigen con todas sus fuerzas para atacarlo. La Serna contaba con aislar a Sucre de Bolívar. Sucre, para no quedar cercado, estuvo replegándose durante treinta días. Esto obligó a La Serna a acelerar la marcha de sus tropas, lo que dejaba extenuados a sus soldados por tratarse de parajes montañosos. Todo el mes de noviembre se fue en marchas. A partir del primero de diciembre los dos ejércitos se desplazaban casi paralelamente uno al otro. Finalmente llegaron a Ayacucho –"rincón de la muerte" en lenguaje indígena– donde se decidiría la suerte de la libertad sudamericana. El lugar se encuentra en una meseta a tres mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, no lejos de la antigua capital de los incas, Cuzco. Crecían allí entonces sólo algunos arbustos y unos que otros magros quinos.

El nueve de diciembre a las diez de la mañana, los dos ejércitos estaban preparados para entablar la última batalla. Sucre dijo a sus hombres:

– Soldados, de vuestros esfuerzos de hoy depende el destino de Sudamérica.

Los guerreros contestaron con un ¡Viva la independencia! Sucre prometió ascender de grado a todos los combatientes que se destacaran en el campo de batalla. Antes de comenzar el combate, de las

filas de ambos bandos salieron al frente aquellos que tenían familiares o conocidos en el bando contrario y se despidieron. Sucre estaba seguro de la victoria, aunque el adversario disponía de casi doble cantidad de soldados y de una poderosa artillería, mientras que los patriotas tenían un solo cañón.

Existen muchas descripciones de la histórica batalla de Ayacucho, entre otras, las de varios testigos. A nuestro juicio, sin embargo, la más elocuente y lacónica a la vez es la que nos dejaron Marx y Engels en el artículo publicado en 1858 en la *Nueva Enciclopedia Americana*. He aquí como aparece descrita esa batalla por los fundadores del marxismo.

"Las fuerzas españolas comprendían 13 batallones de infantería con artillería y caballería, en total 9.310 hombres. El 8 de diciembre de 1824 entraron en combate las avanzadas de ambos ejércitos, y al día siguiente Sucre llevó al ataque 5.780 efectivos. La segunda división colombiana al mando del general Córdova arremetió contra el flanco izquierdo del ejército español poniéndolo inmediatamente en desorden. La división peruana en el flanco izquierdo encabezada por el general La Mar chocó con una resistencia más firme y no pudo avanzar hasta la llegada de reservas bajo el mando del general Lara. Cuando después de esto la retirada del adversario se generalizó, fue lanzada para perseguirlo la caballería que desperdigó a las fuerzas montadas españolas y terminó por aniquilar a la infantería. Los españoles tuvieron seis generales caídos y perdieron 2.600 hombres entre muertos, heridos y prisioneros; entre esos últimos se hallaba también el virrey. Las pérdidas de los sudamericanos ascendieron a un general y 308 oficiales y soldados muertos y 520 heridos, entre ellos seis generales. Al día siguiente el general Canterac, a quien pasó ahora el mando del ejército español, firmó la capitulación, cuyas condiciones estipulaban que no sólo él y todas sus tropas quedaban prisioneras, sino también todos los efectivos españoles en Perú, así como todos los puestos militares, artilleros, depósitos, igualmente, todo el territorio peruano que aún se hallaba en manos de los españoles (Cuzco, Arequipa, Puno, Quilca, etc.) pasaba a los rebeldes. La cantidad de prisioneros sumó así un total de casi 12.000. De esa manera se acabó definitivamente con la dominación española..."

– Aunque los españoles se hallaban en una situación que podía exigírseles capitulación incondicional, consideré que debíamos mostrarnos generosos con el enemigo, que se mantuvo en Perú durante catorce años –informaba Sucre a Bolívar–. Por eso el tratado fue firmado sobre el campo de batalla. Incluye la rendición de todo el ejército real, todas las provincias que éste ocupaba en la República, sus plazas, sus parques, y almacenes. Hemos alcanzado la victoria. Por premio pido que Usted me conserve su amistad.

Bolívar, al recibir la noticia sobre la batalla de Ayacucho, exclamó con júbilo: ¡Victoria, victoria, victoria! El no envidiaba a su discípulo y compañero de armas, a quien condecoró con el título

de Mariscal de Ayacucho. Sucre tenía entonces treinta años.

Por fin Perú había sido liberado y con él toda Sudamerica. La batalla de Ayacucho dio a Bolívar la posibilidad de ocupar un lugar entre los visionarios más geniales del mundo cuyos sueños se han visto realizados. Provocó sorpresa y admiración incluso entre los vencidos. El general Canterac, después de deponer las armas, envió el 12 de diciembre de 1824 un mensaje a "su excelencia el señor Libertador Don Simón Bolívar" expresando que él, a pesar de haber sido derrotado, no podía dejar, como admirador de la gloria, de felicitar a Bolívar por la victoria de Ayacucho que coronaba sus actividades en el Perú. Con motivo de ello felicitaba al Libertador en nombre de los generales españoles y le comunicaba que podía disponer de él como mejor le pareciera.

Bolívar no dejó de responder a quien hace poco había sido su enemigo.

– Recibí vuestro mensaje con gran satisfacción –le expresaba–. Vosotros me felicitáis por el éxito de nuestras armas. A decir verdad, este noble gesto es digno de gratitud. Lamentablemente, no puedo felicitar a Usted por lo mismo, pero sí puedo expresarle que vuestra conducta en Perú es digna del reconocimiento de vuestros adversarios. Lo que habéis hecho en este país parece casi un milagro. Habéis tenido la honrosa habilidad de haber retrasado la emancipación del Nuevo Mundo dictada por la Naturaleza y el Destino. Por último, querido general, tenéis el consuelo de haber cumplido abnegadamente con vuestro deber y terminado vuestra carrera con una honrosa capitulación en el Perú.

Con la victoria de Ayacucho terminó la guerra de la independencia. El Nuevo Mundo descubierto por Colón y sometido por los conquistadores dejó de ser español para ser libre. Quince años habían pasado Bolívar y sus compañeros en peregrinaciones, en campañas y combates. Los pueblos de América del Sur habían conquistado la independencia al precio de grandes sacrificios. El sueño se hizo realidad. Y ahora ¿qué debía hacerse?

El Estado Bolívar

Voy a entrar en un laberinto terrible.
Simón Bolívar

El imperio colonial español, por lo tanto, sucumbió definitiva e irremisiblemente.

Cierto es que el general Olanieta no había depuesto aún las armas en el Alto Perú; en los bastiones de la fortaleza del Callao flameaba todavía la bandera enemiga, en la isla de Chiloe los restos de los colonizadores seguían enfrentando a los patriotas chilenos y la escuadra real rondaba por las costas peruanas; pero estos últimos focos de la resistencia española pronto serían aplastados.

Hispanoamérica es libre; pero esa libertad costó un alto precio. En los quince años de la guerra de la independencia perdieron la vida más de un millón de personas, es decir, casi lo mismo que durante todo el período de las guerras napoleónicas en Europa. La Gran Colombia, que contaba con una población de 3 millones de habitantes, perdió más de medio millón de hombres. Mucha gente murió en Perú, Bolivia y otros países.

La guerra destruyó inmensos valores materiales, ciudades y pueblos, puertos, caminos y puentes; quedó abandonada la minería, se ocasionó gran daño a la agricultura. Con la expulsión de los españoles, no pensaban en otra cosa comerciantes y terratenientes que en recuperar el tiempo perdido, llenarse cuanto antes los bolsillos de dinero y volver a reprimir a las masas populares.

Las leyes republicanas que proclamaban libertades democráticas y habían prometido al pueblo diversas mejoras, no se observaban. Pese a ello, muchos caudillos del movimiento independentista, precisamente en las nuevas leyes, en el excesivo liberalismo que rezumaban, veían la causa principal de todas las desgracias, y no en la codicia o el egoísmo de mercachifles y latifundistas.

¿Qué hacer? ¿En qué parte del mundo encontrar un ejemplo digno de imitación?

Tal era la preocupación de Bolívar y de los demás capitanes del movimiento de liberación, a quienes les eran muy cercanos los intereses de sus pueblos.

En un amplio despacho del Palacio Magdalena, ex residencia veraniega de los virreyes del Perú, Bolívar camina nerviosamente de un lado para otro, conversando con el irlandés O'Leary. Mostrándole un mapa del hemisferio occidental extendido sobre una mesa de caoba, le dice:

– Observe Usted atentamente. En el Norte tenemos a Estados Unidos –nuestro poderoso vecino, cuya amistad con nosotros se

basa en la pura aritmética: te doy tanto a cambio de que me des el doble. Estados Unidos ocuparon La Florida. Santander me escribe que apuntan a Cuba y Puerto Rico. Si los mexicanos les dejan, se tragan a Texas y tal vez a México entero. Los españoles no son ya peligrosos para nosotros; el peligro principal son los anglosajones, que son poderosos, implacables e insaciables. Los mexicanos cometieron un grave error al proclamar a Itúrbide emperador. Hemos peleado contra el despotismo español no para suplantarlo por uno propio. Es difícil que México pueda defender su independencia sin el apoyo de la Gran Colombia, y nosotros no podremos enfrentar solos las pruebas que nos esperan sin el respaldo de otras repúblicas. Hemos conquistado la independencia, pero nuestro país está destruido y los hombres de gobierno piensan sólo en sus intereses mezquinos. Santander se ocupa únicamente de Nueva Granada; Páez no quiere someterse a Bogotá y los ecuatorianos tratan de separarse. La situación en Perú tampoco es brillante. La independencia peruana fue conquistada por colombianos, el presidente del Perú también es un colombiano. ¿Acaso podrán conformarse con esto los orgullosos peruanos? Ellos nos aguantan, pero no nos quieren. El Alto Perú, al que pretenden el Perú y la Argentina, seguramente se separará y formará una república independiente, creándonos dificultades con Lima y Buenos Aires. Chile y la Argentina están en plena guerra civil, lo cual no dejará de ser aprovechado por el emperador del Brasil. Con toda seguridad que éste hará un intento de ocupar Montevideo y ¡quién sabe! tal vez también el Alto Perú.

– ¿Qué salida ve Usted a todo ésto, Libertador? – inquirió O'Leary.

– La única salida es unir a las repúblicas en torno a la Gran Colombia. Sólo Colombia no está afectada por las luchas intestinas y la anarquía; su ejército venció a los españoles y liberó a la mitad de América. Tendremos un solo gobierno, leyes y el sistema monetario iguales. Podremos no temer a los enemigos externos ni internos. Seremos parejos en fuerzas con la Santa Alianza. Atraeremos a nuestro lado a la Gran Bretaña que quiere comerciar con nosotros. Con su respaldo pondremos en línea a Estados Unidos. Solucionando los problemas externos resolveremos también los internos, mejoraremos el bienestar de la población, desarrollaremos la agricultura, industria, haremos que la instrucción esté al alcance de todos. Para hacer todo esto se requerirá tanta energía y esfuerzo como lo que se invirtió en la lucha contra los españoles, pero estoy seguro que en esta empresa también sabremos vencer.

Uno de los primeros actos de Bolívar después de Ayacucho fue la convocatoria del Congreso peruano. Ya antes había enviado al Senado colombiano su renuncia al cargo de presidente de la Gran Colombia. ¿No había afirmado él, antes, que el primer día de la victoria sería el último de su poder? Ahora estaba dispuesto a cumplir su promesa.

La autoridad del Libertador jamás había llegado tan alto como ahora. No es de extrañarse que el Senado de Colombia rechazó por unanimidad la dimisión de Bolívar, confirmándole sus poderes presidenciales.

El Congreso peruano procedió de la misma manera. Bolívar presentó un informe sobre su actuación cívica y militar en calidad de dictador. Habló del reparto de la tierra entre los indios, de la fundación de la Sociedad de amigos del país, llamada a contribuir al desarrollo económico de la República; se refirió a la redacción de los códigos civil y penal, a la institución de una Dirección general de minas y a la apertura de escuelas y colegios. Al describir las heroicas hazañas del ejército libertador, en particular de las unidades colombianas, Bolívar prometió que éstas serían evacuadas. Con la terminación de la guerra, la permanencia de soldados extranjeros en territorio del Perú sería una ofensa a la dignidad del país. Bolívar terminó su informe manifestando que dimitía de sus funciones presidenciales.

– ¡Será el día más negro del Perú –exclamó el presidente del Congreso–, si la modestia de Bolívar triunfa sobre el deseo del Congreso!

– No, si me volvéis a elegir os cubriréis de oprobio ante la nueva generación. Yo soy extranjero y no puedo representar a vuestra nación. Soy un forastero en vuestra joven República.

El congreso desestimó los argumentos de Bolívar. Los diputados votaron unánimes por prorrogar las facultades dictatoriales del Libertador hasta la inauguración de la Asamblea Constituyente, que tenía que celebrarse en 1826. Bolívar consintió y formó un gobierno integrado por peruanos a quienes encomendó el manejo del país.

En cierta ocasión Bolívar, al aparecer en la antesala del palacio Magdalena, distinguió entre los visitantes a un anciano con anteojos, levita y botines gastados, cuya figura en seguida reconoció. Bolívar se acercó a él y le estrechó en un efusivo abrazo.

– Pero, hombre, ¿me conoces después de todos los años que han pasado? –exclamó emocionado don Simón Rodríguez.

– ¿Y por qué no? ¿No es acaso, la misma levita que Usted llevaba cuando subimos al Monte Sacro? –dijo Bolívar.

– Ni yo he cambiado de ropa ni tu de carácter –le contestó don Simón.

Bolívar condujo a Rodríguez a sus apartamentos.

– Me alegro mucho, maestro, que Usted haya venido a Lima. Es enorme el trabajo que aquí tenemos.

– Lo sé. Por eso regresé de Europa. Me dijeron que Usted, Libertador, piensa dejar a América ni bien termine sus tareas. Si se trata de asegurar la libertad, yo creo que tendrá que permanecer aún bastante tiempo en estos lugares.

– Con Usted, maestro, las cosas marcharán mejor. Le designaré Director e Inspector General de Educación; en una palabra, Usted

será Ministro de Educación. Funde escuelas, eduque a la nueva generación: a ella le tocará concluir la empresa que nosotros iniciamos.

– Acepto con alegría esta proposición. Para hacer república se necesitan hombres nuevos, y a los hombres nuevos hay que educarlos. No abogados parlanchines o teólogos vacuos, sino ingenieros, arquitectos, químicos, botánicos y matemáticos.

– Querido Robinson, me estoy preparando a viajar por el sur de la República, visitar las viejas ciudades incaicas de Cuzco, Arequipa, los lugares donde vivió y combatió por la libertad el glorioso Túpac Amaru del que Usted me hablara tanto en mi juventud. Le invito a viajar conmigo. Ahora podremos no sólo observar como sufre la gente, sino también hacer algo útil por ella. Semejante oportunidad se presenta sólo una vez cada cien años. Debemos aprovecharla.

Lo mismo que veinte años atrás, los dos "Simones" emprendieron viaje juntos. Bolívar y su séquito son recibidos en todas partes con grandes honores. En las ciudades las autoridades locales ofrecen al Libertador adornos de oro y diamantes, valiosos sables, coronas de laurel hechas de plata y platino; uniformes con bordados de oro, sombreros y monturas.

Particularmente cálida fue la acogida que le brindó Cuzco, la antigua capital de los incas. A Bolívar le hicieron entrega de una corona, las llaves de oro de la ciudad y muchos otros objetos de valor. El Libertador aceptaba de buen grado estos regalos y los distribuía entre sus subalternos que se habían distinguido en la guerra de la independencia. La corona se la envió a Sucre, quién a su vez la donó al Congreso de Colombia; las llaves de oro las dio al general O'Leary; muchos regalos valiosos recibieron los soldados rasos.

Al aceptar los obsequios, Bolívar comprobaba si no habían sido adquiridos por cuenta del tesoro público. Allí donde verificaba que las autoridades locales hacían alarde de generosidad a costa del Estado, obligaba a éstas a restituir los gastos de su propio bolsillo.

Al contemplar en el Cuzco las ruinas de las grandiosas construcciones de los incas, el Libertador observó:

– Estas ruinas de bellísimos palacios y templos hacen que recordemos nuestras obligaciones para con los descendientes de quienes los construyeron.

En la capital de los antiguos incas fundó un colegio politécnico, dispuso asignar un lugar para el cementerio civil, tomó medidas para la construcción de caminos.

Bolívar decía:

– Un pueblo que dio a tales luchadores por la libertad como Manco Capac, Viracocha, Huáscar, Atahualpa y Túpac Amaru es digno no sólo de ser libre, sino también de ser feliz.

En el Cuzco el Libertador promulgó un decreto que después de la abolición de la esclavitud fue el intento más serio de mejorar la situación de la población local. Bolívar prohibió el trabajo forzoso (la mita) de los indios en las minas, en obras diversas o servicios para

la iglesia, así como el empleo de los indígenas en calidad de siervos en los obrajes y haciendas. El decreto correspondiente obligaba a los dueños de las haciendas y minas a pagar a mineros y campesinos el sueldo en dinero contante, y no en especies a precios altos.

"Nadie puede exigir un servicio personal sin que preceda un libre contrato que determine el sueldo a pagar" –expresaba el edicto. Las autoridades se responsabilizaban de vigilar el cumplimiento del decreto y, en caso de infracción, castigar a los culpables.

Rodríguez, quien estaba presente cuando Bolívar dictaba este texto a su ayudante O'Leary, dijo:

– ¡Si Túpac Amaru hubiera vivido hasta este momento! ¡Por fin los pobres indios dejarán de ser esclavos! Sus amos no nos perdonarán esto –agregó.

– Lo sé –respondió Bolívar–. Pero si hemos acabado con los españoles, acabaremos también con ellos. Para los aristócratas peruanos, para todos esos Riva Agüero y Torre Tagle, nosotros, los colombianos, no somos más que unos despreciables "mulatos" y "zambos", promotores de la igualdad universal. Pues bien: trataremos de justificar opinión tan halagueña para nosotros.

* * *

Sucre, después de la victoria de Ayacucho, avanzó sin pérdida de tiempo hasta el Alto Perú que se hallaba en manos de Olanieta, decidido a combatir por el rey hasta la última gota de sangre. Olanieta tenía alrededor de seis mil soldados, lo que hacía de él un adversario temible.

Pero sus soldados comprendían la situación mejor que su jefe, sabían que la guerra ya estaba perdida para los españoles. Por lo tanto, a medida que el ejército libertador avanzaba hacia La Paz, las guarniciones realistas se rendían o se retiraban hacia el interior del país.

El siete de febrero Sucre entró en La Paz, liberada ya por destacamentos guerrilleros. Días después los soldados de Olanieta se rebelaron y le dieron muerte. Con esto cesó toda resistencia por parte de los españoles. El Alto Perú quedó libre.

Todavía cuando iba camino de La Paz, por insistencia de los patriotas del lugar, Sucre anunció la convocatoria de una Asamblea Constituyente de las provincias del Alto Perú, en la que se debía resolver la suerte de esta región. Todo indicaba que la Asamblea proclamaría la independencia de este territorio. El Alto Perú entraba desde el año 1778 en el Virreinato de La Plata; antes de eso formaba parte del Perú. De este modo, tanto en Lima como en Buenos Aires podían pretender a que pasara bajo su jurisdicción.

Al principio, Bolívar desaprobó la decisión de Sucre: temía complicaciones con peruanos y argentinos y consideraba que la independencia del Alto Perú le daría un mal ejemplo a Ecuador. Sólo

se conformó con el proceder de Sucre después de haberse informado más detalladamente del estado de ánimo de la población local, que reclamaba la independencia. Interesados en obtener el apoyo de Bolívar contra el Brasil, que amenazaba a Montevideo, los argentinos reconocieron el derecho de la población del Alto Perú a la autodeterminación. Esto decía la resolución adoptada por el Congreso General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de La Plata (así se llamaba entonces la Argentina). La resolución, aprobada el 9 de mayo, decía que "aunque las provincias del Alto Perú han pertenecido siempre a este Estado, es la voluntad del Congreso General Constituyente que ellas queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y felicidad..."

El diez de julio de 1825 en Chuquisaca se reunió la Asamblea Constituyente del Alto Perú con la presencia de 39 diputados. Por unanimidad, la Asamblea decidió proclamar la independencia y adjudicarle al nuevo Estado el nombre de República Bolívar (poco después pasó a llamarse Bolivia), elegir al mismo Bolívar presidente para el tiempo de su permanencia en el territorio de la República. Sucre fue elegido vicepresidente.

En agosto el Libertador sale del Cuzco, cruza el lago Titicaca ubicado a cuatro mil metros de altura y desciende al fondo del apagado volcán donde se encuentra La Paz, capital del Estado que ahora lleva su nombre. Aquí lo visita una delegación de diputados para transmitirle las resoluciones de la Asamblea Constituyente, con el ruego también de redactar una constitución para el nuevo Estado.

De La Paz, acompañado por su séquito, Bolívar se dirige a Potosí, ciudad que a menudo mencionaba en sus discursos. La legendaria Potosí, situada al pie de un cerro de plata, constituía el símbolo de la riqueza y poderío del imperio colonial español. En los momentos más duros de la lucha, el Libertador prometía a sus soldados conducirlos hasta Potosí.

Bolívar y sus acompañantes subieron a la cumbre del cerro para izar allí las banderas de Colombia, Chile, Perú y Argentina como símbolos de la liberación de Sudamérica de la esclavitud colonial.

– Venimos venciendo –manifestó Bolívar, dirigiéndose a sus compañeros de ruta– desde las costas del Atlántico, y en quince años de una lucha de gigantes, hemos derrocado el edificio de la tiranía, formado en tres siglos de usurpación y de violencia. De pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí y cuyas venas fueron alimentando durante trescientos años el erario de España, yo en nada valoro esta riqueza cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso la bandera de la independencia desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarla aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo.

En Potosí, Bolívar anunció la confiscación de las minas que pertenecían a los españoles, abolió los impuestos y tributos que más agobiaban a la población indígena. Fueron establecidos cementerios

civiles, emprendida la construcción de nuevos caminos, fundados asilos para los huérfanos. Simón Rodríguez fue designado Ministro de Educación de la nueva República.

A Potosí llegaron, para ver a Bolívar, los emisarios del Congreso argentino trayendo un pedido de ayuda a la Argentina en su guerra contra el Brasil. A cambio prometían apoyar a Bolívar en calidad de jefe supremo y protector de América del Sur. Las negociaciones duraron varias semanas. Bolívar aspiraba a dirigir una campaña libertadora al Brasil, derrocar la monarquía brasileña –aliada natural del despotismo europeo. Y después, cuando América entera quedara libre, ¿no llegaría la hora de tenderle la mano a los europeos para ayudarles a combatir la tiranía y la esclavitud?

Bolívar escribe cartas a Santander, Páez y a otros correligionarios suyos solicitándoles que respalden su plan. Está dispuesto a concertar una alianza con Buenos Aires y pelear contra el Brasil. Sus camaradas, empero, no dan muestras de entusiasmo alguno, por el contrario, tratan de disuadirlo de emprender proyectos, según ellos, tan quiméricos.

De todas partes le comunican que la gente está cansada de la guerra, las destrucciones y el hambre y que todos ansían la paz y sólo la paz. Los enemigos de Bolívar hacen circular ahora los absurdos rumores de que él sufre de manía de grandeza y quiere eclipsar la gloria de Alejandro Magno y Napoleón. No, una guerra contra Brasil no sería apoyada ni por los granadinos ni por los venezolanos, constata el Libertador.

Pero si a la idea de unir a las repúblicas no se le puede dar vida mediante una alianza militar, Bolívar lo conseguiría con el más sabio y más justo gobierno de la república que lleva su nombre. El convertiría el Estado Bolívar en una república donde iban a reinar la justicia y la igualdad jurídica. Entonces se agruparían en torno a ella todos los demás países de la América Española.

De regreso a Lima, Bolívar comienza a redactar la Constitución de Bolivia.

"Estoy haciendo una Constitución bien combinada para este país –le escribe a Santander–, sin violar ninguna de las tres unidades y revocando, desde la esclavitud para abajo, todos los privilegios".

Y realmente, la constitución de Bolívar proclamaba la igualdad de todos los ciudadanos frente a la ley, las libertades democráticas fundamentales y la forma republicana de gobierno, a la iglesia la separaba del Estado. Además del Senado y de la Cámara de Diputados, instituía una cámara de censores.

Los últimos debían responsabilizarse del bienestar espiritual de la nación; se les imponía la obligación de educar a la joven generación en el espíritu de las tradiciones patrióticas y cuidar del respeto de las leyes. Los censores eran vitalicios; los senadores se elegían por un plazo de ocho años; por cuatro años, los diputados. Los ciudadanos podían presentar sólo las listas de los candidatos, y de ellas

los miembros de cada Cámara elegían a sus sucesores. Quedaban excluidos de las votaciones los analfabetos, la servidumbre y los peones agrícolas, es decir, la inmensa mayoría de la población.

La Constitución preveía la elección de un presidente vitalicio, el cual designaba al vicepresidente con derecho de sucesión.

La última circunstancia provocó censuras por parte de los contemporáneos de Bolívar y de muchas personalidades progresistas de las generaciones siguientes. A Bolívar le reprocharon que, con la presidencia vitalicia, pretendía erigirse en rey, dando así un argumento para los dictadores demagogos de tiempos ulteriores, quienes apelaban a él para justificar su conducta. Pero ¿es justo eso?

Un atento análisis de la Constitución bolivariana y las declaraciones de su artífice mueven a dudar de ello. Bolívar consideraba que los nuevos Estados tenían que fortalecerse, y para ello necesitaban un poder estable. Ponía como ejemplo a Rusia, que si era una potencia fuerte, decía él, se debía a que tenía príncipes vitalicios y que Haití llegó a ser libre y próspera eligiendo a Pétion presidente vitalicio.

La Constitución no confería poderes dictatoriales al presidente; más aun, el poder legislativo sólo le pertenecía al parlamento. De este modo, el presidente se convertía en algo así como un monarca constitucional. Bolívar esperaba que precisamente él sería elegido presidente o alguno de sus correligionarios. En tal caso se hubieran podido evitar la anarquía y los abusos de las clases dominantes.

Cuando Bolívar redactaba su Constitución, en las repúblicas sudamericanas no había partidos políticos ni líderes con programas capaces de agrupar en torno a ellos a las masas desposeídas. En cambio, había decenas de generales, con frecuencia políticamente ignorantes y bastante inescrupulosos, que sólo pensaban en adueñarse del poder. Las elecciones periódicas abrían a estos personajes la posibilidad de detentar, con la ayuda de los círculos influyentes, los sillones ministeriales y valerse del poder en beneficio no del pueblo, sino de sí mismos y de los privilegiados que les brindaban su apoyo. Precisamente así ocurría en la mayoría de las repúblicas después de conquistada la independencia, y era esto lo que quiso evitar Bolívar con su Constitución, y la garantía de ello tenía que ser un presidente ilustrado que se apoyara en el parlamento.

Bolívar, siguiendo las enseñanzas de los enciclopedistas del siglo XVIII, consideraba que el pueblo necesitaba de tutores desinteresados, conocedores de cómo mejorar su suerte. El pueblo es capaz de apoyar instintivamente las soluciones justas, aunque no puede llevarlas a cabo sin la ayuda de los grandes hombres, afirmaba el Libertador.

Cuando la Constitución por él elaborada sea rechazada dentro de unos cuantos años no sólo por Bolivia, sino también por Perú y Nueva Granada, verá Bolívar en ello un indicio de que el pueblo se hallaba bajo la influencia de las clases feudales, clérigos y magnates.

– Aquí –dirá entonces a su ayudante Peru de Lacroix– la libertad y las garantías son sólo para los clérigos, frailes, doctores y para los ricos y nunca para los pueblos, cuya esclavitud es peor que la de los mismos indios, y esclavos quedarían bajo la Constitución más democrática. En Colombia hay una aristocracia de rango, de empleos y de riqueza, equivalente, por su influencia, por sus pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia de títulos y de nacimiento más despótica de Europa. En aquella aristocracia entran también los clérigos, los frailes, los doctores o abogados, los militares y los ricos; pues aunque hablan de libertad y de garantías es para ellos solos que las quieren y no para el pueblo, que, según ellos, debe continuar bajo su opresión; quieren también la igualdad, para elevarse y ser iguales con los más caracterizados, pero no para nivearse ellos con los individuos de las clases inferiores de la sociedad: a éstos los quieren considerar siempre como sus siervos a pesar de todo su liberalismo.

Era la democracia del tipo de EE. UU. que Bolívar quería evitar.

– Mejor que América aceptara el Corán, antes que la forma de gobierno de los Estados Unidos –decía–. Si seguimos ese camino, un nuevo coloniaje será el patrimonio que leguemos a la posteridad.

El Congreso boliviano aprobó la Constitución de Bolívar, quien persuadió a Sucre para que ocupara el cargo de presidente. Sucre aceptó, pero no como presidente vitalicio, sino para dos años. Al poco tiempo también el Congreso del Perú sancionó la Constitución bolivariana, pero con la reserva de que entraría en vigor después de adoptarse la Carta Magna de Colombia.

De este modo, el enorme territorio de América del Sur desde el istmo de Panamá hasta las fronteras con Argentina –más extenso que Europa– quedó subordinado a Bolívar. Pero ¿cómo gobernarlo? ¿No se podría crear con las nuevas repúblicas una unión, la Confederación Andina? Bolívar insiste, aunque infructuosamente, en convencer a sus colaboradores y amigos de la necesidad de tal unión. La idea de una Confederación Andina con Bolívar a la cabeza tropezó con fuerte resistencia entre los patriotas. Había quienes sólo veían en este proyecto el deseo, por parte de los militares venezolanos, de aprovechar los frutos de la victoria en perjuicio de los intereses de las demás repúblicas. Y también se temía que Bolívar siguiese el camino de Napoleón y al fin se proclamase emperador. Tales dudas no dejaban de tener cierto fundamento.

Las potencias europeas, mediante sus agentes en América del Sur, procuraban convencer a los patriotas de que las nuevas repúblicas podían consolidar su independencia sólo bajo la forma monárquica de gobierno.

Entre los generales venezolanos, y cabe decir que también entre los militares de las demás repúblicas, había quienes ponían los intereses personales por encima de los intereses comunes. Estos genera-

les nada tenían en contra de que Bolívar fuese declarado emperador. Por lo demás, consideraban que en ese caso afianzarían sus posiciones. Otros proponían a Bolívar la corona con la esperanza de liberarse más tarde de él, puesto que Bolívar Emperador podía ser destituido más fácilmente que Bolívar Libertador.

Páez, por ejemplo, le escribía a Bolívar que Colombia se parecía a Francia en el tiempo en que Napoleón se encontraba en Egipto y cuando las personalidades más destacadas de la revolución le llamaron para que salvara la República; así es que Bolívar debía ser el Bonaparte de América del Sur, pues ese país no se parecía a la patria de Washington.

Páez negaría después haber escrito semejante carta, pero pudo comprobarse que realmente lo había hecho.

María Antonia, la hermana de Bolívar, previno a éste sobre tales intrigas en una carta enviada en 1826 y en la que decía: "Mandan ahora un comisionado a proponerte la corona; recíbelo como merece la propuesta que es infame... Pero di siempre lo que dijiste en Cumaná el año de 14; que serías libertador o muerto... detesta a todo el que te proponga corona, porque ése procura tu ruina. Acuérdate de Bonaparte e Itúrbide y de otros muchos que no ignoras; estoy bien satisfecha de tu modo de pensar, y te creo incapaz de permitir semejante cosa, pero no puedo menos que declararte los sentimientos de mi corazón, por el interés que tengo en tu felicidad".

Bolívar no quiso escuchar a quienes lo tentaban con el título de emperador. En su carta a Páez le dijo: "Me está deparado ser Libertador, éste es mi antiguo uniforme. El título de Libertador es para mí lo más preciado, y yo no quiero deshonrarlo por el trono de emperador". Más adelante le expresaba, que los hijos de América en nada se parecían a los franceses; gracias a la República Colombia llegó a ser libre y próspera; la república le dio al pueblo las leyes y la libertad. El trono, señalaba, provoca temor tanto por su majestad como por sus logros. La igualdad sería abolida, surgiría una nueva aristocracia, y las razas de color considerarían perdidos para siempre sus derechos. Reconozco con toda franqueza, expresaba, que ese plan no es bueno ni para Ud., ni para mí, ni para el país.

Así, pues, no Simón I, emperador de los Andes, sino Bolívar, el Libertador, presidente de la Confederación Andina. Tal era la aspiración del caraqueño.

Ninguno de los colaboradores de Bolívar podía pretender a ejercer la autoridad máxima en la Confederación Andina. Ni Santander, ni Páez, ni Sucre, sin hablar ya de los demás, gozaban de tan "continental" –según la expresión de entonces– prestigio como Bolívar. Ninguno de ellos contaba con sucederlo en el puesto de líder de América meridional. Seguros de que la Confederación Andina. no iba a sobrevivir a su artífice, ellos se resistían abierta o solapadamente a que se instituyera. Santander le decía a Bolívar francamente que era necesario desintegrar la Gran Colombia, y que cada

una de sus tres partes –Ecuador, Nueva Granada y Venezuela– fuesen repúblicas independientes. La Confederación, argumentaba, no nos llevará a nada bueno: cada año tendremos insurrecciones en Quito y en Venezuela, y si empleamos las armas para reprimirlas, eso provocará guerras interminables que nos agotarán irremisiblemente; la Confederación de nuestras débiles repúblicas hará que caigamos de nuevo bajo el poder español.

Bolívar, sin embargo, creyó firmemente en que lograría persuadir tanto a sus seguidores más próximos, como a los dirigentes de las demás repúblicas, de que era necesario formar una unión. Ya antes había propuesto convocar en Panamá un congreso de todas las repúblicas latinoamericanas. El Libertador esperaba que ese congreso aprobara su plan de crear una confederación capaz de oponer resistencia no sólo a los designios restauradores de la Santa Alianza, sino también a las intenciones agresivas de los Estados Unidos de Norteamérica. Bolívar consideraba que la unión de las nuevas repúblicas no sólo fortalecería la independencia, sino que también favorecería la solución de muchos problemas políticos y económicos internos y de las relaciones entre los Estados que seguían pendientes como herencia del régimen colonial.

Cuando enviaba a sus representantes a entrevistarse con los gobernantes de las demás repúblicas, Bolívar explicaba:

– Nada interesa tanto en estos momentos como la formación de una liga verdaderamente americana. Esta confederación no debe formarse simplemente sobre los principios de una alianza ordinaria para defensa y ofensa. Es necesario que la nuestra sea una sociedad de naciones hermanas, separadas por ahora en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero. Hay que poner desde ahora los cimientos de un Cuerpo Anfictiónico o Asamblea de Plenipotenciarios que dé impulso a los intereses comunes de los Estados Americanos, que diriman las discordias que pueden suscitarse en lo venidero entre pueblos que tienen unas mismas costumbres y unas mismas habitudes.

Esas propuestas no fueron entonces aceptadas: muy inestable era la situación política en muchas repúblicas. Pero ahora después de la victoria de Ayacucho, Bolívar volvía a su anterior proyecto.

Santander esta vez también se pronunció en contra del plan, y trataba de atemorizar al Libertador, diciendo que Gran Bretaña se mostraba inquieta por la convocatoria del congreso continental. En contra de lo que había indicado Bolívar, el vicepresidente de Colombia invitó al congreso panameño al representante de EE.UU. Santander escribía a Bolívar que, con la terminación de la guerra, estimaba que la tarea primordial era llegar a la paz con España y conseguir el reconocimiento diplomático por parte de las grandes potencias. Tenemos un déficit enorme, argumentaba, gastamos anualmente de dieciséis a dieciocho millones de pesos, mientras que los

ingresos del tesoro no pasan de ocho millones. Consideraba como única solución a la situación creada reducir los gastos para el ejército y renunciar a la flota de guerra.

No, le respondía Bolívar. Tomando ese camino las nuevas repúblicas llegarían a ser tan débiles, que serían presa fácil para las grandes potencias. Había que elevar las tarifas aduaneras y no reducirlas en beneficio de los negociantes extranjeros; eso acrecentaría los caudales de la República. La Confederación pondría en pie un ejército de cien mil hombres que liberaría a Cuba y Puerto Rico y ayudaría al pueblo español a sacudirse el yugo del despotismo monárquico.

Bolívar exhortaba a las repúblicas a unirse, para participar en la "guerra universal" entre "los pueblos y los tronos". Los patriotas, sostenía, debían procurar un "nuevo equilibrio del Universo" para privar a Europa absolutista de la posibilidad de someter a otras partes del mundo.

Bolívar fantaseaba. Así pensaron muchos de sus colaboradores. Pero, ¿eran tan infundados sus proyectos? Mustier, embajador de Francia en Madrid, por ejemplo, había considerado como muy factible una irrupción exitosa de los colombianos en España. Mustier comunicó a París que en los puertos españoles se observaba gran inquietud por las acciones de los corsarios colombianos. En estos puertos, escribió Mustier, hay cada vez más quienes consideran que, con la aparición en las costas de España de una escuadra americana rebelde, sería imposible evitar un estallido revolucionario.

En la encrucijada

El que sirve una revolución ara en el mar.
Simón Bolívar

El Congreso Continental de Panamá, convocado a propuesta de Bolívar, debió celebrarse todavía en 1825, poco tiempo después de la victoria de Ayacucho. Pero los delegados peruanos que llegaron al lugar de la cita tuvieron que esperar seis meses hasta que se les sumaran los representantes de Colombia. Finalmente, en junio de 1826 vinieron los enviados de México y Guatemala, y el día 22 de ese mes en el convento franciscano del lugar se abrió el Congreso Continental.

Por cierto, no deja de ser excesivamente pomposa tal denominación para un evento en el que participaron sólo ocho hombres, dos delegados por cada república. El delegado de Estados Unidos se presentó cuando el Congreso se había clausurado. También llegó tarde el delegado de Bolivia. Inglaterra y Holanda estuvieron representadas por observadores. Ni Chile ni Argentina enviaron delegados. El Congreso estuvo reunido hasta el 25 de julio y aprobó un tratado para la "Confederación perpetua", así como algunas convenciones para la defensa mutua y la prohibición del comercio de esclavos. Sin embargo, ninguna de las repúblicas, incluso la Gran Colombia, ratificó las decisiones del Congreso.

El Congreso continental dispuso reunirse una vez cada dos años en Tacubaya, México. Esto no dejó de preocupar seriamente a Bolívar, pues la proximidad de Tacubaya a los Estados Unidos permitiría al gobierno norteamericano influir en provecho propio sobre las repúblicas de Hispanoamérica. El Congreso de Panamá, escribió Bolívar, es como "aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban".

Bolívar procuró aminorar la significación del fracaso panameño, diciendo que veía el Congreso del Istmo como una representación teatral. Manifestaba a sus amigos:

– Yo convoqué al Congreso en Panamá para provocar sensación, pues quería que el nombre de Colombia y de otras repúblicas hispanoamericanas atrayeran la atención de todo el mundo. Jamás pensé que de este Congreso pudiera surgir una Liga Americana como del Congreso de Viena surgió la Santa Alianza.

En nuestros días, los ideólogos del imperialismo se esfuerzan en presentar a Bolívar como al artífice de la llamada "solidaridad panamericana", cuando la realidad es que él se había opuesto decididamente a que los Estados Unidos participaran en la unión de las repúblicas de Hispanoamérica. Los americanos del Norte, escribió en

1825, "por sólo ser extranjeros tienen el carácter de heterogéneos para nosotros. Por lo mismo, jamás seré de opinión de que los convidemos para nuestros arreglos americanos... Me alegro también mucho de que los Estados Unidos no entren en la federación".

Cabe recalcar que Estados Unidos en esa época ni pensaban participar en uniones junto a las repúblicas hispanoamericanas Semejante cosa podía fortalecer las ex colonias españolas, en lo que de ninguna manera estaban interesados los círculos gobernantes de Washington. Basta decir que incluso un estadista norteamericano de ideas progresistas como lo fue el presidente Jefferson había expresado la esperanza de que las nuevas repúblicas no se fundan en una unión y no se transformen en un vecino de igual a igual que los Estados Unidos.

El gobierno del Norte abrigaba la intención de aprovecharse de la guerra de independencia para apoderarse de Cuba y transformarla en fuente barata del trabajo esclavo. Todavía en 1824 Jefferson había escrito a Monroe:

"Reconozco sinceramente que yo siempre he mirado a Cuba como a la más interesante adición que pueda jamás hacerse al sistema de nuestros Estados".

Ese mismo año el secretario de Estado, John Adams, había comunicado al embajador norteamericano en Madrid que la anexión de Cuba "es una premisa indispensable para la integridad de EE. UU."

Después de Ayacucho, el gobierno de EE.UU. previno a Bolívar de que no permitiría a los patriotas acudir en ayuda de Cuba para lograr su liberación. En 1826 Santander notificaba a Bolívar la comunicación de Revenga, ministro de relaciones exteriores de Colombia, quien en un mensaje confidencial daba cuentas de la gestión emprendida por EE.UU. para hacer que los patriotas se abstengan de organizar la expedición libertadora a Cuba. La Habana, informaba Revenga, representa el principal punto comercial para los Estados Unidos, y por ser el comercio toda una divinidad para los norteamericanos, ellos temen que la independencia de esta isla repercuta desfavorablemente para sus intereses.

El gobierno de EE.UU. dio instrucciones a su representante ante el Congreso panamericano a manifestarse en contra de cualquier cambio en el status de Cuba. EE.UU. objetaba no sólo que Cuba se separase de España para ser dominada por cualquier otra potencia europea, sino también que se uniese a cualesquiera de las repúblicas de América meridional. Hasta ahora, se expresaba en esas instrucciones, las repúblicas del sur luchaban por su propia independencia teniendo a su favor la buena voluntad y la simpatía de la mayor parte del mundo, en particular de los Estados Unidos. Pero si llegaran a emprender acciones bélicas contra los españoles en Cuba, ello significaría una guerra de conquista, y esa guerra indistintamente de sus resultados, afectaría los intereses de otras potencias que, pese a su neutralidad, no podrían permanecer indiferentes ante los aconteci-

mientos que se desarrollen.

EE.UU. consideraban un crimen la liberación de Cuba, pero sus guerras de rapiña contra México y otras repúblicas latinoamericanas las presentaban como un bien para la humanidad.

El gobierno estadounidense amenazaba impedir por la fuerza todo intento de liberar a Cuba, contribuyendo así a perpetuar el sojuzgamiento del pueblo cubano, que siguió sufriendo setenta y cinco años más el yugo de los colonizadores españoles.

En Cuba y Puerto Rico los realistas continuaron concentrando tropas y armamentos, amenazando con una nueva invasión a América del Sur. Esto obligaba a los gobiernos republicanos a invertir grandes recursos en la defensa, recursos que proporcionaban de buena gana en la forma de onerosos empréstitos tanto Inglaterra, como los propios Estados Unidos. Tal era la política "aritmética" de EE.UU. que Bolívar denunciara abierta y decididamente.

* * *

Aunque la guerra de independencia ya se había terminado, en el palacio limeño de la Magdalena Bolívar seguía recibiendo alarmantes noticias de todos los confines del enorme territorio por él liberado. Se sublevaban los soldados porque llevaban meses sin cobrar sueldo; se sublevaban los campesinos en demanda de la tierra prometida; los esclavos, que esperaban la tan anhelada libertad; los generales, deseosos de erigirse en gobernantes; los clericales fanáticos; los federalistas contrarios al sistema unitario de gobierno y los unitarios contrarios del sistema federal; los cómplices de los españoles, que no perdían la esperanza de un regreso de los colonizadores, etc.

La revista rusa *Syn otéchestva* de San Petersburgo informando a sus lectores sobre la situación que prevalecía en la Gran Colombia, en 1826 escribía: "Los indios ya se niegan a pagar tributos; los negros piden libertad; los mulatos acabar con los prejuicios que contra ellos se fomentan; los mestizos, el cese de la guerra, y los indios, vivir mejor. Todas estas circunstancias, así como la preferencia que algunas regiones dispensan a ciertos generales, son contrariedades que el gobierno de Bolívar debe vencer y que está contrarrestando no sin buen arte. Con frecuencia sin embargo, ha de ceder a la codicia de los más altos jefes. Los eclesiásticos, además de no perder en dignidad, se están multiplicando en número. No es sorprendente que todos los departamentos del Estado se hallen en tan penosa situación con tantos desórdenes, agravados aún más por los horrores de las discordias intestinas que se encienden en diversos lugares".

En Perú a Bolívar lo respetaban, pero no le tenían afecto. Los aristócratas le adulaban públicamente, y en secreto tramaban conjuras contra él. Los magnates peruanos veían que, para el pueblo, Bolívar era símbolo de la revolución; la gente humilde tenía fe en el Libertador y de él esperaba medidas que pudieran mejorar su suerte.

Prelados, latifundistas y generales enriquecidos temían que el Libertador les quitara las tierras para dárselas a los campesinos. Pedían que del país salieran las tropas colombianas, pues al ejército peruano les hubiera sido fácil dominar, ya que componían una mitad del mismo las unidades que antes habían luchado al lado de los españoles y pasado al lado de los patriotas sólo después deAyacucho.

El 15 de abril, por decisión del tribunal, fueron condenados a fusilamiento el general peruano Berindoaga y el oficial Terón, quienes se habían pasado al lado de los españoles cuando éstos ocuparon Lima. La municipalidad capitalina pidió a Bolívar conmutar la pena, a lo que éste respondió:

– Indultar a criminales convictos de traición a la patria sería atentar vilmente contra el honor de la República, significaría dar paso libre a crímenes semejantes que irían multiplicándose gracias a nuestra tolerancia. Los representantes del pueblo pierden el ánimo patriótico; por eso hay que dar un ejemplo reivindicativo de justicia pública, aun en el caso de que provoque horror general.

En Bolivia, de la que fue artífice el Libertador, sus enemigos arremetieron contra el incorregible soñador Rodríguez, que había declarado la guerra al oscurantismo. Rodríguez se abocó a sus funciones de ministro de educación con la energía que le era característica. En la "escuela modelo" que fundó en Chuquisaca matriculó a doscientos alumnos, entre ellos muchos hijos de familias humildes. Rodríguez alojó a los discípulos en una casa cómoda y limpia, en la que había talleres con todas las herramientas necesarias.

– Yo no quería –manifestaba Rodríguez– llenar al país con artesanos que compitan uno con otro o con pobres operarios, sino trataba de hacer de los jóvenes gente útil, instruirlos y educarlos en el trabajo para darles tierra y ocupación, poblar al país con sus propios habitantes. Dábamos instrucción y ocupación a las mujeres...

Pero los emprendimientos de Rodríguez tuvieron un triste fin. La élite provincial veía con recelo y desconfianza todas las innovaciones del viejo maestro, difundiéndose los rumores más absurdos sobre lo que hacía. Llegaron a decir que en las clases de anatomía se desnudaba por completo. Afirmaban que Rodríguez era un hereje impío, un francomasón, un inmoral.

Particularmente acerbos eran los ataques de los clérigos, quienes veían como se les escurría de las manos un arma tan importante para imponer la influencia eclesiástica, como la educación de la joven generación. Esto lo señalaba Sucre en una de sus cartas a Bolívar, diciendo que lo más inquietante habían sido las palabras de Rodríguez sobre el propósito de terminar en seis años con la iglesia de Jesucristo. Juzgue usted mismo, decía Sucre, el daño que causaron estas palabras expresadas por un hombre que usted tanto respeta y a quien se le confió la educación de los jóvenes.

Obligado a dejar Bolivia y creyendo que su dignidad no le permitía apelar a Bolívar, Rodríguez marchó a Chile, donde continuó su actividad educadora.

* * *

Las noticias que llegaban de Colombia eran igualmente desalentadoras. En Ecuador crecía el descontento. Este país, que contaba sólo setecientos mil habitantes, había dado al ejército libertador del Perú más de la mitad de sus efectivos y una suma de dinero enorme para aquellos tiempos: unos dos millones de pesos. En los últimos cinco años, Ecuador parecía un gigantesco campamento bélico, toda la vida de su población estaba subordinada a las necesidades del ejército libertador. Mientras duraba la guerra, los ecuatorianos soportaban pacientemente las adversidades, con la esperanza de que la victoria les trajera cambios. Ocurrió lo contrario. Al terminar la guerra la situación empeoró. La libre entrada de tejidos norteamericanos e ingleses provocó la ruina de las factorías textiles que en el pasado dieron fama al país. La importación de harina barata de Estados Unidos –pese a que venía muchas veces en mal estado– llevó la agricultura al descenso.

Los enemigos de la República aprovechaban las dificultades para sus fines, instando a los ecuatorianos a "liberar del Libertador al país", acabar con la tiranía del "sultán colombiano". Hombres de confianza ponían en conocimiento de Bolívar que tales llamamientos hallaban cada vez mayor eco entre diferentes sectores de la población.

Verdad que en Nueva Granada –con excepción de Pasto, donde continuaban pululando los bandos de partidarios de los españoles– la población apoyaba al gobierno encabezado por Santander. Pero aquí también eran ya pocos los que querían sacrificarse y proseguir la lucha. Santander mismo se quejaba a Bolívar:

– Nadie paga impuestos, los recaudadores no los recogen, los comerciantes defraudan a la aduana, los funcionarios buscan la dádiva. Muchos no hacen más que enriquecerse explotando al pueblo.

En Nueva Granada, igual que en las demás repúblicas, los negociantes y especuladores norteamericanos se lucraban a costa del pueblo. Los EE.UU. salieron de su primera crisis económica gracias a la explotación creciente de las jóvenes repúblicas. Acerca de esto la revista rusa *Moskovski telegraf* había escrito en 1825:

"La situación en la que se hallaba el comercio en los Estados Unidos en 1817-1821, incluso el desconcierto observado en las relaciones bancarias y crediticias de ese Estado, desconcierto que se extendió a todas las ramas de la industria, hoy ha sido totalmente superado, y el comercio norteamericano está en pleno florecimiento. Incrementó particularmente su intercambio con América del Sur. Sólo de Baltimore en 1823 salieron 30 navíos con mercancías para

América del Sur, y ya en 1824 partieron del mismo puerto y con igual destino una cantidad doble de buques, es decir, 60. Así crece aquel comercio. Una prueba del mejoramiento e incremento de las manufacturas norteamericanas es el hecho de que la mayor parte de las mercancías que salen de Baltimore hacia América del Sur son de producción norteamericana. Particular éxito han alcanzado los tejidos de algodón, y esto promete convertirse en una rica rama industrial. Las grandes manufacturas de Baltimore y sus alrededores van creciendo incesantemente, y las nuevas hilanderías se incrementan más y más. Los tejidos de algodón norteamericanos son por su calidad iguales que los ingleses, si es que no los superan; eso se descubre por el hecho de que en América del Sur les cierran el camino a los producidos en Inglaterra".

Más deplorables todavía eran los sucesos en la patria de Bolívar: Venezuela. Aumentaba la carestía. Las autoridades habían expulsado del país a todos los canarios y españoles, quienes tenían en sus manos el comercio. Aun después de la liberación de la fortaleza de Puerto Cabello, en Venezuela seguía perdurando un clima propio al de la primera línea de resistencia. En las provincias rondaban las bandas contrarrevolucionarias dedicadas al pillaje y al saqueo; a Páez le resultaba tan difícil dominarlas como en su tiempo los españoles a él y sus regimientos. La agricultura también aquí estaba en decadencia. El tesoro, vacío. Los empleados llevaban meses sin cobrar sueldo.

A los soldados tampoco les pagaban. Fue necesario dejar que muchos se marcharan a sus casas. Cada licenciado del ejército recibía como recompensa unos cuantos caballos y vacas. Pero, siendo las bestias para ellos una carga, los soldados las mataban y les sacaban el cuero para venderlo después.

Los ex combatientes de la guerra de liberación no llegaron tampoco a recibir las tierras prometidas (astutos negociantes les compraban los bonos agrarios) y con las manos vacías volvían a casa, donde les esperaban la desolación y el hambre.

En los últimos días de 1825 se recibieron noticias en Bogotá de que los españoles habían concentrado un gran ejército en Puerto Rico y Cuba, preparando una nueva invasión a Tierra Firme. Vistas las cosas así, el gobierno de Colombia encargó a Páez movilizar las milicias populares. Como la movilización resultó difícil, Páez puso en juego la fuerza —sus métodos de siempre— para reclutar hombres.

Santander, que sólo esperaba un pretexto para librarse de Páez, por mediación de sus amigos en el parlamento le acusó de haber actuado ilícitamente. El Parlamento decidió entonces separar a Páez del poder y llamarlo a Bogotá a dar explicaciones.

Páez se negó a obedecer. Lo apoyaban las autoridades de la mayoría de las provincias venezolanas, que poco después lo proclamaron jefe supremo de Venezuela. Páez declaró que no reconocía

al gobierno de Colombia presidido por Santander y que al primer intento de emplear contra él la fuerza, respondería con las armas.

Bolívar supo de estos acontecimientos con mucho retraso, pues las cartas de Bogotá y Caracas a Lima tardaban meses en llegar. Santander exigía de Bolívar un castigo ejemplar para Páez, mientras que este último pedía destituir a Santander. "Los agentes de los godos emboscados en Bogotá, escribía indignado Páez, quieren librarse de mí. Quedé tan desconcertado, que quise quemar públicamente en la plaza todos mis uniformes revolucionarios, suntuosos exponentes de mi desgracia, y conservar únicamente el busto vuestro que me enviara la República peruana como muestra de mi sincera amistad hacia Usted y de reconocimiento hacia el Gobierno peruano."

Las pasiones se enardecían más y más. Bolívar no pudo reconciliar a las partes contrarias. Había que volver pronto a Bogotá y tomar las riendas del poder de la Gran Colombia; de lo contrario, el edificio que tanto había costado construir podía derrumbarse y sepultar bajo sus escombros las últimas esperanzas de formar la Confederación Andina.

Recorriendo con paso nervioso su gabinete del palacio de la Magdalena, Bolívar decía a su ayudante:

– Por primera vez en mi vida no sé qué hacer, O'Leary. Si marcho hacia el norte, a Bogotá, se desprenderán de nosotros Perú y Bolivia. Si me quedo aquí, se desintegrará la Gran Colombia y entonces los peruanos nos echarán de Lima como a extranjeros indeseables.

Pero no se podía perder tiempo en reflexiones. Y Bolívar decide regresar a Colombia. Después de transmitir el poder presidencial al general La Mar y pronunciar ante el Congreso peruano un discurso de despedida, el Libertador abandona el 4 de septiembre de 1826 para siempre las costas del Perú en un navío que le dejaría en Guayaquil. En su equipaje llevaba el sable de oro y el uniforme de general en jefe que le había obsequiado el ayuntamiento de Lima.

Tres años antes Bolívar había llegado al Perú al frente del ejército colombiano para liberar a ese país del poder español. Ahora la antigua tierra de los incas estaba libre. Además de la República del Perú surgió otro Estado, Bolivia, destinada a ser un modelo para las demás repúblicas. Pero ¿no sería tal esperanza una quimera? Cierta vez Bolívar dijo a Sucre:

– Usted es el hombre de la guerra, yo soy el hombre de las dificultades.

¿Podrá Bolívar demostrar esto en Bogotá? Muchos dudaban de que tendría éxito.

La noche de septiembre

Me da vergüenza reconocer: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás.

Simón Bolívar

Bolívar regresaba a Bogotá, persuadido de que sólo la aprobación de la Constitución boliviana podía salvar de la anarquía y de la disgregación general a las nacientes repúblicas.

O Colombia aceptaba la Constitución, expresaba en sus cartas a Santander, o el contrato social cedía paso al "desarrollo de todos los elementos desorganizadores". Nada podría contener a las clases oprimidas. Los esclavos romperían las cadenas; cada raza trataría de conquistar el poder eliminando a sus rivales; el odio volvería a encenderse entre los grupos sociales, todos querrían dominar. Sería el principio del fin.

Bolívar no temía al pueblo; sencillamente, no creía que las masas embrutecidas e ignorantes, estuvieran en condiciones de construir ellas solas una nueva sociedad. Fiel a las ideas de los ilustradores del siglo XVIII, seguía considerando que los pueblos necesitaban de tutores. Y gobiernos de esta índole, sólo podían formarlos los hombres de las clases privilegiadas, quienes poseían los conocimientos necesarios.

Santander y sus amigos no presentían tales peligros, convencidos de que el progreso podía ser asegurado por la vía de la democracia parlamentaria. Bolívar se esforzaba en crear un poder ilustrado que moderara los apetitos de la burguesía y mejorara la situación de las masas oprimidas, mientras que la joven burguesía, a la que Santander representaba, exigía toda la plenitud del poder y no quería compartirlo con nadie.

El 12 de septiembre de 1826 el bergantín *Congreso* entró en el puerto de Guayaquil con Bolívar a bordo. Los ecuatorianos recibieron al Libertador con benevolencia, pues esperaban que con su llegada se resolverían los problemas que más les afectaban. De Guayaquil, Bolívar partió hacia Bogotá pasando por Pasto. En el trayecto se encontró con muchos amigos, admiradores y correligionarios. De uno de estos encuentros escribe él en carta a su amigo Rafael Arboleda, fechada el 11 de octubre de aquel año. El original de la misma fue donado al pueblo soviético por el historiador colombiano Horacio Rodríguez Plata en 1959, y desde entonces se guarda en la biblioteca *Lenin* de Moscú.

Por el camino Bolívar recibía mensajes de Santander. El vicepresidente insistía en que no debía alterar el orden constitucional, no

disolver sin autorización el Congreso, no abolir por decisión personal la Constitución de Cúcuta. También le exigía castigar a Páez. "Si yo hubiera sido usurpador –le decía a Bolívar– todos los fuegos se me habrían echado encima, y lo mismo si hubiera sido algún otro general sin relaciones ni prestigio; ha sido Páez, y porque es Páez ¿han de callar las leyes, los principios y hasta la razón?" Añadía que él, Santander, no había cooperado a la independencia del país "para que los colombianos queden representando la escena infame y peligrosa de someterse al poder del más fuerte a despecho de leyes y autoridades legítimas" y manifestaba: "De otro modo... le anuncio a Usted, desde ahora, que no hay Unión Colombiana y que se trabajará por restablecer la República de Nueva Granada de 1815".

Era, de hecho, un ultimátum a Bolívar. Al mismo tiempo, en Bogotá se había desatado contra éste una campaña en la prensa, y los periódicos amenazaban al Libertador con una rebelión popular si él intentaba implantar su dictadura personal. Pero Bolívar no era hombre que se amilanaba, y respondió a Santander en estos términos:

"No conozco más partido de salud que el de devolver al pueblo su soberanía primitiva... Usted dirá que esto no es legítimo; y yo, a la verdad, no entiendo qué delito se comete en ocurrir a la fuente de las leyes para que remedie un mal que es del pueblo y que sólo el pueblo conoce... Si Usted y su administración se atreven a continuar la marcha de la República bajo la dirección de sus leyes, desde ahora renuncio al mando para siempre en Colombia, a fin de que lo conserven los que saben hacer este milagro. Consulte Usted bien esta materia con esos señores, para que el día de mi entrada en Bogotá sepamos quién se encarga del destino de la República, si Usted o yo".

La actitud intransigente de Bolívar obligó a Santander y sus amigos a buscar un compromiso. Santander partió al encuentro de Bolívar. En Tocaima, a medio camino entre Quito y Bogotá, después de cinco años de separación, se entrevistaban presidente y vicepresidente de la Gran Colombia. A los viejos amigos les dividía ahora un profundo abismo. Miraban uno a otro con recíproca desconfianza. No poco trabajo le costó a Santander disipar la atmósfera de frialdad y hostilidad con la que fue recibido por el Libertador.

–No cuente Usted, mi general, con la constante fidelidad del partido disidente de Venezuela, ni con los veleidosos del Sur –le dijo a Bolívar–; el día menos pensado le faltan a Usted, y si Usted sufre alguna desgracia, esos señores lo abandonan y le hacen actas en sentido contrario a las pasadas. Cuente Usted sólo con los pueblos de Nueva Granada, con nosotros solamente; nosotros jamás lo abandonaremos, en nosotros encontrará Usted siempre amor, respeto, gratitud y obediencia.

–Agradezco a los granadinos la confianza que siempre me han depositado –contestó el Libertador–. Por lo que veo, también ahora me guardan cariño. Pero comprenda Usted, Santander, que el

futuro de América requiere no la existencia de repúblicas pequeñas y débiles que serían aplastadas por las grandes potencias, sino su unificación en una federación poderosa. La única garantía de que tal unión pueda subsistir y de que puedan evitarse las guerras civiles y la anarquía lo representa la Constitución boliviana con presidente vitalicio y vicepresidencia hereditaria. Acepte Usted esto y volveremos a ser amigos.

Horas y horas estuvieron Santander y Bolívar en la sala del viejo ayuntamiento de Tocaima hablando del futuro de América. Ambos comprendían que la ruptura entre ellos provocaría la guerra civil en Nueva Granada y no aportaría laureles a ninguno de los dos. Sólo había una salida: llegar a un acuerdo mediante concesiones mutuas. Después de conversar casi toda la noche, por fin, tal acuerdo fue alcanzado. Santander aprobó la idea de que Colombia hiciera suya la Constitución boliviana, objetando, sin embargo, lo referente a la vicepresidencia hereditaria. Se comprometió, asi mismo, a cooperar en la organización de la Confederación Andina, Bolívar, por su parte, prometió no implantar su dictadura personal y procurar la subordinación de los venezolanos al gobierno o el castigo de Páez. Bolívar y Santander convinieron en que la nueva Asamblea Constituyente (la Constitución de Cúcuta debía regir sólo hasta 1831) se convocara tan sólo con la conformidad previa del Congreso en funciones.

Tras despedirse de Bolívar, a quién camino de Bogotá los habitantes de cada poblado le tributaban una entusiasta acogida, Santander retornó inmediatamente a la capital colombiana. Mucho empeño le costó convencer a sus correligionarios de que era necesario aprobar las concesiones que había hecho a Bolívar. Pese a ello, muchos partidarios de Santander prosiguieron en la prensa su campaña contra los planes "cesaristas" de Bolívar. Prepararon para entregárselo al Libertador, un memorándum en el que desaprobaban la Constitución boliviana y demandaban un castigo ejemplar para los "insurgentes" venezolanos encabezados por Páez.

El 4 de noviembre Bolívar y su séquito llegaron a Fontibón, en los alrededores de Bogotá, donde fueron recibidos por una guardia de honor, las autoridades locales y amigos. El Intendente Gobernador de Bogotá, coronel Ortega, pronunció en nombre del gobierno un discurso de saludo, en el que, sin ningún preámbulo como los que estaba acostumbrado a escuchar Bolívar, empezó a hacer una apología de los hombres respetuosos de las leyes para afirmar que los granadinos sólo estaban dispuestos a obedecer "al gobierno que habían jurado" (es decir, a Santander).

El discurso de Ortega puso fuera de sí a Bolívar, quien interrumpió al orador diciendo:

– Yo pensé que Usted quería honrar en su discurso las glorias ganadas por el ejército colombiano en los campos de batalla del Sur; en cambio, nos está dando una lección de respeto por las leyes

constitucionales. Pero ya es hora de hablar no tanto de las violaciones de la constitución como de la iniquidad de algunas leyes.

Después de decir esto, Bolívar, acompañado del séquito y los amigos, se dirigió a su residencia. El pueblo lo aclamaba con voces de júbilo, aunque los letreros con vivas a la constitución colocados por doquier indicaban que los dueños del poder no pensaban ceder sus posiciones.

En Bogotá, que contaba entonces con 20.000 habitantes, Bolívar se instaló en una casa que le había sido obsequiada por la ciudad todavía en 1820. El solar, ubicado en el centro de la ciudad, tenía una salida a la calle. Era un palacete de estilo colonial de un solo piso con cuatro habitaciones, biblioteca, comedor, recibidor y dormitorio. En el patio había una pequeña piscina en la que Bolívar, pese a hallarse a una altura de 2.600 metros, tomaba baños diariamente. Cerca corría un arroyo al que atravesaba un puente, y tras de él se encontraban unos cuarteles para la tropa.

Bogotá, en comparación con Lima, le pareció a Bolívar una pobre ciudad provincial. En las calles crecía la hierba y pastaban allí cabras y ovejas; las casas eran de adobe y de un piso por los frecuentes terremotos. El palacio presidencial más se parecía a una hostería; en todas partes se podía ver montones de desperdicios, perros vagabundos y andrajosos pordioseros.

– A juzgar por lo que se ve en Bogotá, no quedaron ni los rastros del empréstito inglés –dijo Bolívar irónicamente a Santander aludiendo a los rumores de que el vicepresidente se había apropiado de parte considerable del empréstito concedido por los ingleses.

Sin embargo, Bolívar estaba dispuesto a observar el acuerdo alcanzado con Santander en Tocaima. Al día siguiente de su llegada a Bogotá, el Libertador anunció que tomaba posesión de su cargo de presidente de la República con poderes ilimitados en Venezuela. Bolívar facultó a Santander a seguir encabezando el gobierno de Nueva Granada. Ahora había que castigar y encarrilar a Páez y sus partidarios venezolanos, Bolívar preparó un ejército para marchar a Venezuela y, al despedirse de Santander, le dijo:

– Persuádase Usted, mi querido general, que todo está perdido para siempre si no obramos con resolución. La guerra del Oriente va a ser muy cruel y durará tres o cuatro años. Sucederá lo mismo que cuando combatíamos a los españoles: hoy serán derrotados y mañana se presentarán más fuertes. La guerra del Oriente la hacen gentes de color y, por lo mismo, no hay duda de su origen. Esto podía evitarse si la República fuese regida por la Constitución boliviana.

Entre tanto, Páez no permanecía con los brazos cruzados. Al enterarse de que Bolívar había llegado a un acuerdo con su enemigo jurado –Santander–, se quitó de encima el uniforme de gala con que aparecía en las recepciones de Caracas, se vistió de llanero, como en los viejos tiempos, montó a caballo y con un pequeño grupo de alle-

gados se marchó hacia los llanos del Apure. Allí le conocían todos, allí los fieles y valerosos llaneros lo idolatraban. Ahora él volvía a pedirles auxilio.

– Nos vendieron los leguleyos de Bogotá, los señores de sangre azul, los letrados, negociantes y especuladores –les decía Páez a los llaneros–. Cuando peleábamos derramando nuestra sangre por la república, esos zancudos se quedaban en la retaguardia y amasaban fortunas con nuestro sacrificio. Después de la victoria usurparon el poder y quieren esclavizarnos de nuevo. Los leguleyos malditos supieron arrastrar para su lado al mismo Bolívar. Pero esto no debe sorprendernos, pues Bolívar es un mantuano y un hacendado y no tiene nada que hacer con nosotros. ¡Hermanos, llegó la hora de la venganza! Monten los caballos, tomen las lanzas y síganme. Ahora pondremos orden en la república.

Y los llaneros, hambrientos como siempre, carentes de un pedazo de tierra y soñando con una mejor suerte y el bienestar de sus hijos, se levantaban, se armaban con lanzas hechas por ellos mismos y marchaban bajo las banderas de Páez. Ese ejemplo lo seguirían después los esclavos, los negros libertos, los mulatos, zambos e indios. Para ellos, Páez seguía siendo un hombre del pueblo, el único en quien se podía confiar.

Cuando Bolívar cruzó la frontera venezolana cerca de Cúcuta, en seguida se percató de que sus peores presentimientos se habían cumplido. Páez había logrado levantar contra él a "nuestros cosacos", como llamaba el Libertador a los llaneros. Fue la primera vez, en quince años de guerra, que a Bolívar se le contrajo el corazón. ¿Estaba tan seguro de que iba a vencer como en la guerra de la independencia? No, no sentía la seguridad de antes. La guerra contra los llaneros le había sido impuesta no tanto por Páez como por Santander. Al fin y al cabo, pensándolo bien, con sus concesiones a Santander en Tocaima había cometido un error. Con quien debía pactar era con Páez, por ser más fuerte y cien veces más peligroso que Santander, pues Páez disponía del invencible ejército llanero, mientras que Santander no tenía a sus espaldas más que abogados, especuladores y estudiantes imberbes. Bolívar llegó a tal conclusión ya en Maracaibo, adonde se dirigió después de Cúcuta.

En Maracaibo el Libertador emitió un decreto convocando en el territorio de la República de Colombia a los colegios electorales para fijar la fecha de las elecciones a una Asamblea Constituyente. Esto implicaba el cambio de la Constitución de 1821 por la boliviana, la separación de Venezuela de la Nueva Granada y la formación de la Confederación Andina, es decir, todo lo que objetaba Santander y lo que aceptaba Páez. De todo el grandioso programa de Bolívar, el jefe llanero llegó a entender una sola cosa: si el proyecto del Libertador llegaba a hacerse realidad, Venezuela sería autónoma y él, Páez, gobernaría en ella a semejanza de los capitanes ganerales españoles de antaño.

Páez entró en negociaciones con Bolívar, aceptando reconocerlo como presidente de Colombia a cambio de la confirmación de él. Páez, como general en jefe con poderes civiles y militares en Venezuela. Bolívar dio su consentimiento y promulgó el correspondiente decreto.

"Por mi parte –escribió Bolívar a Santander justificando su proceder–, no he podido menos que dar el decreto que Ud. verá; él evita la guerra civil que devoraba a Venezuela... no puede Ud. imaginarse, mi querido general, la fermentación en que se hallan todos los partidos en Venezuela, y la serie de males que tenía adelante era tan terrible como dilatada: dentro de poco no hubiéramos encontrado sino escombros anegados en sangre... El general Páez tenía elementos de que valerse y aún ya había empezado por dar libertad a sus esclavos. Se decía que lo perseguían, porque era de la clase del pueblo. El Bajo Apure y Cumaná hubieran encendido una guerra de ilotas".

Así, pues, Bolívar temía una guerra de ilotas y no quería pelear contra ellos. Comprendía que un pueblo sublevado en lucha por sus derechos es una fuerza enorme y todopoderosa. La tragedia de Bolívar consistía en que no quiso encabezar esta fuerza y, con ayuda de ella, llevar a la práctica las reformas planeadas. A esta fuerza él la temía, temía verse aislado y aplastado por ella. Bolívar veía en la guerra por la independencia mucho parecido con la Revolución Francesa de 1789. Reconocía que en las revoluciones se puede triunfar apoyándose sólo en el pueblo revolucionario, pero también pensaba que los frutos de la victoria sólo podrían mantenerse con ayuda de los elementos conservadores: el clero, los grandes hacendados y los ricos, como había hecho Napoleón.

El pacto de Bolívar con Páez y la convocatoria de los colegios electorales para preparar las elecciones a una nueva Asamblea Constituyente provocaron una tormenta de indignación en Bogotá. Por cierto, Santander en sus cartas a Bolívar quería evitar una ruptura definitiva, tratando de convencer al Libertador para que presentara todas sus decisiones a la ratificación del Congreso.

– En Nueva Granada hay un descontento general –prevenía Santander–. Temen todos que el interior vendrá a ser una colonia disimulada de Venezuela, que Bogotá perderá su prestigio, que recibirán sus condignos castigos por no haber proclamado la dictadura, que los granadinos serán los ilotas de los venezolanos, y que por buenos o por malos se nos dará la Constitución de Bolivia.

Bolívar hizo oídos sordos a estos avisos, mientras Páez le seguía prodigando alabanzas. En uno de sus manifiestos, evidentemente escrito por otra persona, este jefe semianalfabeto de los llaneros vertía los siguientes conceptos:

– Abrid el gran libro de la historia universal, ved y comparad a los grandes jefes de las naciones libres en el apogeo de su poder y a nuestro compatriota Bolívar. ¡Oh, cuán ruines y viles son unos y preclaro el otro! Ascended a El Pireo y contemplad desde allí a

los jefes de la gloriosa Atenas. ¿Quiénes fueron Mitrídates, Temístocles. Arístides, Cimón, Calícatres y muchos otros, sino jefes o tribunos eventuales que rigieron los destinos de un pueblo tan poco numeroso como la población de una de nuestras comarcas?... ¿Acaso les tocó combatir durante doce años con un enemigo tan cruel y tenaz como fueron los españoles? ¿Acaso los persas pueden compararse de manera alguna con los godos, o Filipo de Macedonia con Fernando de Borbón? ¿Acaso estos afamados conductores liberaron a sus patrias de las cadenas y les dieron nueva vida, acaso Solón o Jerjes abatieron el despotismo con sus espadas? ¿Qué son estos personajes privilegiados a quienes la historia concedió inmortalidad en comparación con el gran Bolívar? Son como los fósforos, cuya débil y vacilante luz desaparece ante el rayo de sol que se asoma en Oriente. ¿Y quiénes eran Pisístrato, Pericles, Alcibíades, Lisandro y muchos otros jefes de Atenas? Nobles canallas que, aprovechándose de la fuerza que tenían en sus manos, sólo trajeron desgracia a su tierra para ser condenados en Grecia al oprobio.

Con tono no menos pomposo hablaba Páez de sí mismo:

– Me levanté desde los llanos infinitos del Apure contra el despotismo como un león que se lanza sobre su presa. En miles de combates he desafiado la muerte, la rocé con mis propias manos y la vencí al precio de mi propia sangre. Armado de una lanza, conquisté la libertad para Venezuela y Colombia. Por eso no puedo permitir que vosotros volváis a ser sojuzgados, que volváis a cargar las cadenas que yo he destruido. ¿Puedo querer yo a la monarquía? Arrancaría antes mi corazón que violar mi juramento, que caer tan bajo. Estad seguros, colombianos, nunca jamás el general Bolívar, vuestro Libertador y padre, será rey ni de Colombia ni de América, y jamás José Antonio Páez se hará cómplice de patricidio tan vil.

Esto lo decía aquel mismo Páez que durante la permanencia de Bolívar en Perú le mandaba un mensaje tras otro para convencerlo de que aceptara coronarse como rey.

Bolívar se encontró con Páez cerca de Caracas, y juntos entraron a la capital venezolana. Con motivo de la reconciliación se hizo una gran fiesta. En uno de los banquetes, donde Bolívar y Páez intercambiaron toda clase de cumplidos, el Libertador obsequió al jefe llanero su espada. En respuesta a ello Páez pronunció un melodramático discurso que reprodujo treinta años después en su *Autobiografía* (escrita, dicho sea de paso, por personas más instruidas que él). Esto es lo que más o menos dijo Páez, según afirma, aquel día memorable:

– El Libertador no pudo hacerme obsequio mayor: me dio la espada con la que liberó al mundo... En mis manos ella siempre seguirá siendo la espada de Bolívar, cuya voluntad ha de orientarla ¡Que me muera una y mil veces y que me venga la maldición si dejo caer esta espada de mis manos, si intento derramar alguna vez la sangre de aquellos, a quienes hasta ahora he liberado! ¡Conciu-

dadanos, la espada de Bolívar se encuentra en mis manos! ¡Por ustedes y por él dispuesto a dar la vida!

Ni el propio orador, ni aquel en cuyo honor se pronunciaban estas palabras, creían en ellas. Bolívar conocía bien qué representaba en sí el catire Páez.

– El general Páez –le diría a Peru de Lacroix– es el hombre más ambicioso y más vano del mundo, ciego en su orgullo e ignorancia. Siempre será un instrumento de sus consejeros.

* * *

Entretanto, en el otro confín del territorio liberado por Bolívar, en Lima, sus enemigos fraguaban nuevas maquinaciones. Los señores feudales peruanos, que soñaban con zafarse a toda costa de la tutela del Libertador, habían conseguido sobornar al sargento granadino Bustamante, que destituyó al jefe de las unidades colombianas en Lima, acusándolo de conjurar contra el gobierno de Santander. La rebelión de Bustamante provocó júbilo en Bogotá. Santander saludó a éste como salvador de la patria. Pero el granadino, con la conformidad del gobierno peruano, decidió evacuar del Perú al Ecuador las unidades colombianas.

Tan pronto como estas fuerzas se marcharon, Lima abolió la Constitución boliviana, separó a Bolívar del cargo de presidente del Perú y nombró para ese puesto al general La Mar.

El ejemplo de Lima lo siguió Guayaquil, donde, con el respaldo de ese mismo sargento Bustamante, fue proclamada la autonomía del Ecuador, eligiéndose presidente del país también a La Mar, ecuatoriano de nacimiento. De este modo, Ecuador se había unido de hecho al Perú. Sucre, al informar de estos sucesos a Bolívar, subrayaba que no significaban otra cosa que la sentencia de muerte para Colombia.

Santander y sus partidarios rebosaban de júbilo. Decían que los acontecimientos de Guayaquil y Perú eran un resultado de la negativa de Bolívar de castigar a Páez y los sediciosos venezolanos, pues procediendo así había ultrajado las leyes y al gobierno de Bogotá. "Ya verá Usted lo que es recibir un ultraje semejante –le escribió Santander a Bolívar– y considerará cómo se verá un gobierno que se queda ultrajado y burlado."

Bolívar respondió a Santander comunicándole que rompía con él todas las relaciones y pedía no escribirle más. Santander le envió una carta más, la última. En ella ratificaba su amistad y fidelidad al Libertador y patentizaba la esperanza de que Bolívar sería indulgente con él, impartiéndole esa gracia "con la misma bondad con que se la ha impartido a sus enemigos y a los de su patria". La alusión a Páez era más que obvia. "Mis votos serán siempre por su salud y prosperidad, mi corazón siempre amará a Usted con gratitud; mi mano jamás escribirá una línea que pueda perjudicarle, y aunque Usted

no me llame en toda su vida, ni me crea su amigo, yo lo seré perpetuamente con sentimientos de profundo respeto y de justa consideración". La carta terminaba con una frase que en aquellas circunstancias más parecía una burla respecto a Bolívar: "Besa las manos de V. E., su muy atento y humilde servidor, Francisco de P. Santander".

Santander obró con mucha habilidad. Fingiendo que entre él y Bolívar todo iba bien, convocó al Congreso colombiano, al que Bolívar envió desde Venezuela su dimisión. Dimitió también Santander. La renuncia de Bolívar fue rechazada por cincuenta votos contra veinticuatro, mientras que contra Santander votaron solamente dos diputados. Bolívar pues, formalmente quedaba presidente de la Gran Colombia. Siguiendo el consejo de Santander, el Congreso dispuso convocar a elecciones a la Asamblea Constituyente antes de tiempo. Ello podría aparecer una concesión a Bolívar, pero en realidad Santander dio este paso porque estaba convencido de que la mayoría de la Asamblea lo seguiría a él y no a Bolívar.

Bolivia seguía siendo fiel a Bolívar; en Nueva Granada misma, en Cartagena, la guarnición de la fortaleza estaba al mando de Montilla, incondicional de Bolívar. Pero estas bases de apoyo pronto se verían socavadas también. En La Paz se produjo una insurrección encabezada por el sargento José Guerra. Los rebeldes tomaron la ciudad y proclamaron la unificación de Bolivia con el Perú, y, aunque Sucre pudo dominarlos, las tropas peruanas concentradas en la frontera amenazaban invadir Bolivia en cualquier momento. En Cartagena, asimismo, los acontecimientos tomaban un giro desfavorable para Bolívar. El almirante Padilla, el mulato cuyas hazañas heroicas durante el asedio de esta fortaleza por el ejército de Morillo cubrieron de gloria su nombre, derrocó a Montilla y tomó el poder en sus manos.

Tales sucesos obligaron a Bolívar a acelerar su regreso a Bogotá. Los partidarios de Santander escribían en los periódicos que Bolívar marchaba sobre Bogotá como antaño lo había hecho Morillo, para derramar la sangre de los patriotas, y que volvía como Bonaparte había regresado a París desde Egipto: para dar un golpe de estado.

La capital recibió a Bolívar fríamente, con recelo. El Libertador separó a Santander del gobierno y quedó a la espera de los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente.

En Bogotá se reunió con él Manuelita Sáenz. Bolívar cada día más necesitaba de su amistad y apoyo. La salud del caraqueño estaba quebrantada y sus cabellos se encanecieron. Eran frecuentes los accesos de fiebre y de dolores de cabeza. Después de períodos de enérgica actividad, venían cada vez más seguido momentos en que el Libertador perdía interés por los sucesos y mostraba una indiferencia incomprensible para quienes lo rodeaban. Cada día se hacía más irritable e impaciente.

Ahora solían frecuentarlo los dignatarios de la iglesia que lo instigaban contra Santander y los "revoltosos franceses". Bolívar creía que la iglesia le podía ayudar a derrotar a sus enemigos. ¿Acaso Napoleón, cuando implantaba el orden en Francia, no había acudido a la iglesia católica? El pensaba hacer lo mismo. Devolvería a la iglesia sus antiguos privilegios; a cambio de ello los sacerdotes se convertirían en agitadores suyos. El pueblo humilde continuaba creyendo en Dios y obedeciendo a los curas.

Siguiendo a los clérigos, empezaron a asediar a Bolívar los adversarios de las innovaciones republicanas, todos los que soñaban con restablecer su antigua influencia, su poder y sus riquezas; entre ellos, había muchos que en tiempos pasados fueron partidarios abiertos o solapados de los españoles.

Nueva Granada y Venezuela eligieron sus representantes a la Asamblea Constituyente. Es notorio, que mientras Santander y sus adeptos no escatimaban esfuerzos para asegurar el triunfo de sus personeros, Bolívar no intervenía en la campaña, creyendo ciegamente que el partido de Santander sería derrotado.

Las elecciones no confirmaron esas esperanzas. La mayoría en la Asamblea Constituyente la obtuvieron los adversarios de Bolívar. Entre los diputados electos se encontraba Santander mismo. El nueve de abril la Asamblea inició sus labores en la ciudad de Ocaña. Bolívar concentró las tropas no lejos de allí, en el poblado de Bucaramanga, adonde se trasladó con su Estado Mayor. El Libertador esperaba que su presencia en Bucaramanga podría influir en el ánimo de los diputados y obligarlos a hacer concesiones. Consciente de que la Asamblea, en la que predominaban los partidarios de Santander, no aprobaría la Constitución boliviana incluso bajo la amenaza del empleo de la fuerza, Bolívar en su mensaje a los delegados dejó de insistir en la presidencia vitalicia, pero aconsejaba conceder al presidente todos los atributos del poder ejecutivo y establecer una forma centralizada de gobierno.

La Asamblea Constituyente rechazó el proyecto de Bolívar. Los adeptos de Santander propusieron adoptar una constitución que limitaba el poder presidencial y transformaba a las provincias en regiones autónomas. Por lo demás, los adversarios de Bolívar prometían reducir considerablemente el ejército y, en igual medida, también los impuestos.

Convencido de que la mayoría de la Asamblea Constituyente se mantenía hostil a él, Bolívar decide dar un golpe de estado. Ordena a sus amigos abandonar la Asamblea y, al mismo tiempo, en diferentes ciudades de Colombia sus partidarios organizan manifestaciones exigiendo que el Libertador se proclame dictador de Colombia. Bolívar regresa a Bogotá y, remitiéndose a la voluntad del pueblo, declara disuelta la Asamblea Constituyente, se proclama dictador y anula el cargo de vicepresidente. Dirige un mensaje al pueblo anunciando que desde ahora ofrecerá protección a la Iglesia católica y que

los "sueños utópicos de perfección social" deben ceder lugar a la fe en Dios. El mensaje terminaba con estas palabras:

– ¡Colombianos! No os hablaré nada de libertad, porque si cumplo mis promesas seréis más que libres, sereís respetados; bajo la dictadura ¿quién puede hablar de libertad? ¡Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo!

Bolívar, pues, ya es dictador. Su poder no tiene límites. Su respaldo son el clero, los enemigos de ayer de la República, los generales venezolanos. Pero ¿se siente él conforme? No, pues comprende que su gloria tan preciada de Libertador ha sido manchada ahora por el título de dictador. ¡Cuántas veces había declarado al pueblo que el primer día de la paz sería el último día de su mando, cuántas veces había dicho a sus amigos que jamás seguiría los pasos de Napoleón y no violaría el orden republicano!

Pero ¿podía acaso Bolívar dejar el poder y observar impasible desde fuera cómo sus correligionarios, quienes le deben todo, hasta "el aire que respiran", destruyen las repúblicas que él fundó, sumergiéndolas en el océano de la anarquía? ¡Acaso no se consagró totalmente a la causa de la liberación de las colonias del yugo español, acaso no entregó todo lo que tenía a esta lucha: su fortuna, salud, juventud, acaso no hizo todo lo posible para mejorar el bienestar del pueblo? El, Bolívar, abolió la esclavitud, proclamó la igualdad de las razas, dio tierras a los indios. ¿Y qué hizo Santander por el pueblo? El astuto granadino pensaba sólo en su propia conveniencia, en enriquecerse. Y el pueblo ¿es que lo comprendía a él, Bolívar? Durante la guerra contra los españoles había que obligar a los granadinos para que pelearan por su libertad; ahora ellos brindan su apoyo al ambicioso e intrigante Santander. No: un pueblo así no necesita de Libertadores, sino de tiranos. Y ahora él, Bolívar, se ve obligado a serlo, precisamente, en nombre del bien del pueblo. "Estoy penetrado hasta adentro de mis huesos –decía–, que solamente un hábil despotismo puede regir a la América... El origen más impuro es el de nuestro ser: todo lo que nos ha precedido está envuelto con el negro manto del crimen. Nosotros somos el compuesto abominable de esos tigres cazadores que vinieron a la América a derramarle su sangre y a encastar con las víctimas antes de sacrificarlas, para mezclar después los frutos espúreos de estos enlaces con los frutos de esos esclavos arrancados del Africa. Con tales mezclas físicas, con tales elementos morales ¿cómo se pueden fundar leyes sobre los héroes, y principios sobre los hombres?"

Bolívar intentaba justificar, fundamentar su golpe, él conversa con amigos, escribe cartas a los conocidos. Ya no ríe ni se muestra alegre como antes. Confía cada vez menos en quienes le rodean y casi no sale de su casa de Bogotá. Es dictador, pero no persigue a nadie; tiene todo el poder en sus manos, pero, parecería, que no sabe cómo utilizarlo. Incluso dejó de lado su proyecto de crear la Confederación Andina. Más y más tiempo dedica a Manue-

lita, confiriéndole la solución de asuntos de Estado. Manuelita, vestida con uniforme de oficial del ejército colombiano y acompañada por una escolta de honor formada por húsares, recorre diariamente en un brioso corcel las principales calles de Bogotá, provocando maliciosas y despectivas burlas entre los enemigos de Bolívar. Manuelita ama a Bolívar y es partidaria de emprender acciones decididas.

– ¿Qué esperas? –le dice a Bolívar–. ¿Acaso no sabes que Santander y su gente preparan contra ti una conjura? Hay que arrestar a Santander mientras no sea tarde. Muestra tu fuerza; de lo contrario, acabarán contigo como con un polluelo.

– Yo no puedo hacer eso –respondía Bolívar–. Soy Libertador y no un verdugo. Si llego a arrestar a Santander, en América y en Europa dirán que estoy ajustando con él cuentas personales.

El Libertador se sentía inseguro en el clima de hostilidad que lo rodeaba ese tiempo en Bogotá. Ya entonces, por lo visto, pensaba dejar Colombia. ¿No sería ésta la razón que explica su deseo de vender las minas de cobre que tenía en Venezuela y que administraba su hermana María Antonia, residente en Caracas? La hermana de Bolívar hace referencia a ello en carta escrita al Libertador con fecha 29 de julio de 1828, cuyo original se encuentra en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Pública Estatal *M. E. Saltikov-Schedrín* en Leningrado*.

Bolívar designó a Santander embajador plenipotenciario en Estados Unidos. Pero éste no se apresuraba en dejar Bogotá. Entretanto, la campaña contra Bolívar arreciaba. En las hojas periódicas se acusaba al Libertador de todos los pecados del mundo. En Bogotá y otras ciudades de Nueva Granada se formaban "Sociedades de salud pública" que exhortaban a la población a "librar a la República de ese tirano abominable". Ninguna clase de medidas de seguridad Bolívar no adoptaba. La residencia en que vivía estaba custodiada solamente por dos centinelas y varios ayudantes. Los más encarnizados enemigos del Libertador –el jefe del Estado Mayor coronel Guerra, su ayudante venezolano, el mayor Carujo, y el francés Hormet– propusieron a Santander dar muerte a Bolívar. El ex vicepresidente, sin embargo, no aprobó sus planes. Quiro llegar al poder con las manos limpias, les respondió. Pero sus amigos no eran tan escrupulosos, y decidieron actuar por su propia cuenta y riesgo.

La tarde del 25 de septiembre de 1828 Bolívar se sintió mal, y pidió a uno de sus ayudantes llamar a Manuelita Sáenz, que vivía cerca de su residencia. Manuelita lo obligó a tomar un baño caliente y acostarse. A medianoche, en la casa se levantó un alboroto, sonaron

* El texto de esta carta fue publicado por primera vez en el artículo *Un autógrafo leningradense de Simón Bolívar* de M. Fainstein (revista *América Latina*, Nº 2, 1978).

unos disparos que despertaron a Bolívar y a Manuelita.

– ¿Qué pasó? – preguntó Bolívar.

– Que te quieren matar. Vístete. ¿No pensarás pelear por tu vida en camisa de dormir?

Mientras Bolívar se vestía, Manuelita cerró la puerta con llave y le dio un consejo oportuno.

— ¡ Salta por la ventana!

Bolívar tomó la espada y la pistola y saltó a la calle. Todo alrededor era penumbra. El fugitivo corrió en dirección a los cuarteles. Por el camino encontró a su criado y corrieron juntos. Al poco les interceptaron el paso varios militares al grito de " ¡Muera el tirano! ". Bolívar y su acompañante se vieron obligados a retroceder y ocultarse bajo el puente.

Entretanto, los conjurados mataron a Fergusson, el ayudante de Bolívar, e irrumpieron en el dormitorio exigiendo a Manuelita les dijera hacia dónde había escapado aquél. Manuelita no perdió la presencia de ánimo, contestando que a Bolívar lo habían llamado a una reunión urgente.

Los disparos y el ruido junto a la residencia presidencial provocaron alarma en toda la zona. Los compañeros de armas del Libertador, entre ellos el ministro de guerra general Urdaneta, se precipitaron a los cuarteles, donde los sublevados incitaban a los soldados a amotinarse. Muchos se negaron, y a los amigos de Bolívar les fue fácil persuadir a los soldados a intervenir en defensa del Libertador. Santander, enterado del fracaso de la conjura, se presentó a los cuarteles manifestando su disposición de pelear por Bolívar.

El Libertador y su criado salieron de su refugio cuando oyeron a los soldados gritar "¡Viva Bolívar! " La aparición de Bolívar fue acogida con exclamaciones de júbilo. Media hora después todos los atacantes de la residencia presidencial –doce oficiales y estudiantes y veinticinco soldados–, a excepción de Carujo, habían sido detenidos. Bolívar los interrogó aquella misma noche y les aconsejó no confesar que habían atentado contra su vida, porque de hacerlo el tribunal de guerra los condenaría a muerte.

Al día siguiente los más íntimos colaboradores de Bolívar le exigieron castigar duramente a los complotadores, argumentando que si él les perdonaba, intentarían otra rebelión.

– Usted no tiene derecho a jugar así con su vida –le decía el general Urdaneta– y, además, poner en peligro no sólo a usted y a sus amigos, sino también la causa a la que ha consagrado toda su vida.

Bolívar no pudo resistirse a este argumento y los quince principales conspiradores fueron pasados al tribunal de guerra presidido por Urdaneta. Entre ellos estaban Santander, Padilla y otros adversarios de Bolívar. El tribunal sentenció pena de muerte para todos, incluidos Padilla y Santander, pues se supo que este último estaba también con los conjurados. En el último momento, Bolívar conmutó a Santander

la pena capital por el destierro; los otros catorce fueron fusilados en una plaza de Bogotá.

El atentado a Bolívar, el arresto de Santander y el proceso contra los conspiradores seguido del fusilamiento conmovieron a la población de Nueva Granada. En Pasto y otras provincias estallaron sublevaciones.

Los acontecimientos en Colombia los aprovechó el presidente peruano, general La Mar, para irrumpir en el país con un ejército de ocho mil quinientos hombres.

Después del 25 de septiembre a Bolívar le agobia un decaimiento físico y moral. Quienes lo veían, no reconocían al jovial, enérgico y seguro de sí Libertador. Ahora tenían delante un viejo quejoso de sus enfermedades que auguraba la inevitable disgregación y derrumbe de la República que había creado. Bolívar veía totalmente disipada su ilusión de formar una fuerte Confederación Andina y consideraba como fantasía la unidad de Colombia. Esos días solía decir a sus amigos:

– Si para sostener a un Estado es imprescindible un dictador, ese Estado no tiene razón de ser. Cuando yo deje de existir, esos demagogos se devorarán entre sí, como lo hacen los lobos, y el edificio que construí con esfuerzos sobrehumanos se desmoronará en el fango de las revoluciones. Lamento la suerte de Piar, Padilla y los demás que murieron por lo que Santander fue indultado. Santander comenzará todo de nuevo; sumirá a Colombia en el caos y así podrá justificarse. La gente de color dirá, y eso será más que justo, que he sido blando con este indigno blanco, cuyos méritos son ínfimos en comparación con los hijos gloriosos de la patria como lo fueron Piar y Padilla.

Bolívar comprendió que quienes más ganaron de la victoria sobre los españoles fueron los criollos, que utilizaron el poder conquistado por el pueblo para enriquecerse. El no empleaba el término "burgués" que no existía entonces en el léxico político; sin embargo, nada revela con tanta precisión el carácter burgués de América después de conquistada la independencia, como las siguientes palabras de Bolívar pronunciadas por él inmediatamente después de los acontecimientos de septiembre de 1828:

– En Colombia hay una aristocracia de rango, de empleos y de riqueza, equivalente, por su influencia por sus pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia de títulos y de nacimiento más despótica de Europa. En aquella aristocracia entran también los clérigos, los frailes, los doctores o abogados, los militares y los ricos; pues aunque hablan de libertad y de garantías es para ellos solos que las quieren y no para el pueblo, que, según ellos, debe continuar bajo su opresión; quieren también la igualdad, para elevarse y ser iguales con los más caracterizados, pero no para nivelarse con los individuos de las clases inferiores de la sociedad: a éstos los quieren considerar siempre como sus siervos a pesar de todo su liberalismo.

Bolívar no podía soportar a los "demócratas" de este tipo, como ellos no podían soportarlo a él; pero tampoco supo apoyarse en fuerzas más avanzadas. De ahí su hondo pesimismo, su desilusión.

Pese a todo, recordando los azarosos y gloriosos años de la guerra de independencia estaba seguro de que había combatido por una causa justa.

Ya no había retorno al pasado. Bolívar iba ahora al encuentro de lo inevitable, de la muerte. A él y a su obra, la República de Colombia, no le quedaban más de un año de vida.

Bolívar manifestaba a los amigos sus deseos de dejar el mando y partir de Colombia a Inglaterra. Había pedido a su hermana en Caracas vender lo que quedaba de sus bienes heredados y enviar el dinero a nombre suyo a Londres, pero sentíase hechizado por el poder y se aferraba a él como el náufrago al madero que lo sostiene a flote.

Se aferraban al poder también sus ministros. Perdido el contacto con el pueblo, fraguaban planes para instaurar una monarquía y acudieron a Inglaterra y a Francia para que buscasen entre los representantes de las casas gobernantes de Europa un candidato para el trono de Colombia. Bolívar conocía estos proyectos y se pronunciaba en contra, pero con tanta indecisión, de manera tan ambigua e indefinida, que los ministros tomaban sus objeciones por asentimiento y proseguían mendigando en París y en Londres un "príncipe europeo" que los salvara del derrumbe que se avecinaba.

Pendiente de estas intrigas estaba el representante diplomático de Estados Unidos en Bogotá, William Henry Harrison, futuro presidente de ese país. El gobierno de Washington siempre desconfió de Bolívar, pues no le complacía la idea de la Confederación Andina ni los planes de liberación de Cuba y Puerto Rico, como tampoco la política aduanera llamada a defender la economía nacional de Colombia y obstaculizar el ingreso de la harina norteamericana y de otras mercancías sin valor al mercado del país. Y ahora aparecía Bolívar queriendo poner a la cabeza de la República un príncipe europeo, convertir Colombia en feudo de Londres o París y privar así a los negociantes de Boston y Baltimore de las suculentas ganancias que obtenían del comercio con esa nación. "Esto no debe permitirse –consideraba Harrison–. Hay que suprimir a Bolívar".

El diplomático estadounidense se veía con frecuencia con el general granadino Córdova, héroe de Ayacucho, quien gozaba de la plena confianza de Bolívar. Y Córdova se levantó en armas contra el "usurpador". La insurrección fracasó igual que todas las sublevaciones contra Bolívar. Las tropas fieles al Libertador al mando del irlandés O'Leary aplastaron a los rebeldes. El héroe de Ayacucho fue tomado prisionero y ultimado a sablazos por el voluntario inglés Rupert Gund.

Antonio José de Sucre, designado jefe supremo del ejército colombiano del Sur, derrotó a las fuerzas peruanas de La Mar, pese a

que doblaban en número a las suyas. En Lima cundió el pánico, pues esperaban una invasión colombiana al mando de Bolívar. La Mar fue destituido y expulsado del Perú. El nuevo gobierno se apresuró a concertar con Bolívar un tratado de paz, reconociendo a Ecuador como parte de la República de Colombia.

Sí, era una victoria, pero sin laureles, porque los vencidos eran los mismos que poco antes Bolívar había liberado del yugo español.

San Pedro Alejandrino

Mis últimos votos son por la felicidad de mi Patria
Simón Bolívar

El 13 de julio de 1829 Bolívar escribe desde Guayaquil una carta a un amigo, carta que es algo así como su testamento político. Bolívar vaticina que en cuanto dejara de ser presidente empezaría una guerra civil y Colombia se desintegraría. Era mejor, pues, dividirla ahora en tres repúblicas independientes: Nueva Granada, Venezuela y Ecuador. Pero si el nuevo Congreso, a convocar, según se suponía, en 1830, no llegara a sancionar la división, el único recurso posible de evitar la desintegración sería la designación de un presidente vitalicio y un senado hereditario.

"El pensamiento de una monarquía extranjera para sucederme en el mando –expresaba más adelante–, por ventajosa que fuera en sus resultados, veo mil inconvenientes para conseguirle:

Primero. Ningún príncipe extranjero admitirá por patrimonio un principado anárquico y sin garantías.

Segundo. Las deudas nacionales y la pobreza del país no ofrecen medios para mantener un príncipe y una corte.

Tercero. Las clases inferiores se alarmarán, temiendo justamente los defectos de la aristocracia y de la desigualdad.

Cuarto. Los generales y ambiciosos de todas condiciones no podrán soportar la idea de verse privados del mando supremo.

No he hablado de los inconvenientes europeos, porque pudiera darse el caso de que no los hubiera, suponiendo siempre una rara combinación de circunstancias felices".

Bolívar comentaba en las conversaciones con sus allegados:

– Hemos probado todos los sistemas y todos ellos han fracasado. Baste mirar lo que acontece alrededor nuestro. En México fue muerto el emperador Itúrbide; en Guatemala reina la anarquía; en Chile hay una nueva revolución; en Buenos Aires se asesinó al presidente; en Bolivia hubo tres presidentes en dos días y dos de ellos murieron. Las constituciones hoy en boga me han desilusionado; no tienen vigencia.

Estando en Ecuador, Bolívar decide definitivamente dejar su puesto y propone a Sucre para el cargo de presidente. Pero Sucre se niega rotundamente.

En cambio, sí pretende ocupar ese puesto Páez, y pide a Bolívar que apoye su candidatura. Si me eligen presidente, decía Páez, Venezuela seguirá formando parte de Colombia; si no, se separa.

Bolívar respondió al catire Páez:

– Será el Congreso que decidirá a quién elegir presidente. Mi

deber es respetar las decisiones de los representantes del pueblo. Y digo a Usted, bajo mi palabra de honor, que serviré con el mayor gusto a sus órdenes si es Usted el jefe del Estado. Y deseo que Usted me haga la misma protesta de su parte en el caso de que sea otro el que nos mande.

Páez comprendió la alusión. En noviembre de 1828 una junta popular reunida en Valencia rompió la unión con Nueva Granada y proclamó la separación de Venezuela. Poco después adoptó una resolución análoga la junta popular de Caracas, nombrando a Páez jefe de Estado y prohibiendo a Bolívar la entrada a Venezuela. Los partidarios de Páez reiniciaron la campaña contra el Libertador. Afirmaban que Bolívar quería convertirse, cumpliendo la voluntad de la Santa Alianza, en monarca absoluto, que engendraría príncipes, condes, marqueses y barones que privarían de derechos a indios, negros y mulatos, y que Páez, Arismendi, Mariño y otros caudillos de la guerra de liberación estaban dispuestos a salvar a Venezuela de esta traición.

De manera que las concesiones hechas por Bolívar a Páez en 1827, que fueron la causa de que se produjera la ruptura con Santander, llevaron a fin de cuentas al rompimiento también con Páez.

Ahora casi todos sus colaboradores habían abandonado a Bolívar o perecieron, entre ellos Santander, Córdoba, Páez, Arismendi, Mariño, Piar, Padilla, héroes de múltiples batallas que libraron a América del colonialismo español, patriotas fieles y leales a la causa republicana. Hasta Sucre, a quien Bolívar preparaba con tanto amor como sucesor suyo, despreciaba el poder y a los treinta y seis años no soñaba más que vivir en privado. Urdaneta, hombre de miras estrechas, Montilla, valeroso pero también con poca visión, y los generales de los voluntarios extranjeros tal vez eran todo el apoyo que tenía Bolívar en las postrimerías de 1829.

A medida que dejaban a Bolívar sus compañeros de armas, iban menguando también sus fuerzas físicas. La tuberculosis, que pronto lo llevaría a la tumba, minaba aceleradamente ese organismo que otrora había sido de hierro.

El 15 de enero de 1830 Bolívar vuelve de Ecuador a Bogotá, donde tenía que reunirse el nuevo Congreso Constituyente de la Gran Colombia para decidir la forma futura de gobierno de la República.

He aquí como describe uno de los testigos la entrada de Bolívar en la capital de Colombia:

"Puede asegurarse que todo el que tuvo un caballo o pudo conseguirlo, salió a encontrarle. Los balcones, las ventanas, las torres, estaban llenas de gente; pero en tan grande multitud reinaba silencio grave más que animación: las salvas de artillería, los repiques de las campanas vibraban sin producir alegría. El instinto de las masas veía más bien en aquella solemnidad los funerales de la gran República, que una entrada triunfal de su glorioso fundador. Es casi

seguro que sus más fogosos enemigos se sintieron conmovidos... Cuando Bolívar se presentó, yo vi algunas lágrimas derramarse. Pálido, extenuado; sus ojos brillantes y expresivos en sus bellos días, ya apagados; su voz ronca, apenas perceptible; los perfiles de su rostro, todo, en fin, anunciaba en él, excitando vehemente simpatía, la próxima disolución del cuerpo y el cercano principio de la vida gloriosa".

Bolívar envió al Congreso un mensaje renunciando a su cargo de presidente y pidiendo instituir un poder ejecutivo fuerte. El país necesita un nuevo presidente, decía en el mensaje. El pueblo quiere saber si dejo algún día de gobernarlo. Los Estados americanos me miran con desconfianza, lo cual puede producir nuevas desgracias, semejantes a la guerra con el Perú. Dejo desde hoy el cargo de presidente en vuestras manos, insistía; soy simplemente un ciudadano con armas, dispuesto a defender a la patria y someterse al gobierno. Y expresaba: "Me da vergüenza reconocer: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás".

Mientras tanto, la anarquía se extendía con mayor fuerza. Aumentaba la inquietud en las tropas. Bolívar reemplazó su gabinete de partidarios de la monarquía por otro, sólo de granadinos. Pero tampoco esta medida tranquilizó a sus adversarios. La prensa hostil al Libertador insistía en su expulsión del país y en el retorno de Santander al gobierno. No pasaba día en que en las páginas de los periódicos bogotanos no aparecieran las calumnias y acusaciones más infames contra Bolívar. Bolívar "no había ganado una sola batalla"; "No se había expuesto nunca a las balas"; "el vencedor de Boyacá había sido Santander, Bolívar había estado "ausente durante la batalla, desayunando en Tunja"; Bolívar era un "desertor" de Venezuela; había "asesinado a Piar" por envidiar su gloria; a Bolívar "lo habían echado a puntapiés del Perú"; la guerra a muerte "demostraba su sed de sangre"; "Libertar a Colombia del Libertador". Tales eran los títulos y temas de las columnas de prensa, cuyos autores obraban impunemente porque el "feroz dictador" respetaba la libertad de expresión...

Pero si los enemigos de Bolívar en Bogotá no tenían escrúpulos en cubrirlo de lodo, es fácil imaginar como actuaban quienes les secundaban en Caracas. Aquí los ataques a Bolívar llegaron hasta lo indescriptible. El Congreso venezolano, por instigación de Páez, quien sólo un año atrás había jurado lealtad a Bolívar, ahora acusaba al Libertador de "traidor a la patria, ambicioso y asesino de la libertad" y lo proscribía de Venezuela.

Al parecer, la mayoría del nuevo Congreso reunido en Bogotá era de partidarios de Bolívar. Presidente del Congreso fue Sucre. Aunque estaba claro que Bolívar, por el empeoramiento progresivo de la salud y por la actitud hostil de la mayoría de la población tenía que dejar el poder, el Congreso no aceptaba su dimisión, aunque tampoco lo confirmaba en el cargo de presidente. Bolívar tomó vacaciones, designando presidente provisional al granadino Domingo Caicedo.

Sólo entonces le aceptó el Congreso la dimisión y eligió presidente de la República al general Joaquín Mosquera, adversario de Bolívar. Santander había vencido a Bolívar en Bogotá; Páez en Caracas. A Bolívar no le quedaba otra cosa que preparar el equipaje y partir de Bogotá. ¿Adónde? Ni él mismo lo sabía de fijo. ¿Tal vez a Jamaica o Inglaterra, o más lejos aún? Las autoridades de Quito le llamaban a instalarse en Ecuador; el gobierno de Bolivia le propuso el cargo de embajador ante el Vaticano. Triste consuelo.

El 8 de mayo de 1830 Bolívar se despidió de Manuelita. Le rogó que no le siguiera: tú eres joven, le decía, y yo soy ya una ruina; me pondrías incómodo si vinieras conmigo. Junto con varios fieles amigos partió para Cartagena.

Aquellos días en las calles de Bogotá los vecinos veían con frecuencia a un demente que se figuraba ser un general. ¡Longanizo! ¡Longanizo! se burlaban de él los muchachuelos. Ese mismo epíteto le lanzaron los transeúntes a Bolívar, cuando el 8 de mayo por la mañana abandonaba la capital del Estado que había fundado para no volver nunca más a ella.

El 16 de mayo Bolívar llegó a las márgenes del Magdalena, donde subió a un barco, dirigiéndose corriente abajo hacia el Atlántico. Pasaba lentamente dejando a un costado Barrancas, Mompox, el Banco, Tenerife y otros poblados que recordaba desde los tiempos de la Campaña Admirable. De aquellos días habían transcurrido dieciséis años. ¿Qué había acontecido con él en ese lapso? La causa de la liberación había triunfado, pero él, el Libertador, enfermo y abandonado por todos, se veía obligado a buscar refugio en el extranjero, y los compatriotas se devoraban unos a otros como caníbales. ¿Quizás los filósofos se hayan equivocado y la libertad es un sueño inalcansable? ¿Se habrá equivocado él con su fe en el pueblo y en los generales? ¿Será tal vez el sino, la mala suerte? En algún sitio recóndito del alma ardía todavía una chispa de esperanza, de que los enemigos recapacitarían, que sobrevendría un cambio en los ánimos del pueblo, que le llamarían otra vez a gobernar Colombia y le darían la posibilidad de salvar la República.

En Cartagena, adonde Bolívar llegó después de un fatigoso viaje de treinta y cuatro días por el Magdalena, le recibió su viejo colaborador, el general Montilla. En la bahía se encontraba fondeando un paquebote inglés en el que Bolívar podía partir para Londres, pero el Libertador de América del Sur no tenía dinero. Bolívar pocas veces recibía su sueldo y lo gastaba, por lo común, en ayudar a sus compañeros de armas necesitados o en auxiliar a las familias de los patriotas muertos. Antes de marchar de Bogotá, se vio obligado a vender su platería, los caballos y los objetos personales de valor que tenía para costear el viaje. Por cierto, le quedaban las minas de cobre de Aroa, pero la situación en Venezuela no estaba para contar con la posibilidad de cobrar ingresos de allí. El parlamento colombiano le había asignado una pensión de treinta mil pesos anuales; Bolívar

esperaba que le enviaran ese dinero a Cartagena, pero nunca llegó. "Yo moriré como nací: desnudo" –decía.

El 1º de julio Bolívar recibe otro golpe: Antonio José de Sucre, su discípulo predilecto. su esperanza, el hombre de la más cristalina pureza, modesto, leal y honrado, había sido asesinado a traición por desconocidos, sin duda, enemigos del Libertador.

Entretanto Páez seguía denigrándolo. El Congreso venezolano dispuso que no pactaría con Nueva Granada "mientras exista en el territorio de Colombia el general Bolívar".

Venezuela, decía la resolución de su parlamento, aún tiembla pensando en la amenaza de que puede convertirse en patrimonio de Bolívar.

En octubre de 1830 los partidarios de Bolívar dan en Bogotá un golpe de Estado. Toma el poder el general Urdaneta, amigo del Libertador, quien de inmediato le propone asumir la presidencia. Bolívar rehusa: está viejo, enfermo, cansado, desilusionado, ofendido, ultrajado y falto de recursos. Escribe en su carta a uno de los amigos de Bogotá: "No, mi amigo, yo no puedo ir... Créame Usted, nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones; y últimamente he deplorado hasta lo que hemos hecho contra los españoles... Yo creo todo perdido para siempre; y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades. Si no hubiera más que un sacrificio que hacer y que éste fuera el de mi vida o el de mi felicidad, o el de mi honor... créame Usted, no titubearía; pero estoy convencido de que tal sacrificio sería inútil, porque nada puede un pobre hombre contra un mundo entero".

– La América es ingobernable –manifestaba Bolívar a sus amigos en Cartagena–. El que sirve una revolución ara en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas que devorará la ambición y aniquilarán manos asesinas. Los europeos, seguramente, no considerarán digno siquiera conquistarnos. Si el mundo retornara al estado del caos inicial de los elementos primitivos, ello correspondería a lo que está pasando ahora en América.

* * *

La salud de Bolívar iba empeorando cada día. El 24 de octubre lo trasladan en grave estado a Santa Marta, bastión de los españoles en el período de la guerra de independencia, y de allí a la quinta *San Pedro Alejandrino*, propiedad de Joaquín de Mier, rico negociante español.

Por la costa en seguida se propagó el rumor de que Bolívar moría. A *San Pedro Alejandrino* empezaron a llegar de todas partes sus viejos compañeros de armas, soldados y oficiales, en la mayoría desterrados de Venezuela. Día y noche hacían guardia ante el dormi-

torio donde se extinguía lentamente la vida del Libertador.

Atendía a Bolívar un médico francés llamado Reverend, que después relató en sus memorias los últimos días del Libertador. Reverend leyó a su paciente los últimos periódicos franceses con noticias de la revolución de 1830. En uno de los impresos se decía que los revolucionarios, al tomar por asalto la municipalidad de París, entonaban una canción que contenía la siguiente estrofa:

De la República el fuego sagrado
A Bolívar ilumina,
Y de dos Américas las montañas
A los pueblos salvaguardan.

Cierta vez, en que Bolívar había vuelto en sí después de un profundo adormecimiento, le preguntó al francés:

– Y usted ¿qué vino a buscar en este país?

– Libertad –le contestó el doctor.

– ¿La encontró?

– Sí, general.

– Ha sido más afortunado que yo. yo no la encontré –y añadió–: Regrese a su bella Francia, en la que nuevamente ondea la bandera tricolor.

El 16 de diciembre Bolívar dictó el último manifiesto a sus conciudadanos:

"¡Colombianos! Habéis presenciado mis esfuerzos para plantea la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad, y hollaron lo que me es más sagrado: mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos, obedeciendo al actual Gobierno, para liberarse de la anarquía; los ministros del santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares, empleando su espada en defender las garantías sociales.

¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro".

A su criado, Bolívar le legó la espada de Sucre y la medalla de oro recibida en Bolivia. El Libertador expresó el deseo de que lo enterraran en Caracas.

Bolívar no quiso confesarse, aunque después el clero hizo propalar el rumor de que había muerto reconciliado con la iglesia. No pensaba en Dios en su lecho de muerte, sino que recordaba su juventud, a su amigo Simón Rodríguez, a su prima Fanny, que siempre

le escribía cartas desde París. La débil mano de Bolívar acariciaba suavemente un pequeño tomo del *Contrato social* de Juan Jacobo Rousseau, del cual nunca se separaba. Este tomo, en cuyo nombre, como lo señaló un historiador, se derramaron en América del Sur ríos de sangre, Bolívar lo legó a la Universidad de Caracas. Tal fue su última disposición.

El 17 de diciembre de 1830, exactamente a los once años de la firma del decreto que consagraba la Unión de Nueva Granada y Venezuela en la Gran Colombia, a la una del día, Bolívar dejaba de existir. Había vivido tan sólo cuarenta y siete años. Le cerró los ojos el médico Reverend. Al lado de Bolívar, hasta el último suspiro, estuvo prodigándole su cariñosa solicitud el joven Miranda, hijo del Precursor y admirador del Libertador. Para ponerle el sudario al Libertador de América del Sur y antaño uno de los hombres más ricos de Venezuela, hubo que pedirles una camisa limpia a los vecinos.

El gobernador de la provincia venezolana de Maracaibo, Juan Antonio Gómez, uno de los primeros en recibir la noticia sobre la muerte de su célebre compatriota, imprimió una proclama en la que decía:

"Un acontecimiento ... que producirá bienes incalculables a la causa de la libertad y del bienestar del pueblo: Bolívar, el genio del mal, la tea de la anarquía, el opresor de su patria, ha dejado de existir".

Pero el epitafio maligno no sobrevivió a su autor.

En 1842 por decisión del Congreso venezolano los restos de Bolívar fueron trasladados de San Pedro a Caracas y sepultados en la Catedral. Más tarde se construyó un panteón especial a los héroes de la independencia. En su centro se encuentran dos sepulcros de mármol. Uno de ellos permanece cerrado: allí están los restos de Bolívar. El otro tiene la tapa corrida, mostrando que está vacío y espera para ser la última morada de Francisco de Miranda, muerto en la cárcel *La Carraca* en Cádiz y enterrado en un lugar hasta hoy desconocido.

Así terminó su trayectoria la vida de Simón Bolívar a quien los pueblos de América Latina llamaran siempre con el nombre de El Libertador.

La lucha prosigue

Para juzgar de las revoluciones y de sus actores, es menester observarlos muy de cerca y juzgarlos muy de lejos.

Simón Bolívar

Dos años antes de la muerte de Bolívar, la revista rusa *Moskovski telegraf* escribía:

"Muchos tomos habrá que escribir para relatar todos los esfuerzos y campañas protagonizadas por Bolívar en el deseo de inflamar y mantener la valentía de los americanos, todos sus triunfos y fracasos, los obstáculos de todo género que ha tenido que vencer, los peligros a que estuvo expuesto y que tan milagrosamente supo superar. Las increíbles marchas interminables desde las áridas y tórridas orillas de Cartagena hasta los límites de la Guayana desierta, pantanosa y torturada por los calores; de Guayana a Nueva Granada a través de la inmensa y altísima Cordillera que las separa; de Bogotá hasta las fronteras de Venezuela, en las orillas del Orinoco; del Orinoco, lejos al otro lado de la capital del Perú, cruzando charcos infecciosos, encaramándose por abruptos peñascos, entre nubes de insectos y los inevitables reptiles, con soldados a menudo sin pan, sin ropa ni calzado. ¿Quién no reconoce que son campañas más memorables que las victorias y no admite comparación con las batallas ganadas según las reglas de la táctica común? Cada una de estas hazañas es una victoria sorprendente. Atreverse a estas proezas, asumirlas personalmente, ir a la cabeza de unos soldados nuevos, nacidos y educados en Colombia, sin queja llevarlos tras de sí y, ya en el lugar de destino desbaratar con ellos al numeroso ejército español y obligarlo a rendirse en el lugar que había elegido Bolívar para derrotar a su adversario, ¿no son bastantes milagros para merecer el título de héroe?"

La guerra por la independencia de las colonias españolas fue un acontecimiento de indudable significación positiva. Toda persona de ideas avanzadas la veía con simpatía. Entre quienes seguían con admiración esta lucha estaban los decembristas rusos, el poeta Alejandro Pushkin, republicanos y radicales franceses y alemanes, ingleses e italianos.

Muchos historiadores o investigadores latinoamericanos ensalzan a Bolívar como gran hombre. ¿En qué consiste, pues, la verdadera grandeza del Libertador? A nuestro juicio, en que él supo en la guerra por la independencia interpretar las aspiraciones de las gentes sencillas, de indios, negros, llaneros que se habían levantado contra sus opresores.

Precisamente esta gente humilde, que tenía fe en Bolívar, fue la

que cargó en sus hombros todo el peso de la lucha de liberación. Ellos, indios, negros y llaneros morían bajo las borrascas de nieve en el paso de los Andes o en la espesura de las selvas vírgenes. Ellos precisamente alcanzaron las brillantes victorias de Boyacá, Carabobo y Ayacucho. La firmeza, el valor y el espíritu de sacrificio de esta gente fue lo que en fin de cuentas permitió expulsar del continente americano a los colonizadores españoles.

Desde luego, entre los participantes de la guerra de la independencia ha habido contradicciones. A la población trabajadora de las colonias la explotaban despiadadamente los colonizadores y los terratenientes nativos. Muchos de estos últimos temían que la guerra por la independencia desembocara en social. No obstante, pese a las contradicciones sociales que había dentro del campo patriótico, el deseo común de liberarse del yugo español unía a vastos sectores de la sociedad colonial.

Bolívar fue la encarnación de esta unidad, y no sólo un caudillo militar reconocido, sino también el indiscutible ideólogo de la guerra de la independencia. Sus innumerables manifiestos, proclamas, discursos y cartas servían como modelo de propaganda revolucionaria, contribuían a la victoria en medida no menor que las batallas.

Simón Bolívar mantenía correspondencia con muchos hombres ilustres de su tiempo, como el abate Pradt, con La Fayette, Daniel Webster, Lancaster, el filósofo Bentham, Humboldt, con muchos conductores del movimiento liberador de los países de América. Conocía personalmente a casi todos los oficiales del ejército liberador y a los funcionarios de Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú y Bolivia.

El Libertador comprendía muy bien las cuestiones de la política internacional y americana; de ahí que mucho de lo que predecía se hiciera realidad después. Bolívar había dicho que Napoleón iba a convertirse en un tirano todavía más cruel que los reyes franceses; que el general mexicano Itúrbide, al autoproclamarse emperador, había firmado su propia sentencia de muerte. Cuando emprendió la marcha a Angostura, prometió terminar la campaña en Potosí y hasta Potosí llegó; hallándose en Jamaica predijo la formación de repúblicas independientes y hasta señaló las fronteras que iban a tener.

Previno asimismo que en América del Sur triunfarían distintos tiranos y dictadores, pero que las repúblicas a cuyo nacimiento había contribuido tanto resurgirían y acabarían por emprender la marcha del progreso. A sus compatriotas les aconsejaba guardarse de los Estados Unidos, cuya política "aritmética" ya entonces trataba de imponer su dominación sobre las repúblicas latinoamericanas. Así sería más tarde. El Libertador veía más hondo, en más extensión y más allá que muchos de sus contemporáneos.

Cuando Bolívar se preparaba para ir a Ocaña e intervenir ante el Congreso, Santander dijo a los diputados:

– Mejor sería que Bolívar no venga. Ejerce tanta influencia y

poder en la gente, que incluso yo, cuando me dirigía a él con ánimos de venganza, me sentía desarmado ante su mirada y personalidad. Nadie puede luchar contra Bolívar cara a cara, y pobre de aquel que lo intente. Al instante tendrá que reconocerse derrotado.

Bolívar gozaba de la confianza de terratenientes y negociantes, criollos y negros, llaneros y pobres de la ciudad. Bajo su dirección llegó a la independencia una buena parte de América, se instauraron gobiernos republicanos, se separó el Estado de la Iglesia, se abolieron la esclavitud y los títulos nobiliarios, se proclamaron las libertades democráticas.

Muchas de estas conquistas, sin embargo, han sido sólo proclamas. Los latifundios de los colonizadores no se repartieron sino que pasaron a manos de mercachifles y especuladores. Los soldados tampoco recibieron las tierras que les habían prometido, sus certificados agrarios, los compraron hábiles y rapaces negociantes.

Después de la liberación, en lugar de haberse establecido un orden republicano ideal, unitarios y federalistas entablaron una lucha incomprensible para las masas populares, de cuyo bienestar nadie se preocupaba.

Bolívar intentó explicarse la situación creada, pero no supo hacerlo.

Con todo y esto seamos justos con el Libertador. El no fue el único que no vería claro el camino que los nuevos países seguirían para llegar al progreso o a la prosperidad. No lo veían tampoco muchos de sus contemporáneos. Ni San Martín, que en Francia terminó sus días lejos de la patria, ni O'Higgins, expulsado de Chile; ni Rivadavia, primer presidente de la Argentina, que también había de correr la misma suerte. No veía ese camino Santander y menos aún Páez, hombres que más pensaban en sus intereses propios que en los del pueblo.

La liberación de América del Sur acaeció cuando todavía no había salido al escenario histórico la clase obrera, única fuerza que podría haber realizado los cambios sociales en beneficio de los pueblos. El desarrollo de los nuevos países hubo de ir por el camino burgués, que significaba un salto adelante en comparación con las estructuras coloniales.

Con la muerte de Bolívar, la Gran Colombia que él había creado acababa por desintegrarse en tres partes integrantes: Ecuador, Nueva Granada (posteriormente, Colombia) y Venezuela. En estas repúblicas detentaron el poder los adversarios de Bolívar. En Nueva Granada, Urdaneta fue depuesto al poco tiempo de morir Bolívar, pasando a sustituirle el general Obando, a quien acusaban de haber fraguado el asesinato de Sucre. A los autores del atentado contra Bolívar se les indultó más tarde. Santander, que vivía emigrado en Francia, volvió a Bogotá y en 1832 fue elegido presidente. Ejerció la presidencia cinco años. En otro tiempo, Bolívar lo había llamado guardián de las leyes. Santander gobernaba respetando la Constitu-

ción, extendió la enseñanza, observó rigurosamente el principio de separación entre la Iglesia y el Estado; estableció relaciones de buena vecindad con Venezuela y Ecuador. Murió en 1840. Los colombianos consideran Libertador a Bolívar y fundador de su Estado a Santander.

Paéz sobrevivió a Bolívar en 43 años. Fue varias veces presidente de Venezuela y participó en las guerras civiles. En 1847, el incansable catire levantó la insurrección contra el presidente Monagas, pero lo prendieron, y después de tres años de cárcel lo expulsaron a los Estados Unidos, donde escribió su *Autobiografía*, no sin ayuda ajena. En 1861, Páez se proclamó dictador de Venezuela, tres años después lo derribaron y él huyó otra vez a los Estados Unidos.

Páez llegó a ser uno de los mayores terratenientes de Venezuela, portavoz de conservadores y latifundistas; éstos aprovechaban su influencia entre los llaneros y gentes sencillas, para gobernar a espaldas del *León de Apure*, como lo llamaban sus aduladores.

Simón Rodríguez, el preceptor de Bolívar, vivió hasta los 84 años. Casi veinticinco, en la pobreza, subsistiendo con lecciones y con la venta de velas de su propia fabricación. En Santiago de Chile, donde un tiempo vivió el glorioso Robinson, en la puerta de su casa había un letrero con esta curiosa inscripción:

Luces y virtudes americanas
esto es, velas de sebo, paciencia, jabón,
resignación, cola fuerte, amor al trabajo

En todo ese tiempo escribió diversos tratados científicos y sociales, pero en toda América del Sur no se encontró editor que los publicara.

Anduvo de un lado a otro en continuo peregrinaje, y una vez se presentó en Paita para ver a Manuela Sáenz, con la que pasó muchas horas en animada conversación, recordando los gloriosos tiempos pasados.

Después de la muerte de Bolívar y de la caída del presidente Mosquera, a Manuela la expulsaron de Bogotá para Jamaica, donde Maxwell Hyslop, el mismo que en 1815 había socorrido a Bolívar, le dio asilo. En 1834, Manuela volvió a Ecuador. Quien entonces gobernaba en el país, el presidente Flores, enemigo de Bolívar, dio la orden de expulsarla al Perú. Manuela vivirá desde ese momento en Paita, pero orgullosa e independiente, ganándose la vida con la venta de confitura que ella misma preparaba. Los vecinos de Paita la trataban bien. Manuela mantenía unos cuantos perros mastines, a los que llamaba Páez, Santander, Córdoba y La Mar, los hombres que

ella suponía culpables de la prematura muerte de Simón Bolívar.

El doctor Thorne, esposo de Manuela, seguía escribiéndole cartas desde Lima y proponiéndole que regresara a su lado. Ella le respondía con negativas. El le enviaba dinero, pero Manuela se lo remitía de vuelta. En 1840 Thorne fue muerto en Lima por unos desconocidos. El testamento que había dejado hacía a Manuela heredera de todos sus bienes, pero la orgullosa mujer renunció al legado, permaneciendo fiel a la memoria de Bolívar. Murió en diciembre de 1859, semiparalizada y atacada por la difteria. Las cartas de Bolívar, por ella guardadas hasta el último momento, desaparecieron. No se llegó a saber tampoco en qué lugar la enterraron.

Al desaparecer Bolívar de la escena histórica empieza una lucha entre sus partidarios, tanto por el poder como por su legado ideológico. Los enemigos de Bolívar, y en particular Páez, tomando en cuenta el amor y el respeto que la gente sencilla tributaba a la memoria del Libertador, se erigieron a sí mismos en bolivaristas convencidos, en continuadores espirituales de Bolívar. En sus discursos y memorias pintaban a Bolívar como a un hombre providencial y apartado del pueblo, partidario del poder dictatorial, enemigo de la democracia, y a sí mismos, como a sus fieles seguidores. Los dictadores e ideólogos reaccionarios de nuestro tiempo pretenden encubrir sus tenebrosos actos, la explotación, las persecuciones de los trabajadores y su confabulación con el imperialismo acudiendo a citas de Bolívar y presentándolo como adicto del panamericanismo y enemigo de la "anarquía", término que tratan de identificar con el movimiento revolucionario y de liberación nacional.

Estos caballeros calumnian a Bolívar, quien abogaba por la unidad de los países latinoamericanos y consideraba que sólo así se podía asegurar la independencia nacional contra los atentados de las grandes potencias, entre ellas los Estados Unidos.

Bolívar se pronunciaba en contra de la anarquía, pero entendía como tal no la lucha de las masas populares por su felicidad, sino las pugnas de los caudillos ambiciosos y sin principios, que con lemas demagógicos encubrían sus verdaderos designios: su afán de mandar y de enriquecerse. Un representante típico de estos caudillos fue el "amigo del pueblo" Páez, quien amasó una enorme fortuna y llegó a ser el primer terrateniente de Venezuela, mientras que el pueblo siguió viviendo en la más apremiante indigencia.

En su mayoría, los caudillos de la lucha por la independencia se habían hecho generales en la guerra contra los españoles, y, ya conquistada la independencia, muchos de ellos utilizaron el ejército para fines propios. No escatimaban galardones ni puestos de privilegio para sus acólitos. Casi todos los candidatos a la presidencia habían terminado la guerra a la edad de treinta años. En el transcurso de los cuarenta o cincuenta años siguientes fueron ellos los principales protagonistas en el escenario político de América Latina, utilizando el ejército como instrumento para alcanzar sus objetivos.

Los actuales dictadores, en su mayoría generales y coroneles, lacayos que sirven a intereses extranjeros, también tienden a utilizar el ejército contra el pueblo. Ellos han creado toda una teoría que llamaron "cesarismo democrático", según la cual los pueblos de América Latina no han madurado todavía para la democracia y es preciso gobernarlos con "mano dura", mediante la violencia y la dictadura.

Algunos reaccionarios "admiradores" de Bolívar procuran presentarlo poco menos que partidario del despotismo español. Afirman que Bolívar no fue paladín de los intereses nacionales de América Latina, sino tan sólo un "renegado español". Para ellos la guerra nacional por la independencia fue sólo una guerra civil entre "hermanos españoles".

Los malignos intérpretes de Bolívar no paran ahí. Al hombre que decía que la Iglesia católica siempre ha servido al despotismo nos lo presentan como católico fiel, poco menos que pregonero del clericalismo.

Simón Bolívar, admirador de Voltaire, era deísta, veía en la Iglesia un instrumento político para influir en la población. Desde el principio mismo de la lucha por la independencia, el Libertador intentó ganar al clero para la causa patriótica; pero el clero, con muy pocas excepciones, apoyó a los colonizadores, lo mismo que la Santa Sede. A los sacerdotes que intervenían contra los patriotas, el caraqueño los castigaba duramente, los encarcelaba o deportaba, y por crímenes más graves los condenaba a muerte. Si la guerra con los españoles lo requería, confiscaba bienes eclesiásticos, objetos litúrgicos, y las campanas de las iglesias las fundía para hacer cañones.

Bolívar condenaba el fanatismo clerical. A su ayudante Peru de Lacroix le decía:

– Nosotros nos indignamos con los paganos porque ellos adoraban estatuas, ¿y nosotros qué hacemos? ¿Es posible que nosotros, igual que ellos, veneremos un pedazo burdo de piedra o de madera elaborada, un pedazo de materia pintada, igual a los que aquí vemos, e igualmente vacío, que representan a la Vírgen de Chiquinquirá? Este es el peor mamarracho de todo cuanto he conocido, no menos por esto venerado por nosotros y no menos dinero proporciona a pesar de todo. Sobre los curas ignorantes y de doble faz: ¿por qué el pueblo permite que lo dirijan los embusteros, por qué el pueblo sigue tras de los imbéciles?

Incluso cuando esperaba que el clero le ayudaría a estabilizar la situación política y acudía a la iglesia, lo hacía con un tomo de Voltaire en la mano. Así era Bolívar, hijo del librepensador siglo XVIII.

Los reaccionarios levantaron gran alboroto alrededor del artículo de Carlos Marx dedicado a Bolívar. Ese artículo, sin la firma del autor, salió publicado por primera vez en 1858 en el tercer tomo de la *Nueva Enciclopedia Americana.* En vez de hacer una apreciación

objetiva del mismo y ponderar la perspicacia política del fundador del socialismo científico, quien resaltó las heroicas hazañas de los patriotas en la lucha contra el colonialismo español, los retrógradas empezaron a armar griterío en torno a los "errores" de Marx.

En la nota aclaratoria que acompaña al artículo publicado en la segunda edición de las *Obras Completas* de Carlos Marx y Federico Engels en ruso, se exponen detalladamente las circunstancias que incidieron en el contenido de ese trabajo.

El artículo sobre Bolívar, se dice en la nota, fue escrito por Marx en un período en que la historia de la guerra de los países latinoamericanos por su independencia (1810-1826) apenas había empezado a ser estudiada. Bastante difundidos estaban, en cambio, los libros y memorias de los aventureros europeos que en ella participaron movidos por intereses egoístas. Al no lograr lo que querían en América Latina, muchos de ellos presentaron la lucha por la independencia bajo un punto de vista tergiversado. Tal carácter revistieron las memorias del francés Ducoudray-Holstein, quien fuera un tiempo jefe del Estado Mayor de Bolívar y terminó siendo su enemigo personal; lo mismo el libro del inglés Hippisley, quien desertó del ejército de Bolívar, así como las *Memorias del general Miller* –una adaptación tergiversada de las notas de uno de los participantes de la lucha por la independencia peruana, William Miller, escrita por su hermano John.

En esos libros se exhibe un enfoque tendencioso del movimiento latinoamericano y de muchos de sus dirigentes. En particular, a Bolívar se le achacan muchos supuestos rasgos negativos (perfidia, altanería, cobardía); otros que realmente tenía (cierto apego a la fastuosidad y al poder, que se manifestó particularmente en los últimos años de su vida, cuando buscó respaldo en los círculos conservadores y clericales) fueron descritos con exageración extrema. La lucha de Bolívar contra los elementos federalistas-separatistas, por la unificación de las repúblicas latinoamericanas, quedó presentada como una expresión de tendencias dictatoriales; hubo también tergiversación directa de los hechos, como en la falsa afirmación de Ducoudray-Holstein de que en 1810 Bolívar no quiso participar en la lucha por la independencia de Venezuela, etc.

En realidad, como lo confirman estudios soviéticos posteriores, Simón Bolívar desempeñó un papel relevante en la brega por la independencia de América Latina, aunando en esta lid a los elementos patrióticos de la clase terrateniente criolla, la burguesía y las masas populares, incluidos los indios y los negros. La actividad de Bolívar, pese a todo su carácter contradictorio, contribuyó a la liberación de países latinoamericanos del yugo español, al establecimiento de formas republicanas de gobierno y a la realización de algunas transformaciones progresistas de tipo burgués.

Marx no contaba con otras fuentes, amén de los libros arriba citados, siendo para muy pocos conocido el espíritu tendencioso

que animó a sus autores. Por eso se formó una impresión unilateral acerca de la personalidad de Bolívar, lo cual halló su expresión en el artículo que escribió. En la actitud de Marx respecto a Bolívar influyó en cierto modo también la circunstancia de que en las publicaciones mencionadas se subrayaba exageradamente la inclinación de Bolívar por concentrar el poder en su propia persona. En la política del Libertador se hacían resaltar los rasgos de bonapartismo, contra los cuales Marx y Engels mantenían entonces una lucha sin cuartel. Marx, no obstante, no dejó pasar por alto tales aspectos progresistas en la actividad de Bolívar, como la liberación de los negros esclavos, y evaluó altamente el movimiento anticolonial de los pueblos latinoamericanos, al que calificó de liberador y revolucionario*.

Aquellos historiadores norteamericanos que pretenden presentar a Bolívar como un apologista de los Estados Unidos también tergiversan la verdad.

La avidez de los negociantes americanos provocaba en Bolívar repugnancia y desprecio. "Los Estados Unidos –escribía– parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad..." "Yo pienso que sería mejor que América aceptara el Corán, antes que la forma de gobierno de los Estados Unidos"... "Los Estados Unidos son lo peor y son los más fuertes de todos al mismo tiempo".

A los círculos agresivos de EE.UU. que se entrometen en la vida interna de las repúblicas latinoamericanas y derrocan a los gobiernos que gozan de la confianza del pueblo no estaría de más recordarles las siguientes palabras de Bolívar:

– La legitimidad de uno u otro gobierno incumbe a los ciudadanos propios y no a los extranjeros. Yo no sé qué derecho asiste a los extranjeros para demandar pruebas sobre la legitimidad del nacimiento de un gobierno.

Las masas trabajadoras, inspiradas por el ejemplo cívico de Bolívar, prosiguen la gran batalla por su liberación contra los nuevos colonizadores que atentan contra su independencia.

Cuba, a la que Estados Unidos impidieron a Bolívar liberar, conquistó ahora la verdadera independencia, se transformó en el primer territorio auténticamente libre, en el primer país socialista de América.

Avanza exitosamente el proceso revolucionario en otros países de América Latina, por cuya libertad e independencia peleó Bolívar. Los pueblos defienden valerosamente sus intereses nacionales, luchan por la realización de profundas transformaciones sociales. En esta lucha participan hoy también los representantes de otras capas sociales: militares, religiosos, estudiantes, etc. Muchos de ellos han calificado a esta lucha como a la "segunda guerra por la independencia" con la esperanza de que traiga a los pueblos del continente

* C. Marx y F. Engels. *Obras Completas*, t. XIV, págs. 753-754 (ed. rusa).

la liberación social, de la que Bolívar fue el precursor.

América Latina y toda la humanidad progresista conmemoró amplia y solemnemente el 150 aniversario de la muerte de Bolívar y el bicentenario de su natalicio.

Simón Bolívar, lo mismo que San Martín, O'Higgins, Artigas, Hidalgo, Morelos, José Martí y otros próceres de América Latina siguen ocupando su puesto en las filas de los luchadores por la felicidad de sus pueblos.

¡Honor y gloria a estos hombres!

NOTA AL LECTOR*

Este pequeño libro es importante para los lectores soviéticos y para las repúblicas americanas. En efecto, no se puede conocer a América del Sur sin conocer a Bolívar. Este nombre tiene significado profundo para nosotros. Bolívar terminó con la dominación colonial de España en América derrotando a los ejércitos colonialistas en varios países.

En 1810 germinaron en América Española las semillas de la Revolución Francesa. Los españoles pretendieron apagar el fuego de las ideas progresistas con despiadadas persecuciones. Fue en vano. Prohibieron la lectura de los enciclopedistas franceses. Pero los criollos entraban clandestinamente sus obras disfrazándolas de libros religiosos. Bolívar fue un discípulo de Montesquieu y de Voltaire. Estudió en París filosofía, política, se empapó de las ideas más democráticas de su época, conoció pensadores y organizadores de una nueva época. Entonces quiso llevar a América estas corrientes frescas, este aire renovado de Europa. Quiso abrir las ventanas coloniales que mantenían a América en tinieblas. Pero tuvo que echar abajo las ventanas a cañonazos.

De todos los protagonistas de las luchas de la independencia americana no hay ninguno más discutido, más apasionadamente analizado, pero ninguno es tan brillante, tan eficaz y, victorioso como él, Simón Bolívar es el gran Libertador del continente. Está lleno de aciertos y de errores. Su vida es tanto meditación como acción. Su carrera la comparten por igual la gloria y la desdicha.

Como pensador político su *Carta de Jamaica* es uno de los documentos más extraordinarios y proféticos de la historia de América. En esa carta apunta sobre cada una de las Repúblicas sus reflexiones, y muchas de esas líneas son valederas hoy, después de siglo y medio.

El advirtió los peligros del caudillismo feudal, y nos puso en guardia contra el creciente poderío de los EE.UU. de Norte América.

* La presente Nota al lector fue especialmente escrita por Pablo Neruda y publicada como prefacio en la edición rusa del libro *Simón Bolívar* de I. Lavretski, editado en Moscú en 1958.

Este deslumbrante soldado luchó por la liberación americana con la espada y la pluma. Así nos dejó una tradición viva que continuaremos los que deseamos una nueva liberación americana. Porque después de la independencia nuestras naciones cayeron en manos de nuevos señores feudales, de nuevos opresores y explotadores, tan crueles como los antiguos conquistadores.

Tenemos que acercarnos a la figura de Bolívar con gran respeto. Sus defectos, su personalismo, su mesianismo, no le impidieron llevar a cabo una epopeya de valor, de progreso político, y de cambios fundamentales en el Continente americano.

Por eso celebro la aparición de este libro que acercará, sin duda, los dramas, la lucha y la esperanza de los pueblos de América a los lectores de un país tan amado por esos pueblos como es la Unión Soviética.

Agosto, 1957

CRONOLOGIA DE LA VIDA DE BOLIVAR

1783, 24 de julio –Nace en Caracas Simón Bolívar.
1799 –Bolívar en España.
1802, 26 de mayo –Bodas de Bolívar en España.
1803, 22 de enero –Muerte de la esposa de Bolívar.
1804-1805 –Bolívar en Francia. Viaje con Simón Rodríguez a Italia.
1807 –Regreso de Europa a Venezuela.
1810 –Comienzo de la guerra por la independencia de Hispanoamérica. **19 de abril** –creación de la Junta Patriótica en Caracas. Bolívar realiza en Londres negociaciones con el gobierno inglés.
1811, 5 de julio –Proclamación de la independencia de Venezuela.
1812 –Caída de la primera República venezolana.
1813 –Bolívar en Nueva Granada. Comienzo de la "Campaña Admirable". **15 de junio** –Bolívar declara la guerra a muerte. Segunda República de Venezuela.
1814 –Adjudicación a Bolívar del título de Libertador.
1815 –Bolívar a Nueva Granada. Bolívar –jefe supremo del ejército de Nueva Granada.
1816 –Bolívar en Jamaica y Haití. Encuentro con Petión. **2 de junio** –abolición de la esclavitud por Bolívar.
1817 –Liberación de Angostura. Arribo de los voluntarios extranjeros. Fusilamiento de Piar.
1818 –Encuentro con Páez. Bolívar confirma la promesa por Páez de dar tierra a los participantes de la guerra por la independencia.
1819 –Congreso de Angostura. Elección de Bolívar para el cargo de presidente de Venezuela. Batalla de Boyacá y liberación de Bogotá. Fundación de la República de Colombia.
Bolívar presidente de Colombia.
1820 –Revolución en España. Encuentro de Bolívar con Morillo. Acuerdo sobre armisticio y regulación de la guerra.
1821 –Reanudación de las acciones militares. Derrota de los españoles en Carabobo. Liberación de Venezuela. Proclamación de la independencia de Perú. México conquista la independencia.
1822 –Victoria de Pichincha. Liberación del Ecuador. Entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil.
1823 –Bolívar encabeza la guerra de la independencia en Perú.
1824 –Proclamación de Bolívar dictador del Perú. Batalla de Junín. Derrota del ejército español en Ayacucho. Capitulación de las tropas españolas en Perú.

1825 –Proclamación de la independencia del Alto Perú (Bolivia).
1826 –Congreso de Panamá. Regreso de Bolívar a Bogotá. Bolívar en Venezuela.
1827 Reconciliación de Bolívar con Páez y ruptura con Santander. Perú rompe relaciones con Colombia. Regreso de Bolívar a Bogotá.
1828 –Bolívar dictador. Atentado contra Bolívar.
1829 –Sublevación del general Córdova. Venezuela se separa de Colombia.
1830 –Bolívar dimite del cargo de presidente de Colombia. Bolívar abandona Bogotá. Ecuador se separa de Colombia. **17 de diciembre** –muerte de Bolívar en San Pedro Alejandrino.

BIBLIOGRAFIA BREVE

En idioma ruso:

C. Marx y F. Engels. *Ayacucho. Obras Completas,* t. XIV, 2-a ed., pág. 176-177.

C. Marx., Bolívar y Ponte. *Obras Completas,* t. XIV, 2-a ed. pág. 226-240.

Jefes militares colombianos. Revista *Syn otéchestva,* parte 110, San Petersburgo, 1826.

Acerca de las finanzas de las regiones de América, antiguas colonias españolas. Moscú, revista *Véstnik Europi,* NºNº 15 y 16, agosto de 1825.

Simón Bolívar, presidente de la República Colombiana. Revista *Moskovski telegraf,* Nº 16, agosto de 1826.

M. S. Alperóvich y otros. Acerca de la guerra de liberación de las colonias españolas en América (1810-1826). Revista *Voprosi istorii,* Nº 11, 1956.

M. S. Alperovich. *La guerra por la independencia de México. (1810-1824).* Moscú, 1964.

N. N. Boljovitinov. *La doctrina Monroe.* Moscú, 1960. *Venezuela. Recopilación de artículos.* Moscú, 1966.

La guerra por la independencia en América Latina (1810-1826). Recopilación de ensayos. Moscú, 1964.

A. Humboldt. *Cuadros de la Naturaleza.* Moscú, 1959.

A. Humboldt. *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo en 1799-1804.* Moscú, 1963.

América Latina en el pasado y en el presente. Recopilación de ensayos. Moscú, 1959.

F. Marshal y B. Kreyn. *Bolívar.* Moscú, 1944.

V. Miroshevski. *El movimiento liberador en las colonias americanas de España (1792-1810).* Moscú, 1946.

L. Y. Slezkin. *Rusia y la guerra por la independencia en la América Española.* Moscú, 1964.

O. Suvórova. *El Washington sudamericano.* San Petersburgo, 1903.

William Z. Foster. *Ensayos de historia política de América.* Moscú, 1956.

Iván Frankó. *Simón Bolívar,* Lvov, 1904.

Ecuador. Ensayos histórico-etnográficos. Moscú, 1962.

En español y otros:

Simón Bolívar. *Obras Completas.* Vol. I-III. La Habana, 1959.

Cartas del Libertador. Vol. XII (1800-1830). Caracas, 1959.

José Grigulévich. *Miranda. La vida ilustre del Precursor de la Independencia de América Latina.* Caracas, 1974.

José Grigulévich. *Francisco de Miranda y la lucha por la liberación de la América Latina.* La Habana, 1978.

F. O' Leary *Memorias del general,* Vol. I-III. Caracas, 1952.

José Antonio Páez. *Autobiografía.* Vol. I-II. Nueva York, 1945.

L. Peru de Lacroix. *Diario de Bucaramanga o Vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar.* París, 1912.

Simón Rodríguez. *Escritos.* Vol. I-III. Caracas, 1954-1958.

Francisco de Paula Santander. *Escritos.* Bogotá, 1944.

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión del libro que le ofrecemos, así como de su traducción, presentación e impresión. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso
Zúbovski bulvar, 17
Moscú, URSS

El autor del presente libro es el profesor José Griguélevich (I. Lavretski), n. 1913, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de la URSS. Anteriormente han sido publicados por la editorial Progreso sus trabajos *Ernesto Che Guevara* (1975), *Salvador Allende* (1978), *Historia de la Inquisición* (1980). Sus obras también han sido traducidas en Argentina, Chile, Colombia, Venezuela, México, Cuba. Fue distinguido con varias condecoraciones soviéticas y con la Orden Francisco de Miranda (Venezuela). Es miembro correspondiente del Instituto Mirandino (Caracas).